UNA MUJER EN BERLÍN

Anónima

ANÓNIMA

Una mujer en Berlín

INTRODUCCIÓN DE HANS MAGNUS ENZENSBERGER





ANAGRAMA
Panorama de narrativas

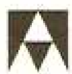
Anónima

Una mujer en Berlín

Anotaciones de diario escritas
entre el 20 de abril
y el 22 de junio de 1945

Introducción de Hans Magnus Enzensberger

Traducción de Jorge Seca



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Eine Frau in Berlin

Publicado con la ayuda del Goethe-Institut, Madrid

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración: montaje a partir de una foto © Yergency Khnaldei / CORBIS

Primera edición: octubre 2005
Segunda edición: noviembre 2005
Tercera edición: enero 2006

ISBN: 84-339-7080-1
Depósito Legal: B. 1317-2006

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Quien quiera enterars[illegible] en las postrimerías de la Segunda Guerra Mun[illegible] las mujeres. Y es que, entre las ruinas, los h[illegible] más débil». Así lo ve la autora de este libro, q[illegible]erlín. Sus observaciones, exentas de toda autoc[illegible] por primera vez por un editor norteamericano en 1954, gracias a los esfuerzos de Kurt W. Marek, crítico y periodista, a quien la autora confió el manuscrito.

Ahora Anagrama recoge, además del epílogo que Marek adjuntó a dicha primera edición en inglés, una introducción de Hans Magnus Enzensberger donde relata las vicisitudes por las que han pasado estas memorias desde su creación y la razón por la que la autora decidió no revelar su identidad.

En este documento único no se ilustra lo singular sino lo que les tocó vivir a millones de mujeres: primero la supervivencia entre los escombros, sin agua, sin gas, sin electricidad, acuciadas por el hambre, el miedo y el asco, y posteriormente, tras la batalla de Berlín, por la venganza de los vencedores. No hay rastro aquí de aquella autocompasión que padecieron los alemanes derrotados. Una serenidad desilusionada, una reflexión insobornable, una observación despiadada y un humor macabro caracterizan este diario. La autora declara lacónicamente: «Esta historia es muy desagradable.» También queda patente su superioridad interior, al ser capaz de establecer diferencias incluso entre los soldados rusos que violaban y saqueaban.

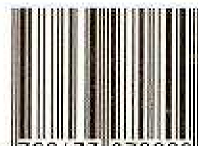
El deseo expreso de la autora fue permanecer en el anonimato. Este solo motivo desautoriza cualquier especulación sobre su identidad.

«Un documento de los últimos días de la guerra, humanamente conmovedor y de gran peso literario» (Joachim Kronsbei, *Der Spiegel)*.

«Esa increíble intuición lingüística, ese sentido de los momentos culminantes, ese uso no pretencioso de la cultura personal, ese don de la observación exacta, esa densidad descriptiva, ese fino sentido intelectual, ese juicio claro... una no dejaría nunca de alabar este libro y de intentar propiciar su lectura» (Hanna Leitgeb, *Literaturen)*.

«*Una mujer en Berlín* es un libro increíble. Quien ha aprendido el alfabeto, puede y debe leerlo» (Renée Zucker, *taz)*.

«Una implacable observadora que no se deja llevar por el sentimentalismo o los prejuicios» (Hans Magnus Enzensberger).



INTRODUCCIÓN

Tal vez no sea casualidad que un libro tan extraordinario como *Una mujer en Berlín* estuviera marcado por un destino fuera de lo corriente. Nunca sabremos si, al escribirlo, la autora tenía en mente su posterior publicación. Los «garabatos íntimos» que realizó entre abril y junio de 1945 en tres cuadernos de notas (y algunos trozos de papel añadidos con precipitación) la ayudaron, más que nada, a mantener un vestigio de cordura en un mundo de devastación y crisis de los valores morales. Se trata, literalmente, de «memorias del subsuelo», escritas en un refugio antiaéreo que también debía ofrecer protección contra el fuego de artillería, el pillaje y las agresiones sexuales del victorioso Ejército Rojo. Todo aquello de lo que disponía era un trozo de lápiz, y debía trabajar a la luz de las velas, puesto que Berlín se encontraba sin suministro eléctrico. Refugiada en un sótano, su capacidad de percepción se encontraba seriamente limitada por la total suspensión de los medios informativos. A falta de periódicos, radio y teléfono, los rumores eran la única fuente de noticias del mundo exterior. Hasta pasados unos meses, cuando ya una apariencia de normalidad había vuelto a la ciudad desvastada, no pudo copiar y corregir sus «121 páginas en el papel grisáceo de la guerra». Como responsable de la reedición de este texto tras cuarenta años de permanencia en el olvido, me siento obligado a respetar el deseo de la autora de permanecer en el anonimato. Por otro lado, desearía presentar los hechos que avalan la autenticidad de su testimonio. En el mundo actual de los medios de comunicación, donde abundan toda clase de trucos, esto acaba siendo una necesidad.

Resulta evidente que la mujer que escribió el libro no era una simple aficionada, sino que se trataba de una periodista con experiencia. Ella alude a varios viajes que realizó como reportera, entre otros países, a la Unión Soviética, donde adquirió conocimientos básicos de ruso. Podemos deducir que continuó trabajando para una editorial o en diversas publicaciones periódicas después de que Hitler alcanzara el poder. Hasta 1943-1944 se continuaron publicando varias revistas como *Die Dame* o *Koralle*, en las cuales era posible mantenerse al margen de la inexorable campaña propagandística impuesta por el doctor Joseph Goebbels.

Es probable que, en este medio profesional, nuestra anónima conociera a Kurt W. Marek, crítico y periodista nacido en 1915 en Berlín, que había empezado su carrera en 1932. Durante los años nazis, trabajó para publicaciones semanales como el *Berliner Illustrierte Zeitung*, haciendo lo posible para pasar desapercibido. Alistado con carácter forzoso en 1938, sirvió como reportero en Polonia, Rusia, Noruega e Italia. Resultó herido en Monte Cassino y fue hecho prisionero de guerra por el ejército americano. Después de la guerra, fue licenciado por el gobierno militar y pudo reiniciar su carrera como editor de uno de los primeros periódicos autorizados en Alemania. Más tarde, trabajó para Rowohlt, una gran editorial de Hamburgo, desde donde lanzó un libro que le daría fama internacional. Bajo el seudónimo de C. W. Ceram, un anagrama de su propio nombre, publicó un éxito de ventas sobre la historia de la arqueología: *Dioses, tumbas y sabios.*

En cualquier caso, fue a Marek a quien la autora confió el manuscrito, después de cambiar los nombres de las personas que aparecían en el libro y eliminar ciertos detalles delatores. Marek, quien tras su éxito internacional se había mudado a los Estados Unidos, le añadió un epílogo y consiguió que lo publicara un editor americano en 1954. Así fue como *Una mujer en Berlín* apareció primero en versión inglesa, a la cual siguieron traducciones al noruego, italiano, danés, japonés, español, francés y finlandés.

Tuvieron que pasar cinco años más para que el original en alemán viera la luz, e incluso entonces no fue a cargo de una editorial alemana, sino de Kossodo, una pequeña editorial suiza con sede en Ginebra. Obviamente, el público alemán no estaba preparado para enfrentarse a ciertos hechos desagradables. Uno de los pocos críticos que lo reseñó se lamentó de lo que dio en denominar «la desvergonzada inmoralidad de la autora». No era de esperar que las mujeres alemanas hicieran mención de la realidad de las violaciones; ni que presentaran a los varones alemanes como testigos impotentes cuando los rusos victoriosos reclamaban a sus mujeres como botín de guerra. (Según los cálculos más fiables, más de cien mil mujeres fueron violadas en Berlín en las postrimerías de la guerra.)

Las inclinaciones políticas de la autora constituyeron una circunstancia agravante: carente de autocompasión, con una mirada fría hacia el comportamiento de sus compatriotas antes y después de la caída del régimen, rechazó la complacencia y la amnesia de la posguerra. No es de extrañar que el libro fuera acogido con hostilidad y silencio. En los años setenta, el clima político había cambiado, y comenzaron a circular por Berlín fotocopias del texto, que hacía ya tiempo que se encontraba agotado. Los estudiantes del 68 las leyeron, y las adoptó el floreciente movimiento feminista. Cuando me aventuré en el mundo editorial, creía que había llegado el momento de reeditar *Una mujer en Berlín.* Éste resultó ser un proyecto plagado de dificultades. No era posible dar con la autora sin nombre, el editor original había desaparecido, y no estaba claro a quién pertenecían los derechos de autor. Kurt W. Marek había

muerto en 1972. Siguiendo una corazonada, me puse en contacto con su viuda, que resultó conocer la identidad de la autora. Me informó de que Anónima no deseaba que su libro se reimprimiera en Alemania mientras ella estuviera viva, lo cual es comprensible si tenemos en cuenta la fría acogida con que fue recibido en 1957.

Finalmente, en 2001, la señora Marek me comunicó que la autora había fallecido, y su libro pudo al fin reaparecer tras un paréntesis de cuarenta años. Durante todo este tiempo, la situación política en Alemania y Europa sufrió cambios fundamentales. Comenzaron a aflorar toda clase de recuerdos reprimidos por la memoria colectiva, y fue posible discutir temas que habían sido considerados tabú durante mucho tiempo, circunstancias que habían pasado desapercibidas ante la magnitud del genocidio alemán tales como la extensa colaboración de Francia, Holanda, el antisemitismo de Polonia, el intenso bombardeo de la población civil y la limpieza étnica de la posguerra.

Europa encontró en sí misma materias dignas de estudio. Se trataba, naturalmente, de temas difíciles y moralmente ambiguos, fácilmente explotados por revisionistas de todas las tendencias, pero está claro que hubo ocasión de incorporar todos los hechos en la agenda histórica y abrir un debate serio.

Es éste el contexto en el que *Una mujer en Berlín* y otros testimonios de los cataclismos del siglo XX deben leerse hoy en día. En el caso alemán, cabe destacar que los mejores registros personales disponibles son diarios y memorias escritos por mujeres. (Ruth Andreas-Friedrich, Volkonski, Lore Walb, Ursula von Kardoff, Margret Boveri, la princesa Wassilikow, Christabel Bielenberg.) Fueron ellas quienes mantuvieron una apariencia de cordura en un entorno de caos creciente.

Mientras los hombres combatían en una guerra devastadora lejos de casa, las mujeres resultaron ser las heroínas de la supervivencia entre las ruinas de la civilización. En la medida en que existió un movimiento de resistencia, fueron ellas quienes atendieron a su logística, y cuando sus maridos y novios volvieron desmoralizados, envueltos en harapos y anonadados por la derrota, fueron ellas las primeras en despejar el terreno.

Esto no quiere decir, naturalmente, que las mujeres no cumplieran una función en el universo nazi. Nuestra Anónima sería la última en pretender el respaldo de principios morales. Ella es una implacable observadora que no se deja llevar por el sentimentalismo o los prejuicios. Aunque no era del todo consciente de la enormidad del holocausto, vio claramente que los alemanes habían revertido en sí mismos el sufrimiento que habían infligido a otros.

A través de las pruebas a las que la sometió el siglo que le tocó vivir, mantuvo no sólo la entereza de su orgullo, sino también un sentido de la decencia muy difícil de encontrar entre las ruinas del Tercer Reich.

HANS MAGNUS ENZENSBERGER

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN, DE 1954

La autora escribió estos apuntes con letra muy menuda en tres cuadernos escolares entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945. A partir de julio de 1945 pasó estos cuadernos a máquina para una persona muy vinculada a ella. En ese proceso, las palabras fueron convirtiéndose en frases. Los esbozos fueron cobrando sentido, se añadieron recuerdos. Los garabatos sobre trozos sueltos de papel fueron encontrando su sitio en el lugar correspondiente. Surgieron así 121 páginas mecanografiadas sobre aquel papel gris de la guerra con apenas separación entre líneas. Años después llegaron éstas a ojos de algunos conocidos de la autora, entre ellos el escritor Kurt W. Marek (C. W. Ceram), quien consideró que aquello iba más allá de las vivencias personales y representaba el documento de una época. Puso el texto en manos de un editor de Nueva York. Éste publicó una traducción en otoño de 1954. En el verano de 1955 siguió la edición británica. Desde entonces aparecieron traducciones en sueco, noruego y holandés, en danés e italiano, en japonés y español, en francés y en finlandés.

La comprensiva acogida de su informe en tantos países unido a su confianza en la fuerza curativa del tiempo transcurrido desde aquel entonces, convencieron a la escritora para dar su visto bueno a una edición en lengua alemana. Por pura discreción se modificaron o camuflaron todos los nombres propios y gran cantidad de detalles contenidos en el manuscrito. Que la escritora desee permanecer en el anonimato es algo que cualquier lector comprenderá sin más. De todos modos, su protagonismo es circunstancial, porque lo que se ilustra aquí no es ningún caso concreto de interés, sino el gris destino compartido por innumerables mujeres. Sin su declaración, la crónica de nuestra época, escrita hasta la fecha casi exclusivamente por varones, sería parcial e incompleta.

Una mujer en Berlín

Crónica, comenzada el día en que Berlín
encaró por primera vez la batalla

VIERNES, 20 DE ABRIL DE 1945, CUATRO DE LA TARDE

Sí, la guerra viene arrollando sobre Berlín. Lo que ayer era tan sólo un retumbar lejano es hoy un redoble constante. Se respira fragor de mortero. El oído, ensordecido, ya sólo percibe los disparos del calibre más grueso. Hace ya mucho que dejó de distinguirse su procedencia. Vivimos en un cerco de cañones que se va estrechando con cada hora que pasa.

De vez en cuando hay horas de un silencio inquietante. De pronto se le pasa a una por la mente que es primavera. A través de las ruinas calcinadas del barrio sopla vaporosamente el aroma de las lilas desde jardines sin dueño. El muñón de la acacia de delante del cine ha reverdecido rabiosamente. En algún momento, entre las alarmas, los jardineros deben de haber cavado, pues en los cenadores de la Berliner Strasse se ve tierra recién labrada. Sólo los pájaros desconfían de este abril; nuestros canalones están sin gorriones.

A eso de las tres, el repartidor de periódicos detuvo su vehículo junto al quiosco. Ya había unas veintitantas personas esperándole con impaciencia. En un abrir y cerrar de ojos desapareció en una nube de manos y monedas de diez pfennigs. Gerda, la mujer del portero, pescó un puñado de ejemplares de la «edición de noche» y me dejó uno. Ya no es un periódico de verdad sino tan sólo una especie de edición extra, impreso a dos páginas y con la tinta todavía húmeda. De camino, lo primero que leí fue el parte de guerra. Nuevos nombres de localidades: Müncheberg, Seelow, Buchholz. Suenan condenadamente cercanos, ya en la Marca de Brandeburgo. Un vistazo al frente del oeste. ¿Qué nos importa ese frente a nosotros en estos momentos? Nuestro destino viene arrollando como un rodillo por el este y transformará nuestro clima como antaño lo hizo la era glacial. ¿Por qué? Una se atormenta con preguntas estériles. Tan sólo quiero vivir el día a día, acometer las tareas cotidianas.

Alrededor del quiosco hay muchos grupos de personas, rostros lechosos, murmullos:

«No puede ser. Quién se habría imaginado algo así.»

«A todos nos quedaba un resto de esperanza.»

«Ya no le importamos a nadie. Estamos apañados.»

Y refiriéndose al oeste de Alemania: «Los de allí lo llevan bien. Lo han

superado.» La palabra «rusos» no la pronuncia nadie. No quiere salir de los labios.

De nuevo en la buhardilla. No es mi hogar. Ya no tengo ninguno. A decir verdad, la habitación amueblada que destruyeron en un bombardeo tampoco era mía. De todas formas, en el transcurso de los seis años que habité en ella, la llené con mi aliento de vida. Con mis libros y cuadros y los cientos de cosas que una va amontonando consigo. Mi estrella de mar del último verano de paz en la isla de Norderney. El tapiz que me trajo Gerd de Persia. El despertador abollado. Fotos, viejas cartas, la cítara, mis monedas de doce países, el bordado comenzado... Todos los recuerdos, pieles, cáscaras, posos, todos los cachivaches latentes de los años vividos.

Ahora que todo ha desaparecido y tan sólo me queda una maleta pequeña con ropa, me siento desnuda y ligera. Como ya no poseo nada, me siento dueña de todo. De esta buhardilla ajena, por ejemplo. Bueno, tampoco es del todo ajena. El propietario es un antiguo colega mío del trabajo. Muchas veces estuve aquí como invitada, cuando aún no le habían llamado a filas. Hacíamos negocios muy de moda en esos tiempos: sus latas danesas de carne en conserva por mi coñac francés; mi jabón francés por las medias que recibía él vía Praga. Aún tuve tiempo para comunicarle que habían bombardeado mi casa y me dio permiso para mudarme aquí. La última vez que recibí noticias suyas fue desde Viena, donde trabajaba para el ejército en el Departamento de Censura. ¿Dónde estará ahora...? En cualquier caso, las buhardillas no andan muy solicitadas. Además, están llenas de goteras porque las tejas están destrozadas en parte o se las llevó el viento.

No encuentro calma aquí arriba, voy de un lado a otro sin descanso por las tres habitaciones del piso. De manera sistemática he registrado todos los armarios y alacenas en busca de algo útil, esto es, en busca de algo comestible, bebible, combustible. Por desgracia sin encontrar prácticamente nada. La señora Weiers, que hacía la limpieza aquí, se me habrá adelantado. Ahora todo es de todos. Apenas se tiene apego a las cosas, ya no se hace una distinción clara entre la propiedad de uno y la de los demás.

Enganchada en el borde de un cajón encontré una carta dirigida al propietario. Me daba vergüenza leerla, y sin embargo lo hice. Una enamorada carta de amor. La tiré al retrete. (Por ahora seguimos teniendo agua la mayor parte del tiempo.) Corazón, dolor, amor, impulsos. Qué palabras más lejanas y extrañas. Por lo visto, una vida amorosa refinada y exigente presupone una sucesión regular de comidas. Mi centro vital es, mientras escribo estas líneas, la barriga. Todo pensamiento, sentimiento, deseo y esperanza comienza en la comida.

Dos horas más tarde. El hornillo de gas está prendido con una llama mortecina. Hace horas que las patatas están cociéndose. Las patatas más miserables del campo, que ni sirven para destilar, se desintegran hasta hacerse puré y saben a cartón. Una me la tragué medio cruda. Desde esta mañana

temprano me estoy atiborrando. En la tienda de Bolle canjeé los cupones de la leche que me envió Gerd en navidades. Ya era hora. La vendedora servía con la lechera muy inclinada y dijo que ya no iba a llegar más leche a Berlín. Eso significará mortalidad infantil.

En la calle di algunos sorbos. En casa me llené el estómago de puré de sémola y a continuación engullí un pedazo de pan. En teoría estoy satisfecha como hacía mucho tiempo que no lo estaba. En la práctica me atormenta un hambre bestial. Por comer me he convertido en una persona hambrienta de verdad. Ciertamente existe una explicación científica para este hecho. Parece que la comida excita la secreción gástrica y predispone los jugos para la digestión. Y cuando éstos se disponen a cumplir su cometido, resulta que el proceso termina abruptamente debido a la escasa ingesta. Entonces los jugos gástricos protestan.

Revolviendo entre los escasos restos de la biblioteca del dueño de la casa (también encontré allí la libreta sin usar en la que estoy escribiendo ahora mismo), abrí una novela al azar. Ambiente nobiliario inglés; en ella la siguiente frase más o menos: «... arrojó una mirada fugaz sobre su intacta comida, se levantó y se fue de allí...». Ya había avanzado unas diez líneas más en la lectura cuando volví a ese pasaje como atraída por una fuerza magnética. La leí quizás una docena de veces y me sorprendí arañando las letras con las uñas como si pudiera entresacar esa comida —prolijamente descrita con anterioridad— desde la letra impresa. Vaya locura. Es el comienzo de una demencia leve por hambre. Es una lástima no poder verificar esta suposición en la novela *Hambre* escrita por Hamsun. Incluso si no hubieran bombardeado mi casa, tampoco poseería yo el libro. Hace más de dos años me lo robaron en el metro. Lo llevaba en la bolsa de la compra envuelto con una cubierta de fibra de rafia. Al parecer, el ladrón lo confundió con la cartilla de racionamiento. ¡Pobre! ¡Qué decepción debió de llevarse! Por cierto, ésa sería una historia que le habría gustado a Hamsun.

Esta mañana en la panadería circulaba este rumor: «Cuando vengan se llevarán todos los comestibles de las casas. No nos darán nada. Han acordado que los alemanes pasemos hambre durante ocho semanas al menos. En Silesia la gente sale ya a los bosques a cavar en busca de raíces. Los niños la palman. Los viejos comen hierba como las bestias.»

Hasta aquí la opinión popular. Nadie sabe nada. Ya no hay reparto del *Völkischer Beobachter.* Ya no hay ninguna señora Weiers que venga a leerme durante el desayuno las líneas de la infamia en negrita. «Deshonrada una anciana de setenta años. Monja violada veinticuatro veces.» (Pero ¿quién iba contando las veces?) Así son los titulares. ¿Pretenden acaso incitar a los hombres de Berlín a protegernos y defendernos a nosotras, mujeres? Qué ridículo. Lo que de verdad consiguen así es que miles de mujeres y de niños indefensos huyan hacia el oeste por las carreteras de evacuación donde con toda probabilidad morirán de hambre o reventarán por el fuego de las

ametralladoras. Al leer le brillaban los ojos a la señora Weiers y se le abrían mucho. Algo en ella gozaba con el horror. O quizás su subsconsciente se alegraba de que no le hubiera tocado a ella. Pues tenía miedo, y quería marcharse a toda costa. No la he visto desde anteayer.

La radio lleva cuatro días muda. Una y otra vez nos damos cuenta de los objetos de dudoso valor que nos ha procurado la técnica. No tienen ningún valor en sí, son valiosos siempre y cuando haya una conexión o un enchufe. El pan tiene un valor absoluto. El carbón tiene un valor absoluto. Y el oro es oro en Roma, Perú o Breslau. En cambio la radio, la cocina de gas, la calefacción central, el hornillo eléctrico, todos esos grandes regalos de la era moderna no son más que un lastre inútil en cuanto falla la central. Nos encontramos en estos momentos de regreso a siglos pasados. Somos habitantes de las cavernas.

Viernes, aproximadamente las siete de la tarde. He hecho rápidamente un último viaje en tranvía en dirección al ayuntamiento. Ecos de explosiones, zumbidos, sonido incesante de la artillería. La revisora tenía que alzar su débil voz contra el fragor. Yo devoraba los rostros de las personas. En ellos se refleja lo que nadie pronuncia. Nos hemos convertido en una nación de mudos. Sólo en el ambiente familiar de los refugios antiaéreos se atreve la gente a hablar entre sí. ¿Cuándo volveré a viajar en tren? ¿Existirá ese día? En la hoja informativa pone que a partir de mañana los billetes de las categorías I y II, con los que nos han estado jorobando estas últimas semanas, dejarán de ser válidos... Únicamente los poseedores de la tarjeta roja de la categoría III podrán utilizar los medios de transporte públicos. Así que quizás una de cada cuatrocientas personas. Así que ninguna. Así que se acabó.

Tarde fría, grifos secos. Mis patatas siguen cociéndose al calor de la diminuta llamita de gas. He estado haciendo cosas, llené unas bolsas con guisantes, cebada, harina y achicoria, y las amontoné en una caja de cartón. Otro hatillo más que arrastrar al refugio. Tuve que desatar los nudos de nuevo cuando me acordé de que me había olvidado de la sal. Sin sal, el cuerpo no puede aguantar, al menos no por mucho tiempo. Y debemos prepararnos para una larga temporada en el refugio.

Viernes, 11 de la noche, en el refugio, a la luz de una lamparilla de petróleo, mi libreta sobre las rodillas. Hacia las diez cayeron tres o cuatro bombas seguidas. Simultáneamente se puso a aullar la sirena de alarma. Eso significa que ahora la accionan manualmente. No hay luz. Desde el martes hay que bajar las escaleras a oscuras. A tientas y a trompicones. En algún lado chirría una dínamo manual arrojando sombras gigantescas sobre la pared de la escalera. El viento sopla a través de los cristales rotos y hace traquetear las persianas para el oscurecimiento que ya nadie se preocupa de bajar... ¿Para qué?

Pies que escarban. Granadas que estallan. Lutz Lehmann grita: «¡Mamá!» El camino al refugio va desde la calle hasta la entrada lateral, luego hay que ir escaleras abajo, recorrer un pasadizo y pasar por el patio ancho a cielo abierto, con el firmamento y el zumbido de avispa de los aviones que nos sobrevuelan.

Otra vez escaleras abajo, umbrales, pasillos. Por fin, tras una puerta de hierro que pesa toneladas, con doble palanca de cierre y con los bordes revestidos de caucho, nuestro refugio. Oficialmente denominado espacio de protección. Nosotros lo llamamos cueva, submundo, catacumba del miedo, fosa común.

Un bosque de troncos, tan sólo descortezados, soporta el techo. Incluso en este ambiente cerrado siguen oliendo a resina. El viejo Schmidt, el de las cortinas, charla todas las noches sobre cálculos estáticos según los cuales el bosque de vigas resistiría aunque cayera la casa. Y esto siempre y cuando las masas de escombros cayeran en unos ángulos determinados y dependiendo de unas determinadas relaciones de peso. El casero, que debería saberlo, no puede confirmarnos que eso sea realmente así. Se largó a Bad Ems y ya es norteamericano.

La gente del refugio de esta casa está en cualquier caso convencida de que su cueva es una de las más seguras. Nada más ajeno que un refugio ajeno. Ya hace casi tres meses que vengo a éste, y sin embargo me sigo sintiendo forastera. Cada refugio tiene sus tabúes, sus manías. En mi antiguo refugio tenían la manía del aprovisionamiento de agua en previsión de incendios. Por todas partes chocabas con jarras, cubos, ollas, bidones llenos de agua sucia. No obstante, la casa acabó ardiendo igual que una antorcha. Toda aquella agua sucia sirvió lo mismo que un escupitajo.

La señora Weiers me contó que en su refugio campea la manía del pulmón. Nada más caer la primera bomba se inclinan todos hacia delante y respiran mínimamente al tiempo que presionan las manos contra el pecho. Alguien les dijo que eso impedía desgarros pulmonares. En este refugio de aquí tienen la manía del muro. Todos se sientan apoyando la espalda en el muro exterior. Únicamente hay un hueco libre en esta serie, bajo la rejilla de ventilación. En los bombardeos se añade a ésta la manía del pañuelo: todos sacan un pañuelo preparado para la ocasión, se cubren con él la nariz y la boca, y se lo anudan en la parte posterior de la cabeza. Eso no lo había visto yo en ningún otro refugio. No sé para qué puede ser útil el trapo ese. ¡Pero si se sienten mejor así...!

Por lo demás se trata de la habitual gente de un refugio sentados en las habituales sillas de refugio de todo tipo, desde la silla de cocina hasta el sillón de brocado. La gente: la mayoría perteneciente a la alta y pequeña burguesía, salpimentada de elementos proletarios. Miro a mi alrededor, anoto:

Delante, la mujer del panadero, dos mofletes rojos y gordos bajo su abrigo con el cuello de piel de cordero. La viuda del boticario que hizo un curso de socorrismo y que a veces, rodeada de otras mujeres, echa las cartas sobre dos sillas juntadas. La señora Lehmann, con el esposo desaparecido en el frente del este, el bebé en el brazo durmiendo dentro de una funda abrigada, y el pequeño Lutz de cuatro años durmiendo en su regazo y con los cordones de los zapatos balanceándose suavemente. El joven de los pantalones grises y gafas de concha, que al mirarlo con más detenimiento resulta ser una chica. Tres hermanas mayores, modistas, sentadas allí como si fueran un flan negro. La chica

refugiada, procedente de Königsberg, en la Prusia Oriental, con sus escasos trastos reunidos apresuradamente. Schmidt, a quien tras el bombardeo de su domicilio destinaron a este refugio, mayorista de cortinas y que, a pesar de su avanzada edad, es un parlanchín sin pausa. El matrimonio de libreros que vivieron unos años en París y que a menudo hablan francés entre ellos, a media voz.

Ahora mismo acabo de escuchar el relato de una mujer de cuarenta años hablando sobre el bombardeo que ha sufrido en el barrio de Adlershof. Ha tenido que refugiarse aquí, en casa de su madre. Una bomba estalló en el jardín de los vecinos y destruyó también su propia casa, en la que había invertido los ahorros de su vida. El cerdo que estaban cebando saltó por los aires más arriba del cabrio. «No quedó ni para probarlo.» El matrimonio vecino también estiró la pata. Reunieron los restos de sus cadáveres entre los escombros de la casa y la tierra levantada del jardín..., bueno, los escasos restos que hallaron. Fue un funeral bonito. Un coro de voces masculinas del ramo de la sastrería cantó junto a la tumba. El final fue, de todas formas, muy apresurado. Las sirenas se pusieron a aullar justo en mitad de la plegaria *Gottes Rat.* Los sepultureros tuvieron que soltar el ataúd bruscamente. Se oyó un golpe seco en su interior. Y ahora el chiste gracioso. La narradora sonrió mostrando los dientes en su, hasta el momento, poco graciosa historia: «E imagínense..., la hija se pasa tres días después por allí y se pone a buscar en el jardín mirando a ver si había algo aprovechable todavía, cuando de pronto, tras el bidón para el agua de lluvia, se encuentra con un brazo de papá.»

Algunos soltaron una carcajada breve; la mayoría, no. ¿Abrirían la tumba para dar sepultura al brazo?

Sigamos con el recuento del refugio. Enfrente de mí, envuelto en mantas, un señor mayor, comerciante de profesión. Suda por causa de la fiebre. A su lado la esposa, que habla marcando las eses sonoras en su dialecto hamburgués, y la hija de dieciocho años llamada, cómo no, Stinchen. Más allá la rubia a quien destinaron hace poco aquí y a quien nadie conoce, de la mano de su realquilado, también desconocido. Los pobres altos funcionarios de Correos, jubilados. Ella a todas horas con una pierna postiza bajo el brazo, una prótesis de níquel, piel y madera, muy artística, una especie de Pietà incompleta. El propietario de la prótesis, su hijo de una sola pierna, está —o estaba, ya nadie sabe nada— en un hospital militar de Breslau. Ovillado en el sillón, como la figura de un gnomo, está el jorobado de la fábrica de gaseosas, doctorado en química. A continuación los porteros: madre, dos hijas y un nieto huérfano de padre. Y Erna y Henni, de la panadería, que ya no pueden coger ningún transporte que las lleve a casa, y viven en la del jefe. Antoine, el belga de cabello negro rizado que se hace pasar por panadero y que tiene algún lío con Henni. La abandonada ama de llaves de la casa, que en contra de toda la normativa para la defensa antiaérea lleva en brazos un foxterrier ya muy viejito. Y yo: rubia pálida, siempre embutida en el mismo abrigo de invierno rescatado por

pura casualidad; empleada en una editorial hasta la semana pasada en que cerró sus puertas y despidió a sus empleados «hasta nuevo aviso».

Hay que añadir a la lista además la existencia gris de este y de aquel otro. Somos la escoria, la gente que no quisimos ni el frente ni el Volkssturm[1]. Falta el panadero jefe, el único de la casa que posee la tarjeta roja de la categoría III y con ella ha viajado a su finca para enterrar allí sus objetos de plata. Falta la señorita Behn, empleada de Correos, sin desposar y descarada, que salió pitando para arriba a buscar las hojas de la prensa de hoy en un momento en que dejaron de caer bombas. Falta una mujer que se halla en estos instantes en Potsdam enterrando a siete parientes suyos muertos en la gran ofensiva. Faltan el ingeniero del tercer piso con su esposa y su hijo. La semana pasada subió a una gabarra que siguiendo las aguas del canal de Mittelland, debía transportarlo a él, junto con sus muebles, a un lugar seguro en Brunswick, adonde ha trasladado su fábrica de armamento. Todas las fuerzas empujan hacia el centro de la ciudad. Allí debe de estar originándose un peligroso exceso de presión humana. Eso si los americanos no están ya allí. Nadie sabe nada.

Medianoche. No hay corriente. En la viga que está encima de mí humea mi lamparilla de petróleo. Fuera se oye un ruido atronador, en aumento. Se activa la manía del pañuelo. Todos se anudan el pañuelo que tenían ya a mano tapándose nariz y boca. Un fantasmal harén turco, una galería de máscaras fúnebres semiocultas. Sólo los ojos tienen vida.

SÁBADO, 21 DE ABRIL DE 1945, DOS DE LA MADRUGADA

Bombas. Los muros se tambalean. Mis dedos tiemblan agarrados a la pluma. Estoy sudorosa como después de un trabajo de mucho esfuerzo. En otro tiempo comía yo en el refugio gruesas rebanadas de pan con mantequilla. Desde que bombardearon mi casa y desde que esa misma noche ayudé en el rescate de los sepultados entre los escombros, padezco una angustia mortal. Siempre son los mismos síntomas. Primero comienza el sudor en torno al pelo, luego una sensación de taladro en la médula espinal, pinchazos en el cuello, el paladar se reseca y el corazón late de manera irregular. Los ojos se quedan mirando fijamente la pata de la silla de enfrente y registran en la memoria todas sus protuberancias y nervaduras. Llegar a rezar en ese momento. El cerebro se aferra a frases hechas, a jirones de frases: «Todo llega y todo pasa... No hay mal que por bien no venga... Noli timere...» Hasta que se disipa la ola ofensiva.

Como si alguien hubiera dado una orden, todo el mundo rompió a charlar febrilmente. Todos reían, gritaban más alto que sus vecinos, contaban chistes

[1] Volkssturm: milicias populares formadas por reservistas de dieciséis a sesenta años creadas por Hitler en 1944. *(N. del T.)*

sin parar. La señorita Behn dio un paso adelante con la hoja del diario y leyó el discurso de Goebbels con ocasión del cumpleaños del Führer (una fecha que la mayoría ya no recordaba para nada). Leyó con una entonación muy especial, con una voz nueva, burlona y maliciosa como no se había oído aquí abajo todavía. «Grano dorado en los campos... Personas que viven en paz...» Eso no te lo crees ni tú, dice el berlinés. O: «No estaría mal.» Son tonos de dulzaina que ya no encuentran oído que los escuche.

Las tres de la madrugada, el refugio dormita. Varias veces llegó el aviso de cese de alarma, pero inmediatamente después volvían a sonar las sirenas. Sin bombas. Escribo, me hace bien, me distrae. Y Gerd lo leerá si regresa..., si es que todavía... No. ¡Fuera!, no hay que llamar al mal tiempo.

La chica que parece un chico se ha acercado a mí a hurtadillas y me ha preguntado qué escribo. Yo: «No es nada. Son sólo garabatos, para tener algo en que estar ocupada.»

Tras la primera oleada de bombas apareció «Siegismund», anciano del vecindario a quien han expulsado de su propio refugio, presumiblemente porque a todas horas habla de victoria, de ahí el apodo que nosotros le hemos puesto[2]. Siegismund cree realmente que la salvación está cerca y que nuestra victoria es segura, y que «Aquél» (nuestro último mote para A. H.) sabe exactamente lo que se lleva entre manos. Así que mientras Siegismund habla, se miran unos a otros sin decirse ni una palabra, pero con expresión muy reveladora. Nadie quiere ponerse a discutir con él. ¿Quién es el guapo que discute con un loco? Además, los locos se vuelven a veces agresivos. Sólo la mujer del portero le da la razón y anuncia siseando con sus dos únicos colmillos de jabalí que hay que tener tanta esperanza en «Aquél» como en Nuestro Señor.

Las nueve de la mañana en la buhardilla. (Todos mis cálculos del tiempo están hechos a ojo de buen cubero; mientras no sea posible echar un vistazo a los relojes, vivo fuera del tiempo.) Mañana plomiza, llueve a cántaros. Escribo apoyando el cuaderno en la repisa de la ventana que es como mi facistol para escribir. Poco después de las tres cesó la alarma. Me quité el vestido y los zapatos y me eché en la cama que está siempre hecha. Cinco horas de sueño profundo. No hay gas.

Acabo de contar mi dinero en metálico; 452 marcos. No sé qué haré con tanto. Para las pocas compras que nos es posible hacer todavía nos sobra con unos cuantos pfennigs. Luego está mi cuenta en el banco, aproximadamente unos mil marcos no gastados por no haber mercancía en que gastarlos. (Cuando abrí la cuenta en el primer año de guerra ya andaba yo pensando en los tiempos de paz y en ahorrar para hacer un viaje alrededor del mundo. Hace ya tiempo, mucho tiempo de eso.) La gente corre estos días a los bancos —aquellos que todavía tienen abiertas las puertas al público— para retirar su dinero. En realidad, ¿para qué? Si salimos corriendo con el dinero, daremos al traste con el

[2] De *Sieg*, «victoria», y *Mund*, «boca». *(N. del T.)*

marco como moneda. El dinero, quiero decir, el papel moneda es tan sólo algo ficticio y no tiene ningún valor si falla la central emisora. Paso mis dedos por el fajo de billetes sin sentir nada. Tengo la sensación de que, en el mejor de los casos, este fajo podría valer ya únicamente como recuerdo. Como una estampita de tiempos pasados. Supongo que los vencedores traerán consigo su propio dinero con el que poder abastecernos. O quizás impriman billetes militares —si es que nos permiten tanto y no nos condenan a trabajar a cambio de un cazo de sopa.

Mediodía. No para de llover. Fui caminando hasta la Parkstrasse a buscar otro fajo más de «cromos». El apoderado me pagó el sueldo del último mes y me dio «vacaciones». Toda la editorial se ha convertido en humo. Y la oficina de empleo ha dado el último estertor. Ya no hay nadie por allí a la caza de mano de obra; en este sentido ahora todos podemos decir que somos nuestros propios dueños.

La burocracia se me figura una cosa de cuando soplan vientos favorables. Todas las oficinas desaparecen en cuanto llueve metralla de las granadas. (Por cierto, ahora está todo muy tranquilo. Una calma inquietante.) Nadie nos gobierna. Y, sin embargo, una y otra vez surge una especie de disciplina, por todas partes, en todos los refugios. El día que bombardearon mi casa me tocó presenciar cómo incluso los sepultados entre los escombros, los heridos, los trastornados, desaparecían del escenario muy disciplinadamente. También aquí, en el refugio de la casa, tienen autoridad aquellos que imparten órdenes, reglamentos. Los seres humanos lo debemos de llevar muy dentro de nosotros. Probablemente en la edad de piedra ya funcionaba así la humanidad. Animales gregarios, instinto de conservación de la especie. En los animales parece que son siempre los machos, los toros, los sementales los que guían la manada. En este refugio hay que hablar más bien de yeguas caponeras que guían. La señorita Behn es una de ellas; incluso la de Hamburgo con lo tranquila que es. Yo no lo soy, tampoco lo fui en mi antiguo refugio, donde, no obstante, reinaba un toro guía dando unos gritos atronadores a todas horas, un comandante retirado que no dejaba que se le igualara nadie, ni hombre ni mujer. Me resultaba siempre repugnante tener que estar sentados todos juntos a la fuerza en el refugio, siempre me apartaba, me buscaba un rinconcito para dormir. Sin embargo, cuando el toro guía gritaba, le seguía sin rechistar.

De camino fui corriendo al lado del tranvía. No podía subirme a él porque no tengo ninguna tarjeta de la categoría III. Y eso que el tranvía iba casi vacío, conté ocho personas únicamente. Y somos muchos los que corremos al lado bajo la lluvia torrencial, a pesar de que el tranvía, que tiene que hacer su recorrido de todas formas, nos podría haber llevado perfectamente. Pero no..., véase aquí el principio disciplina. Llevamos el orden muy dentro de nosotros, obedecemos.

He comprado panecillos en la panadería. Los anaqueles siguen estando aparentemente llenos. No se detecta ningún pánico de compra. Después fui a la dispensadora de cartillas de racionamiento. Hoy le tocaba a mi letra para el

sellado de las cartillas, de la 75 hasta la 77 para las patatas. Fue sorprendentemente rápido, a pesar de que en lugar de las muchas mujeres que suele haber sellando hoy sólo había dos de servicio. No controlaban como otras veces, sellaban las cartillas de manera mecánica, como máquinas. ¿Para qué todo este sella que te sella? Nadie lo sabe, pero todos lo hacen, supongo que tendrá algún sentido. Según el aviso que había colgado allí, cerrarán el 28 de abril las letras de la X a la Z.

Bajo la lluvia avanzaban lentamente algunos carros en dirección al centro de la ciudad, cubiertos con lonas completamente empapadas. Debajo de las lonas había soldados. Por primera vez veía tipos barbicanos, sucios, verdaderos soldados del frente de batalla, todos viejos. Tiraban de los carros caballos rusos, oscuros por la lluvia. La carga de los carros: paja. Esto no tiene ya aspecto de guerra relámpago motorizada.

De regreso a casa me colé en el jardín abandonado del catedrático K., por detrás de las ruinas negras de la casa. Hice un ramo de crocos y arranqué algunas lilas. Le llevé unas cuantas a la señora Golz, una vecina del antiguo edificio donde vivía. Nos sentamos una frente a la otra en torno a una mesa de cobre, y nos pusimos a charlar. Bueno, no charlábamos precisamente, hablábamos vociferando para entendernos a través del fragor de los disparos de la artillería que habían comenzado de nuevo. La señora Golz con voz quebrada: «Estas flores, estas bellísimas flores...» Y las lágrimas le caían deslizándose por el rostro. Mi estado de ánimo era horrible también. La belleza duele ahora. Todo está impregnado de muerte.

Esta mañana temprano se me ha pasado por la cabeza la de muertos que he visto ya en mi vida. El primero fue el señor Schermann. Yo contaba en aquel entonces cinco años, él setenta. Gris plateado sobre seda blanca, cirios en la cabecera, importante y encumbrado. Así pues, la muerte era solemne y bella. Hasta que en 1928 me mostraron a Hans, el hermano de Hilde y Käte P., fallecido el día anterior. Yacía allí en el sofá como un fardo de ropa, la barbilla sujeta con un pañuelo azul, las rodillas torcidas...; una basura, un don nadie. Más tarde fueron parientes muertos, uñas azuladas entre flores y coronas de rosas. Luego en París aquel a quien atropellaron bañado en su propia sangre. Y el muerto por el frío en Moscú...

Muertos sí, pero no he visto nunca a nadie morirse. Esta experiencia la tendré con toda seguridad muy pronto. No creo que sea en mis propias carnes. Me he topado ya tantas veces con la muerte de cara que me siento de alguna manera a salvo. Éste es con toda probabilidad un sentimiento muy vivo en la mayoría de las personas. ¿Cómo, si no, podrían estar tan animadas en medio de tanta muerte? Una cosa está clara: la amenaza a la propia vida potencia las fuerzas vitales. La llama de mi vida es mayor y más impetuosa que antes de los bombardeos. Cada nuevo día de vida es un día triunfal. Se es una superviviente un día más. Se le hace frente a la adversidad. Una se yergue aún más y al mismo tiempo tiene con más firmeza los pies en la tierra. Por aquel entonces,

cuando nos bombardearon por primera vez, escribí a lápiz en la pared de mi habitación unos versos en latín que todavía recordaba muy bien:

Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae.

Por aquel entonces todavía se podían enviar cartas al extranjero. En una carta a mis amigos D. de Estocolmo les escribí acerca de la intensidad de nuestra existencia amenazada y les cité los versos anteriores, en parte para fortalecerme a mí misma, para realizar una exhibición de fuerza. Al hacerlo tuve una ligera sensación de compasión, como si yo, de pronto adulta y autorizada a estar en el núcleo fuerte de la vida, me dirigiera a niños inocentes a quienes hay que tratar con cuidado.

DOMINGO, 22 DE ABRIL DE 1945, UNA DE LA MADRUGADA

Estaba arriba echada en la cama, soplaba el viento a través de los cristales rotos. Me encontraba en un duermevela con un ladrillo en los pies que había calentado durante horas con la diminuta llama de gas. Hacia las ocho de la tarde llamó la señora Lehmann a la puerta: «Vamos, ya no hay alarma ni sirenas. Venga usted también, los demás ya están abajo.»

Un descenso peligrosísimo por la escalera. El tacón del zapato se salió de pronto por el canto de un escalón. Un susto de muerte, me pude agarrar por suerte a la barandilla. Seguí adelante, con las rodillas temblándome. En aquel pasillo oscurísimo estuve buscando a tientas un buen rato, con el corazón en un puño, hasta que di por fin con el asidero de la puerta del refugio.

Dentro, una imagen nueva. Todo aquel que llegaba se hacía una cama. Por todas partes almohadas, edredones, tumbonas. Con mucho esfuerzo me abrí camino hasta mi asiento. La radio ha enmudecido, ya no da señales la emisora del aeropuerto. La lamparilla de petróleo parpadea débilmente. Caen algunas bombas, luego la calma. Aparece Siegismund, que sigue manteniendo el pendón en alto. Schmidt, el de las cortinas, murmura algo acerca de Bernau y Zossen, localidades donde al parecer están ya los rusos. Siegismund, en cambio, anuncia el punto de inflexión. Estamos sentados, las horas avanzan muy lentamente, la artillería cañonea, unas veces lejos, otras más cerca. «No vaya a su casa del cuarto piso», me exhorta la viuda del boticario. Y me ofrece un alojamiento para pasar la noche en su casa, en la primera planta. Trepamos por la escalera de caracol trasera. (En otro tiempo denominada «escalera de servicio».) La escalera es un pasadizo estrecho. Crujen esquirlas de cristal bajo mis pies, el aire silba a través del tragaluz abierto. Un sofá me acoge en la parte delantera de la vivienda, en la pequeña habitación que está junto a la cocina, me

permite dos horas de sueño bajo una colcha de lana que huele a desconocido. Hasta que a eso de la medianoche volvieron a caer bombas en las proximidades y tuvimos que refugiarnos de nuevo en el sótano. Horas nocturnas miserablemente largas. Estoy demasiado cansada para seguir escribiendo aquí abajo...

A la mañana siguiente, aproximadamente a las diez, en la buhardilla. Aguantamos en el refugio hasta las cuatro. Subí sola a mi vivienda en la buhardilla y me calenté una sopa de nabos con el escaso gas. Pelé patatas, cocí mi último huevo, bueno, me lo comí casi líquido, y me rocié el cuerpo con las últimas gotas de agua de colonia. Resulta extraño comprobar la cantidad de cosas que una hace ya por última vez, quiero decir, por última vez hasta que sea posible una próxima vez, un tiempo éste incontable, seguramente muy largo. ¿De dónde podría sacar otro huevo? ¿De dónde el perfume? Así pues, me obsequio con estos placeres poniendo toda mi conciencia y mi atención. Después me fui vestida a la cama, dormí a ratos, entre pesadillas. Pero ahora tengo que salir, tengo que ir a comprar...

De nuevo en la buhardilla, las dos del mediodía. Afuera llovizna, ya no hay periódicos. Sin embargo, la gente se precipitó puntualmente a los puntos de reparto anunciados y al parecer hubo algunos que exigieron a gritos notas de prensa o ediciones extraordinarias. Ahora tenemos una especie de correo boca a boca. Todo son rumores.

Nos dan un anticipo en especias, tal como lo llaman ahora de manera oficial: carne, embutidos, cereales, azúcar, conservas y achicoria. Me coloqué en una cola enorme. Estuve dos horas bajo la lluvia y finalmente me dieron 250 gramos de sémola, 250 gramos de copos de avena, 2 libras de azúcar, 100 gramos de achicoria y una lata de colinabo. Me faltan aún la carne y los embutidos, y el café en grano. En la carnicería de la casa que hace esquina hay todo un gentío. De las dos puertas salen unas colas interminables de cuatro en fondo, bajo un buen chaparrón. ¡No! En la cola donde estaba yo se susurraban diferentes rumores: en Köpenick se han rendido los nuestros. Wünsdorf ocupada. Los rusos se encuentran en el canal de Teltow. Por cierto, de pronto, y como por común acuerdo, ninguna mujer hablaba ya «de eso».

Tras semejantes conversaciones en las colas de espera, en las que involuntariamente una va rebajando su discurso en la forma y en el contenido y se va bañando en sentimientos de masas, siempre me siento pringosa y repugnante. Y, sin embargo, no quiero levantar ningún muro en medio, quiero entregarme a esa masa humana, quiero experimentar su destino, quiero formar parte de ella. Dilema entre el aislamiento altanero en el que transcurre por lo común mi vida privada y el impulso de ser como los demás, de pertenecer a una nación, de padecer la historia.

¿Qué otra cosa puedo hacer yo? Esperar. Los cañones antiaéreos y la artillería marcan la pauta de nuestros días. A veces deseo que todo hubiera pasado ya. Tiempos extraños. Una experimenta la historia de primera mano,

sucesos que luego serán canciones y textos. Sin embargo, ahora, en su proximidad se convierten en miedo y en pesada carga. La historia es muy pesada.

Mañana voy a ir por ortigas y algo de carbón. Entre nosotras y el hambre están las nuevas y escasas provisiones. Me inquietan mucho, lo mismo que al rico su dinero. Podrían ser destruidas por las bombas, robadas, devoradas por los ratones, confiscadas por el enemigo. Al final acabé colocando todos los chismes en otra caja de cartón del refugio. No obstante, aún puedo subir y bajar cómodamente las escaleras del refugio con todas mis pertenencias terrenales.

Por la tarde, ya en la penumbra de la noche. He vuelto a visitar a la señora Golz. Su marido estaba allí con ella, vestido con abrigo y bufanda ya que en la habitación hacía frío y había corriente. Mudos y apocados los dos. No comprenden ya nada de lo que ocurre en el mundo. Apenas cruzamos unas cuantas palabras. Fuera, todo el rato estruendos metálicos. De vez en cuando el tronar seco de la artillería antiaérea, como si entre el cielo y la tierra estuvieran sacudiendo el polvo de gigantescas alfombras.

El eco de los disparos queda apresado en los patios. Por primera vez comprendí la expresión «el estruendo de la artillería» que hasta entonces tenía yo en el mismo nivel que «valiente como un león» y «de pelo en pecho». La expresión es realmente buena.

Fuera, chaparrón y tormentas. Por el portal de casa vi pasar tropeles de soldados. Iban arrastrando cansinamente los pies. Algunos cojeaban. Mudos, ensimismados, iban trotando sin marcar el paso en dirección al centro de la ciudad. Los rostros mal afeitados y enflaquecidos, en las espaldas mochilas muy pesadas.

«¿Qué sucede?», les grito. «¿Hacia dónde van?»

Nadie responde. Uno gruñe unas palabras ininteligibles. Otro dice con claridad hablando para sí: «El Führer ordena, nosotros le seguimos hasta la muerte.»

Todas esas figuras dan mucha pena. Ya no son hombres. Una sólo puede compadecerse. Ya no se espera nada de ellos, ni pueden crear ninguna expectativa. Producen un efecto de cautivos, de derrotados. A nosotras, que estamos en el bordillo de la acera, nos miran con apatía, sin vernos. Por lo visto, nosotros, pueblo o civiles o berlineses, o lo que seamos, les somos indiferentes, incluso molestos. No creo que se avergüencen de su aspecto deteriorado. Son demasiado apáticos y están demasiado cansados para darse cuenta. Extenuados de tanto combate. No quiero mirarles más.

En los muros hay unas letras escritas con cal sucia y desgastada que, por lo visto, deben guiar a las tropas a algún lugar de encuentro. En el arce de enfrente hay dos carteles clavados con chinchetas. Son cartones pintados pulcramente a mano con lápices de colores rojo y azul. Abajo están pintadas las palabras «Hitler» y «Goebbels». Uno de los carteles advierte sobre la capitulación y amenaza con la horca y el fusilamiento. El otro, titulado «Exigencias a los

berlineses», advierte acerca de los rebeldes extranjeros y hace un llamamiento a todos los hombres para que luchen. Los letreros no llaman la atención de ninguna manera. Esos garabatos a mano producen un efecto lamentable, de poca seriedad, como si se tratara de un cuchicheo.

Sí, la técnica nos ha vuelto muy finos. Que no podamos servirnos de la rotativa ni utilizar los altavoces nos parece ya miserable. ¿Qué no ha de parecemos algo escrito a mano o pronunciado a viva voz? Nuestra técnica ha devaluado incluso el efecto de la palabra y de la escritura. Voces aisladas, carteles pintados a mano, noventa tesis en la puerta de una iglesia en Wittenberg. Con ello se desencadenaron en otro tiempo rebeliones populares. Hoy en día, para que algo produzca un efecto, tiene que estar más inflado, debe propagarse, tiene que multiplicarse y potenciarse mediante aparatos. Una mujer, estudiando los carteles de cerca, lo resumió en una frase: «Aquí tenemos la prueba de que esos dos colegas están ya hechos polvo.»

En el sótano, las diez de la noche. Después de la sopa me permití ir arriba a reposar un poco en la cama, y luego me volví abajo. Ya estaba todo el grupo reunido en pleno. Hoy hay pocos disparos, y a pesar de que ya es la hora, no ha habido hasta el momento ningún ataque aéreo. Estalla una alegría nerviosa. Circulan todo tipo de cuentos. La señora W. dice: «Más vale un ruso en la barriga que un americano en la cabeza.» Un chiste que no cuadra para nada con su crespón de luto. La señorita Behn cacarea por todo el refugio: «Pero seamos sinceras... Ya no somos vírgenes ninguna, ¿verdad?» No le contesta nadie. Me pongo a pensar quién podría serlo. Probablemente la hija pequeña del portero, que acaba de cumplir los dieciséis años y a quien vigilan estrechamente desde el desliz de su hermana mayor. Y seguro que también Stinchen con sus dieciocho años y que ahora dormita allí enfrente en paz, si es que no me falla mi sentido fisiognómico por los rostros de las chicas jóvenes. Más dudoso me parece el asunto al contemplar a la chica que parece un chico. Pero ése es un caso especial.

Hay una mujer nueva en el refugio del sótano, hasta hoy iba siempre seis manzanas más allá hasta el búnker público que tiene fama de ser seguro. Vive sola en su piso, no sé si ha enviudado, ha sido abandonada, o es divorciada. Su mejilla izquierda está atravesada por un eczema con pus. Va contando, primero entre susurros y más tarde en voz alta, que se ha cosido el anillo de bodas en el elástico de las bragas. «Si llegan hasta ahí, el anillo me importará un pito.» Carcajada general. Después de todo, los eczemas con pus en el rostro deberían proteger de tales experiencias. Algo valioso en estos días.

LUNES, 23 DE ABRIL DE 1945, NUEVE DE LA MAÑANA

Una noche desconcertantemente tranquila, apenas hubo disparos de la

artillería antiaérea. Apareció un nuevo ciudadano en el refugio, el marido de la mujer de Adlershof cuya casa bombardearon y que se guarece en casa de su madre. El marido llegó vestido de uniforme y a escondidas. Una hora más tarde iba de civil. ¿Por qué? Nadie habla de ello, nadie le presta atención. Es un soldado del frente curado de espantos. Todavía produce un efecto de fortaleza. Nos resulta grata su presencia.

La deserción parece de pronto algo natural, incluso agradable. No puedo por menos de pensar en los trescientos espartanos del rey Leónidas que resistieron en las Termópilas y cayeron tal como ordenaba la ley. Eso lo aprendimos en la escuela, nos querían impresionar. Puede que aquí o allá haya trescientos soldados alemanes que se comporten de manera similar. Tres millones, no. Cuanto más grande y ocasional es el tropel, tanto menor es la posibilidad de un heroísmo de libro de texto. Desde casa, nosotras, las mujeres, tenemos poca comprensión para esos actos. Somos razonables, prácticas, oportunistas. Estamos a favor de los hombres vivos.

Hacia medianoche casi me caigo de mi asiento en el sótano de puro cansancio (¿dónde podría agenciarme algo para estar echada?), y me fui dando tumbos por la escalera de caracol llena de cristales rotos hasta el primer piso, donde dormí hasta las seis en el sofá de la viuda del boticario. Escuché con asombro que en ese rato se habían producido varios bombardeos. Y yo consultando con la almohada.

En la panadería había panecillos, los últimos. También eran mis últimos cupones para el pan. No parece que vaya a haber pronto nuevas cartillas de racionamiento. Ya no hay órdenes, ni noticias, nada. Ya no hay nadie que se preocupe de nosotras. De pronto somos individuos, ya no somos compatriotas. Todas las antiguas relaciones entre amigos y compañeros de trabajo están en vía muerta si la distancia entre ellos es de más de tres manzanas. La cueva, la familia, como en la prehistoria. El horizonte está a cien pasos.

En la panadería se rumoreaba que los rusos están ya cerca de Weissensee y en Rangsdorf. En la playa de Rangsdorf me he bañado yo muchas veces. Pronuncio las siguientes palabras en voz alta para mí, a modo de prueba: «Los rusos en Rangsdorf.» No me dicen nada. Hoy, en el este, el cielo ardía en rojo, interminables incendios.

De regreso de procurarme carbón, la una del mediodía. Yendo hacia el sur percibía con claridad que me iba derecha al frente de batalla. El túnel del tren de cercanías está cerrado. La gente que estaba delante decía que al otro extremo del túnel había un soldado ahorcado, en calzoncillos, con un letrero con la palabra «traidor» colgado del cuello. Está colgado tan bajo que se le pueden tocar las piernas. Eso lo contó uno que lo había visto con sus propios ojos y que había echado de allí a los mocosos que se divertían haciendo girar el cadáver.

La Berliner Strasse está desierta, medio levantada y bloqueada con barricadas. Delante de las tiendas, colas. Rostros opacos bajo el estruendo de la artillería antiaérea. Camiones en dirección al centro de la ciudad. Entre ellos, y a

paso ligero, figuras sucias, salpicadas de barro, con la mirada vacía, con vendajes miserables. Una caravana de carros cargados de heno. Llevando las bridas, cabezas canas. En la barricada tiene montada la guardia la milicia del Volkssturm con uniformes de lo más variopinto, confeccionados con retales. Hay allí muchos críos, rostros imberbes bajo cascos de acero demasiado grandes. Al escucharlas, sus voces claras producen estupor. Tendrán a lo sumo quince años. La guerrera del uniforme les cuelga por todas partes cubriendo sus cuerpos delgados y diminutos.

¿Por qué el sentimiento repudia tan virulentamente este infanticidio? Si tuvieran tres o cuatro años más, consideraríamos del todo natural que estos críos murieran a tiros o destrozados por las bombas. ¿Dónde colocamos el listón? ¿Cuando cambian de voz, quizás? Pues, en realidad, lo que más me tortura en su recuerdo son las voces agudas y claras de esos enanos. Soldado y hombre eran hasta ahora conceptos idénticos. Y un hombre es un ser procreador. Que se desperdicie a estos muchachos antes de madurar tiene que contravenir por fuerza alguna ley de la naturaleza, va en contra de los instintos elementales, en contra del instinto de conservación de la especie. Como ciertos peces o insectos que devoran a sus crías. Eso no debe ocurrir entre seres humanos. Y que esté, sin embargo, ocurriendo es un síntoma de locura.

En el edificio de la editorial, abandonado ahora por todos sus empleados, los sótanos están a rebosar de carbón. La mujer cuya casa bombardearon y a quien destinaron a nuestro refugio me asalta en el sótano a preguntas sobre qué hacer de ahora en adelante. Parece que su hija mayor, madre de un bebé de ocho semanas, se ha quedado desde ayer sin leche. De pronto ya no puede alimentar a su bebé, y el pequeño berrea. Ahora están preocupados todos pensando cómo sacar adelante a la criatura, ya que no queda leche de vaca. Le propuse a la joven madre que probara a tomar hierbas silvestres. Quizás así le subiría de nuevo la leche. Las dos nos agachamos hacia la hierba del jardín, mojada por la lluvia, y, con las manos protegidas con pañuelos, arrancamos los brotes nuevos de ortigas que crecían junto al muro. Y también algunos dientes de león que encontramos. Olor a hierbas y olor a tierra, prímulas, espino de tonalidad rosácea, primavera. Pero ya viene aullando la artillería antiaérea.

Llené una mochila de hulla, y cargué con ella. Pesaba aproximadamente medio quintal. No obstante, en el camino de vuelta adelanté a un destacamento de soldados. Volví a ver armas por primera vez en todos estos días: dos lanzagranadas, una ametralladora, algunas cajas con munición. Jóvenes que llevan las cananas en bandolera, como un adorno de bárbaros.

Hacia mediodía hubo un entierro en nuestra calle. Lo supe de oídas, la viuda del boticario estuvo presente. Una chica de diecisiete años, la metralla de una granada le arrancó la pierna, murió desangrada. Los padres enterraron a la chica en el jardín de su casa, detrás de unos groselleros silvestres. Como ataúd utilizaron el armario escobero.

Tenemos incluso la libertad de sepultar a nuestros muertos donde nos

place, como en la prehistoria. Me viene a la mente el recuerdo de la muerte de un perro dogo en mi viejo edificio, que finalmente fue enterrado en el jardín de la casa. Pero hay que ver la que se armó; el propietario de la casa, el portero, otros inquilinos..., todos se oponían. Y ahora es un ser humano, y nadie tiene nada en contra, sí, incluso creo que esta cercanía les proporciona algo de consuelo a los padres. Y me sorprendo a mí misma poniendo tumbas en mi imaginación a nuestros pequeños jardines entre las casas.

Las cuatro de la tarde, en la buhardilla. He tenido una gran alegría. Acabo de hacer una visita de consuelo a la señora Golz y medio jugando descolgué el teléfono. Para mi sorpresa se oyó ruido en la línea, lo cual no sucedía desde hacía muchos días. Marqué el número de Gisela... y descolgó. Vive más o menos a una hora de aquí, en Berlín Oeste. Un intercambio ansioso de palabras. No podíamos parar de hablar. La empresa de Gisela se ha ido al garete. El jefe se ha ido zumbando hacia el oeste. Ha abandonado a los empleados a su suerte tras pronunciar ante ellos un brillante discurso de despedida. Nos han abandonado, escuchamos con el oído atento al vacío, estamos solas.

Gisela me contó que tenía ahora la misma edad que su padre cuando cayó en Verdún, en la Primera Guerra Mundial. Nunca vio a su padre en persona. En estos días, dice, no puede por menos de pensar mucho en él, se imagina charlando con él, como si ahora le tocara el turno a ella, como si fuera pronto a encontrarse con él. Nunca nos habíamos hablado así, contándonos estas cosas, nos habría dado mucha vergüenza abrir nuestro corazón de esa manera. Ahora emerge lo más profundo que habita en nosotras. Adiós, Gisela, las dos hemos llegado hasta los treinta, quizás volvamos a vernos sanas y salvas.

De vuelta a la cueva del sótano, lunes, las ocho de la tarde. Hoy, al atardecer se han producido los primeros impactos de la artillería en la esquina de la casa. Bufidos, silbidos, chirridos, shiuuuuu. De repente una llamarada. Gritos de terror en el patio. Corrí dando traspiés escaleras abajo. Oí que los impactos habían sido en el cine. El enemigo nos tiene en su punto de mira. Por lo demás, todo Berlín se teme un último ataque americano con una lluvia de bombas. Pero nosotras tenemos nuestras dudas porque los rusos ya están aquí, y ese legendario ataque ocasionaría víctimas entre ellos.

Un nuevo rumor campea en nuestro refugio. La esposa del fabricante de licores lo sabe de fuentes altamente secretas y muy fidedignas, y lo anuncia sacando pecho: «Ami y Tommy han reñido con Iván y piensan ahora aliarse con nosotros para echarlo nuevamente del país.» Risas burlonas y discusiones. La fabricante de licores se siente gravemente ofendida y de la rabia que le da se pone a hablar en su dialecto sajón. Hasta ayer pernoctaba con su marido en la fábrica de licores (bastante pequeña), situada detrás de la Moritzplatz. Ayer regresó a su piso y a nuestro refugio para mantener la posición aquí. Su marido se quedó allí con las botellas y los alambiques para destilar... y con una pelirroja llamada Elvira, como todo el mundo en el refugio sabe.

Por lo demás seguí con las compras. Poco antes del cierre de las tiendas

adquirí 150 gramos de harina de sémola. En la esquina, de pronto, gritos y carreras. En la tienda de Bolle descargaron un camión, introdujeron en el establecimiento grandes cantidades de mantequilla rancia para su reparto. Una libra por cabeza. Y eso no es todo. ¡Lo preocupante es que la dan gratis! Te sellan simplemente la cartilla, nada más. ¿Se trata acaso de las primeras señales de pánico? ¿O de una señal de racionalidad más allá de la burocracia? En un abrir y cerrar de ojos se produjo un aglomeración delante de la puerta de la tienda. Gente sacudiéndose con los paraguas, dándose de puñetazos. Estuve aguantando también yo aquellos empellones durante unos minutos. Llegué a oír algo referente a reservas, refuerzos y tanques alemanes en marcha desde no sé dónde... Una señora dice haber escuchado algo similar la pasada noche a través de un receptor de radio. Dejé correr entonces lo de la mantequilla, no voy a pelearme por ella. Por lo menos hoy no. Quizás tenga que aprender a hacerlo pronto.

Noche tranquila. Tiroteo lejano. Los habitantes del refugio están completamente destrozados hoy. No se oye ningún sonido, ninguna palabra. Sólo ronquidos y la respiración a modo de gemidos de los niños.

MARTES, 24 DE ABRIL DE 1945, MEDIODÍA

Sin noticias. Estamos aislados. Hay algo de gas, pero a cambio nos han dejado sin agua. Desde la ventana veo abajo montones de personas a las puertas de las tiendas. Continúan las peleas por la mantequilla rancia que dan gratis. Pero hoy ya sólo dan un cuarto de libra por cartilla. Cuento a cuatro policías municipales que justo ahora tratan de calmar los ánimos de la multitud. Y encima llueve.

En este momento estoy sentada en la repisa de la ventana, en el primer piso, en casa de la viuda del boticario. Hace pocos instantes entró ésta en casa muy alterada. En la cola de la carne, ante la tienda de Hefter, ha impactado de lleno una bomba. Tres muertos, diez heridos..., pero la gente ya está haciendo cola otra vez. La viuda escenificó cómo los presentes limpiaban con sus mangas las salpicaduras de sangre de las cartillas de racionamiento de la carne. Y dice a continuación: «Bueno, sólo tres muertos. ¿Qué es eso si se lo compara con un ataque de la aviación?» Sí, podemos considerarnos afortunados.

Sin embargo, no puedo evitar asombrarme. Con algunos cuartos de vaca y algunos morros de cerdo a la vista resiste hasta la más floja de las abuelas. Ahí están, como muros, cuando hace poco salían pitando hacia el búnker en cuanto retransmitían alguna noticia de que unos cazas sobrevolaban Alemania central. Como mucho, las mujeres se protegen la cabeza con un cubo o con un casco de acero. Familias enteras se turnan en las colas; cada miembro aguanta unas horas. Sigo sin decidirme a hacer la cola de la carne, todavía es demasiado larga

para mí. Y nada menos que carne. Hay que consumirla enseguida cuando te la dan. Me parece que a toda esta gente les persigue el sueño de comer de verdad una vez, una única vez, hasta quedar saciados por completo, como si se tratara de la última comida del condenado a muerte.

Las dos del mediodía. Hace un momento salió un rayo de sol. Sin pensarlo un solo instante corrí al balcón que da al patio interior y me tosté un rato al calor del sol, sentada en una silla de mimbre..., hasta que una serie de obuses pasaron volando a toda mecha por encima de mí. Me había olvidado por completo de la guerra. En realidad tengo una extraña sensación de vacío en la cabeza. Me he sobresaltado mientras escribía, algo ha impactado cerca de donde estoy. El cristal de una ventana se hizo añicos. El hambre vuelve a torturarme a pesar de tener el estómago lleno. Siento la necesidad de ponerme a masticar cualquier cosa. ¿De qué vivirá ahora, sin leche, el niño de pecho? Una anciana recomendó ayer en la cola, cuando la conversación versó en torno a la mortalidad infantil, que a falta de leche se les diera a los más pequeños pan masticado y bien ensalivado.

¡Qué criatura tan desgraciada es un lactante de una gran ciudad cuando falla el mecanismo artificial de la distribución de la leche! Aunque las madres tengan hoy más o menos algo de comer y aunque puedan dar alimento ellas mismas..., eso que ya se nos echa encima a todas sin piedad, les secará la fuente del todo. Por suerte, el pequeño de nuestro refugio tiene ya año y medio. Ayer vi cómo alguien le pasaba a la madre algunas galletas para el crío. Fue el único día que vi a alguien dar algo a otra persona. Lo normal en estos días es que cada uno guarde y oculte lo que tiene, y nadie piensa en absoluto en dar nada.

De nuevo en el refugio. Las nueve de la noche. Al atardecer apareció una desconocida y nos pidió a la viuda y a mí que fuéramos con ella al hospital militar a echar una mano.

En el horizonte humo y rojez. El este está incendiado. Se dice que los rusos se encuentran ya en la Braunauer Strasse. Braunau, por descontado, el lugar donde los ojos de Adolf vieron la luz por primera vez. Me viene a la mente un chiste de refugio que escuché ayer: «¡Hombre, lo bien que estaríamos ahora si ése hubiera sido un aborto!»

Ya en el hospital militar entramos en un cuarto lleno de humo. Frenética actividad masculina, riñas y gritos: «¡Ahí fuera en el coche tengo a uno con una bala en el pulmón!» «Sal de aquí, vete a otro sitio, ¿no oyes?, no tenemos camas libres.» El sanitario se alborota: «Pero si me han enviado precisamente aquí.» «¡Fuera, sal de aquí, o...!» El suboficial amenaza con los puños. El conductor se larga, pero con rabia y echando pestes.

Por el pasillo caminan lentamente los heridos leves, uno descalzo con una mano sangrante envuelta en un calcetín. Otro, también descalzo, va dejando rastros de sangre al caminar; las plantas de sus pies se despegan como si caminara por el barro. Rostros amarillos como la cera bajo vendajes con manchas rojas que se extienden rápidamente. Entramos en dos o tres cuartos

más.

En todas partes atmósfera masculina, mal olor, acampada militar, nervios. Uno nos echa una bronca: «Pero ¿qué buscan aquí?»

La mujer que vino a buscarnos dice con timidez que pasó uno en un coche diciendo que necesitaban mujeres para ayudar en el hospital militar.

«¡Tonterías! Aquí no tenemos nada para ustedes. Vuélvanse a sus casas.»

Curioso el tono despectivo, desdeñoso, con el que rechazan aquí la ayuda femenina. Como si fuéramos a apiñarnos en la boca de fuego o a jugar a los soldaditos. También aquí tengo que cambiar esas ideas aprendidas mecánicamente. En las guerras de antes, el papel de la mujer consistía en hacer de ángel bueno. En enrollar vendas. Una mano refrescante en las frentes calientes de los hombres, y siempre bien lejos de los disparos. Ahora ya no hay tales hospitales militares en nuestro país, lejos del frente. Ahora el frente está en todas partes.

No obstante, este hospital militar intenta seguir siendo una isla dentro del estrépito general. El tejado está pintado con cruces rojas gigantescas, y en el césped de delante de la casa hay pañuelos blancos extendidos formando una cruz. Pero las minas aéreas son imparciales, y en el diluvio de bombas no hay cobijos para la misericordia. Esto lo saben también los del hospital militar. De lo contrario no habrían almacenado tantas cosas en el refugio. Por las ventanas a ras de suelo se ven rostros de hombres a través de los barrotes.

De nuevo en el refugio de casa, las nueve de la noche. La gente está hoy en el sótano muy febril, alborotada, nerviosa, pasada de rosca. La de Hamburgo cuenta con sus eses sonoras que esta mañana pudo hablar por teléfono con amigos de la Müllerstrasse, en Berlín norte. «Ya somos rusos», le dijo su amiga. «Los tanques están pasando ahora mismo por abajo. Los Ivanes sonríen. Todo el pueblo está en la calle aclamando, ríen y hacen señas, muestran a sus hijos en alto...» El Wedding rojo, un viejo barrio de comunistas. Podría ser verdad. Enseguida se desata una vehemente disputa en torno a la noticia. Al final —opinan algunos—, ¿nos habrá vuelto idiotas la propaganda? Al final «ésos» no serán tan... Pero entonces interviene la chica refugiada procedente de la Prusia Oriental que nunca dice nada. Grita unas frases incoherentes en su dialecto. No encuentra las palabras adecuadas, gesticula con los brazos, chilla: «Ya verán, ya...», y vuelve a callar. La gente del refugio se calla también.

La fabricante de licores está empecinada en repetir un nuevo rumor: Ribbentrop y Von Papen acaban de tomar un avión para Washington para hablar personalmente con los americanos. Nadie le hace caso.

El refugio está tétrico. La lamparilla de petróleo humea. Los anillos fosforescentes, pintados en las vigas a la altura de los ojos para evitar golpearse con ellas en la oscuridad, emiten un brillo verdoso. Somos más ahora. La pareja de libreros se ha traído consigo el canario. La jaula está colgada de una viga y tapada con una toalla. Fuera, tiroteo. Dentro, silencio. Todos tratan de dormir o están dormidos.

MIÉRCOLES, 25 DE ABRIL DE 1945, POR LA TARDE

Recapitulo: hacia la una de la madrugada subí al primer piso desde el refugio del sótano. Me volví a recostar en el sofá de la viuda. De repente un bombardeo furioso, la artillería antiaérea bramando. Me quedo a la expectativa. Estoy tan dormida que me da todo igual. El cristal de la ventana está partido en dos. Por ella entra un viento con olor a quemado. Bajo la ropa de cama tengo una estúpida sensación de seguridad, como si la colcha o el edredón fueran de hierro. Y eso que dicen que la ropa de cama es de lo más peligroso. El doctor H. me contó que una vez tuvo que intervenir a una mujer cuya casa fue bombardeada mientras dormía. Tenía las partículas de las plumas del edredón tan metidas dentro de las heridas que apenas se las podían sacar. Pero siempre hay un momento en que una está tan muerta de cansancio que éste vence al miedo. Ése será el motivo por el cual los soldados del frente pueden llegar a quedarse dormidos incluso en el barro.

Me levanté a las siete de la mañana. El día comenzó con el estremecimiento de los muros. La batalla se nos viene encima con furia. Ya no hay agua, ni gas. Esperé durante más o menos un minuto de calma y subí corriendo los cuatro pisos hasta llegar a mi buhardilla. Igual que un animal que entra en su cueva y la encuentra cambiada, así entraba yo en las habitaciones, preparada en todo momento para un regreso precipitado al sótano. Agarré alguna ropa de cama y el neceser y me fui rápidamente de allí con todo al primer piso, a casa de la viuda. Las dos nos llevamos bien. En tiempos como éstos, se estrechan rápidamente los lazos entre las personas.

Con un cubo en cada mano me dirigí hacia la bomba de agua atravesando el recinto del cenador. El sol daba un calorcito tan agradable. Una cola larga para bombear agua. Todos accionaban la palanca para sí mismos; es pesada y difícil de mover, y chirría. De vuelta, un cuarto de hora a pie derramándose el agua de los cubos. «Todas somos hermosas burras de carga» (Nietzsche, creo). En la tienda de Bolle siguen dándose empujones a causa de la mantequilla gratis. En la tienda de Meyer hay una cola oscura, interminable, en la que únicamente se ven hombres; allí venden aguardiente, medio litro por cartilla, de todos los tipos disponibles.

Fui otra vez por agua. En el camino de vuelta, de repente un bombardeo. Del césped de delante del cine ascendió una columna de humo y polvo. Dos hombres que iban delante de mí se echaron cuerpo a tierra en la acera. Algunas mujeres corrieron hasta el portal más próximo y desaparecieron escaleras abajo. Yo me fui detrás de ellas, abajo, a un refugio completamente desconocido que no tenía ninguna iluminación. Me llevé los cubos conmigo, si no te los roban. Abajo, en una oscuridad total, un montón de gente espantada, inquieta. Una

voz de mujer sollozando: «Dios mío, Dios mío...» Y otra vez silencio.

¿Era eso un rezo? Tengo que retrotraerme a dos años atrás: me veo en el más mísero de todos los míseros refugios, en una verdadera cripta bajo una casa de pueblo de una sola planta. Una localidad de tres mil habitantes, sin mayor gloria, pero situada en el camino que conduce a la cuenca del Ruhr. Había una vela prendida en la penumbra, y las mujeres (pocos eran los hombres allí) rezaban el rosario, el del misterio de los dolores; me parece oírlo todavía, monótono, de carrerilla: «... que fue azotado por nosotros...». Y nuevamente los padrenuestros, los avemarías, monótonos, en voz baja, como un alivio, un remedio, tal como debe serlo también el «*om mani padme hum*» de la rueda de oraciones tibetanas. Y en medio, de vez en cuando, bramido de motores, alguna bomba que hacía temblar la llama de la vela. Y de nuevo: «... que cargó la pesada cruz por nosotros». En aquellos días podía yo palpar cómo el rezo ungía los agitados ánimos de los presentes, el bien que producía, la gran ayuda que significaba. Desde entonces no he vuelto a estar en un refugio en el que se rece colectivamente. Aquí en Berlín, en estos edificios de cuatro plantas tan variopintos y con pisos de alquiler, sería difícil encontrar una comunidad de orantes para rezar un padrenuestro en común. Seguramente se susurran también aquí los rezos, incluso más a menudo de lo que parece. Y se solloza un «Dios mío, Dios mío». Pero esa persona que solloza apenas será consciente de lo que dice, recurre a fórmulas vacías, las utiliza mecánicamente sin más.

Nunca me ha gustado la frase: «La necesidad enseña a orar.» Suena a sarcasmo, como sonaría por ejemplo: «La necesidad enseña a perorar.» Una oración extraída, por imposición del miedo y de la necesidad, de los labios de aquellos que en los buenos tiempos ni sabían lo que significaba un rezo, no es más que una mísera perorata.

No existe un dicho como: «La felicidad enseña a orar.» Una oración semejante de acción de gracias ascendería libremente como incienso aromático. Pero esto es pura especulación. Nuestro idioma alemán no se equivoca cuando hace que se parezcan como hermanas las palabras *beten*, «orar», y *betteln*, «mendigar». Hubo épocas en que la figura del mendigo formaba parte del paisaje de las puertas de las iglesias, como el picaporte; su presencia estaba, por decirlo así, legitimada por la gracia de Dios, como la del rey, de manera que éste tenía su extremo opuesto en la tierra, y el orante y el mendicante de Dios tenían a alguien frente al cual podían ejercer la función de Dios donante. Dicho lo cual sigo sin haber resuelto la cuestión de si el sollozo en el refugio a oscuras fue o no un rezo. Una cosa es segura: que es una suerte y un alivio poder rezar de manera sencilla y sin sentir vergüenza, bajo el tormento inmenso de nuestra desgracia y nuestro miedo. Yo no puedo..., todavía no. Sigo resistiéndome.

Cuando regresé de buscar agua, la viuda me envió a echar un vistazo a la cola de la carne. Allí había broncas continuas. Parece que el suministro de embutidos y de carne sigue interrumpiéndose con mucha frecuencia. Por el momento eso enfada a las mujeres mucho más que toda la guerra. Éste es

nuestro fuerte. Las mujeres tenemos siempre en mente lo más inmediato. Siempre nos alegramos de poder refugiarnos en lo presente evadiéndonos de las vueltas y revueltas sobre el futuro incierto. En estos momentos, el embutido tiene prioridad en esos cerebros y les quita perspectiva y rango a los grandes pero lejanos asuntos.

De nuevo en el refugio, hacia las seis de la tarde. No pude quedarme echada arriba mucho rato, me entró miedo porque hubo varios impactos certeros en las inmediaciones y cayeron gruesos pedazos de yeso encima de mi colcha de lana. Eché un sueñecito aquí abajo hasta que Henni vino de la panadería anunciando que habían hecho diana en la droguería, al lado del cine. El dueño murió en el acto. No se podía saber a simple vista si había sido por la metralla, por la onda expansiva o de un infarto. Henni dice que no sangraba. Del grupo de las hermanas flan se levanta una y pregunta con gesto distinguido: «Por favor, dígame..., ¿cómo la ha palmado el hombre ese?» Así hablamos ahora, ése es el nivel de nuestro lenguaje. La palabra «mierda» nos resbala fácilmente por la lengua. La pronunciamos con satisfacción como si con ello pudiéramos expeler las impurezas de nuestro interior. También en el plano lingüístico hacemos frente a la amenazadora humillación.

JUEVES, 26 DE ABRIL DE 1945, ONCE DE LA MAÑANA

Escribo con dedos temblorosos. Respiramos todavía yeso en polvo. Hace treinta minutos hicieron diana en el cuarto piso. Estoy sin aliento, he corrido al galope desde mi buhardilla convertida ahora en una pocilga de cascotes, metralla y cristales rotos. Adiós, mi casi-hogar, te has vuelto inhabitable por el momento.

He cogido todo tipo de cosas: una olla, toallas, gasas esterilizadas..., las cosas que se necesitan. Tengo la garganta reseca, me quema todavía del polvo de la cal. Aquí abajo no tengo nada para beber. Y arriba acaban de derramarse innumerables litros de agua de los radiadores. Tenemos...

Pero ¡alto! Antes quiero recapitular. Llevaba tiempo sin escribir y han sucedido, sin embargo, tantas cosas. Todo empezó ayer por la tarde, hacia las siete, cuando alguien llegó al refugio del sótano diciendo que en la tienda de la esquina estaban vendiendo polvos para hacer flan. Yo fui para allí también. Me puse a la cola. De pronto, bombas rusas. La cola se mantuvo en un principio, tan sólo nos dirigimos a un solar derruido que estaba al lado, como si realmente estuviéramos a salvo de las bombas entre las ruinas de la casa bombardeada. En dirección a la Berliner Strasse se divisaban humo y llamas. A continuación otra serie de bombas, esta vez más cercanas. Me olvidé de los polvos para hacer flan y me largué de allí a toda prisa por la calzada rumbo al refugio. Un hombre me gritó: «¡Camine pegada a los edificios!» Estruendos, lluvia de cascotes

salpicando alrededor. Por fin llegué al refugio aunque sin los polvos para hacer flan. La mujer del portero sollozaba porque su hija se había quedado en la casa de enfrente. Con el bombardeo no se había atrevido a cruzar la calle.

Llegó al cabo de media hora, sin los polvos para el flan. Como ella misma dice, ha tenido una suerte tremenda. Pudo apretujarse en el refugio de la tienda de la esquina instantes antes de que cayera una bomba delante de la casa. Uno de los que no cupieron en el refugio, un adolescente, recibió un impacto de metralla en el cráneo. La narradora pasó por encima del muerto al salir. Y nos ilustra cómo le manaba de la sien una sustancia blanquecina y rosácea. Mañana continuarán el reparto de los polvos para hacer flan. Dicen que hay de sobra en la tienda.

A eso de las nueve de la noche toda la gente del refugio se echó a dormir. La viuda ha preparado para mí también una especie de cama, y si bien está en la entrada, porque dentro, bajo los maderos puntales, ya no queda sitio, es, sin embargo, blanda y cálida. Me quedé dormida, me despertaron las bombas. Algo andaba lamiendo mi mano que colgaba por fuera. Era Foxel, el terrier del propietario de la casa, huido. Foxel, guapo, no tengas miedo. Estamos los dos solos en la entrada. En ella no hay maderos que apuntalen el techo, pero a cambio el aire es puro, y no nos molesta ningún ronquido ni ningún gemido.

Me levanté por la mañana muy temprano para ir a bombear agua. Fuera leí por primera vez en muchos días algo impreso, y además reciente. Un periódico llamado *Panzerbär.* Alguien lo ha pegado en la panadería al lado del escaparate. En él sale el parte de guerra del ejército. Es del martes, es decir de hace dos días. Según sus informaciones, a) el enemigo gana terreno, y b) se aproximan refuerzos alemanes. Además dice que Adolf y Goebbels están en Berlín y permanecerán aquí. Y en la estación de Schöneberg, según reza un reportaje muy pagado de sí mismo, cuelga a la vista de todo el mundo el cuerpo del soldado Höhne, desertor.

Desayuno en el refugio. Todos practican, en la medida de sus posibilidades, una especie de vida familiar. Sobre maletas, cajas y sillas, y valiéndose de manteles y de servilletas de papel, la gente prepara la íntima mesa del desayuno. Del cálido canasto del café salen cafeteras y teteras con bebidas preparadas sobre fuegos de leña o sobre infiernillos de alcohol. Se ven mantequeras, azucareros, tarros de mermelada, cucharas de plata. Está todo ahí. La viuda se saca de la chistera un café del bueno preparado en su cocina con el fuego encendido con unas cajas de champán hechas pedazos. Sienta muy bien. Por todas partes aire enrarecido y riñas. La gente del refugio se dan la lata unos a otros.

Poco antes de las diez cayó un zambombazo sobre el tejado de la casa. Una sacudida terrible, gritos. Pálida como la nieve llegó la mujer del portero, dando tumbos, se agarró a una viga. Apoyada en su madre le siguió Stinchen, la muchacha de dieciocho años. El cabello blanquecino de cal le caía hirsuto sobre el rostro junto a algunos hilos de sangre. La pilló cuando atravesaba el patio.

Incluso el pajarito en su jaula sentía la alteración general de todos, zigzagueaba de un lado a otro y piaba con un canto estridente.

No fue hasta un cuarto de hora más tarde cuando alguien se dio cuenta de que los radiadores perdían agua. Nosotros..., corriendo arriba. Eso no quiere decir que fuéramos todos. La mujer del alto funcionario de Correos, por ejemplo, agitó un certificado médico a la vista de todos y gritó que su marido estaba enfermo del corazón y no podía subir con todos por esa razón. También Schmidt, el de las cortinas, se lleva inmediatamente sus pecosas pezuñas de viejo al corazón. Hay otros muchos que titubean, hasta que la señorita Behn, convertida en yegua caponera, aulló: «Imbéciles, no decís más que tonterías y arriba se os están inundando las habitaciones», y fue la primera en subir sin volverse a mirar si alguien la seguía. Detrás subimos unas quince personas más.

El tercer piso era un lago, y el agua seguía saliendo sin parar. Trabajábamos a destajo, el agua se filtraba desde arriba, caminábamos con el agua hasta los tobillos, escurríamos las alfombras, achicábamos agua con palas y las vaciábamos sin vacilar por las ventanas a la calle, deslumbrante por la luz del sol y completamente vacía. Todo el rato oíamos impactos de bomba, algunos muy cerca. Un torbellino de esquirlas de cristal y trozos de cal cayó chapoteando una vez en el agua, pero sin herir a nadie.

Mojados y completamente desquiciados regresamos gimnásticamente al sótano. Agité los calcetines mojados, con los pies dentro se entiende, y me puse a pensar: ¿fue aquél un acto racional o irracional? No lo sé. En cualquier caso fue un acto soldadesco. La subteniente Behn salió al asalto, un pelotón de voluntarios la siguió y aseguró bajo el fuego enemigo y con riesgo de sus vidas las propias líneas amenazadas. (No puede hablarse en absoluto de locura de conservación de alfombras; de los que fuimos éramos muy pocos los que teníamos algo que ver directamente con los pisos encharcados... Yo misma, por ejemplo.) Obedecimos la orden a ciegas, sin preocuparnos por nuestro pellejo. ¡Qué pena que no haya canción ni libro de heroicidades que perpetúen acciones semejantes, y que no esté prevista ni siquiera una cruz de hierro para ellas! Una cosa sí sé sin embargo: que en el ajetreo de la batalla, mientras una está ocupada en algo con intensidad, no se piensa en nada. Ni siquiera se siente miedo cuando una está completamente distraída y absorta.

¿Fuimos valientes? Eso dicen. ¿Es la señorita Behn, la yegua caponera, una heroína? Como subteniente le habrían otorgado ciertamente la cruz de hierro. Así que tengo que reestructurar inmediatamente mi manera de pensar acerca del heroísmo y del valor en la batalla. Bueno, tampoco hay para tanto. Das un paso y enseguida los pies te arrastran a seguir caminando.

Es típico también que en el ajetreo de achicar agua no pensara yo para nada en mi propia buhardilla. Fueron otros quienes tuvieron que decirme que quizás la explosión podría haber afectado también a mi vivienda. Salí disparada para arriba... y me encontré la pocilga ya descrita. Así que a partir de ahora tendré que alojarme en casa de la viuda. Ella está muy conforme. Tiene miedo de estar

tan sola en su piso. Al realquilado que vivía con ella lo reclutaron el mes pasado para las milicias del Volkssturm. Quién sabe si todavía vive. Ésas son las cosas que pensamos. Pero no las decimos.

Cuatro horas después, las tres de la tarde, de nuevo en el refugio del sótano. Otra vez sin aliento, otra vez vuelvo a escribir con dedos temblorosos, y con motivo.

Cuando al mediodía hubo algo de calma fuera, salí al portal y dejé que el sol me calentara la espalda mojada. Junto a mí el panadero. Entonces pasó un hombre corriendo a nuestro lado, venía del antiguo cuartel de la policía municipal y llevaba bajo el brazo un lomo sanguinolento de vaca. Al pasar dijo: «Dense prisa, lo están repartiendo todo ahí enfrente.»

Nosotros, fue mirarnos y salir corriendo hacia allí, tal como estábamos, sin mochila, sin nada. Henni, la de la panadería, que siempre anda husmeándolo todo, echó a correr detrás de nosotros. El sol quema, y se produce otro tiroteo suave. Avanzábamos a buen paso, encorvados y pegados a las paredes de las casas. En la esquina había soldados de pelo cano sentados en la acera, seguramente eran de las milicias del Volkssturm; no nos miran, tienen la cabeza pegada a las rodillas. Ante el cuartel de la policía hay mucha gente con cestos, sacos, bolsas. Corro por el primer pasillo; hace fresco, está oscuro y completamente vacío, así que me he equivocado.

Vuelvo atrás a toda prisa, oigo delante de mí jadeos y golpes de tanteo y llamadas: «¡Aquí, es aquí!» Yo había cogido fuera una caja pequeña que estaba por ahí tirada.

En la penumbra reinante me voy golpeando con otras personas. Me dan patadas en las espinillas. De pronto me encuentro en un sótano, completamente a oscuras. Se oyen jadeos de personas, gritos de dolor, una lucha a brazo partido en la oscuridad. No, esto no es un reparto. Esto es un saqueo.

Una linterna se enciende súbitamente. Diviso estantes con latas de conserva y botellas, pero sólo en la parte de abajo, los estantes de arriba ya se los han pulido. Me agacho, me tiro al suelo y del estante más bajo voy sacando botellas, cinco, seis, y las voy metiendo en mi caja. A oscuras doy con una lata de conservas, entonces alguien me pisa los dedos y una voz de hombre grita: «¡Eso es mío!»

Me dirijo con lo mío a la puerta, a la habitación de al lado. Un rayo mortecino de luz se cuela a través de una grieta de la pared. Alcanzo a ver panes, filas enteras, pero de nuevo únicamente en el estante inferior. Agarro algunos, me arrodillo en el suelo, y revuelvo todo buscando a tientas. Tengo las rodillas mojadas en vino, lo huelo. Toco esquirlas de cristal, meto todo el pan que puedo en mi caja. Saco la carga que ya es demasiado pesada y casi no puedo levantar. La llevo a rastras hacia la salida al final del pasillo, con una claridad deslumbrante que parece estar haciéndome señas.

Fuera me topo con el panadero. También él ha pillado algunos panes y los apretuja en mi caja. Entra de nuevo corriendo en el edificio para coger más

cosas. Yo me quedo anclada a mi caja, a la espera. El panadero regresa con conservas, platos de porcelana, toallas y un ovillo de lana para hacer punto que está enredado y es de color azul claro.

De pronto aparece también Antoine —el belga bajito que trabaja en la panadería— llevando consigo una pierna de vaca. Y Henni llega y trae Chartreuse en botellas panzudas. Y dice con tono enojado: «Todo esto estaba ahí dentro, todo. Café, chocolate, aguardiente. ¡Jo, cómo vivían los colegas!» Y vuelve a entrar en la casa. Yo vigilo mi caja. Un hombre se aproxima, con su chaqueta ha hecho un saco y ha metido en él algunas botellas de licor. Mira con ansiedad los panes de mi caja: «¿Me puede dar uno?» Yo: «Sí..., a cambio de aguardiente.» Intercambiamos un pan de munición por una botella de Steinhäger, y los dos tan contentos.

Violentas escenas en los alrededores bajo un sol implacable. De vez en cuando se produce algún impacto, dos bastante cerca. Hay hombres rompiendo los cuellos de las botellas contra los bordillos y bebiendo a tragos largos, ávidos. Antoine y yo agarramos mi caja cada uno de un lado y emprendemos el camino de vuelta a casa.

La caja está llena y pesa mucho. No se deja agarrar bien, así que tenemos que pararnos a descansar a menudo. Tengo tanta sed que imito a los demás: golpeo el cuello de una botella de vino tinto contra el bordillo (he pillado vino de Borgoña auténtico, con etiquetado en francés). Bebo del cuello dentado y me corto el labio inferior. No me doy ni cuenta, hasta que Antoine me hace señas y me limpia la sangre con su pañuelo al tiempo que controla en todo momento la caja con sus piernas. La sangre me había llegado ya al escote.

Detrás de nosotros llega el panadero resollando. Lleva apretada contra su pecho, como si se tratara de un bebé, la pierna azulada de vaca, embadurnada de bosta de caballo. El sol pica, estoy empapada de sudor. Algunos impactos cercanos. Además, un poco alejado el ratatatatá de las ametralladoras y el continuo crepitar de la artillería ligera antiaérea.

Ante el portal de casa sacamos nuestros trofeos robados. La estúpida lana azul se había deshilachado por todas partes. Mi botín: cinco botellas de Borgoña, tres frascos de verdura para caldo preparada, una botellita de Steinhäger, cuatro panes de munición, seis cajitas de harina de guisantes que me dio generosamente el panadero, y una lata de conserva sin etiqueta con no sé qué. Cargué con todo hasta la casa de la viuda en el primer piso.

Estoy achicharrada, sudorosa. Les cuento a una docena de personas mis aventuras mientras engullo a toda prisa —con la mano izquierda sujetando el plato y de pie apoyada en la cocina— algunas cucharadas llenas del puré de patatas que la viuda ha cocinado para varias familias con los donativos que cada una de ellas ha aportado. Fuera, en ese mismo instante, cae otra oleada de bombas. Los demás miraban mi botín con ojos como platos, pero no se atrevían a saquear el cuartel de la policía municipal. A estas horas ya no quedará nada allí para saquear.

Algunas horas después, hacia las seis de la tarde, de nuevo en el refugio. Pude dormir algo en ese intervalo de tiempo. Estaba muy borracha después de acabarme con la viuda el resto de la botella de Borgoña a la que había roto el cuello. Me desperté mareada, con la boca amarga, no reconocí en un primer instante el submundo iluminado por una lamparilla de petróleo en el que me encontraba. Hasta que vi a la gente echar a correr hacia fuera pidiendo sacos a gritos: «¡Vamos, venga! ¡Ahí enfrente, en las barracas, están sacando patatas!»

Yo salgo para allá con la viuda. El enemigo hacía una pausa en ese momento. Todo estaba bastante tranquilo. Quizás por eso aquel hervidero de gente en las calles tan vacías antes, al mediodía. Dos mujeres pasan a nuestro lado llevando un cochecito para niños con un barril encima, huele a col agria. Jóvenes y ancianos corren a toda velocidad en dirección a las barracas. La viuda y yo nos habíamos provisto de cubos, dos cada una. Por el camino vamos encontrando patatas chafadas y zanahorias podridas. Sólo hay que seguir el rastro. Desparramada delante de los escalones de piedra a la entrada de la barraca hay una masa sanguinolenta. Retrocedo un poco, pero la viuda se ríe: «¡Mermelada!» Y así es; sacan la mermelada de allí en barriles.

Nos metemos a empujones en el pasillo rebosante de gente, tropezamos al bajar unos escalones resbaladizos, damos con patatas podridas que apestan. A la débil luz de una claraboya hurgamos con manos y pies en aquella mezcolanza, entresacando lo que es todavía aprovechable. Las zanahorias y los fangosos nabos los dejamos correr. Llenamos los cubos de patatas. Tropezamos con un saco ya medio lleno. No preguntamos de quién es. Nos lo llevamos escaleras arriba, a lo largo de las calles, hacia casa, arriba, al primer piso.

A nuestro alrededor de nuevo estruendo y fragor. Nadie se preocupa de nuestra llegada. Nadie se libra de la fiebre del saqueo. Nada más llegar, dejamos todo y nos fuimos allí de nuevo. Esta vez trajimos a casa los cubos llenos de briquetas. Por todas partes hay gente corriendo, pillando.

Ahora comienza también el saqueo de las tiendas abandonadas. Un hombre de pelo cano —la palabra que mejor le caracterizaría sería la de «señor»— lleva consigo un cajón lleno de jabón en polvo. En el cajón pone «arroz».

Arriba, al primer piso. Nos sentamos en el sofá del salón. Tenemos los brazos agarrotados. Nos tiemblan las piernas. Los pocos cristales que quedan en las ventanas vibran suavemente. Por ellas entra una suave calidez, entremezclada con olor a quemado. De vez en cuando un «¡Buummmmm!» de la artillería dejando un largo eco envolvente. A continuación «¡Baaang!». Una sacudida muy corta que perfora el tímpano: disparo de las baterías pesadas. Y lejos se oyen de vez en cuando rápidos estallidos y chisporroteos, acompañados de sonidos que recuerdan aullidos y ladridos. No sé lo que es. La viuda afirma que es el llamado «órgano de Stalin» de los rusos, un lanzacohetes múltiple. Por cierto, los rusos no han hecho caer hasta ahora la temida lluvia de bombas. Sólo lanzan bombas aisladas.

Finalmente salimos las dos para ver si en la tienda de la esquina —la única

que sigue despachando y en la que cayó ayer la bomba— reparten ya los polvos para hacer flan. Efectivamente, sigue habiendo clientes, y se despacha. Los polvos para hacer flan tienen un precio en la etiqueta, creo que 38 pfennigs. El vendedor, que es además el propietario y vive en la tienda, insistía en que le dieran el importe exacto, preguntaba dentro y fuera quién tenía dinero suelto para cambiar. ¡Y eso con las bombas cayendo! Esas cosas sólo son posibles entre nosotros. Nos iremos al otro barrio contando pfennigs.

Fuimos hasta la esquina medio en broma para echar un vistazo a la carnicería, ya que todavía no había recogido mi ración de carne. Allí también estaban despachando. Había como mucho una docena de personas en la tienda, y más mercancía de la que en ese momento se pedía. Así que nos dieron buenas piezas, pura carne de cerdo, pesada decentemente.

Cuando salimos de la tienda, pasó un camión a nuestro lado; en él iban tropas alemanas con distintivos rojos, así pues artillería antiaérea. Iban rumbo al centro de la ciudad. Soldados sentados, sin decir nada, mirando fijamente al frente. Una mujer les gritó: «¿Os largáis?» No le respondieron. Nos miramos encogiéndonos de hombros. La mujer dijo: «¡Pobres diablos!»

Una y otra vez voy notando en estos días cómo se transforma mi percepción de los hombres, la percepción que tenemos todas las mujeres en relación con los hombres. Nos dan pena, nos parecen tan pobres, tan débiles. El sexo debilucho. Una especie de decepción colectiva se está cuajando bajo la superficie entre las mujeres. El mundo nazi de glorificación del hombre fuerte, el mundo dominado por los hombres... se tambalea y con él se viene abajo también el mito «hombre». En las guerras de antaño, los hombres podían reclamar el privilegio exclusivo de matar y morir por la patria. En los tiempos actuales, las mujeres también participamos. Este hecho nos modifica, hace que nos volvamos descaradas. Cuando acabe esta guerra tendrá lugar, junto a otras muchas derrotas, también la derrota de los hombres en su masculinidad.

Después, en el refugio, una meditabunda cena comunitaria. Bodegón familiar en un metro cuadrado por familia. Los unos té con pan, los otros puré de patata. Stinchen, con toda compostura, corta con tenedor y cuchillo un pepinillo en vinagre. Tiene vendada con esmero la herida de la cabeza. La esposa del librero pregunta: «¿Me permite que le sirva?» «Faltaría más, señora», susurra Schmidt, el de las cortinas.

Extienden una toalla sobre la jaula del canario. El soldado desertor viene y anuncia que los rusos se están abriendo camino ya hasta el cine. En nuestra manzana ya hay tiroteo de pequeño calibre. Que no entre nadie en uniforme —ordena el ex soldado—, de lo contrario nos caerá un consejo de guerra según reza el reglamento, y nos liquidarán.

Discusiones aquí y allá sobre las informaciones del rotativo *Panzerbär*. Según esas informaciones, hay dos batallones aproximándose para levantar el sitio de Berlín: Schörner por el sur y otro por el norte. Treuenbrietzen, Oranienburg y Bernau han sido liberadas.

¿Y nosotros? Sentimientos encontrados, casi de pánico. «Ahora empezará un toma y daca, y nosotros en medio. ¿Vamos a tener que pasarnos meses aquí abajo? Perdidos ya lo estamos de una manera u otra. Y si a los Ivanes no les salen bien las cosas, serán los americanos los que llegarán por el aire. Y Dios nos libre de su lluvia de bombas. Nos enterrarán aquí en el refugio.»

En ese momento llega una nueva información de la calle: las milicias del Volkssturm retroceden, Iván gana terreno. Una batería artillera alemana se instala en nuestra esquina, sus disparos resuenan en el refugio. Mientras tanto hay seis mujeres sentadas en torno a una mesita, y la viuda le echa las cartas a la fabricante de licores. Se lo sabe a la perfección: «Esta línea corta significa una decepción en relación con su marido.» (Éste mantiene la posición al lado de la pelirroja Elvira en la fábrica de licores.)

Me quiero ir a dormir enseguida. Tengo muchas ganas ya. El día ha sido completo. Haciendo balance estoy sana, fresca en todos los sentidos, el miedo se me ha ido por el momento muy lejos. En mi cerebro bullen impresiones violentas de codicia y rabia. Tengo la espalda entumecida, los pies cansados, la uña de un pulgar rota, me escuece el labio cortado. Es muy cierto el dicho: «Lo que no mata, engorda.»

Para añadir: una imagen que vi en la calle. Un hombre empujaba una carretilla sobre la que yacía, yerta, una mujer. Mechones grises, un delantal de cocina azul, suelto, ondeando. Sus flacas piernas, con medias grises, sobresalían por el otro extremo de la carretilla. Casi nadie miraba. Aquello parecía la recogida de basuras de otros tiempos.

VIERNES, 27 DE ABRIL DE 1945, DÍA DE LA CATÁSTROFE, VÉRTIGO ATROZ - NOTAS DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

Todo comenzó con calma. Una noche de excesiva calma. Hacia la medianoche, la señorita Behn anunció que el enemigo había avanzado hasta los jardines y que las líneas alemanas estaban justo enfrente de nosotros.

Hacía mucho rato que no podía dormirme y ponía a prueba mi ruso. Practicaba frases que suponía que podría utilizar. Hoy les dije a todos los del refugio que sabía algo de ruso y que entre la docena de países que había recorrido en mi juventud se encontraba también la Rusia europea.

Mi ruso es simple, pura lengua de uso aprendida en la calle. De todas formas sé contar, sé dar una fecha y leer las letras. Lo refrescaré todo rápidamente ahora que se avecina la práctica. Los idiomas siempre se me han dado muy bien. Contando en ruso me quedé finalmente dormida.

Dormí más o menos hasta las cinco de la madrugada. Oí a alguien pululando en el vestíbulo. Era la librera, venía de la calle. Me cogió de la mano y me susurró: «Están aquí.»

«¿Quién? ¿Los rusos?», pregunté. Apenas podía abrir los ojos.

«Sí. Acaban de entrar en la tienda de Meyer —(la tienda de bebidas alcohólicas)—, han entrado por la ventana.»

Me acabé de vestir, me peiné mientras la mujer contaba a todos la novedad. En apenas unos minutos toda la gente del refugio estaba en pie.

Caminé a tientas por la escalera de servicio hasta el primer piso. Quería esconder los escasos víveres que aún dan vueltas. Me puse a escuchar con atención por la puerta trasera, desencajada e imposible de cerrar con llave. Todo estaba en silencio, la cocina vacía. Me dirigí agachada hasta la ventana. La calle, a la luz del alba, se hallaba inmersa en un tiroteo. Se oían los impactos y el silbar de las balas.

Dobla la esquina una tanqueta antiaérea de cuatro cañones: cuatro jirafas de hierro, cuellos amenazadores, altos como torres. Dos hombres caminan con paso pesado por la calle: anchos de espaldas, chaquetas de cuero, botas altas de cuero. Llegan unos coches, se detienen junto a la acera. Suena el ruido metálico de las unidades de artillería al avanzar por la calzada con las primeras luces del día. El adoquinado retumba. Por los cristales rotos de las ventanas de la cocina entra olor a gasolina.

Regresé al refugio. Desayunamos como en una pesadilla. A pesar de todo me llevé a la boca numerosos pedazos de pan para asombro de la viuda. El estómago me hormigueaba. Me recordaba la sensación de niña en la escuela ante un ejercicio de matemáticas..., malestar e intranquilidad, y el deseo de que todo hubiera acabado ya.

Después subimos las dos, la viuda y yo. En su piso quitamos el polvo, limpiamos la cocina, barrimos y fregamos los suelos con nuestros últimos restos de agua. El diablo sabe por qué nos matamos trabajando así. Probablemente para desentumecer las articulaciones o, de nuevo, para huir del futuro amarrándonos al presente inmediato.

De vez en cuando nos acercamos sigilosamente a la ventana. Fuera un convoy interminable. Yeguas rechonchas con potros entre las patas. Una vaca muge al ordeñador. Ya están montando en el garaje de enfrente la cocina de campaña. Por primera vez reconocemos tipos, rostros: cabezas rechonchas, de pelo muy corto, bien alimentados, despreocupados. Ningún civil a la vista. Sólo hay rusos en las calles por el momento. Sin embargo, en los sótanos de todas las casas se susurra y se tiembla. ¿Quién se habría imaginado años atrás este submundo de la gran ciudad agazapado y aterrorizado? Esta vida oculta en los bajos, dividida en diminutas células que nada saben las unas de las otras.

Fuera el cielo azul, luminosidad sin nubes.

Al mediodía —la de Hamburgo y yo íbamos en ese momento a buscar el segundo caldero de sopa de cebada cocinado para toda la gente del sótano en el horno de la panadería— el primer soldado enemigo encontró el camino hacia nuestro refugio. Un soldado con rostro de campesino, de mejillas rojas. Parpadeó cuando divisó a la gente del refugio a la luz de la lamparilla de

petróleo. Vaciló en entrar, dio dos pasos hacia nosotros.

Palpitaciones. Algunos miedosos le alcanzan sus platos llenos de sopa. Él sacude la cabeza y sonríe, sin decir nada.

Entonces pronuncié yo mis primeras palabras en ruso, al principio con voz reseca, luego de pronto ronca: «*Shto vui zheláietie?*» (¿Qué desea?).

El hombre se vuelve de pronto y fija, perplejo, la vista en mí. Noto que le resulto molesta. Parece no haberle sucedido nunca hasta el momento que una «muda» se le dirija en su propio idioma. Pues los rusos, en su lenguaje de todos los días, llaman a los alemanes «*Niemtsy*», algo similar a «los mudos». Y eso, al parecer, ya desde los tiempos de la Hansa alemana, hace quinientos años, cuando los comerciantes que trataban con ellos en Novgorod y otros lugares canjeaban pañuelos y bordados por pieles y cera sin decir palabra, mediante signos.

Por la razón que sea, este ruso no contesta a mi pregunta; se limita a sacudir la cabeza. Sigo preguntando si quiere comer algo quizás. Entonces sonríe mostrando los dientes y dice en alemán: «Aguardiente.»

¿Aguardiente? Todo el mundo sacude la cabeza con pesar. Aquí abajo no hay ni gota de alcohol. A quien le queda algo, lo mantiene a buen recaudo. El Iván se marcha buscando el camino de vuelta por el laberinto de pasillos y patios.

En nuestra calle hay ajetreo alegre de soldados. Con otras dos o tres mujeres más me atrevo a salir a mirar aquel barullo. En nuestro portal hay un joven limpiando una moto, una Zündapp alemana, casi nueva. Me alcanza el trapo y me da a entender por señas que siga limpiando yo. Cuando le digo en ruso que no tengo ningunas ganas e incluso me río, me mira con cara de sorpresa y acaba riéndose él también.

Por la calzada hay algunos rusos circulando en bicicletas recién robadas. Se enseñan unos a otros a montar en bicicleta, se sientan tan tiesos en el sillín como la chimpancé Susi del zoo, chocan contra los árboles y berrean satisfechos.

Siento cómo se disipan algunos miedos de mi interior. Pues, al fin y al cabo, incluso los rusos son «sólo hombres» a quienes se puede abordar con mañas y astucias de mujer; les puedes dar largas, distraer, quitártelos de encima.

En todas las aceras hay caballos. Cagan y mean. Hay un penetrante olor a establo. Dos soldados quieren saber dónde está la bomba de agua más próxima. Los caballos tienen sed. Juntos recorremos el cuarto de hora de distancia atravesando los jardines. Tono amable, rostros bonachones. Escucho por primera vez la pregunta que luego se repetirá constantemente: «¿Tiene usted marido?» Si les contestas que sí, te preguntan dónde está. Si dices que no, te preguntan si no quieres «casarte» con un ruso. Con coqueteo sobón incluido.

Al principio me tutean los dos. Se lo reprocho diciéndoles que yo no les he tuteado a ellos. Íbamos a lo largo del camino verde desierto. Sobre nosotros cruzaban en arco los disparos de la artillería. Las líneas alemanas están a diez minutos delante de nosotros. Ya no se ven más aviones alemanes, apenas se oye

la artillería antiaérea alemana. Ya no sale agua de los grifos, ni hay corriente, ni gas, nada de nada. Sólo Ivanes.

De vuelta con los cubos de agua. Los caballos beben. Sus dos cuidadores los miran contentos. Deambulo por allí, charlo con algún que otro ruso. Es más de mediodía. Ahora quema el sol como si fuera verano. Siento algo extraño en el aire, difícil de explicar, maligno y amenazador. Algunos soldados me miran tímidamente cuando pasan a mi lado. Cruzan miradas unos con otros. Uno, muy joven, bajito y amarillo, y con tufo a vino en el aliento, empieza a hablarme. Pretende apartarme del patio en el que estamos. Señala dos relojes que lleva en su brazo peludo y me dice que me regala uno si accedo a... con él.

Retrocedo como puedo hacia la galería que conduce al refugio, me escabullo por el patio interior. Pienso que ya le he dado el esquinazo cuando me lo encuentro de pronto a mi lado y se mete conmigo en el refugio. Va dando tumbos de viga en viga, alumbra con una linterna los rostros de la gente del refugio, unos cuarenta en total. Demora el tembloroso cono de luz sobre los rostros de las mujeres.

El refugio se ha quedado helado. Todas las personas están petrificadas. Nadie se mueve, nadie habla. Se escuchan respiraciones ahogadas. Ahora el cono de luz se detiene en la muchacha de dieciocho años, en Stinchen, con la venda de un blanco reluciente en la cabeza, descansando en una tumbona. Con una voz amenazadora pregunta el ruso en alemán señalando a la chica: «¿Cuántos años?»

Nadie responde. La chica está allí echada como una piedra. El ruso vuelve a rugir, en tono rudo y rabioso: «¿Cuántos años?»

Respondo impetuosamente en ruso: «Es estudiante. Tiene dieciocho años.» Quiero decirle también que está herida en la cabeza, pero no encuentro las expresiones adecuadas y me ayudo de la palabra internacional *kaputt*: «Cabeza kaputt, por las bombas.»

Entonces sigue una conversación entre ese hombre y yo, un apresurado tira y afloja, pregunta y respuesta, que no tendría sentido reproducir aquí porque era un sinsentido. Se trataba de amor, de amor verdadero, de amor caliente, que me quiere, que si le quiero, que si vamos a querernos mucho. «Quizás», le digo, y me muevo dando unos pasos en dirección a la puerta. El hombre cae en la trampa. La gente del refugio, todavía paralizados por el miedo, no comprende en absoluto lo que está sucediendo.

Bromeo con manos temblorosas. El corazón me late tan fuerte que apenas logro pronunciar unas pocas palabras. Miro los ojos negros de ese hombre y me asombro de su color amarillo, ictérico, de sus globos oculares. Ya estamos fuera, en el pasillo semioscuro. Camino de espaldas, a pasos cortos delante de él. Él no conoce este laberinto, me sigue. Le susurro: «Allí enfrente. Allí muy bueno. Sin gente.» Tres pasos más, dos escalones... y estamos en la calle, a merced del deslumbrante sol del mediodía.

Corro inmediatamente hacia mis dos cuidadores de caballos que están

cepillando en esos momentos a sus rocines. Señalo a mi perseguidor: «¡Éste es malo de verdad, jajaja!» El muchacho me mide de abajo arriba con una mirada envenenada y se esfuma. Los cepilladores de caballos se ríen. Charlo un rato con ellos y voy recuperando el aliento. Mis manos vuelven a la calma.

Mientras charlaba fuera, entraron en nuestro refugio algunos héroes que ya no buscaban desesperadamente a las mujeres sino que coleccionaban relojes. Más tarde vi a algún Iván con una colección completa de relojes en ambos antebrazos..., con cinco y hasta seis piezas que su propietario actual iba comparando, dando cuerda, poniendo en hora una y otra vez..., con la alegría pueril del ladrón.

Nuestra esquina se ha convertido ahora en un campamento. La tropa se acomoda en tiendas y garajes. Los caballos comen avena y heno, tienen un aspecto muy gracioso cuando cabecean a través de los escaparates sin cristales. Flota una especie de alivio en el aire. Bueno, los relojes están estropeados. «*Voina kaputt*», como dicen los rusos; para nosotros la guerra está kaputt, se acabó. La tormenta se alejaba de nosotros, estábamos a cubierto.

Eso es lo que creíamos.

Hacia las seis de la tarde comenzó todo. Uno entró en el refugio del sótano. Era un tiarrón, borracho hasta la médula. Jugueteaba con su pistola y se encaminó a la fabricante de licores. O ésa o nadie. La persiguió con la pistola cruzando en diagonal todo el refugio. La empujó para que se encaminara a la puerta. Ella se defendía, daba golpes a diestro y siniestro, lloraba..., cuando de pronto la pistola se disparó. El disparo fue a parar entre las vigas, en el muro, sin ocasionar daños. Pánico en el refugio. Todos se levantaron de golpe, se pusieron a gritar... El héroe de la pistola, manifiestamente asustado él mismo, se apartó a un lado y desapareció por los pasillos.

Hacia las siete estaba yo sentada con la viuda arriba en su piso cenando apaciblemente, cuando la hija menor de los porteros entró a toda prisa dando gritos: «Baje usted, rápido, tiene que hablar ruso con ellos, hay más soldados persiguiendo a la señora B.» Así que otra vez la fabricante de licores. Es, con mucho, la más gorda de todas nosotras, con unos pechos tremendamente prominentes. Se oye decir ya por todas partes que buscan a las más gordas. Gordura es sinónimo de belleza, ya que eso significa más mujer, mayor contraste en relación con el cuerpo del hombre. En los pueblos primitivos parece que las gordas eran honradas como símbolo de plenitud y fecundidad. Pero ya pueden ir buscando en nuestro país. Justamente las mujeres maduras, en otros tiempos tan rellenitas, están ahora terriblemente delgadas en su mayoría. La fabricante de licores, sin embargo, no ha padecido necesidades. Durante toda la guerra dispuso siempre de mercancía para canjear. Ahora le toca pagar por su injusta grasa.

Cuando llegué abajo estaba ella en el portal de la casa, gimiendo y temblando. Salió corriendo del sótano, pudiendo escabullirse de aquellos tipos. Ahora no se atreve a regresar al refugio. Tampoco se atreve a subir los cuatro

pisos hasta su vivienda porque de vez en cuando se oyen disparos de la artillería por el lado alemán. También tiene miedo de que los tipos esos puedan seguirla arriba. Se agarra de mi antebrazo con tanta fuerza que pueden verse en mi piel las marcas de sus uñas. Me suplica que vaya con ella al «comandante» para solicitar una escolta, algún tipo de protección. No sé qué es lo que se imagina esta mujer.

Hablo con un militar con estrellas en las hombreras que pasa a nuestro lado. Intento aclararle el miedo de la mujer y me doy cuenta de que me falta la palabra «miedo» en mi vocabulario. Pero hace un gesto impaciente con la mano: «¿Pero qué dice? Nadie le hará nada. Váyase a su casa.» La mujer finalmente y entre sollozos se fue escaleras arriba dando tumbos. No la he vuelto a ver más. Debe de haberse encerrado arriba. Muy bien hecho. Su presencia es un señuelo muy potente.

Apenas llevaba yo unos instantes arriba cuando de nuevo llegó corriendo la chica del portero a quien, por lo visto, han adiestrado para mensajera. Hay hombres otra vez en el refugio. Esta vez quieren llevarse a la panadera, que también consiguió mantener algo de gordura durante los años de guerra.

En el pasillo me encuentro al panadero visiblemente afectado. Está blanco como su harina. Me tiende las manos, balbucea: «Están con mi mujer...» Se le quiebra la voz. Por unos momentos tengo la sensación de estar participando en una obra de teatro. Es imposible que un panadero burgués pueda emocionarse de esa manera, poner en su voz esos tonos que afloran desde su corazón, tan desnudos, con un efecto desgarrador que hasta el momento yo sólo había experimentado con grandes actores.

En el refugio. La lamparilla de petróleo ya no está prendida, se habrá acabado el combustible. A la luz temblorosa de la llamita de una vela consistente en una tapa de cartón llena de sebo, algo similar a eso que llaman lamparilla mariposa, reconozco el rostro de cal de la panadera, su boca contraída... Hay tres rusos a su lado. Uno agarra violentamente del brazo a la mujer tendida en la tumbona y tira de ella, otro la empuja a su anterior posición cuando va a levantarse. Como si fuera una muñeca, un objeto.

Mientras tanto, los tres hombres hablan entre ellos con frases muy rápidas; al parecer discuten. Entiendo poco de lo que dicen, hablan en argot. ¿Qué hacer? «Comisario», balbucea el panadero. Comisario significa alguien que tenga voz. Salgo a la calle que ahora está en calma, en la paz de la tarde. Los disparos y la rojez de los incendios quedan lejos. Me topo nada menos que con el oficial que despachó antes de mala manera a la fabricante de licores. Hablo con él en mi ruso más cortés, le pido ayuda. Me comprende y pone cara de disgusto. Con titubeos y de mala gana accede finalmente a seguirme:

En el refugio continúan el silencio y la inmovilidad. Es como si todas estas personas, hombres, mujeres y niños, se hubieran petrificado. De los tres que estaban junto a la panadera se ha esfumado uno entretanto. Los otros dos siguen a su lado discutiendo.

El oficial se entromete en la conversación, sin tono de mando, de igual a igual. Capto varias veces la expresión «*Ukas Stalina*» (decreto de Stalin). Este decreto parece tratar de que no suceda «eso». Pero naturalmente ocurre, tal como me da a entender el oficial encogiéndose de hombros. Uno de los dos reprendidos replica. Su rostro está contraído en una mueca de cólera. «¿Y qué entonces? ¿Qué hicieron los alemanes con nuestras mujeres?» Grita: «A mi hermana la...», etcétera, no entiendo todas las palabras pero sí su sentido.

De nuevo trata de convencerle el oficial con mucha calma. Al mismo tiempo se va retirando lentamente hacia la puerta del refugio. Ya tiene a los dos también fuera. La panadera pregunta con voz ronca: «¿Se han marchado?»

Asiento con la cabeza, pero por precaución salgo a ver al pasillo oscuro. Y ahí me pillan. Los dos estaban ahí al acecho.

Grito, grito... Detrás de mí se cierra con un sonido sordo la puerta del refugio.

Uno tira de mis muñecas haciéndome avanzar por el pasillo. Ahora tira de mí también el otro poniéndome la mano en la garganta de tal manera que ya no puedo gritar, y ya no quiero gritar por temor a acabar estrangulada. Ahora tiran los dos de mí. Ya estoy tendida en el suelo. Del bolsillo de la chaqueta se me escapa algo que tintinea. Deben de ser las llaves de casa, mi manojo de llaves. Llego a tocar con mi cabeza el peldaño más bajo de la escalera, siento en la espalda la humedad fría de las losetas. Arriba, junto a la puerta entreabierta por la que se cuela algo de luz, uno de los hombres hace guardia mientras el otro desgarra mi ropa interior, haciéndose camino violentamente...

Con la mano izquierda tanteo en el suelo hasta dar por fin con el manojo de llaves. Lo agarro firmemente y lo mantengo apretado entre mis dedos. Con la mano derecha me defiendo, pero no hay defensa posible. Ha desgarrado el liguero sin dificultad. Al intentar levantarme, aturdida, se arroja el otro sobre mí, me obliga con puños y rodillas a tenderme en el suelo. Ahora está el otro espiando el exterior, susurra: «¡Venga, vamos, rápido...!»

Entonces oigo voces rusas ruidosas. Claridad. Han abierto la puerta. De fuera entran dos, tres rusos. La tercera figura es una mujer en uniforme. Y se ríen. El segundo tipo, confuso, se ha puesto de pie de un salto. Los dos salen con esos otros tres al exterior. Me dejan ahí tirada.

Me arrastro hasta la escalera, recojo a toda prisa mis cosas, avanzo apoyándome en la pared en dirección a la puerta del refugio. Habían echado el cerrojo por dentro. Yo: «¡Abrid, estoy sola, no hay nadie más conmigo aquí!»

Por fin se abren las dos palancas de hierro. Dentro toda la gente se me queda mirando fijamente. Ahora es cuando me doy cuenta del aspecto que ofrezco. Las medias me cuelgan por encima de los zapatos, estoy completamente desgreñada. Sostengo en la mano los jirones del liguero.

Les grito: «¡Asquerosos! ¡Me violan dos veces y cerráis la puerta y me dejáis tirada como a una mierda!» Y doy media vuelta y quiero irme de allí. Detrás de mí hay primero silencio, luego estalla todo el mundo. Todos hablan, gritan sin

escucharse, discuten, gesticulan sin parar. Al final se llega a una decisión: «Vayamos todos juntos al puesto del comandante en jefe y pidámosle protección para la noche.»

Finalmente sale al atardecer crepuscular una pequeña cuadrilla de mujeres en la que también hay algunos hombres. El aire fuera es tibio, huele a quemado. Nos dirigimos al bloque de enfrente donde dicen que se hospeda el comandante.

Fuera silencio, la artillería está callada. En el portón de enfrente hay algunas figuras acampadas en el suelo, rusos. Uno se pone de pie al acercarse nuestro grupo. Otro murmura: «Bah, son sólo alemanes», y da media vuelta de nuevo. En el interior del patio pregunto por el comandante. De un grupo de hombres reunido junto a la puerta que da a la trasera del edificio, se despega una figura: «Sí, diga, ¿qué desea usted?» Un tipo alto con los dientes blancos, caucásico.

Pero sólo se limita a burlarse de mi tartamudeo y del insignificante grupo que viene aquí a quejarse. «¡Bah! Seguro que no le ha dejado ninguna secuela. Todos nuestros hombres están sanos.» Regresa con los otros oficiales, les oímos reír a media voz. Yo a nuestro grupo gris: «No tiene sentido.»

Fuera... El grupo toma el camino de regreso al refugio. No puedo, ya no soporto mirar las caras de la gente del refugio. Subo al primer piso junto con la viuda que va todo el rato a mi lado como si acompañara a una enferma. Me habla en voz baja, me acaricia, me observa, y todo eso me resulta odioso. Yo quiero olvidar.

Me desnudo en el cuarto de baño, por primera vez en varios días me lavo todo lo bien que una puede con la poca agua que hay, me lavo los dientes mirándome al espejo. Entonces, de repente, silencioso como un fantasma, aparece un ruso en el marco de la puerta, pálido y delgado. Pregunta nada menos que en alemán y en voz baja: «¿Dónde? Por favor... ¿Puerta?» Por lo visto se ha perdido en la vivienda. Yo, paralizada por la sorpresa y en camisón, le señalo sin decir palabra el camino hacia la puerta delantera, la que da a la escalera de la casa. A continuación él, cortés: «Gracias.»

Voy disparada a la cocina. Sí, se ha colado en la casa por la puerta trasera. Han desplazado de su sitio el armario escobero con el que la viuda había tratado de disimularla. En ese momento llega la viuda desde el refugio por la escalera trasera. Juntas atrancamos de nuevo la puerta, pero esta vez a conciencia. Montamos una torre con sillas delante y rematamos la faena arrastrando hasta ella el pesado aparador de la cocina. Esto resistirá, dice la viuda. En la puerta delantera echa como siempre el cerrojo y le da dos vueltas a la llave. Nos sentimos más o menos seguras.

Una diminuta llama tiembla sobre el sebo de la lamparilla mariposa. Proyecta nuestras sombras gigantes en la pared. La viuda me ha preparado una cama en el cuarto de estar, en su tumbona. Por primera vez desde hace tiempo no bajamos las persianas para el oscurecimiento. ¿Para qué? En esta noche de

viernes a sábado no habrá ya ningún ataque de la aviación, no lo habrá al menos para nosotras, que ya somos rusas. La viuda está sentada a mi lado en el borde de la cama. Se está quitando los zapatos cuando de pronto... un estruendo, golpes.

Pobre puerta trasera, baluarte miserablemente erigido. Ya cruje la madera, las sillas caen con gran estrépito sobre las baldosas. Se oyen ruidos de arañazos y de empujones, y muchas voces rudas. Nos miramos las dos heladas. A través de una grieta de la pared entre la cocina y la sala de estar centellea una luz. Pasos en el pasillo. Alguien empuja la puerta de nuestra estancia.

Uno, dos, tres, cuatro tipos. Todos armados hasta los dientes, con la ametralladora apoyada en la cadera. Nos miran por unos breves instantes a las dos, mujeres. No pronuncian palabra. Uno cruza la sala de estar hasta el armario, abre de golpe los dos cajones, revuelve en ellos buscando algo, los cierra bruscamente, dice algo desdeñoso y se va con pasos pesados. Le oímos revolver en la habitación de al lado en la que vivía el realquilado de la viuda hasta que lo llamaron para las milicias del Volkssturm. Los otros tres están ahí parados, cuchichean entre ellos, me examinan disimuladamente. La viuda se ha vuelto a calzar los zapatos, me susurra que se va a buscar ayuda de los demás en los pisos de arriba... Se ha ido. Ninguno de los hombres se lo impide.

Y yo, ¿qué hago? De pronto me veo a mí misma en una situación demencialmente rara, sentada en la cama con mi camisón rosa chillón con sus lazos delante de tres tipos desconocidos. No lo soporto más, tengo que decir algo, hacer algo. Y de nuevo pregunto en ruso mi «*Shto vui zheláie?*».

Entonces vuelven todos la cabeza. Tres rostros perplejos. Enseguida viene la pregunta de rigor: «¿Dónde has aprendido el ruso?»

Yo les suelto mi parrafada, les explico cómo viajé por Rusia de punta a punta, dibujando y haciendo fotos, y esto y lo otro. Ahora se sientan los tres guerreros en el sofá, dejan sus armas a un lado y estiran las piernas. Charlamos un rato, yo a la escucha de cualquier ruido que venga del pasillo, esperando que la viuda regrese con los anunciados refuerzos vecinales. Pero no se oye nada.

Entretanto asoma la cabeza el cuarto tipo en la sala de estar y se larga después con el soldado número tres en dirección a la cocina. Les oigo trastear con la vajilla. Los otros parlotean en voz baja; por lo visto no tengo que enterarme de lo que hablan. Atmósfera extrañamente tensa. Hay algo flotando en el aire, una chispa vuela, habría que preguntarse dónde estallará.

La viuda no aparece. Envuelta en mi edredón, vuelvo a intentar mantener una conversación con los dos del sofá, pero no sale ningún tema. Miradas de reojo. Los dos se mueven inquietos en el sofá. Ahora comenzará realmente todo, lo sé por los periódicos, de cuando todavía había alguno: diez, veinte veces, qué sé yo. Tengo fiebre. Tengo el rostro encendido.

Los que están en la cocina llaman a los que están aquí. Los del sofá se levantan con evidentes signos de enfado, caminan en dirección a la cocina siguiendo la llamada. Silenciosamente salto yo de la cama, escucho un rato en la

puerta intentando entender qué sucede en la cocina. Parece que beben. Recorro a paso rápido el pasillo, oscuro como boca de lobo, me deslizo a hurtadillas, completamente descalza, agarro del perchero mi abrigo y me lo echo por encima del camisón.

Con toda precaución abro la puerta delantera. Ahora que ha salido la viuda, la puerta está simplemente cerrada sin echar la llave. Aguzo el oído en la silenciosa y negra escalera de la casa. Nada. No se oye nada por ninguna parte, tampoco se ve ninguna luz. ¿Adónde demonios habrá ido la viuda? Me dispongo a subir las escaleras cuando alguien me abraza por detrás en la oscuridad, alguien que ha caminado de puntillas sin hacer nada de ruido.

Tremendas zarpas, aliento de aguardiente. Mi corazón salta desbocado, como loco. Susurro, imploro: «Sólo uno, por favor, por favor, sólo uno. Usted mismo si quiere. Pero eche a los otros.»

Me lo promete entre susurros y me lleva como a un fardo en sus brazos por el pasillo. No tengo ni idea de quién de los cuatro es ni qué aspecto tiene. En la habitación que da a la calle, oscura y prácticamente sin ventanas, me descarga sobre el armazón de la sobria cama del antiguo realquilado. A continuación gruñe desde el pasillo un par de frases en dirección a la cocina, cierra la puerta de espaldas y se acuesta a mi lado en la oscuridad. Siento un frío espantoso, y ruego y suplico que me lleve a la habitación de al lado, donde hay una cama hecha. No quiere, parece temer el regreso de la viuda. Sólo al cabo de media hora, ya sosegado, accede por fin al traslado.

El fusil automático tintinea ahora en la pata de la cama; el hombre ha colgado su gorra en el pomo de la pata de la cama. La lamparilla de sebo ha seguido prendida entretanto. Petka, así es como se llama el soldado, tiene una cabeza espigada, el cabello rubio cortado a cepillo le crece en la frente formando un triángulo y su tacto se parece al peluche de un sofá. Por lo demás, es un gigante, ancho como un armario, con manazas de leñador y dientes blancos. Estoy tan cansada, tan destrozada, apenas sé dónde me encuentro. Petka sigue haciendo cosas en la casa. Es de Siberia, bueno, y qué. Incluso se ha quitado ahora las botas. Siento náuseas, sólo estoy a medias ahí, y esa mitad ya no opone ninguna resistencia, se pega al cuerpo duro y con olor a jabón de piedra. Por fin calma, oscuridad, sueño.

A las cuatro de la madrugada canta el gallo que la tropa lleva consigo. Enseguida me desvelo del todo, saco mi brazo de debajo de Petka. Me enseña sonriente sus dientes blancos. De un salto se pone en pie, me explica que tiene guardia ahora, pero que regresará con toda seguridad a las siete... ¡de verdad! Y casi me estruja los dedos al despedirse.

Me volví a la cama. Me tapé con la manta y dormí a intervalos de un cuarto de hora muy agitadamente. Una vez me levanté de golpe al grito de «¡Socorro!», y no era nada más que el gallo. Ahora muge también la vaca. Saco nuestro despertador de la toalla en que lo tenemos envuelto (bueno, el despertador es de la viuda, pero yo hago como si también perteneciera a la casa). Por si acaso,

lo guardamos al fondo en uno de los estantes del armario, al fondo del todo. Sólo lo sacamos cuando estamos solas y a salvo, no querríamos que se lo llevaran los Ivanes.

Eran las cinco, y no podía dormir más. Me levanté, alisé suavemente los edredones de la cama, empujé cajas y sillas de nuevo hasta la puerta trasera con la cerradura reventada, retiré la botella vacía que dejaron los hombres, y eché un vistazo a las botellas de Borgoña en la parte de atrás del armario de la cocina, metidas en un cubo viejo. Gracias a Dios no las encontraron.

Por las ventanas entra una claridad rosácea y gris. Fuera sigue habiendo guerra. Estruendos y temblores, pero resuenan bastante lejos. El frente avanza ahora hacia el centro de la ciudad. Me visto, me lavo escasamente y me pongo a acechar con mucha precaución el silencio matinal de la escalera de la casa. Nada más que silencio y vacío. ¡Si supiera dónde demonios se ha escondido la viuda! No me atrevo a llamar a ninguna puerta. No quiero asustar a nadie.

Cuando al poco rato me pongo a espiar de nuevo en la escalera, oigo voces acercándose. Corro escaleras arriba. Ya las tengo enfrente, mujeres, todo un destacamento, entre ellas la viuda que solloza desgarradoramente. Se me echa en los brazos, y me dice llorando: «¡No me riñas!» (Nos tuteamos desde ayer.) Alrededor sollozan otras mujeres. Acabo por reírme entre tantos sollozos: «¿Pero qué sucede? Sigo viva, ¿no? Todo pasa.»

Mientras subimos otro piso, al de los libreros, me susurra la viuda que llamó a varias puertas en vano pidiendo que nos hicieran un sitio para ella y para mí. Nadie le abrió la puerta. En la casa de los funcionarios de Correos le susurraron a través de la cadena de la puerta: «¿La chica esa? No. Si la dejamos entrar aquí se nos echarán esos tipos al cuello.» Entonces uno consiguió agarrarla en la escalera, en aquella completa oscuridad, la tumbó en el suelo... Un crío, dice entre susurros; imberbe, inexperto..., y al decirlo se ríe con el rostro de llanto de muchas lágrimas. No sé exactamente la edad que tiene ella, puede que no me lo diga. Debe de andar entre los cuarenta y los cincuenta. Tiene el pelo teñido. Para ellos una mujer es una mujer cuando agarran un cuerpo en la oscuridad.

En la vivienda del matrimonio de libreros han buscado amparo unas quince personas llevándose consigo ropa de cama e instalándose en sofás, en el suelo, en cualquier parte donde hay un hueco. La razón está en que esta vivienda dispone, tanto en la puerta principal como en la trasera, de cerradura de seguridad y asegurando la puerta al suelo también hay pasadores metálicos. Además, la puerta principal está blindada por dentro.

Estamos sentados alrededor de la mesa de la cocina, todos con los ojos hundidos, con una palidez verdosa, trasnochados. Todos hablan entre susurros, respiramos con contención, bebemos ávidamente el café de malta caliente (gracias al fuego de un horno alimentado con libros nazis, tal como nos confiesa el librero).

Una y otra vez miramos fijamente la puerta trasera cerrada con cerrojo y

atrancada, con la esperanza de que aguante. Hambrienta, me trago el pan que me ofrecen. Entonces..., pasos en la escalera de servicio, y los sonidos extranjeros que nos resuenan en los oídos, sonidos toscos, animales. Silencio y petrificación alrededor de la mesa. Dejamos de masticar, la respiración se nos corta a todos. Las manos clavadas en el pecho. Los ojos como llamas alocadas. De nuevo silencio fuera, el ruido de pasos se pierde a lo lejos. Alguien susurra: «Si esto sigue así...»

Nadie le replica. La muchacha refugiada de Königsberg, que también ha buscado amparo aquí, se arroja encima de la mesa gritando: «¡No puedo más! ¡Basta ya!» Durante la noche le tocó aguantarlo repetidas veces en la buhardilla donde se había refugiado huyendo de un montón de perseguidores. El cabello revuelto le cubre la cara, no quiere comer ni beber.

Estamos sentados, a la espera, ponemos atención a todos los sonidos. Por encima de nosotros orquesta la artillería. Disparos cruzados en nuestra calle. Hacia las siete salimos la viuda y yo con todo sigilo y vamos escaleras abajo hasta nuestro piso, con mucho cuidado, agarrándonos de la barandilla. Nos quedamos un rato ante nuestra puerta que yo había dejado entornada, escuchamos atentamente si se oyen ruidos dentro, cuando de pronto se abre la puerta.

Un uniforme. Susto. La viuda clava sus uñas en mi brazo. Respiro con alivio..., se trata simplemente de Petka.

Atónita, la viuda escucha nuestra conversación. Pero al cabo de un minuto también yo me quedo atónita. Y es que Petka me mira con ojos radiantes, sus ojos azules centellean, me sacude las manos, me asegura que se le ha hecho muy largo desde que me dejó, que vino lo más rápidamente posible después de la guardia y que había registrado todo el piso buscándome, que estaba contento, muy contento de volver a verme. Y me aprieta las manos estrujando los dedos con sus manazas de leñador de tal manera que tengo que retirarlas. Estoy como una idiota de pie ante esos inequívocos síntomas escuchando el tartamudeo de Romeo hasta que por fin Petka desaparece, por fin..., con la promesa de regresar pronto, muy pronto, lo más rápidamente que pueda.

Estoy ahí boquiabierta. La viuda no ha entendido ni palabra, pero del rostro de Petka ha podido leer lo que le sucede. Sacude la cabeza: «Caramba, ¿has visto?...» Las dos estamos desconcertadas.

Y ahora estoy sentada aquí en la cocina, acabo de rellenar el tintero y escribo, escribo, escribo alocadamente lo que me dictan el corazón y la cabeza. ¿Cómo acabará todo esto? ¿Qué nos aguarda todavía? Me siento pringosa, no quiero coger ningún objeto, ni siquiera quiero tocar mi propia piel. Darse un buen baño ahora o enjabonarse de verdad y aclararse con abundante agua. Basta ya, basta de sueños e ilusiones.

Pero me viene a la cabeza un recuerdo extraño, una especie de sueño en vigilia que tuve esta madrugada cuando, tras la marcha de Petka, intenté conciliar el sueño en vano. Era como si estuviera echada en mi cama y me viera

a mí misma tendida mientras de mi cuerpo se elevaba un ser blanco resplandeciente; una especie de ángel, pero sin alas, que iba ascendiendo rápidamente. Al escribirlo ahora siento todavía esa sensación de estar flotando, levitando. Un sueño de deseos, un sueño de fuga. Mi yo abandona el cuerpo y lo deja ahí tendido, pobre, sucio, maltratado. Se aleja de él y desaparece puro, en una lejanía blanca. No ha de ser a mi «yo» a quien le sucedan esas cosas. Me libero de todo ello sacándolo de mí. ¿Estaré volviéndome loca? Mi cabeza está en estos instantes muy fría, las manos como el plomo, serenas.

MARTES, 1 DE MAYO DE 1945, TRES DE LA TARDE, RETROSPECTIVA DEL SÁBADO, DOMINGO Y LUNES

El sábado por la mañana, el 28 de abril, fue la última vez que escribí. Han pasado tres días desde entonces tan colmados de sucesos, de cosas increíbles, de imágenes, miedos, sensaciones, que no sé por dónde empezar, qué decir. Estamos con el agua al cuello, hundiéndonos cada vez más profundamente. El minuto de vida está encareciéndose. La tormenta está pasando por encima de nosotros. Hojas trémulas en el vórtice del torbellino, no sabemos adónde nos arrastrará.

Una eternidad ha sido el tiempo transcurrido desde el sábado. Hoy es martes y Primero de Mayo, y sigue habiendo guerra. Estoy sentada en el sillón, en la habitación que da a la calle. Ante mí tengo al señor Pauli echado en la cama, el realquilado de la viuda a quien han dado la baja en las milicias del Volkssturm. Apareció el sábado por la tarde por sorpresa, con un pedazo de 16 libras de mantequilla envuelto en una toalla bajo el brazo. Ahora está enfermo, tiene neuralgia.

El viento silba a través de las ventanas tapadas míseramente con cartón, tira violentamente de los trozos sueltos haciéndolos martillear, y deja penetrar la luz del día como si se tratara de la luz de una antorcha. Tan pronto hay luz como oscuridad en la habitación; hace un frío de muerte. Me he envuelto en una manta de lana y escribo con los dedos entumecidos por el frío, mientras el señor Pauli duerme y la viuda pulula por la casa buscando velas.

De fuera nos llegan sonidos rusos. Iván habla con sus rocines. Con los caballos son mucho más amables que con nosotros. Sus voces adquieren entonces acentos cálidos. Con los animales hablan en un tono verdaderamente humano. A veces ascienden vahos con olor a caballo. Tintineo de cadenas. En algún lugar hay alguien tocando el acordeón.

Echo un vistazo a través de los jirones de cartón de las ventanas. Abajo hay un campamento. En las aceras hay caballos, carros, cubos para abrevar, cajas con heno y avena, bostas de caballo aplastadas, boñigas de vaca. En el portón de enfrente hay una hoguera pequeña alimentada con sillas destrozadas. Hay

Ivanes con chaquetones acolchados de algodón alrededor de la hoguera.

Me tiemblan las manos. Tengo los pies como el hielo. Anoche, una granada alemana hizo pedazos los últimos cristales que nos quedaban en casa. Ahora la vivienda está por completo a merced del viento del este. Menos mal que no estamos en enero.

Nos movemos con toda celeridad de un lado a otro entre las paredes agujereadas, escuchamos atemorizadas los sonidos que vienen del exterior, apretamos los dientes con cada sonido. La puerta trasera, rota y sin bloquear desde hace tiempo, está abierta. Continuamente pasan hombres corriendo por la cocina, por el pasillo y las dos habitaciones. Hace media hora entró un desconocido, muy terco, que me quería para él. Lo echaron. Gritó en tono amenazador: «Volveré.»

¿Qué significa violación? Cuando escuché esa palabra en voz alta el viernes por la noche en el refugio, me recorrió un escalofrío por toda la espalda. Ahora ya puedo pensar en su significado, la puedo escribir sin que me tiemblen las manos. La pronuncio para mí, para acostumbrarme a su sonido. Suena a lo más extremo imaginable, pero no lo es sin embargo.

El sábado al mediodía, a eso de las tres, había dos soldados golpeando la puerta principal con los puños y las armas. Vociferaban como salvajes, aporreaban la madera a patadas. La viuda abrió. Teme por su cerradura. Dos cabezas grises, dando tumbos, borrachos como una cuba. Golpearon con sus fusiles de asalto en el único cristal del pasillo que quedaba entero. Las esquirlas caen al patio tintineando. A continuación despedazan la persiana y se ponen a dar patadas al viejo reloj de pie.

Uno de ellos me agarra, me lleva a la habitación que da a la calle después de quitar de en medio de un empujón a la viuda. El otro se planta junto a la puerta principal, tiene a la viuda en jaque, sin decir palabra, amenazándola con el fusil sin tocarla.

El que me empuja es un hombre entrado en años con la barba ya cana. Huele a aguardiente y a caballo. Cierra la puerta tras de sí accionando cuidadosamente el picaporte. Al no encontrar ninguna llave en la cerradura, arrastra el sillón contra el entrepaño de la puerta. Parece no ver para nada a la presa. Tanto más terrible así el empujón con que la arroja al lecho. Cerrar los ojos, apretar fuertemente los dientes.

Ni un sonido. Sólo cuando se desgarra la ropa interior con un crujido, mis dientes rechinan involuntariamente. Eran las últimas bragas intactas.

De pronto siento unos dedos en mi boca, olor pestilente a jaco y a tabaco. Abro los ojos de golpe. Hábilmente, esas manos extrañas me tienen inmovilizada la mandíbula abierta. Cara a cara. Entonces, el que está encima de mí deja caer lentamente en mi boca la saliva acumulada en su boca.

Me quedé petrificada. No era asco, sólo frío. La columna vertebral se congela, un vértigo glacial me da vueltas en el cogote. Me siento resbalar y caer, profundamente, a través de las almohadas y de las tablas del suelo. Sumergirse

en el suelo..., así que es eso.

De nuevo cara a cara. Los labios extraños se abren, dientes amarillos, un diente incisivo medio roto. Las comisuras de la boca se alzan. De los contornos de los ojos irradian pequeñas arrugas. Sonríe.

Antes de marcharse revuelve entre sus bolsillos en busca de algo. Lo arroja sin decir palabra sobre la mesita de noche. Desplaza a un lado el sillón que atrancaba la puerta, y da un portazo al salir. Lo que deja tras de sí: una cajetilla arrugada con algunos cigarrillos dentro. Mi paga.

Cuando me levanté, mareos, náuseas. Los jirones cayeron a mis pies. Fui tambaleándome por el pasillo camino del baño, pasé al lado de la viuda que sollozaba. Vómitos. La cara verdosa en el espejo, los restos de comida en el lavabo. Me senté en el canto de la tina, no me atrevía a limpiar aquello porque me venían constantemente las arcadas y el agua en el cubo era escasa.

Luego dije en voz alta: ¡Maldita sea!, y tomé una determinación.

Está más claro que el agua: aquí hace falta un lobo que me defienda de los demás lobos. Un oficial, del más alto rango, comandante, general, lo que pueda pillar. ¿Para qué tengo yo, si no, mis sesos y mis pocos conocimientos de la lengua del enemigo?

En cuanto pude volver a caminar con normalidad, cogí un cubo y me fui con él a la calle. Deambulé de un sitio a otro, aceché en los patios de las casas, eché un vistazo aquí y allá, regresé de nuevo a la escalera de casa y presté atención por si había alguien. Preparé frases con las que podría dirigirme a un oficial; me puse a pensar si no parecía yo demasiado verde, o si no tenía un aspecto demasiado mísero para gustarle a alguien. Volvía a sentirme corporalmente mejor ahora que hacía algo, que planeaba mis actos con la voluntad de no ser ya más una presa muda.

Durante media hora no sucedió nada, es decir, no pasaron galones ni estrellas. No conozco sus insignias de rango ni su jerarquía. Sólo sé que los oficiales llevan estrellas en la gorra, y la mayoría abrigo. Sin embargo, yo sólo veía gente de verde, soldados rasos. Ya iba a darme por vencida por hoy y estaba a punto de llamar con los nudillos a nuestra puerta, cuando se abrió la puerta del piso de enfrente, que pertenece a un vecino que pudo fugarse a tiempo. Un tipo con estrellas. Alto, con el cabello negro rizado, bien alimentado. Cuando me ve con el cubo se ríe, chapurrea: «Tú... ¿mujer?» Le contesto riendo y colmándole de frases en mi mejor ruso. Está encantado de escuchar su idioma. Charlamos, tonteamos, nos decimos disparates, pero le saco que es teniente. Al final quedamos en vernos esta tarde a las siete en casa de la viuda. Hasta esa hora tiene servicio. Se llama Anatol Nosequé, es ucraniano.

«¿Vendrá de verdad, está seguro?»

Él, en tono de reproche: «Completamente seguro, y lo más rápidamente que pueda.»

Primero apareció otro hacia las cinco, uno a quien ya teníamos olvidado: Petka, el de la víspera, Petka, el del pelo a cepillo y del tartamudeo de Romeo

enamorado. Trae consigo a dos camaradas que nos presenta como Grischa y Jascha. Ya están los tres sentados alrededor de nuestra mesa redonda, todavía un poco apocados, como chicos que han sido invitados por gente distinguida. Sólo Petka se comporta como si estuviera en casa. Me exhibe ante los otros dos con un orgullo muy marcado de propietario. Los tres se arrellanan en los sillones, se sienten a gusto. Jascha ofrece una botella de vodka. Grischa desenvuelve de un pedazo de papel aceitoso (es la portada del *Pravda*, pero por desgracia se trata de un número ya muy viejo) arenques y pan. Petka pide vasos como si fuera el señor de la casa. Llena los vasos, pega un puñetazo en la mesa y ordena:

«*Vypit nado*, ¡de un trago!»

La viuda y yo —y también el realquilado señor Pauli, aparecido súbitamente hace sólo media hora, con la baja de las milicias del Volkssturm— tenemos que sentarnos a la mesa, tenemos que beber con los muchachos. Petka pone para cada uno de nosotros una rebanada de pan negro, húmedo, en la mesa, a continuación y sin vacilar un instante trocea los arenques sobre la caoba pulida, y con el pulgar va extendiendo los trozos sobre el pan al tiempo que nos mira radiante, como si aquello fuera un plato exquisito, un bocado muy especial.

La viuda se lleva un susto de muerte y corre a la cocina por platos. Grischa es una persona taciturna, con una permanente sonrisa satisfecha en los labios. Tiene la voz ronca de bajo profundo, está siempre atento para que todos recibamos la misma cantidad de pan y arenques. Jascha, bajito y pelado al cero, sonríe y asiente con la cabeza en todas direcciones. Los dos son de Jarkov. Poco a poco me fui metiendo en conversación con ellos. Hice de intérprete entre el señor Pauli y los rusos. Bebemos a la salud de todos. Petka, el siberiano, es muy ruidoso en sus expresiones de júbilo.

Una y otra vez escucho atentamente en dirección a la puerta y echo miradas fugaces al reloj de mujer que lleva Petka en el brazo. En cualquier instante puede aparecer a su cita Anatol, el teniente. Lo espero con miedo, pues temo una pelea. Petka es fuerte como un roble y aseado, pero es un cateto y un pobre diablo. No podría ofrecerme protección alguna. Pero con un teniente al lado, en cambio, puedo verme convertida en una especie de tabú. He tomado una firme determinación. Ya se me ocurrirá algo si las cosas van a más. Sonrío para mis adentros, me veo a mí misma representando un papel de actriz en el escenario. ¿Qué me importan todos ésos? Nunca había estado yo tan apartada de mí misma, tan alienada de mí. Todo sentimiento parece muerto. Tan sólo vive el instinto de supervivencia. Éstos no me destruirán, no.

Entretanto, Grischa se ha dado a conocer como «contable». También nuestro señor Pauli, perito industrial, se confiesa contable. Grischa y el señor Pauli han bebido demasiado rápido. Se echan el uno al otro al cuello, vitorean: «¡Yo contable, tú contable, nosotros contables!» El primer beso ruso-alemán de hermanamiento se estampa en la mejilla de Pauli. Al poco rato, Pauli, que está

ya borracho como una cuba, nos dice maravillado: «¡Pero qué tipos tan estupendos estos rusos, vaya saque que tienen!»

Volvemos a vaciar nuestras copas en otra ronda brindando por la contabilidad internacional. Incluso la viuda está ahora vivaracha y se olvida transitoriamente de que se trocean los arenques sobre el tablero pulido de su mesa de caoba. (A ninguno de los muchachos se le pasa por la cabeza utilizar los platos.) Bebo con mucho tino, cambio los vasos sin que se dé cuenta nadie, quiero tener la cabeza despejada para después. Tenemos una alegría enfermiza, sobre todo nosotras, las dos mujeres. Queremos olvidar lo que sucedió hace apenas tres horas.

Fuera está cayendo la tarde. Ahora Jascha y Petka cantan una melodía melancólica, Grischa ya sólo masculla acompañándoles. El señor Pauli está fuera de sí, de un humor bendito. Es un poco demasiado para él. Esta mañana temprano era un serio candidato a la muerte en las milicias del Volkssturm hasta que sus componentes, con mucho criterio, se disolvieron enviándose los unos a los otros de vuelta a casa al carecer de armas y de órdenes. De pronto, Pauli eructa, cae hacia delante y vomita encima de la alfombra. Al instante se lo llevan al baño la viuda y el colega contable Grischa. Los demás sacudimos la cabeza mostrando interés. El señor Pauli tuvo que pasarse el resto del día en la cama y, según se comprobaría a partir de entonces, tendrá que pasarse en ella un tiempo indefinido, en su habitación de realquilado. Un pobre lisiado. Puede que sea su subconsciente el que desea la parálisis. Tiene el alma tocada. Sin embargo, su mera presencia masculina produce un efecto de contención. La viuda confía ciegamente en él y en sus secas frases sentenciosas sobre la situación mundial. Le da un masaje en la espalda.

Está anocheciendo. A lo lejos, el clamor del frente. Encendemos las velas que ha encontrado la viuda, las fijamos sobre un platillo. Un pequeño círculo de luz sobre la mesa redonda. Hay soldados entrando y saliendo, al anochecer hay más animación. Martilleo en la puerta principal, gente apiñándose en la cocina. No tenemos ningún temor. Mientras Petka, Grischa y Jascha estén sentados a la mesa con nosotras, no puede pasarnos nada.

De pronto aparece Anatol en la habitación, llena el cuarto con su presencia masculina. Tras él trota un soldado con una olla llena de aguardiente y con un pan redondo y negro bajo el brazo. Estos hombres están muy bien alimentados, robustos y gorditos, con sus uniformes recios y prácticos. Se mueven a sus anchas, muy seguros de sí mismos. Escupen en la habitación, arrojan sus largas colillas por todas partes, limpian los restos de arenque de la mesa arrojándolos sobre la alfombra y se repanchingan, cuan anchos son, en los sillones.

Anatol informa que el frente está en estos momentos en el canal de Landwehr, y yo no puedo sino recordar la aburrida y monótona canción: «Hay un cadáver en el canal de Landwehr...» La de cadáveres que habrá allí ahora. Anatol afirma que en los últimos días se han rendido ciento treinta generales alemanes. Revuelve en una bolsa de celofán, saca un mapa de Berlín y nos

muestra sobre él la evolución del frente. Es un mapa muy detallado, lleno de indicaciones en ruso. Tengo una sensación muy extraña cuando, para complacer a Anatol, que me lo ha pedido, le señalo en el mapa el lugar donde se encuentra nuestra casa.

Así pues, el 28 de abril de 1945, el frente está situado en el canal de Landwehr. Ahora, cuando escribo esto, estamos a martes, 1 de mayo. Por encima de nosotros se oye un gran estruendo. Con sonido aceitoso truenan los motores de aviones rusos. Enfrente, junto a la escuela y en largas hileras, hay «órganos de Stalin». Los rusos los llaman cariñosamente Katiuska y cantan sus alabanzas en una canción militar muy especial para ellos. Los Katiuska aúllan en estridentes tonos de lobo. No tienen nada de extraordinario. Erguidos parecen rejas compuestas de finos tubos. Sin embargo, aúllan, braman, chirrían hasta desgarrarnos casi los tímpanos cuando, no muy lejos de allí, hacemos cola para el agua. Por si fuera poco, escupen tiras de fuego en manojos.

Aturdida por los Katiuskas estaba esta mañana yo haciendo cola para el agua. El cielo estaba rojo sanguinolento. Del centro de la ciudad ascienden enormes humaredas. La necesidad de agua nos saca a todos de nuestros agujeros. De todas partes llegan civiles sucios, desastrados, algunos casi a rastras, mujeres de rostros grises, casi todas mayores, pues a las jóvenes se las mantiene escondidas. Hombres con barba de tres días, jirones de ropa blanca atados al brazo, la señal de la rendición... Así estamos todos, de pie, mirando cómo los soldados rusos bombean agua, cubo tras cubo, para sus caballos. Y es que los militares tienen prioridad en el uso de la bomba de agua, por supuesto. Sobre eso nadie discute, al contrario: cuando se le salió la palanca de la bomba a un civil, un ruso la volvió a fijar con un clavo atravesado.

En todos los jardines de las casas de alrededor los soldados acampan bajo los árboles florecidos. Las piezas de artillería están clavadas en los bancales. Ante los cenadores dormitan algunos rusos. Otros abrevan a los caballos que encontraron abrigo en los cenadores. Con asombro miramos a las muchas chicas soldado con guerrera, falda y boina vasca con distintivo. Al parecer pertenecen a tropas regulares. En su mayoría son jovencísimas, bajitas, robustas y con el pelo liso. Lavan sus prendas en tinas. Camisas y blusas de mujer bailan en tendederos aprestados con toda celeridad. Y por encima aúllan los órganos de Stalin, y una humareda negra se alza como una pared ocultando el cielo.

Así ayer por la mañana temprano. Lo mismo hoy. Hoy me encontré de camino a casa con el señor Gotz, fiel al partido hasta el final. Ahora se ha adaptado a las circunstancias. Señaló la medalla envuelta en papel de celofán que llevaba un ruso que pasaba por allí, y le preguntó: «¿Condecoración?» (En alemán y en ruso es la misma palabra, según trató de enseñarme; no tiene ni idea acerca de mis conocimientos del idioma.) Me dio un pequeño cuaderno, un diccionario para soldados, alemán-ruso. Me dijo que podía conseguir algunos ejemplares más. Ya me lo he estudiado detenidamente. Hay en él un montón de vocablos útiles como «tocino», «harina», «sal». Faltan otras palabras

importantes como «miedo» y «refugio». Incluso la palabra «muerto», que no utilicé en mi viaje de entonces a Rusia, me falta ahora muy a menudo en mis conversaciones. La reemplazo con la palabra «*kaputt*» que todo el mundo entiende y que sirve además para muchos otros contextos. A cambio aparecen en el diccionario expresiones que no tienen ahora ningún uso, como «¡Manos arriba!» y «¡Firmes!». Pero puede suceder que a partir de ahora se nos hable así.

Volvamos, no obstante, al domingo 28 de abril, por la noche. Hacia las ocho se largaron Petka y los suyos. Algún servicio reclamaba la presencia de los tres muchachos. Petka gruñó algo acerca de que regresaría pronto, pero lo dijo de manera que el teniente no lo oyera. Al mismo tiempo me apretujó los dedos y trató de mirarme a los ojos.

Por lo demás, resulta extraño el escaso efecto que producen las estrellas de los oficiales sobre la tropa. Yo estaba decepcionada. Nadie se sentía incomodado lo más mínimo por el rango de Anatol. Éste se sentó con toda calma con los demás. Y se reía y le daba al pico. Les llenaba a los otros los vasos hasta arriba, y hacía chirriar la olla. Empiezo a temer por mi tabú. La jerarquía militar prusiana, tan familiar entre nosotros, parece que no tiene validez aquí. Los que llevan estrellas no proceden de una determinada clase social. No están por encima de la tropa por su extracción social o por su educación. No poseen ningún código especial del honor y mucho menos una actitud distinta frente a las mujeres. Las tradiciones occidentales de caballerosidad y galantería ni siquiera rozaron Rusia. Según tengo entendido, allí no hubo torneos, ni trovas, ni trovadores, ni pajes. ¿De dónde deben de provenir entonces? Todos éstos son campesinos. Anatol también lo es. Mi nivel de ruso no alcanza como para poder determinar el oficio o la educación de cada uno de ellos por su manera de hablar o por su vocabulario, cosa que sí podría hacer en cambio en otros idiomas. Y sobre literatura y arte todavía no he podido hablar con casi nadie. Sin embargo, noto que estos muchachos con su proceder ruidoso se sienten inseguros interiormente frente a mí, que son hombres sencillos, sin refinamiento, criaturas del pueblo.

Pero después de todo, Anatol es una imagen masculina de dos quintales de rebosante salud. Quizás produzca algún efecto su peso si no dan resultado las estrellas. En cualquier caso, vacilo ahora en la decisión tomada. Anatol, igual que un cometa, arrastra tras él una cola de jóvenes, de soldados jovencísimos, y todos, sin excepción, han encontrado alojamiento en el piso abandonado por las tres hermanas flan. Entre ellos hay un niño de verdad con un rostro pequeño, una mirada reconcentrada y severa en unos ojos negros... Vania, dieciséis años. La viuda me lleva aparte y me dice entre cuchicheos que podría haber sido ése el de la otra noche en el descansillo de la escalera... Tenía una cara así de pequeña, redonda y un cuerpo así de delgado. Por su parte, Vania no da ninguna señal de reconocimiento. Tampoco podría darla porque a la mujer que tomó con torpeza de muchacho sólo la sintió, no la vio. Sin embargo, me da la impresión de que sabe quién es ella. Su voz sí que la escuchó, la viuda me contó

cómo lloró y suplicó. Sea como sea, Vania sigue a la viuda como un perrito faldero. Trae vasos limpios a la mesa y lava en el fregadero los usados.

Esa noche bebí mucho, quise beber mucho, emborracharme, y lo conseguí. Por ello sólo tengo recuerdos aislados. Anatol otra vez a mi lado, sus armas y sus cosas dispersas alrededor de la cama... Los muchos botones y bolsillos, y todas las cosas que tiene en ellos... Amable, afectuoso, infantil... Pero nacido en mayo, Tauro, Tauro... Creo ser una muñeca insensible a la que se agita, se da vueltas, una cosa de madera... De pronto aparece alguien en la habitación a oscuras iluminando con una linterna de bolsillo. Y Anatol le grita al de la linterna con voz muy áspera, le amenaza con los puños, y el otro desaparece... ¿O lo he soñado?

Al amanecer veo a Anatol en pie en la habitación mirando afuera, mientras la habitación se va inflamando de rojo, y el amarillo destella sobre el papel de las paredes. Oigo aullar los Katiuskas mientras Anatol estira los brazos y dice: «*Petuj paiot*», canta el gallo. Y efectivamente, en una de las treguas de fuego se oye el canto del gallo.

Cuando Anatol se fue, me levanté enseguida, me lavé en el baño con los escasos restos de agua, limpié la mesa, barrí las colillas, las colas de los arenques, la mierda de caballo. Enrollé la alfombra y la coloqué encima del armario. Eché un vistazo a la habitación de al lado donde la viuda, al cuidado de su realquilado, se ha preparado un lecho en el sofá. Los encontré roncando a los dos. Silba un viento gélido a través de los jirones de cartón de las ventanas. Me siento fortalecida y descansada tras cinco horas de sueño profundo. Me duele la cabeza, pero nada más. Hemos sobrevivido otra noche.

Calculé que estábamos a domingo, 29 de abril. Pero «domingo» es una palabra civil, sin sentido en estos tiempos. El frente no tiene domingos.

RETROSPECTIVA DEL DOMINGO 29 DE ABRIL DE 1945

Las primeras horas de la mañana estuvieron llenas de los chasquidos de los disparos de fusil. En la calle circulaban camiones arriba y abajo. Llamadas en tono seco, relinchos y tintineo de cadenas. La cocina de campaña nos envía sus humos a través de la ventana sin cristales de la cocina. Nuestro horno, alimentado míseramente con restos de cajas y tablones, humea de tal manera que se nos saltan las lágrimas.

A través del humo me pregunta la viuda: «Dime, ¿no tienes miedo?»

«¿De los rusos, dices?»

«Sí, claro. Me refiero a Anatol. Un tipo tan fornido y bien alimentado...»

«Bah, acabará comiendo de mi mano.»

«Y de paso te hará un niño», dice la viuda atizando el fuego del horno.

¡Ah, eso es otra cosa! Sí, eso pende por encima de todas nosotras. Pero hasta

el momento no me ha preocupado lo más mínimo. ¿Y en realidad para qué? Intento explicárselo a la viuda. Hay una especie de dicho que he escuchado alguna vez: «La hierba no crece en los senderos muy transitados.» Y como la viuda no acepta la validez de la frase para este caso, continúo: «No sé, pero tengo el firme convencimiento de que eso no puede ocurrirme a mí. Como si yo, hablando en un sentido completamente corporal, pudiera cerrar mi cuerpo en ese acto, cerrarme con llave frente a todo lo exterior indeseado.»

La viuda no acepta esta explicación tampoco. Su marido era boticario, conoce bien el asunto. Dice que por desgracia no tiene en su bien abastecido botiquín ningún remedio efectivo con el que poder protegerme de esos casos.

«¿Y tú qué?», le pregunto.

Entonces se va corriendo hasta su bolso, que está encima del armario de la cocina, revuelve dentro de él, saca su carnet de identidad y me lo tiende al tiempo que señala con el dedo la fecha de nacimiento impresa. Está tan avergonzada como si se desnudara delante de mí. En efecto, este mismo año cumplirá los cincuenta, yo le habría echado unos seis años menos.

«Al menos no tengo esa preocupación», dice. Y a continuación: «Bueno, da igual. Tenemos que pensar adónde ir si llegara el caso.» Me asegura que mantiene todavía las amistades de su difunto marido. «Déjame a mí, ya encontraré remedio, ya verás.» Asiente decidida con la cabeza mientras vierte el agua, que hierve a todas horas, sobre el café de malta. Y yo estoy ahí, de pie, con las manos sobre mi cuerpo. Me siento muy tonta. Pero ahora como antes sigo convencida de que mediante mi simple no querer puedo cerrarle el camino a esa desgracia.

Es curioso que los hombres siempre empiecen preguntando: «¿Tienes marido?» ¿Cuál es la respuesta más apropiada? Si les dices que no, entonces se vuelven babosos de inmediato. Si les dices que sí y crees que te van a dejar en paz, entonces continúan ellos con la sarta de preguntas: «¿Dónde está? ¿Se quedó en Stalingrado?» (Muchos de nuestros hombres lucharon en Stalingrado, y llevan por ello una medalla especial.) Si tienes a un hombre vivo al que poder presentar (tal como hace la viuda con el señor Pauli, a pesar de que tan sólo es su realquilado y nada más), entonces dan un paso atrás. En el fondo les da igual lo que pillan. Se llevan incluso a mujeres casadas. Pero prefieren quitarse al marido de encima mientras están metidos en faena, lo mandan fuera, lo encierran, etcétera. Y no por miedo. Ya se han dado cuenta de que los maridos no estallan aquí tan fácilmente. Pero si no van muy borrachos les molesta su presencia.

Por otra parte, yo no sabría qué responder a la pregunta por mi marido, incluso si me propusiera ser sincera. Sin la guerra, Gerd y yo haría mucho tiempo que nos habríamos casado. Pero cuando Gerd recibió la orden de alistamiento lo dejamos correr, ya no quiso. «¿Traer huérfanos de guerra al mundo? No, ni hablar, yo ya lo soy y sé lo que significa eso.» Así quedó la cosa hasta hoy. A pesar de todo, nos sentimos comprometidos el uno con el otro

igual que una pareja con anillos. Sólo que desde hace más de nueve semanas no he vuelto a saber nada más de él; su última carta me llegó desde la línea Sigfrido. Apenas sé ya el aspecto que tiene. Todas las fotos quedaron destruidas cuando bombardearon mi vivienda, y la única foto que guardaba en mi bolso la destruí yo misma debido al uniforme. Si bien Gerd era sólo suboficial, yo tenía mucho temor a las consecuencias. Todos los vecinos de la casa se han desembarazado de los objetos relacionados con el ejército que pudieran intranquilizar a los rusos. Y todos queman libros. Al menos nos dan algo de calor y calientan la sopa mientras se convierten en humo.

Apenas habíamos tomado nuestro café de malta y las rebanadas de pan —el pan del saqueo— con mantequilla, cuando aparecieron de nuevo los hombres de Anatol. Para ellos debemos de ser una especie de restaurante..., sólo que los comensales traen su propia comida. Esta vez hay un buen tipo entre ellos, el mejor que he conocido hasta el momento: Andréi, sargento primero, de profesión maestro de escuela. Cráneo alargado, gélida mirada azul, silencioso e inteligente. Primera conversación sobre política. Esto no es tan difícil como pudiera pensarse ya que todos los vocablos de la política y de la economía son extranjerismos, y se parecen mucho a sus correspondencias en alemán. Andréi es un marxista ortodoxo. No culpa personalmente de la guerra a Hitler sino al capitalismo que da lugar a esos Hitlers y que acumula tensiones que desembocan en guerras. En su opinión, las economías alemana y rusa se complementan, y una Alemania levantada según principios socialistas es un socio natural de Rusia. Esta conversación, independientemente de su contenido, que no domino tanto como Andréi, me sentó muy bien..., sencillamente porque uno de ellos me trató como a un interlocutor válido y a su mismo nivel, porque no me rozó ni siquiera con la mirada, porque no veía en mí a la hembra tal y como hasta el momento habían hecho todos los demás.

Idas y venidas por nuestra habitación durante toda la mañana. Andréi estaba sentado en el sofá escribiendo su informe. Mientras esté ahí, nos sentimos seguras. Trajo consigo un periódico ruso del ejército. Descifré los familiares nombres de los barrios de Berlín. Ya no queda apenas nada que pueda llamarse alemán en nuestra ciudad.

Por lo demás, siempre nos invade la sensación de estar expuestas por completo en todo momento. Si estamos solas, nos asusta cualquier sonido, cualquier ruido de pasos. La viuda y yo nos apiñamos en torno a la cama del señor Pauli, como ahora cuando escribo esto. Pasamos muchísimas horas sentadas en esta oscura y fría habitación. Iván nos tiene por los suelos. En parte literalmente, pues todavía hay en nuestra manzana comunidades de vecinos que no han sido descubiertas, familias que viven en los sótanos desde el viernes y sólo mandan a sus buscadores de agua antes de que amanezca. Nuestros hombres, me parece a mí, tienen que sentirse por fuerza más sucios que nosotras, mujeres maculadas. En la cola del agua contaba una mujer cómo un vecino la increpó en el refugio cuando los Ivanes se la llevaban y ella se resistía:

«¡Vamos, vaya de una vez! ¡Nos está poniendo a todos en peligro!» Es una pequeña nota a pie de página sobre la decadencia de Occidente.

Estos días sólo siento asco de mi propia piel. No quiero tocarme, y apenas me miro. No puedo sino pensar en lo que a menudo me contaba mi madre sobre la niña pequeña que fui yo un día. Un bebé blanquito y sonrosado, orgullo de sus padres. Cuando mi padre tuvo que incorporarse a filas en 1916, el día de la despedida en la estación aún le recomendó encarecidamente a mi madre que no se olvidara nunca de ponerme la cofia hecha al ganchillo antes de salir a pasear al sol. De color blanco lirio debían permanecer cuello y rostro según exigían por aquel entonces la época y la moda a las hijas de buena casa. Tanto amor, tanto trabajo con la cofia, termómetros en el baño y oraciones por las noches, para llegar a la inmundicia que soy ahora.

Vuelta atrás al domingo. Difícil rememorarlo todo. Los sucesos se embrollan en una mezcla confusa. Hacia las diez estaban juntos todos nuestros clientes habituales: Andréi, Petka, Grischa, Jascha, incluso el pequeño Vania, que volvió a fregar los platos y vasos en la cocina. Comieron, bebieron y charlaron. En una ocasión se dirigió Vania a mí diciéndome con la cara más seria que puede poner un niño: «Las personas somos malas, todas las personas. Yo también soy malo, he hecho cosas malas.»

Apareció Anatol con un tocadiscos, salido de no sé dónde. Dos de los suyos le seguían con los discos. ¿Y qué es lo que ponen una y otra vez, quizás hasta una docena de veces, después de haber escuchado y desechado un fragmento de la mayoría de los discos, el *Lohengrin* y la Novena, a Brahms y a Smetana? Ponen un disco publicitario como los que daba la empresa textil C&A en Spittelmarkt cuando hacías una compra importante:

«Vaya usted a C&A, lindas cosas hay allá...», etcétera. Toda la ropa de confección se fabrica a ritmo de fox-trot, y los Ivanes tararean la melodía con mucho humor. Les encanta.

Ya vuelve a circular el aguardiente por la mesa. Anatol mira con esos ojos ávidos que ya conozco, y acaba echando a todos con pretextos bastante claros. Ni siquiera hay una llave para esta puerta. Anatol la atranca con el sillón orejero. No puedo por menos de recordar la conversación de esta mañana temprano al fuego del horno con la viuda. Me pongo rígida como un pedazo de madera, me concentro con los ojos cerrados en el no.

Vuelve a retirar el sillón cuando la viuda pide permiso para entrar con la sopera. La viuda y yo tomamos asiento e incluso el señor Pauli viene cojeando desde la habitación de al lado, impecablemente afeitado, con la manicura hecha y envuelto en su bata de seda. Mientras tanto, Anatol está echado de través sobre el armazón de la cama. Sus piernas con las botas puestas bambolean por fuera, tiene los rizos negros revueltos. Duerme y duerme, su respiración es imperceptible.

Anatol durmió como un niño durante tres horas, a solas con nosotros, tres enemigos. Incluso cuando duerme nos sentimos más seguros que solos. Es

nuestro muro de contención. Guarda la pistola en la funda que lleva a la cintura. Ahora ronca como si estuviera serrando. Fuera, entretanto, la guerra. El centro de la ciudad humea, disparos como azotes.

La viuda se va en busca de una de las botellas de Borgoña que conquisté yo en el saqueo del cuartel de la policía, y nos lo sirve en tazas de café por si acaso se cuelan rusos sin avisar. Hablamos en voz muy baja para no despertar a Anatol. Nos sienta muy bien la amabilidad y el trato cortés que empleamos entre nosotros. Disfrutamos de estos momentos de tranquilidad, querríamos demostrarnos mutuamente la bondad de que somos capaces. Un alivio para el alma.

Hacia las cuatro de la tarde se despertó Anatol y se marchó de casa precipitadamente por algunas obligaciones de servicio que tenía. Poco después, ruido al otro lado de la puerta principal. Temblor, mi corazón desbocado. Gracias a Dios era sólo Andréi, el maestro de escuela con la gélida mirada azul. Le miramos radiantes, la viuda se le echa al cuello aliviada. Él devuelve la sonrisa.

Otra buena conversación con él. Esta vez no sobre política sino sobre humanitarismo. Andréi, al hablar, parece estar dando una clase, dice que está en contra de «esas cosas» y me mira, confuso, como de pasada. En la mujer, dice, ve al camarada, no el cuerpo. Es un fanático, se le abren completamente los ojos cuando habla así. Está seguro de la infalibilidad de su dogma.

A veces reflexiono sobre si es una suerte o una desgracia para mí saber algo de ruso. Por una parte me da una seguridad que a los demás les falta. Lo que para ellos son bastos sonidos animales, gritos inhumanos, para mí es lenguaje humano..., el lenguaje melódico y bien estructurado de un Pushkin y de un Tolstói. Sí, tengo miedo, miedo, miedo (desde lo de Anatol ha disminuido un poco), pero no obstante hablo con ellos de persona a persona, distingo a los peores de los que son soportables, clasifico el enjambre, me hago una imagen de ellos. Por primera vez siento también mi cualidad testimonial. En esta ciudad serán muy pocos los que pueden hablar con ellos, pocos los que hayan visto sus abedules y sus pueblos, sus campesinos en sandalias de rafia, y sus edificios nuevos construidos a toda prisa y de los que tan orgullosos se sienten..., pocos los que ahora, como yo, somos suciedad bajo sus botas de soldado. Los otros, los que no entienden una palabra de su idioma, lo tienen en cambio más fácil. Siempre tendrán a estos hombres por extraños, pueden poner mucha tierra de por medio y convencerse a sí mismos de que ésos no son personas sino salvajes, animales. Pero yo no puedo. Sé que son personas como nosotros; sin duda en un estadio de desarrollo muy inferior, más jóvenes como nación, mucho más cerca de sus orígenes que nosotros. De manera parecida se comportarían los teutones cuando invadieron Roma y echaron mano de las romanas vencidas, bien perfumadas, con cabellos rizados de forma artificial, con su manicura y su pedicura. De todo lo cual se deduce que el estar vencido es el no va más.

Eran las seis de la tarde más o menos cuando de pronto se oyeron gritos en

la escalera. Golpeteos vehementes contra nuestra puerta: «Han saqueado los sótanos.» Andréi, sentado en nuestro sofá, asiente con la cabeza. Lo sabía ya desde hacía horas, dice, y nos aconseja que vayamos a echar un vistazo a nuestras cosas.

Abajo el caos: tabiques de madera destrozados, candados arrancados de cuajo, maletas rajadas con navaja y pisoteadas. Tropezamos con objetos de otros, pisamos prendas de vestir dispersas por el suelo y todavía limpias, con los pliegues del planchado. Con un cabo de vela alumbramos nuestro rincón. Agarramos esto y lo de más allá, toallas, un trozo de tocino. La viuda dice entre sollozos que ha desaparecido su maleta grande en la que había puesto sus mejores prendas. Vuelca el contenido de una maleta ajena, rajada, en el pasillo y se pone a llenarla con los restos de sus propias pertenencias. Con las manos hace un montoncito con harina vertida en el suelo, y lo espolvorea dentro de la maleta, desquiciada. A diestro y siniestro, y a la luz llameante de las velas, los vecinos revuelven entre los objetos esparcidos. Se escuchan exclamaciones y sollozos estridentes. Se arremolinan en el aire las plumas de los colchones. Huele a vino derramado y a excrementos.

De vuelta arriba. Cargamos con nuestras cosas. A Andréi el saqueo le ha afectado visiblemente. Nos consuela. Dice que seguramente todas las cosas estarán tiradas y revueltas, pero que no falta nada. Con toda seguridad, los ladrones sólo buscaban alcohol. Vania, el niño, que ha regresado entretanto, le promete a la viuda con una mirada seria de sus ojos negros, medio en alemán, medio en ruso, que nos acompañará abajo mañana en cuanto amanezca, y que estará a nuestro lado hasta que encontremos todo lo que nos pertenece.

La viuda llora, se acuerda sin dejar de sollozar de algunas de las cosas de su maleta: el vestido de noche, el vestido de punto, los zapatos resistentes. Incluso yo me encuentro profundamente abatida. Estamos privadas de derechos, somos presas, basura. Nuestra rabia se descarga sobre Adolf. Preguntas del miedo: ¿dónde está el frente? ¿Cuándo habrá paz?

Mientras cuchicheamos alrededor de la cama del señor Pauli, a la que ha regresado éste tras el almuerzo, Andréi está reunido en la habitación de al lado con los suyos para deliberar en torno a la mesa de caoba. De pronto se abren de par en par todas las ventanas, trozos de cartón vuelan a toda velocidad por la habitación, un estampido, un torbellino me lleva hasta la pared de enfrente. Un crujido, una nube de yeso en polvo en la habitación, fuera se desploma un muro... Media hora más tarde los vecinos nos informarían de que una granada alemana había caído en el edificio de al lado, había herido a algunos rusos y matado un caballo. A la mañana siguiente lo encontramos en el patio interior: la carne separada limpiamente, extendida sobre sábanas ensangrentadas, y al lado, sobre la tierra húmeda y roja, los despojos grasientos de las vísceras.

Se me ha olvidado por el momento cómo transcurrió la noche. Presumiblemente habría aguardiente, pan, arenques, carne de conserva, coito, Anatol. Volvemos a las mismas: toda una ronda de rusos, algunos conocidos,

otros nuevos, en torno a nuestra mesa. Una y otra vez se sacan sus relojes, comparan la hora, la hora de Moscú que se han traído consigo y que es una hora más que la nuestra. Uno llevaba un grueso y respetable reloj de faltriquera, de la Prusia Oriental, con una esfera muy abombada, de color amarillo oleoso. ¿Por qué razón van todos detrás de los relojes? No es por su valor monetario, pues no se interesan tanto por anillos, pendientes o pulseras. No, todo eso lo pasan por alto si pueden pescar un reloj. Probablemente se debe a que allá en su país no todo el mundo puede tener un reloj. Tiene que ser ya alguien, representar algo, antes de poder tener un reloj de pulsera tan codiciado, esto es, antes de que el Estado le asigne uno. Y ahora, de pronto, crecen los relojes como rábanos, en cantidades inconcebibles para todo aquel que quiera recolectarlos. Con cada nuevo reloj, su propietario debe de sentirse más poderoso. Con cada reloj que pueda repartir o regalar allá, crecerá su peso personal. Será eso. Pues no saben distinguir los relojes por lo que cuestan. Prefieren los modelos con bagatelas, como los que incorporan un cronómetro, por ejemplo, o con la esfera movible de metal. Cualquier imagen de colores sobre la esfera es para ellos un gran reclamo.

Vi las manos de los hombres sobre nuestra mesa y sentí un asco repentino. Me parecieron tan desnudas..., ¿qué no habrán hecho con ellas? Rápido, un trago de aguardiente, ellos gritan *«Vypit nado»*, cada vez que me llevo el vaso a los labios, y vitorean cada uno de mis tragos como si fuera una hazaña encomiable. Esta vez, además de aguardiente, vino tinto, seguro que del saqueo de los refugios. Una vela pegada a un platillo emitía una luz en llamaradas y proyectaba los perfiles eslavos en la pared.

Por primera vez una cuadrilla de auténticos conversadores. Entre ellos, por lo menos, tres muy capacitados: Andréi, el maestro de escuela y jugador de ajedrez con su gélida mirada azul; habla suave y con mucho control de sí mismo, como siempre. Luego hay un caucásico, con la nariz ganchuda y una mirada resplandeciente. («No soy judío, soy georgiano», así me saludó la primera vez.) Ha leído muchísimo, cita de corrido en verso y en prosa, es muy locuaz y tan hábil como un floretista. La tercera fiera en inteligencia también es nueva. Un teniente muy joven, herido de metralla justo esta tarde, con la tibia vendada de manera provisional. Cojea ayudándose de un bastón de excursionista alemán decorado con todo tipo de plaquitas que hacen referencia a lugares muy conocidos en el Harz. El teniente es rubio platino y tiene una mirada melancólica. Habla con sorna y malicia. En un momento determinado dice: «Yo, como persona inteligente...», a lo que el caucasiano le interrumpe: «Aquí hay también otras personas inteligentes..., la *niemka*, por ejemplo.» (Ésa soy yo.)

Debate sobre el origen de la guerra. Lo ven en el fascismo, en su estructura que apremia a la conquista de territorios. Moviendo la cabeza en señal de desaprobación dan a entender que, en su opinión, Alemania no necesitaba en absoluto de ninguna guerra... «Es un país rico, bien provisto, un país de cultura,

y lo sigue siendo ahora a pesar de la devastación.» Durante un rato discutieron acerca de los miserables orígenes del capitalismo cuya herencia desencadenó la revolución rusa, y también sobre el capitalismo tardío, rico, avanzado, avanzado incluso en la podredumbre, que creen ver en nuestro país. Con argumentos vacilantes y de pronto muy prudentes resaltan el hecho de que su país se encuentra sólo a las puertas de un gran desarrollo y sólo se le puede comparar y juzgar poniendo la vista en su futuro...

Uno señala con el dedo los muebles de alrededor (estilo 1800) y encuentra en ellos una cultura superior. Finalmente abordan el tema de la «degeneración» y discuten abiertamente si los alemanes son o no unos degenerados. Disfrutan del juego; un ir y venir velocísimo de los argumentos. Andréi sabe llevar la conversación con tranquilidad.

De vez en cuando algún ataque malicioso del rubio, del herido, dirigidos contra mí a título personal. Se burla y se ríe a carcajadas de los planes alemanes de conquista, de su derrota. Los otros no aceptan ese tono, cambian rápidamente de tema. Le recriminan su discurso. Muestran la discreción de los vencedores.

En mitad de la charla aparece Anatol bostezando, cansado del servicio realizado. Se sentó con el grupo, pero se aburría mucho. No puede seguir la conversación. Es del campo. Me contó que era responsable de la leche en su koljós, algo así como el jefe de una lechería. Yo: «¡Ah, muy interesante!» Él: «Bueno, no está mal, pero sabes, siempre leche, únicamente leche...» Y suspiró. A la media hora de estar sentado se largó dejando a los demás que siguieran debatiendo.

Al lado dormía el señor Pauli. La viuda se había preparado otra vez su lecho provisional cerca de él. Por lo demás, la situación está clara: paso libre durante el día a los amigos de la casa —si es que se les puede llamar así—, lo mismo que para la gente de la compañía de Anatol. La noche, sin embargo, sólo es para el jefe de la tribu, Anatol. Ahora ya soy realmente tabú, al menos por hoy. ¿Qué sucederá mañana? No lo sabe nadie. Anatol apareció de nuevo a eso de las doce, con lo cual la tertulia se disolvió por sí misma. El último en salir fue el rubio platino, que lo hizo cojeando con su bastón de excursionista, midiéndome de arriba abajo sin decir una sola palabra de despedida, con una mirada maliciosa.

Ahora lagunas en el recuerdo. Volví a beber muchísimo, ya no recuerdo los detalles. No vuelvo a verme en el recuerdo hasta el amanecer del lunes en una conversación con Anatol que condujo a un pequeño malentendido. Yo a él: «Eres un oso.» (La palabra la conozco bien, *miedvied*, así se llamaba antaño un conocido restaurante ruso en la Tauentzienstrasse.)

Anatol, creyendo que estoy confundiendo palabras, se dirige a mí con toda la paciencia del mundo y en el tono con el que se le habla a un niño: «No, eso es falso. Un *miedvied* es un animal. Un animal pardo que vive en el bosque, es grande y gruñe. Pero yo soy un *chelovek*, una persona.»

RETROSPECTIVA DEL LUNES, 30 DE ABRIL DE 1945

Madrugada, gris y rosa. Sopla un viento frío a través de los huecos de las ventanas. Tengo sabor a humo en la boca. De nuevo el canto del gallo. Esta hora temprana la tengo yo para mí sola. Friego, barro colillas, espinas y migas de pan, froto los círculos de aguardiente secos del tablero de la mesa. Luego un parco lavado matinal en el cuarto de baño con dos tazas de agua. Entre las cinco y las siete, mientras la viuda y el señor Pauli todavía duermen, mi hora más feliz, si es que se puede hablar de felicidad en estos tiempos. Es una felicidad relativa. Remiendo y zurzo un poco y enjabono mi segunda camisa. Bien sabemos que a estas horas no aparecerá ningún ruso.

A partir de las ocho comienza el habitual desfile por la puerta trasera abierta. Toda clase de hombres desconocidos. De repente hay dos o tres ahí dando vueltas en torno a mí y a la viuda, intentan tocarnos, tienen la avidez del zorro. Pero la mayoría de las veces aparece uno de nuestros conocidos y nos ayuda a quitarnos de encima a los desconocidos. Oí cómo Grischa les ponía al corriente del tabú, le oí nombrar a Anatol. Y estoy de lo más orgullosa de haber logrado domesticar a uno de los lobos, acaso el más fuerte, para que me mantenga lejos del alcance del resto de la manada.

Hacia las diez subimos a la vivienda de los libreros, tras cuyas excelentes cerraduras de seguridad siguen buscando refugio todavía una docena de vecinos. Nos dejaron entrar después de llamar a la puerta con los nudillos. Se había convocado una reunión de vecinos.

Una aglomeración de hombres y mujeres. No reconocí enseguida a la gente del refugio. Algunos han cambiado increíblemente de aspecto. Casi todas las mujeres tienen el pelo cano o con mechas grises; les falta el acostumbrado tinte de peluquería. Incluso los rostros parecen extraños, desarreglados y viejos.

Nos distribuimos alrededor de la mesa a toda prisa, temerosos de que nuestra «reunión» pudiera llamar la atención de los rusos y ser malinterpretada por ellos. A toda velocidad, lo más deprisa que puedo, les cuento las novedades que conozco por los periódicos rusos y por los rusos, principalmente por Andréi y Anatol: cerrado el cerco a Berlín; tomados todos los suburbios periféricos, sólo en Tiergarten y en Moabit sigue habiendo violentos combates; capturados generales en masa; Hitler podría estar muerto, pero no se sabe con seguridad; de Mussolini se dice que lo han fusilado los italianos; los rusos han llegado hasta el Elba, se han encontrado allí con los americanos y han confraternizado con ellos.

Todos escuchan ansiosos. Para ellos todo esto es nuevo. Miré a mi alrededor, le pregunté a la de Hamburgo por su hija, por Stinchen la de la venda en la cabeza. Y me contesta con sus eses sonoras que la chica vive

prácticamente en el altillo de la vivienda. Se pasa todas las noches y la mayor parte del día allí arriba detrás del mantel de la cocina. Los rusos ni sospechan de la existencia de esos altillos. En su tierra no se conocen esos extraños habitáculos. En otro tiempo se colocaban en ellos las maletas; y en épocas más lejanas se decía que dormían ahí las sirvientas. Así que Stinchen lleva una vida de vegetal en ese estrecho y mohoso habitáculo con sábanas, orinal y colonia. Y en cuanto se oye ruido de pasos o cualquier otro sonido, corre —según dice su madre— la cortina de su zulo. En cualquier caso, Stinchen sigue siendo virgen.

Volvimos a casa, escaleras abajo. Hace tiempo ya que nuestra casa es una casa de soldados. Por todas partes hay tufo a caballo. Trozos de boñiga dispersos que los soldados arrastran con sus botas. Los vencedores no se andan con cumplidos. Mean en los muros de las casas, donde les da la gana. Hay charcos de orina en los descansillos de la escalera y en la entrada de la casa. Dicen que no se comportan de manera muy diferente en sus propias casas, abandonadas ahora a su merced.

En nuestra cocina nos esperaba ya, erguido como un centinela, el niño Vania, con su fusil de asalto preparado. Con sus ojos de perro fiel se volvió a ofrecer como compañía para ir al refugio. Otro descenso a la oscuridad. En el pasillo había algunos rusos echados en el suelo durmiendo en pleno día, con sábanas y edredones que se han agenciado en alguna parte. En un rincón, bajo la escalera de caracol, había uno echado impidiéndonos el paso. Debajo de él, un charco. Gruñendo por las patadas de Vania, se hizo a un lado. Vania, a sus dieciséis años, es ya sargento y hace valer su rango. Andréi me ha contado que Vania trabajaba en una hacienda de la Prusia Oriental y se enroló en el ejército ruso que avanzaba victorioso en la batalla. Gracias a algunos actos heroicos ascendió enseguida en la jerarquía.

En el sótano tanteábamos en busca de las cosas de la viuda. Cosas que yo no conozco y que la viuda tampoco recuerda con exactitud, o dice no recordar bien. Pero ella agarra de aquí y de allá lo que le parece que puede servirle. A la débil luz de las claraboyas y con la ayuda de la linterna de Vania juntamos patatas y cebollas. De un anaquel cogimos algunos tarros con confitura que habían quedado milagrosamente ilesos.

Se nos acercó un tipo de ojos rasgados diciendo cochinadas en su idioma, entremezclando algunas palabras en alemán. A lo que Vania, pasando al lado del tipo ese, le espetó: «Ya basta.» Y el de los ojos rasgados se largó.

Almuerzo. Seguimos teniendo de todo y en abundancia. En comparación con mis pobres comidas cuando vivía sola en la buhardilla, llevo ahora una vida opulenta. Ya no como más ortigas sino carne, tocino, mantequilla, guisantes, cebollas, verdura en conserva. El señor Pauli deglute en su lecho de dolor como una fiera. Pero con la compota de pera empezó a renegar después de sacarse una esquirla de cristal, larga y afilada, de entre los dientes. También yo me saqué una punta afilada de la boca. El tarro de compota de nuestro saqueo en el refugio estaba roto.

Sigue habiendo guerra fuera. Nuestra nueva oración de mañana y tarde: «Todo esto se lo debemos al Führer.» Una frase que en los años de paz se pronunciaba miles de veces, en los discursos, en señal de alabanza y de agradecimiento, y aparecía pintada en carteles propagandísticos. Ahora, dándole la vuelta, sin cambios en la pronunciación pero sí en su contenido, se convierte en burla y escarnio. Creo que a este fenómeno se le denomina conversión dialéctica.

Tarde tranquila. Anatol había salido con sus hombres. Se dice que están ultimando los preparativos para la conmemoración del Primero de Mayo. Tememos ese día festivo. A todos los rusos —se oye comentar— les darán aguardiente para la ocasión.

Anatol no está. En su lugar apareció hacia las nueve de la noche un tipo bajito, entrado en años, picado de viruelas y con las mejillas rajadas. Latidos fuertes del corazón. ¡Qué rostro más repugnante!

Sin embargo, tiene modales educados y su manera de hablar es absolutamente elegante. Es el primer militar que me llama «*graschdanka*», «ciudadana», el tratamiento que se les da a las mujeres desconocidas a quienes no se puede dar el título de «camarada». Se presentó a sí mismo como el nuevo oficial adjunto de Anatol con el encargo de éste de anunciar su presencia para la hora de la cena y de aportar todo lo necesario. Todo esto lo dijo desde el otro lado de la puerta principal con la cadena puesta que yo no me había atrevido a quitar.

Le dejé entrar. Le ofrecí una silla. Se le veía ansioso por entablar una conversación conmigo. Con toda seguridad es consciente de la poca confianza que inspira su rostro y por ello se esfuerza doblemente por agradar por otros canales. Me confió que su casa estaba en el Cáucaso, en una región visitada también por Pushkin y donde éste encontró inspiración para algunas de sus obras. Yo no le entendía todo, se expresaba en términos muy cultos, formaba frases muy largas, complicadas. Pero de todas formas pude citar algunos títulos cuando pronunció la palabra clave «Pushkin», como por ejemplo *Borís Godunov* y *El inspector de postas.* Le conté que el libro *El inspector de postas* fue llevado al cine hace algunos años en Alemania, lo cual le produjo una gran alegría. En una palabra, pura charla de salón, una verdadera rareza. No puedo decir que conozca bien a estos muchachos, siempre pienso curiosa en la próxima sorpresa que nos tendrán reservada.

De repente llegan ruidos y voces de hombres desde la cocina. ¿Será Anatol? El caucasiano bajito dice que no, pero me acompaña sin vacilar hasta la cocina, de la que justo en ese momento sale la viuda despavorida gritando:

«¡Cuidado! ¡Petka!»

¿Petka? ¡Dios mío!, sí, el que faltaba. Petka, el del pelo a cepillo y las manazas de leñador que tanto temblaban cuando me soltó su penoso galanteo de Romeo.

Entramos los tres en la cocina. Sobre el aparador hay una pequeña

lamparilla mariposa casi consumida del todo. Se ve además la luz centelleante de una linterna de bolsillo a punto de apagarse que acciona un ruso a quien no había visto nunca. El otro es sin lugar a dudas Petka, lo reconozco por la voz. Desde anteayer (sí, fue realmente anteayer) su amor por mí se ha convertido en odio contra mí. Petka, el siberiano desbancado, se acerca a mí nada más verme. Tiene el pelo erizado (la gorra está quién sabe dónde). Sus ojitos destellan. Está borracho como una cuba.

En el rincón, junto a la ventana, hay una máquina de coser. Petka la levanta del suelo agarrándola de la tapa que la cubre y la lanza hacia mí a través de la cocina. El mueble cruje al estrellarse contra las baldosas. Me agacho y le grito al pequeño caucasiano: «¡Ve a buscar a Anatol!», y me sitúo detrás del otro soldado, el desconocido que vino con Petka. Le suplico ayuda frente al borracho. Petka se pone ahora a dar puñetazos hacia donde estoy yo, pero no consigue darme a causa de su tremenda borrachera. Inesperadamente sopla en dirección a la débil llama del aparador y la apaga. Y la linterna deja de funcionar completamente. Nos quedamos a oscuras. Oigo jadear a Petka, huelo su apestoso aliento de borracho. En realidad no siento miedo. Estoy demasiado ocupada en evitar a Petka, en ponerle una zancadilla. Además siento cerca a mis fuerzas aliadas. Por fin conseguimos llevarlo entre todos hasta la puerta trasera. La linterna vuelve a dar algunas ráfagas de luz. No hacemos más que arrimar a Petka a la escalera de caracol y se cae algunos escalones abajo. Al tropezar me grita que soy mala, una basura..., y me menta a mi madre.

La una de la madrugada. Así pues, ya estamos a martes, 1 de mayo. Estaba sentada en el sillón, me encontraba terriblemente cansada. El bajito ayudante adjunto se había vuelto a marchar. Ahora iba a buscar de verdad a Anatol. Yo aguzaba el oído, dormitaba... Hacía rato que la viuda y el señor Pauli se habían ido a dormir. Yo no me atrevía, me quedé a la espera...

Por fin golpes en la puerta principal. Otra vez el bajito. Esta vez viene cargado con tocino, pan, arenques, un cazo lleno de aguardiente. Dando traspiés a causa de la modorra entro en la cocina en busca de vasos y platos, pongo la mesa con la ayuda del bajito. Los filetes de arenque están cuidadosamente enrollados y sin espinas. Bostezo. El pequeño me consuela: «Enseguida vendrá Anatol.»

Y, efectivamente, a los diez minutos aparece en compañía del teniente rubio que sigue cojeando y ayudándose del bastón de excursionista alemán. Anatol me sienta en sus rodillas, bosteza: «Yo, sueño...»

Apenas estamos sentados los cuatro a la mesa comiendo y bebiendo cuando vuelven a llamar a la puerta. Uno de los hombres de Anatol viene a buscar a éste y a su ayudante adjunto para que se presenten al comandante. Parece que va a haber movimiento esta noche; ¿o tiene quizás todo que ver con los preparativos de la fiesta del Primero de Mayo? Anatol se levanta dando un suspiro, desaparece. El ayudante bajito da un gran bocado a su rebanada de pan con tocino y sale masticando detrás de él.

Se han marchado. Sólo se ha quedado el rubio platino. Camina penosamente por la habitación, desasosegado, apoyándose en el bastón. Se vuelve a sentar. Se me queda mirando fijamente. La vela flamea. Estoy que me caigo al suelo del sueño que tengo. Se me han ido todos los vocablos rusos de la cabeza.

El rubio platino me mira fijamente, pensativo. Dice que va a quedarse aquí. Me dispongo a enseñarle la habitación pequeña. No, quiere quedarse en esta habitación. Le pongo una manta en el sofá. No, quiere la cama, dice refunfuñando, tozudo, monótono, como un niño agotado de cansancio. Bueno..., vale. Yo me echo vestida como estoy en el sofá. No, quiere que vaya con él a la cama. No quiero. Entonces empieza a importunarme en el sofá. Le amenazo con Anatol. El rubio se ríe groseramente: «Ése ya no vendrá esta noche.»

Me levanto, quiero ir a la habitación pequeña o a la habitación de al lado con la viuda, a cualquier parte. Entonces cede él. Se conforma con el sofá, se envuelve en la manta. Entonces me echo vestida en la cama, sólo me he quitado los zapatos.

Al poco rato me incorporo asustada, escucho en la oscuridad el bastón que se acerca tanteando. Otra vez lo tengo aquí, quiere meterse conmigo en la cama. Estoy atontada de cansancio. Me opongo, balbuceo alguna frase, no quiero. Él no cede, insiste, su apremio es penoso, triste. En un par de ocasiones repite malhumorado: «Soy joven.» Tiene como mucho veinte años.

Una de las veces, mientras me resisto, le doy en la pierna herida. Lanza un quejido profundo, me insulta, me da un puñetazo torpe. Luego se agacha desde la cama al suelo buscando algo. Al cabo de un rato comprendo que está buscando el bastón que ha dejado tirado frente a la cama. Es un bastón de excursionista lleno de nudos. Si me da con él en la cabeza en la oscuridad, se acabó todo. Intento sujetarle las manos, tiro de él desde el borde de la cama. De nuevo empieza él a incordiar. Yo susurro: «Esto es como con los perros...» Una frase que le gusta extraordinariamente, pues la repite una y otra vez con hosco semblante. «Sí..., está bien eso..., como con los perros..., muy bien..., amor de perros..., amor de perros...» De vez en cuando caemos los dos, derrotados, en un sueño de escasos minutos, luego vuelve a insistir y a intentar abrirse camino... Estoy tan escocida, tan hecha polvo, me resisto apática en ese duermevela, tiene los labios muy fríos...

A eso de las cinco, con el primer canto del gallo, se levantó haciendo un gran esfuerzo, se subió los pantalones y retiró de su herida dentada la sucia gasa del vendaje. Yo, a la vista aterradora de aquello, le digo instintivamente: «¿Puedo hacer algo?» Él niega con la cabeza, clava los ojos en mí durante un rato... y escupe súbitamente ante mi cama, escupe desprecio. Se fue. Se desvaneció una pesadilla. Aún pude dormir tres horas como un tronco.

MARTES, 1 DE MAYO DE 1945, POR LA TARDE

Comenzamos el día de hoy con una angustia tremenda, a las ocho ya estábamos sentadas y completamente hechas polvo, esperándonos lo peor. Sin embargo, el día comenzó como siempre. De pronto la cocina estaba llena de hombres, conocidos y desconocidos. Uno vino vestido con una bata blanca. Se presentó a sí mismo como panadero y me prometió entre susurros harina y pan, mucha harina y pan, si... con él (no pronunció lo que la mayoría suele llamar «amar» o incluso «casarse» o sencillamente «acostarse», éste sólo torció los ojos mirando al cielo).

Gritos y llamadas desde la calle que hicieron desaparecer en un instante a todos esos tipos. Un poco después estaban abajo formados en dos hileras bajo el arce. Anatol paseaba ante ellos arriba y abajo. Un teniente de tomo y lomo, pero agradable: tenía las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero y pronunciaba un discurso. Me llegaban algunos fragmentos de sus frases hasta aquí arriba: «... Primero de Mayo..., victoria cercana..., ser divertido, pero hay que tener presentes los ucases del camarada Stalin...», etcétera. Al hablar guiñaba el ojo pícaramente a los soldados, y sus hombres le devolvían la broma con una sonrisa burlona. Andréi se adelantó un paso de la fila, hizo una pregunta y recibió contestación. Dos, tres hombres más alzaron la mano como en la escuela, preguntaron algo, hablaban sin ambages. No vi nada de bizarría guerrera ni de brío. El camarada teniente se las da, sobre todo, de camarada. Durante la ceremonia siguieron aullando desde la escuela de enfrente los Katiuskas, trazando estelas de fuego en el cielo amarillo como el azufre.

Me sentía muy mal, escocida. Caminaba dolorida a paso de caracol. La viuda revolvió en el botiquín que tiene escondido en el altillo, y me dio una lata con un resto de vaselina.

No me quedó más remedio que pensar en lo afortunada que había sido yo hasta ese momento. En mi vida, el amor había sido siempre un placer y nunca un lastre. Nunca me obligaron, y nunca me he tenido que obligar a mí misma. Y así como estaba, estaba bien. No es el exceso de ahora lo que me ha hecho tan desgraciada. Es el cuerpo tomado contra su voluntad y víctima de abusos, el que reacciona ahora con dolores.

Me viene a la mente una amiga de la escuela, casada, que al comienzo de la guerra me confesó que en cierto sentido, ahora que habían llamado a su marido a filas, se sentía corporalmente mejor que antes en el matrimonio, ya que la consumación de éste le resultaba siempre dolorosa y desagradable. Había hecho todo lo posible por ocultárselo a su marido. Frigidez se le denomina a eso. Su cuerpo no estaba preparado. Y frígida he permanecido yo hasta ahora en todas estas cohabitaciones. No puede ni debe ser de otra manera. Quiero permanecer como muerta e insensible siempre que se me considere un botín.

Hacia el mediodía pude salvar casualmente la vida a dos personas. Todo

comenzó cuando un alemán, una persona mayor a quien no conocía de nada, llamó a golpes a nuestra puerta principal y preguntó por mí, esto es, «por la señora que sabe ruso».

Me fui escaleras abajo con él, sin tenerlo muy claro, lo reconozco, pues el hombre mascullaba algo de pistolas y fusilamientos. Abajo estaban los dos viejos funcionarios de Correos y, alivio, algunos hombres de Anatol, suboficiales. (Ya diferencio la graduación con bastante exactitud, gracias a las clases elementales de Anatol.) Él estaba de cara a la pared, mudo, con los hombros caídos, la cabeza gacha, en zapatillas. Ella había girado la cabeza y parloteaba por encima de su hombro repitiendo una y otra vez atropelladamente las mismas frases.

¿Qué estaba ocurriendo? Lo siguiente: a la chica refugiada que vivía realquilada en casa de los funcionarios de Correos y que el sábado por la mañana nos lloró que no podía más y que iba a poner punto final a su vida, la han sorprendido en la escalera con una pistola en el bolsillo del abrigo. Puede que se haya traído de su tierra el juguetito, nadie lo sabe. Pudo soltarse, corrió a toda pastilla escaleras arriba y escapó de sus perseguidores en el laberinto de tejados y buhardillas. Desde entonces está desaparecida. Entonces pusieron patas arriba todas las habitaciones en la casa de los funcionarios de Correos y finalmente encontraron, qué horror, una foto de medio cuerpo en la que puede verse a la chica con un soldado de las SS. La foto la tienen aquí abajo, me la enseñaron y tuve que confirmar que aquélla era la chica de Königsberg. El hombre de las SS puede que sea su prometido o incluso su hermano; tiene el mismo cabezón que ella.

Y ahora los rusos, después de haber tomado como rehenes a los dos ancianos, los van a fusilar en el acto —dicen— si no les traen a la chica, si no les dicen adónde ha huido.

Para empezar puedo aclarar un error. Los rusos han tomado a los dos ancianos por los padres de la chica. Esos hombres están acostumbrados a unidades familiares de verdad; no conocen nuestras vidas enredadas, aisladas, como jugadas de dados. Al oír que los dos no son familiares de la chica, que ésta sólo vivía en su casa, cambia el tono de sus voces. La anciana, que durante nuestro tira y afloja en la conversación con los rusos no ha dejado de mirarnos fijamente con su mirada de terror, irrumpe ahora en una pausa y cree conseguir algún beneficio insultando a la desaparecida, poniéndola verde: «Metimos a esa persona sin más en el piso. No nos ha traído más que complicaciones y desorden. Estábamos hasta el gorro de ella. No nos extraña nada que proceda de ella... Si supiera dónde está la chica, se lo diría sin dudar. No tengo ningún motivo para callármelo.» Etcétera.

La mujer entregaría a la chica si pudiera, ya lo creo. No deja de repetir su perorata, temblando de miedo, mientras el marido está ahí de pie, apático, de cara a la pared.

Hablo y hablo, aclaro a los rusos que la chica no tenía propósitos homicidas

contra los rusos, que conforme a lo que yo le había oído decir, la chica planeaba suicidarse y seguramente ya se habrá pegado un tiro..., quizás encuentren pronto su cadáver en cualquier parte. (La palabra «suicidio», *samovbiistvo*, tampoco sale en el diccionario alemán-ruso para soldados. La conozco porque le pregunté por ella a Andréi.)

Paulatinamente se fue relajando el ambiente. Pude atreverme a bromear calificando de imbéciles totales a los funcionarios de Correos y diciendo que era gente que no se enteraba de nada. Finalmente también el hombre se dio media vuelta. De su boca abierta le caían hilillos de baba como a un bebé. La mujer calló. Sus ojos claros de anciana loca volaban de mí a los rusos y viceversa. Al final salieron de aquella situación con vida.

Todavía me encargaron que comunicara a todos los civiles de la casa que si se volvía a encontrar un arma prenderían fuego al edificio entero, desde el sótano a la azotea conforme a las leyes de la guerra. Pero a la chica, eso juraron los hombres, la encontrarían y acabarían con ella.

¡Vaya cambio han dado mis alegres bebedores de vodka! ¡No hay quien los reconozca! No me hacen tampoco ninguna seña en reconocimiento por las veces que han brindado a mi salud en la mesa redonda. No se puede una fiar de sus horas de fiesta. Por lo visto, para ellos el servició es servicio, y el aguardiente aguardiente..., por lo menos para estos tres muchachos. Debo tenerlo muy en cuenta. Tengo que ser más prudente con ellos.

Cuando acabó todo me sentí muy satisfecha de mí misma, pero también temerosa. Con acciones como ésta acabaré siendo archiconocida, y no tengo ningún interés en que sea así. Admito que tengo miedo y que querría pasar desapercibida. Al irme de allí se me acercó el hombre que había venido a buscarme y me pidió que le tradujera una expresión que suele oír muy a menudo a los rusos: «*Gitler Durak.*» Traduzco: «Hitler es un imbécil.» Es lo que nos dicen siempre en tono triunfal, como si fuera un descubrimiento suyo.

MIÉRCOLES, 2 DE MAYO DE 1945, CON EL RESTO DEL MARTES

Me pasé casi media tarde del martes sentada junto a la cama del señor Pauli escribiendo lo sucedido. Por precaución, he puesto en las últimas páginas de esta libreta un glosario de palabras alemanas con su traducción al ruso para podérselo mostrar en todo momento a cualquier soldado ruso de los que se asoman curiosos a ver qué escribo. Lo he hecho hasta ahora una vez y coseché un golpecito en el hombro en señal de alabanza.

Al anochecer hubo una visita molesta. Alguien pateaba y golpeaba contra la puerta principal. Abrí dejando puesta la cadena, vi algo blanco y reconocí al panadero del martes por la mañana temprano con su indumentaria habitual. Quería entrar. Yo no quería dejarle, hice como si estuviera Anatol dentro.

Entonces me pidió otra chica, cualquiera, una dirección, unas señas de donde hubiera una..., está dispuesto a darle harina a la chica a cambio, mucha harina, y también hay harina para mí por la mediación. No conozco a ninguna chica para él ni quiero saber de ninguna. Entonces se puso muy pesado. Metió el pie en el resquicio de la puerta. Agarró la cadena. Con mucho esfuerzo conseguí echarlo de allí. Cerré dando un portazo.

Sí, las chicas se están convirtiendo poco a poco en mercancía escasa. Todo el mundo conoce ya las horas y los momentos en que los hombres salen a la caza de mujeres. Se encierra a las chicas, se las hace subir a los altillos, se las protege reuniéndolas en los pisos que tienen cerraduras de seguridad. En la cola de la bomba de agua se iba dando el siguiente «boca a boca»: en el refugio antiaéreo una doctora ha dispuesto un espacio como pabellón de aislamiento, con unos grandes letreros en alemán y en ruso donde pone que se asisten a enfermos de tifus. Pero allí sólo hay chicas muy jóvenes de las casas de los alrededores, a quienes la doctora, con su truco del tifus, salva la virginidad.

Poco después volvió a haber ruido. Esta vez eran dos desconocidos que habían entrado en el piso vacío de al lado. A unos dos metros de altura, la pared de separación entre los dos pisos tiene una grieta de unos cuatro palmos de anchura producida en uno de los últimos ataques aéreos. Por lo visto, esos tíos de enfrente habían arrimado una mesa a la pared para poder alcanzar la grieta. Ahora daban gritos por la rendija para que les abriéramos inmediatamente la puerta o, de lo contrarío, dispararían. (Parece que no saben que nuestra puerta de atrás está abierta.) Uno de los tipos alumbraba nuestro pasillo con su linterna mientras el otro apuntaba con su fusil automático. Pero ya sabemos que no disparan tan fácilmente, sobre todo cuando están así de sobrios y hablando con la locuacidad de esos dos. Me puse a decir bobadas, intenté ser divertida en ruso. Por lo demás se trataba de dos muchachitos imberbes. Les animé y les eché incluso un sermón acerca de los ucases del gran Stalin. Acabaron retirándose de su campo de tiro, patearon todavía un rato con sus botas contra la puerta principal y al final se esfumaron. Respiramos profundamente. Un sentimiento tranquilizador saber que en caso de necesidad sólo tengo que subir un piso y gritar pidiendo auxilio a uno de los hombres de Anatol. Somos el coto privado de caza de Anatol. Eso lo saben ahora la mayoría.

No obstante, la viuda se fue intranquilizando lentamente, sobre todo cuando al anochecer no apareció ninguno de nuestros visitantes habituales. Aprovechó un momento de calma en la escalera y se fue arriba en busca de contacto con los vecinos. Regresó al cabo de diez minutos: «Por favor, ven a casa de la señora Wendt. Hay unos rusos muy simpáticos. El ambiente es realmente muy agradable.»

La señora Wendt es la cincuentona que vive sola con el eczema purulento en la mejilla, la misma que se cosió el anillo de bodas en el elástico de las bragas. Vivía con el ama de llaves que se había quedado en la vivienda del propietario de la casa, huido al oeste. Se trata de una de las muchas formas de

comunidad humana basadas en el miedo y en la necesidad que se forman ahora por todas partes. La pequeña cocina olía muy mal y había un denso humo de tabaco. A la luz de las velas distinguí a las dos mujeres y a tres rusos. Ante ellos, sobre la mesa, podía verse un montón de latas de conserva, la mayoría sin etiqueta. Probablemente se trata de la intendencia de las tropas alemanas, ahora botín de los rusos. Un ruso le puso a la viuda una lata en sus manos nada más entrar.

Por deseo expreso de las dos mujeres no dije ni una palabra en ruso, me hice la tonta. Ninguno de los tres rusos me conocía. Uno, llamado Seriosha, se me arrimó y me rodeó la cadera con su brazo. Otro ruso intervino entonces y dijo en un tono suave: «Hermano, te lo ruego, déjala tranquila, ¿vale?» Y Seriosha, pillado flagrantemente, me dejó tranquila.

Me quedé asombrada. El que acaba de hablar es joven y guapo de cara. Tiene unos rasgos oscuros, regulares. Le brillan los ojos. Tiene las manos blancas y finas. Ahora me mira con gesto serio y me dice torpemente en alemán: «Miedo no tener.»

La señora Wendt nos susurra a las dos que ese ruso se llama Stepan, que perdió a su esposa y a dos de sus hijos en un ataque aéreo alemán, pero que nos ha perdonado todo y que es como un santo.

El tercer ruso, bajito y con la cara picada de viruelas, me acerca una lata que ha abierto con su navaja. Me ofrece a continuación la navaja y me pide con gestos que coma. En la lata hay carne. Trincho gruesos trozos y me los llevo a la boca. Estoy hambrienta. Los tres rusos me miran complacidos. La señora Wendt abre el armario de la cocina y nos muestra hileras enteras de latas de conserva, todas aportadas por los tres muchachos. Se está realmente bien aquí. Y eso que las dos mujeres repelen; la señora Wendt con su eczema purulento; y la ex ama de llaves es como un ratón achaparrado y con gafas. A cualquiera se le quitan las ganas de violar. Sólo el cielo sabe por qué estos hombres han venido a parar justamente aquí y traen toda esa comida con tanto empeño.

Me podría quedar muchísimo tiempo aquí sentada. Stepan irradia seguridad y protección. Me quedo maravillada mirándole como si se tratara de un cuadro. Lo llamo Aliosha para mis adentros, en recuerdo de *Los hermanos Karamazov.* Pero la viuda se está intranquilizando cada vez más. Está preocupada por el señor Pauli, que se ha quedado solo en su cama. Y eso que seguramente nuestros hombres —y con más razón los enfermos que guardan cama— no tienen nada que temer de los rusos. Resulta inimaginable que llegara uno de estos muchachos moviendo las caderas y susurrándole a un hombre: «Tío, ven conmigo.» Son desesperantemente normales.

Seriosha nos acompaña con la vela hasta la puerta, manso y bueno como un corderito. Sólo al traspasar el umbral se arriesga a darme un pellizco casi imperceptible en el brazo.

Bajamos las escaleras trotando, cada una con una lata de carne en las manos. De nuestro piso sale música animada. Dentro hay mucho jolgorio. En el

salón está sentado el grupo de Anatol casi al completo. Han entrado por la puerta trasera, que siempre está abierta. En alguna parte han conseguido un acordeón y lo tocan por turnos. Todos lo intentan, ninguno sabe tocarlo correctamente, y el resultado ya se lo puede imaginar cualquiera. Pero se lo pasan muy bien. Ríen. Quieren celebrar que hoy es el Primero de Mayo. No saben dónde está Anatol. Dicen que está de servicio y que tiene muchas cosas por despachar.

Nos vamos a la habitación de al lado, queremos estar junto a la cama del señor Pauli..., y allí nos encontramos con visita rusa. El sombrío teniente rubio, apoyado en su bastón de excursionista, y otro más a quien al parecer ha traído consigo y que nos presenta de una manera muy diplomática pero también como de pasada: «Plis, plas, fulanito de tal, comandante.» (Tienen una manera especial de disimular sus apellidos, todos se esfuerzan por reducir su identidad a lo mínimo, tan sólo se dan a conocer con el nombre de pila y con la graduación que cualquier conocedor ya distingue por sí mismo.)

Me quedo mirando fijamente al rubio llena de desprecio. Me gustaría que estuviera muy lejos. Sin embargo, no da ninguna señal de reconocerme, actúa con modales de forastero y con una cortesía impecable. Aún más cortés es el comandante que le acompaña. Al entrar nosotras se pone en pie como accionado por un resorte, hace una reverencia y repite ante cada una de nosotras su saludo. Un tipo delgado, alto, moreno, con el uniforme limpio. Arrastra un poco una pierna, pero es casi imperceptible. Sólo ahora descubro a un tercer visitante nuevo en la habitación. Está sentado en una silla junto a la ventana, inmóvil. A una llamada del comandante se acerca diligente hasta donde estamos todos a la luz de las velas. Un asiático con grandes mandíbulas y ojitos rasgados, hinchados. Nos lo presentan como el ordenanza del comandante. Inmediatamente después de la presentación vuelve a su rincón junto a la ventana y se sube el cuello del abrigo de lana gris para protegerse del viento que sopla desde fuera.

Somos cuatro alrededor de la cama del señor Pauli, la viuda, yo, el comandante y el rubio sombrío. La conversación la lleva el comandante. Me ruega que traduzca sus ricos y variados floripondios de cortesía al señor Pauli y a la viuda, a quienes él tiene por un matrimonio. Nos miramos el uno al otro furtivamente. Intercambiamos palabras con mucho tiento. Este hombre es un misterio. No le pierdo de vista. El comandante ofrece ahora puros que lleva sueltos en el bolsillo de la chaqueta. Pauli toma dos dando las gracias. Se fuma uno y es el comandante quien le da fuego. Los dos fuman con mucha calma. El comandante le tiende el cenicero una y otra vez de la manera más cortés. De pronto se pone de pie de un salto, y pide que le digamos si tal vez es molesta su presencia, pues, en caso afirmativo, saldría de aquella habitación inmediatamente. Y hace el gesto de quien tiene prisa por marcharse. No, no, le replicamos nosotros, no nos molesta. A lo cual vuelve a tomar asiento, y sigue fumando en silencio. Un puro manual de urbanidad y buenos modales. Una

vez más un espécimen completamente nuevo de la inagotable colección de modelos que nos ha enviado la Unión Soviética. Por cierto, está nervioso. La mano que sujeta el puro tiembla considerablemente. ¿O tendrá fiebre? La duda me asalta porque nos acaba de informar de que tiene una herida en la rodilla y le hacen la cura en el hospital, igual que a su acompañante, el sombrío teniente rubio. (Así que están en el hospital. Me gustaría saber cómo se les trata allí y qué habrá sido de los nuestros que llenaban todas las salas y todas las camas la semana pasada.)

El orfeón de al lado se ha largado de nuestro piso con acordeón incluido. Hay silencio a nuestro alrededor. Miro de reojo el reloj de pulsera del rubio sombrío. Las agujas van a marcar ya las once. Nos miramos unos a otros, la viuda, el señor Pauli y yo. No sabemos qué podemos esperar de nuestros huéspedes.

El comandante le da una orden al asiático que está en el rincón de la ventana. Y éste saca de pronto de uno de los bolsillos del abrigo algo que apenas sobresale: ¡una auténtica botella de champán alemán de marca! La pone sobre la mesita de noche de la cama de Pauli a la luz de las velas. La viuda vuela a buscar copas. Brindamos, bebemos apurando los vasos hasta la última gota. Entre el comandante y el sombrío teniente rubio tiene lugar una charla a media voz que, al parecer, yo no debo escuchar. Hasta que súbitamente el comandante se dirige a mí para preguntarme con seriedad, como en la escuela: «¿Qué sabe usted acerca del fascismo?»

«¿Del fascismo?», repito yo tartamudeando.

«Sí, por favor. Aclárenos la procedencia de la palabra. Cite usted el país donde nació esta tendencia política.»

Me pongo a pensar obstinadamente. Balbuceo algo acerca de Italia, Mussolini, antiguos romanos, *fascio* que son las fasces, haz de varas, lo cual intento explicar con el bastón del teniente que tiene muchas marcas y letreros... Y todo el tiempo me tiemblan las manos y las rodillas porque de pronto creo saber lo que representa este comandante y lo que quiere de mí: examinarme políticamente, quiere averiguar cuál es mi credo político y mi pasado... para hacerme trabajar entonces según los intereses rusos, como intérprete o auxiliar del ejército, qué sé yo..., y ya me veo deportada y esclavizada en algún lugar de las carreteras de la guerra... ¿O son quizás agentes de la GPU y pretenden utilizarme como espía? Cientos de pensamientos horribles cruzan por mi mente, siento mis manos caídas y pesadas como el plomo, apenas me salen ya las últimas palabras de la boca...

Debo de haber palidecido mucho pues la viuda, que no entiende ni palabra de nuestra conversación, se me queda mirando con temor y mirada inquisitiva. A continuación escucho al comandante decirle al sombrío teniente rubio con voz satisfecha: «Sí, tiene muy buenos conocimientos sobre política.» Y alza su copa y brinda a mi salud.

Respiro profundamente, tengo el corazón en un puño. Por lo visto he

aprobado el examen y éste no tenía otro sentido que sondear mis conocimientos escolares.

Apuro mi copa y me dan de premio el último resto de la botella de champán. A la viuda se le están cerrando los ojos. Es hora ya de despedir a los invitados.

De pronto un tono nuevo, una oferta abierta. El sombrío teniente rubio dice en dos frases de qué va: «Aquí está el comandante. Me ordena preguntarle a usted, ciudadana, si él es de su agrado.»

Como si me cayera de las nubes. Clavo los ojos en los dos hombres con expresión incrédula. El comandante está ahora muy ocupado con su puro. Con sumo cuidado lo apaga en el cenicero. No parece haber oído lo que el teniente ha preguntado por encargo suyo. No puedo distinguir al asiático en la oscuridad, junto a la ventana. Está allí sentado todavía, sin decir palabra. No le han ofrecido ni una gota de champán.

Silencio. La viuda me mira inquisitiva encogiéndose de hombros.

Otra vez el teniente, impasible, con su tono mustio de voz: «¿Es de su agrado el comandante? ¿Le puede amar?»

¿Amar? Maldita palabra, no la puedo oír ya más, estoy tan asustada y desengañada que no sé qué decir, qué hacer. Después de todo, el sombrío teniente rubio pertenece al círculo de Anatol. Así que debe de conocer el tabú. ¿Ya no está Anatol en la ciudad? ¿Será este comandante quizás su sucesor en el cargo? Pero no, no puede ser, el comandante acaba de contar que se hospeda en el hospital, que tiene su cama allí.

Me levanto y digo: «No. No entiendo.»

El teniente va detrás de mí por la habitación cojeando y apoyándose en su bastón, mientras el comandante, al parecer ajeno a lo que sucede, sigue sentado junto a la cama de Pauli y mira de soslayo a los dos alemanes callados, desconcertados y atemorizados.

A media voz le murmuro al teniente: «¿Y Anatol? ¿Dónde está Anatol?»

«¿Cómo? ¿Anatol?», grita él groseramente y en voz alta. «¿Por qué pregunta por Anatol? Ya hace tiempo que se marchó. Le han destinado al Estado Mayor.»

¿Se ha marchado Anatol? ¿Así? ¿Sin decir palabra? ¿Será cierto? No acabo de creérmelo, pero la voz del otro suena tan segura, tan sarcásticamente arrogante.

Me da vueltas la cabeza. El comandante también se levanta, se despide con gran ceremonia de la viuda y de Pauli. Escucho sus reiteradas palabras de agradecimiento por las muestras de hospitalidad. Pauli y la viuda no han comprendido ni lo más mínimo de toda esa escena de alcahuetería. Tampoco me atrevo yo a hablar en alemán a los dos alemanes en presencia de los rusos. Sé que a los rusos no les gusta. Enseguida piensan en un complot o una traición.

Tras una reverencia dirigida a todos nosotros el comandante se vuelve hacia la puerta. Desde la ventana llega el asiático dando tumbos. Les alumbro a

los tres el camino con mi vela. El comandante camina con mucha lentitud y paso cansino por el pasillo, arrastrando ligeramente la pierna derecha pero esforzándose en ocultar la cojera. El teniente me empuja con el hombro. Me pregunta groseramente: «¿Eh? ¿Se lo está pensando?» A continuación una corta charla entre él y el comandante sobre dónde pernoctar, si en el hospital o en... Y el teniente me pregunta con frialdad, pero de nuevo con cortesía: «¿Quizás podríamos alojarnos aquí? ¿Los tres?» Y señala al comandante y al asiático medio adormilado.

¿Los tres? Por favor, ¿por qué no? Así tendremos protección masculina durante la noche, pienso, y conduzco a los tres a la habitación pequeña que está detrás de la cocina. Hay en ella un sofá amplio con algunas mantas de lana encima. El teniente y el asiático me empujan al pasar hacia la habitación. El teniente cierra la puerta tras de sí. Sólo le veo encender una linterna.

Estoy en la cocina con la vela en la mano. A mi lado, en silencio, el comandante. Con cortesía me pregunta dónde está el lavabo. Le indico la puerta, le dejo la vela. Mientras espero junto a la ventana de la cocina mirando la oscuridad del exterior, se abre de nuevo la puerta de la habitación. El sombrío rubio, ya en mangas de camisa, me cuchichea: «Lo de ayer entre los dos..., lo de ayer..., no tiene por qué saberlo nadie.» Y desaparece de nuevo. Durante unos instantes pienso: «¿Cómo que eso entre los dos?» Entonces me viene a la mente la noche pasada, el amor de perros, el salivazo ante mi cama. Siento como si eso hubiera sucedido hace una eternidad. Lo tengo reprimido en la mente, casi olvidado. Todos los conceptos temporales se han enredado dentro de mí. Un día es como una semana, como un abismo que separa dos noches.

El comandante ya está aquí otra vez, entra conmigo en mi habitación. Ahora habrán captado por fin Pauli y la viuda lo que se está jugando aquí. Escucho a través de la pared su conversación en voz baja. De uno de sus bolsillos saca el comandante otra vela, grande. Deja gotear algo de cera sobre un cenicero, fija la vela en él y lo coloca en la mesita de noche al lado de mi cama. Pregunta suavemente sosteniendo todavía en su mano la gorra: «¿Puedo quedarme aquí?»

Con manos y hombros le doy a entender mi desamparo.

Él, con los ojos gachos: «Olvídese del teniente. Mañana ya estará muy lejos de aquí. Lo he oído decir.»

«¿Y usted?»

«¿Yo? Oh, yo me quedo todavía mucho, mucho tiempo. Por lo menos una semana, y quizás todavía más.» Señala su pierna: «Hay metralla dentro. Me están tratando los médicos.»

Sólo siento lástima por él. Le pido que tome asiento, que se siente. Él, confuso: «Estará cansada. Es tan tarde. Si quiere echarse...» Y se dirige a la ventana compuesta de cristales rotos y cartón por la que ahora no se oye nada del frente, absolutamente nada. Hace como que está mirando afuera. En un instante me desvisto superficialmente, me echo por encima una bata de la

viuda, me meto bajo el edredón.

Él se acerca. Aproxima un sillón a la cama. ¿Qué quiere? ¿Iniciar otra conversación? ¿Jugar al manual de urbanidad, véase capítulo «Violaciones de señoritas enemigas»? Qué va. Resulta que quiere darse a conocer. Revuelve en los bolsillos y saca un montón de papeles. Los extiende ante mí encima del edredón. Acerca la vela para poder ver mejor. Es el primer ruso que revela su identidad con todo lujo de detalles. Ahora sé cómo se llama, cuándo y dónde nació, sé incluso cuánto dinero tiene. En una libreta de ahorro de la ciudad de Leningrado pone que tiene ingresados más de cuatro mil rublos. Luego reúne sus papeles. Habla en un ruso muy culto. Ésa es la razón por la cual me resultan incomprensibles hasta frases enteras de lo que me cuenta. Parece ser una persona muy leída, musical. Se preocupa con obstinación en comportarse, incluso en estos momentos, como un caballero. Se pone en pie súbitamente y pregunta nervioso: «¿Le resulto desagradable? ¿Me aborrece? ¡Dígalo abiertamente!»

«No, no.» No, de ninguna manera, está bien así como eres. Sólo que yo no puedo ponerme en situación tan rápidamente. Tengo la asquerosa sensación del pasar-de-mano-en-mano. Me siento humillada y ofendida, degradada a objeto sexual. A continuación me viene de nuevo el pensamiento: «¿Y si fuera cierto que Anatol ha desaparecido? ¿Qué sucedería si desapareciera de nuevo el tabú, ese muro que tanto esfuerzo me ha costado levantar? ¿No sería bueno erigir un muro nuevo en torno a mí, crear un nuevo tabú, quizás más duradero?»

El comandante se ha quitado el cinturón, la chaqueta, todo a cámara lenta y mirándome de reojo. Yo estoy sentada esperando, siento el sudor en las palmas de las manos, quiero y no quiero ayudarle a desvestirse. Hasta que de repente dice: «Por favor, déme su mano.»

Me quedo mirándole fijamente. ¿Querrá hacerme feliz con un besamanos en interpretación libre del manual de urbanidad? ¿O es acaso quiromante? Me toma la mano y la aprieta fuertemente entre las suyas, diciendo al tiempo que le tiembla la boca y sus ojos miran lastimeramente: «Perdóneme. Hace mucho que no he estado con una mujer.»

Lo que me faltaba. Tengo mi cara apoyada en sus rodillas y sollozo y lloro y lloro todo el llanto del alma. Siento como él me acaricia el pelo. Luego ruido en la puerta, los dos levantamos la mirada. La viuda está en el umbral con una vela en la mano y pregunta asustada qué me ocurre. El comandante y yo hacemos un gesto negativo con la mano. Por sí misma ve también que no me están haciendo nada malo. Oigo cerrarse la puerta.

Luego, poco después, le digo a oscuras lo dolorida y escocida que estoy y le pido que sea suave. Fue suave y cariñoso sin decir palabra. Pronto hubo calma, me dejó dormir.

Así fue mi martes, Primero de Mayo.

Sigamos. Miércoles. Por primera vez en estas noches de hombres dormí profundamente hasta bien entrado el día. Me encontré con el comandante a mi

lado todavía. Por lo visto no tiene ningún servicio, se lo puede combinar. Estuvimos charlando sobre diversos temas, de una manera completamente amistosa y razonable. De pronto me confesó que no era comunista para nada..., era oficial de profesión, formado en la Academia Militar, y odiaba a la cúpula juvenil del Komsomol. De lo cual deduje que incluso los oficiales de alta graduación tienen motivos para temer la vigilancia del partido. Estoy asombrada de lo franco que es al hablar conmigo. Claro que estamos solos los dos sin más testigos. También súbitamente quería saber si yo estaba sana de verdad... «Usted entiende..., quiero decir, tú me entiendes.» (Todavía mezcla el tú y el usted.) A lo cual yo, conforme a la verdad, le aclaro que nunca he tenido nada que ver con enfermedades de ese tipo, pero no sabría decir si los rusos que me violaron me habían contagiado algo. Sacude la cabeza, suspira: «¡Ay, esos *hooligans*!» (*Hooligan*, pronunciado «juligan», es un extranjerismo ruso muy utilizado para designar a tipos andrajosos, gamberros, sinvergüenzas.)

Se levantó, se vistió, llamó en el pasillo al asiático. Éste vino inmediatamente dando tumbos, en calcetines, con los zapatos en la mano. No se veía al teniente por ninguna parte, quizás se había ido ya. En la habitación de al lado oí a la viuda haciendo ruido.

Fuera está muy fría esta mañana de mayo. Se oye el chirriar de cadenas, caballos relinchando. El gallo hace mucho rato que cantó. Sin embargo, no se oye ningún Katiuska, ningún disparo, nada. Con una voz bonita, moviendo su pierna coja por la habitación, el comandante canta todo tipo de canciones, como la maravillosa: «Quédate, sí, quédate, vida mía.» Se sienta entonces en el borde de la cama y con una pequeña armónica que se saca del bolsillo toca una marcha con tanto ardor y tanta habilidad que no puedo evitar maravillarme. Mientras tanto, el asiático —al preguntarle me dice que es de Uzbekistán— ayuda a su señor a calzarse suavemente las botas de cuero, procurando tratar con mucho cuidado la pierna enferma. Al mismo tiempo alza los ojos hacia el comandante músico y suspira en un ruso con acento extraño: «¡Eh, qué bonito es esto!»

Más tarde, cuando los dos ya se habían marchado, la viuda oyó en la escalera de casa que hacia las cuatro se había firmado la capitulación de Berlín. Alguien lo había oído gracias al receptor de radio. «La paz», eso creíamos y nos alegramos. Hasta que nos informaron de que en el norte y en el sur la guerra continuaba.

Miércoles. Las horas pasan muy despacito. Me interrumpen una y otra vez mientras escribo. Pero ahora ya nadie se preocupa de mis garabatos. Sólo hubo un soldado que dijo: «Está muy bien que os esforcéis en aprender el ruso.»

Continuamente rusos, aguardiente, trabajo en la cocina, acarreo de agua. Si alguien dice que en tal lugar hay una viga de madera, lo mejor es correr rápidamente allí antes de que otro se la lleve. Dos de los hombres de Anatol salieron del piso abandonado que han ocupado estos días pasados. Llevaban colchón y edredón bajo el brazo. ¿Adónde se mudarán? De Anatol, ni rastro.

Por lo visto, el teniente no me mintió. Por cierto, el comandante me ha prometido al despedirse que cuidará bien de mí. Me traerá comida. Eso me sentará bien. Hace días que me molesta tener que alimentarnos con el pedazo de mantequilla que el señor Pauli se trajo de las milicias del Volkssturm. Esta vida de ahora es muy diferente de la que llevaba arriba en mi desolada buhardilla, pasando hambre. Primero las últimas asignaciones alemanas del racionamiento. Después, mis robos, el saqueo del cuartel de la policía, las patatas de la barraca. La viuda tiene todavía pequeñas provisiones de patatas, legumbres, tocino. ¡Y lo que han dejado Anatol y sus hombres: pan, arenques, trozos de tocino, carne en conserva! (Sólo de alcohol no ha quedado ni gota.) A ello hay que añadir las dos latas de carne en conserva ofrecidas por las blancas manos de Stepan-Aliosha. Así sí que se puede vivir. De hecho, hacía años que no comía tanto alimento graso, hacía meses que no me quedaba satisfecha tras las comidas. No será así por mucho tiempo, me temo. Pero por el momento me atiborro cuanto puedo, repongo energías.

Fuera, frío y cielo cubierto. Hoy he estado mucho rato en la bomba de agua bajo una lluvia fina. Alrededor, en los huertos pisoteados, hay fuegos encendidos, se oye cantar a los hombres acompañándose de un acordeón. Delante de mí hay una mujer calzada con zapatos de hombre, con una bufanda rodeándole la cabeza y dejándole sólo medio rostro visible. Tiene los ojos hinchados de haber llorado. En los alrededores, y por primera vez desde que hago cola para el agua, hay silencio. Los Katiuskas callan. El cielo sigue quemado de amarillo. La noche del martes al miércoles estuvo completamente incendiado. No hay disparos ya en Berlín. Paz. Estamos en la cola, llovizna. Hablamos poco y en voz baja. Cruje la bomba de agua. La palanca chirría. Los rusos llenan un bidón tras otro. Nosotros esperamos. La mujer con cara de pena de delante de mí informa en tono monótono de que no la han violado hasta el momento. Pudo encerrarse en el sótano con otros vecinos. Pero ahora había regresado su marido. Desde su compañía, ya se entiende... Y ahora tiene que ocuparse ella de él, esconderlo, conseguir comida y bebida para él. Ya ni puede tener un momento para sí misma. Mientras tanto, detrás de mí, una desgreñada pone el grito en el cielo: «Mi sofá bueno, de terciopelo azul de cobalto..., y los dos sillones que completaban el tresillo..., ¡los convirtieron en leña y los quemaron!» Y, finalmente, un hombre, un hueso seco con una cara tan pequeña como un puño, cuenta una historia: en su casa, una familia mantiene escondida a la hija joven bajo el diván. Una manta cubre el diván hasta el suelo. Ya se habían sentado muchos rusos encima sin sospechar que debajo estaba la chica echada... No sé decir si es cierto o inventado. Pero todo es posible. Vivimos novelones cursis, reportajes sensacionalistas.

Yo no puedo esconderme, aunque conozco un escondrijo en la buhardilla. Pero no tengo a nadie que me lleve hasta arriba el agua y los alimentos. Una vez, cuando yo tenía nueve años y estaba pasando las vacaciones en casa de los abuelos, me escondí una tarde de domingo con mi prima Klara en el desván.

Nos arrastramos hasta un rincón bajo los espantapájaros calientes por el sol que colgaban del entramado de maderas del tejado. Cuchicheábamos sobre el tener niños. Klara, más joven que yo pero más iniciada en el tema, me contaba entre susurros que había unos cuchillos muy grandes con los que se rajaba a las mujeres para que los niños vieran la luz. Todavía hoy siento cómo se me contrajo la garganta por el horror. Hasta que por fin, desde abajo, nos llamó la robusta voz de la abuela para merendar. Salvada, corrí escaleras abajo despavorida y respiré profundamente cuando vi a la abuela con su delantal de raso, sin rajar, ancha y oronda, con sus gafas de níquel en la parte delantera de la nariz. Olía a café y a pastel de manzana, y con toda seguridad el pastel estaría rociado de azúcar en polvo, a pesar de que una libra de aquello costaba en aquel entonces varios millones de marcos en papel. Masticando me olvidé de los cuchillos de Klara y de mi miedo. Pero hoy pienso que los niños tienen razón en sus miedos en torno a todo lo sexual. El sexo es una caja de cuchillos demasiado afilados.

Los rusos de alrededor de la bomba de agua sólo nos dirigían alguna que otra mirada fugitiva a las buscadoras de agua. Han captado ya que a la bomba de agua sólo se envía principalmente a las viejas y a las tullidas de todas las casas. Yo también arrugo allí la frente, tuerzo la comisura de la boca, aprieto los ojos para parecer vieja y fea.

Al principio, cuando no era yo tan archiconocida, nuestros invitados rusos me preguntaban a menudo la edad. Si les decía que hacía ya tiempo que había cumplido los treinta, se reían burlonamente y replicaban: «Je, je. Se pone años encima, la lista.» Tras enseñarles el carnet de identidad acababan creyéndome. Con nosotras no saben calcular bien. Están acostumbrados a sus rusas, que alumbran muchos hijos y envejecen antes. Por muy miserable y penoso que sea nuestro aspecto en comparación con el de los tiempos de paz, no son capaces de calcular nuestra edad.

Un ruso de mofletes rojos paseaba a lo largo de nuestra hilera tocando un acordeón. Nos decía: «*Gitler kaputt, Goebbels kaputt. Stalin gutt.*» Se ríe, suelta un taco mentando a la madre, golpea a un camarada en el hombro y dice en ruso, a pesar de que nadie en la cola del agua le entiende: «¡Mirad éste! Un soldado ruso. ¡Ha venido de Moscú a Berlín!» Hasta los ojales de sus chaquetas exultan orgullo de vencedores. Por lo visto, ellos mismos están asombrados de haber llegado tan lejos. Nosotros tragamos con todo. Estamos de pie y esperamos.

Volví a casa con dos cubos llenos de agua. En el piso había un nuevo torbellino. Dos soldados, desconocidos, paseándose por nuestras habitaciones buscando una máquina de coser. Yo les muestro nuestra Singer en la cocina. Desde que Petka, el Romeo del pelo a cepillo, jugó con ella a la pelota, está muy abollada. ¿Para qué necesitarán esos dos una máquina de coser?

Resulta que quieren hacer un envío a Rusia y quieren forrarlo con tela de lino cosida. Eso habría que hacerlo, naturalmente, a mano. Con mucha elocuencia, cuya figura retórica más importante era la repetición, convencí a los

muchachos de que la técnica no había progresado todavía lo suficiente para satisfacer sus deseos. Simple y llanamente, lo más apropiado en este caso es hacer las labores como las abuelas, a mano.

Al final asintieron con sus orondas cabezas. Están conformes. En pago ofrecen un pan entero. La viuda reflexiona y decide pasarle el opíparo encargo a la librera que tiene buena mano cosiendo y anda necesitada de pan. Se apresura a llamar a la puerta de triple seguridad del piso de la mujer.

Al cabo de un rato entra en nuestra casa, desconfiada, vacilante, pero sin perder de vista el pan. Hace días, dice, que no ha probado nada de pan. Ella y su marido viven de cebada y alubias. Se pone junto a la ventana de la cocina y comienza a dar puntadas cuidadosamente en las telas blancas de lino que envuelven el fardo. Desconocemos qué contiene. Tiene un tacto suave. Suponemos que se tratará de prendas de vestir.

Intento imaginarme cómo deben de sentirse los rusos a la vista de todos los bienes materiales que están por ahí tirados, sin protección ni dueño. En todas las casas hay pisos abandonados que están a su completa merced. Todos los sótanos, con todos los chismes acumulados ahí dentro, están abiertos a su disposición. No hay nada en esta ciudad que no les perteneciera si lo quisieran. Es sencillamente demasiado. Ya no pueden abarcar con la vista toda esa cantidad inmensa de objetos. Agarran indolentemente aquello que les llama la atención, lo pierden o lo vuelven a regalar. Cargan con objetos que más tarde acaban tirando porque les pesan demasiado. Es la primera vez que veo aquí a unos muchachos haciendo con su botín un paquete postal como es debido. Por lo general, son muy torpes en la valoración de los objetos. No tienen ni idea de lo que significa caro y de buena calidad. Agarran lo primero que se les pone a la vista. ¿Y qué otra cosa podrían hacer? Toda su vida se han vestido con las prendas que les han asignado. No saben clasificar ni elegir. No tienen idea de lo que es bueno y caro. Un ejemplo lo tenemos en la ropa de cama que roban para echarse a dormir. No ven ninguna diferencia entre un edredón de plumas o una colcha de lana reutilizada. Y, por encima de cualquier otro botín, está el aguardiente.

La librera nos comunica las últimas novedades mientras da puntadas a la tela de lino. Sí, a Stinchen, la muchacha de dieciocho años, su madre la sigue teniendo oculta en el altillo. Pero últimamente está allí también durante el día desde que una vez entraron en el piso dos rusos que se colaron con las buscadoras de agua. Exhibieron su habilidad con las pistolas y dejaron un agujero en el linóleo del suelo con un disparo. La joven tiene el color del queso. No es de extrañar. Pero, a cambio, está sana y salva. La librera tiene noticias de nuevas vecinas en la casa: dos hermanas jóvenes. La una es viuda de guerra, tiene un chico de tres años. Han ocupado uno de los pisos vacíos y hacen fiesta en él con los soldados, unas veces de día, otras de noche; dicen que en su casa hay buen ambiente. También nos enteramos de que una mujer de la casa de enfrente se arrojó a la calle desde el tercer piso cuando la perseguían unos

Ivanes. La enterraron en el césped que hay delante del cine. Cuentan que hay otras personas enterradas ahí. Yo no lo sé. El camino hacia la bomba de agua es en otra dirección. Y además, las cosas no están para dar paseos. La gente busca lo que necesita, nada más.

Contando lo que sabe, la librera va dando puntadas. La fama. Al escuchar esta palabra siempre me he imaginado una figura de mujer tapada y murmurante. El rumor. Nos alimentamos de él. En tiempos pasados, las personas recibían del rumor todas las informaciones y sucesos. Una no puede hacerse una idea de la imagen nebulosa y oscilante que tenían las antiguas culturas acerca del mundo. Un mundo fantasmagórico, una pesadilla, un trajín de atrocidades murmuradas, de miedos, de malevolencias y de envidias de los dioses. En estos días tengo a menudo la sensación de que nada de lo que se afirma es verdad, que Adolf quizás hace mucho que se embarcó en un submarino y ahora está en un castillo en España con Franco haciendo planes para Truman sobre cómo enviar a los rusos a casa. Sin embargo, en lo más profundo de todo, está siempre presente la sensación de la derrota, de nuestro estar a merced de otros.

Los dos rusos aparecieron de nuevo, recibieron satisfechos el paquete cosido y le dieron a la mujer el pan recién hecho. Conversé con los dos. Resultó que no eran rusos en el sentido de la nacionalidad estricta: el uno era de origen alemán y vivía al norte del Cáucaso. El otro, un polaco de Lemberg. El de origen alemán se llama Adams, sus antepasados emigraron hace doscientos años del Palatinado. Sabe algunas palabras en alemán, en dialecto del Palatinado. El muchacho polaco es guapísimo, de pelo negro y ojos azules, muy vivo y espabilado. En un abrir y cerrar de ojos convierte una caja en leña menuda. Con la viuda, que de pequeña aprendió algunos rudimentos de polaco en la finca de unos parientes en la Prusia Oriental, intercambia algunas frases. Se ofrece a acompañarme a buscar agua.

Acepté, aunque a regañadientes. Cuando fui antes a buscar agua vi abajo, junto a la puerta de la casa, un cartel en alemán y ruso en el que ponía que los rusos ya no podían entrar en el piso de ningún alemán. Tampoco se les permitía ningún trato con civiles alemanes.

Salimos. Me alegra ahorrarme de esta manera como mínimo una hora de estar de pie en la cola: pues si un ruso bombea agua para mí, tendré preferencia. Un oficial le grita por la espalda a mi acompañante polaco: «¡Eh, tú! ¿Qué haces con esa alemana?» El polaco me guiña un ojo, se queda rezagado y me alcanza de nuevo en la bomba de agua, donde se sirve él primero. Entretanto, siento en mí las miradas de la gente que aguarda su tanda. En ellas leo amargura y desprecio. Pero nadie dice nada.

El polaco es irascible. En el camino de vuelta se pelea con otro soldado por una tontería. Reparte puñetazos, se pone furioso y vocifera. Se tranquiliza rápidamente de nuevo. Me alcanza y, señalando su occipital, me cuenta que desde que le alcanzó un disparo en la cabeza en Stalingrado, se comporta así,

con tanta fiereza y violencia. A menudo no sabe lo que hace cuando le dan esos ataques de cólera..., antes no era así. Me lo quedo mirando con temor, me apresuro con los dos cubos. El polaco lleva verdaderamente la medalla de cobre de Stalingrado, con un lazo de colores y envuelta en celofán. Me sentí aliviada cuando se despidió delante de la puerta de casa. La prohibición de entrar en los pisos de alemanes tardará todavía un tiempo en cumplirse mientras entre nuestras viviendas haya tantos pisos abandonados que sirven de alojamiento oficial a las tropas.

JUEVES, 3 DE MAYO, CON EL RESTO DEL MIÉRCOLES

Algo gracioso: mientras yo estaba con el polaco en la bomba de agua, Petka se presentó en casa de la viuda. Petka, mi ex violador del pelo a cepillo, el destructor de nuestra máquina de coser. Al parecer se le había borrado de la memoria ese acto de borracho, pues estuvo, a decir de la viuda, de lo más amable con ella. Cargaba con esfuerzo una bonita maleta amarilla de cuero, enorme y pesada, puro formato Petka. Otro apenas habría podido levantarla. Expuso su contenido delante de la viuda y le indicó que sólo tenía que elegir, todo era de ella. En cambio, nada de nada para mí, ¿entendido? Bueno, eso era sólo una manera de hablar. Nunca habría podido impedir a la viuda darme algunas prendas tras su partida. Probablemente quería presentarme a mí su magnífico reparto de regalos y con ello intentar de nuevo cobrarse eso que él llama amor, deprisa y como despedida, pues con la viuda utilizó la fórmula de despedida *«dosvidania»* y le dio a entender que se largaba toda su compañía.

Con bastante dominio de sí misma, la viuda rehusó el regalo y despachó a Petka junto con su maleta deseándole buen viaje. No lo hizo, dicho sea de paso, por escrúpulos morales. «¿Cómo apropiarme de eso?», dice. Viene de una buena familia burguesa alemana. «Mi maleta se la llevaron también.» Sus objeciones eran de naturaleza absolutamente práctica. «No me puedo poner esas cosas», dice. «La maleta procede de una de las casas de por aquí cerca; y si me pongo uno de esos vestidos, me arriesgo a que me descubra la verdadera propietaria.» Sólo cogió dos pares de zapatos. No pudo resistirse, eran su número exacto. Son zapatos de calle marrones, muy normalitos; además —dice la viuda— se pueden teñir fácilmente de negro y se los podría camuflar bien entonces. Quiere pasarme uno de los pares de zapatos, dice que los podría necesitar también porque sólo tengo el par que llevo puesto. Pero esos zapatos me vienen, desgraciadamente, demasiado pequeños.

Toda la tarde hubo calma; no vimos a ninguno de nuestros conocidos, ni a Anatol, ni a Petka, Grischa, Vania, Jascha ni al maestro de escuela Andréi. En cambio, justo cuando empezaba a anochecer apareció puntualmente el comandante con su rechoncha sombra uzbeka y con alguien más; gracias a Dios

no era el sombrío teniente rubio con su bastón. No, era un muchacho bajito, de mejillas coloradas, con un atuendo azul de marinero. De dieciocho años, de la marina soviética. Parece ser que han conquistado Berlín también desde el agua. Lagos tenemos aquí de sobras. El marinerito tiene aspecto de escolar y sonríe con candidez de oreja a oreja cuando me pregunta a media voz si le permito pedirme algo.

¡Por supuesto! Y le hago una señal para que se acerque a la ventana por la que penetra todavía el olor a quemado. Entonces, el marinero me pide, con cortesía y con un tono muy infantil, que sea bueno con él y le procure una chica. Pero tiene que ser limpia y ordenada, una chica buena y cariñosa. Él se encargará de llevarle comida.

Me quedo mirando fijamente al muchacho. Hago esfuerzos por no estallar en carcajadas. Es el colmo. ¡Ahora exigen incluso probidad de sus vencidos objetos del deseo, y también limpieza, y hasta un carácter noble! ¡Ya sólo faltaria un certificado policial de buena conducta para acostarse con ellos! Pero el pequeño pone una cara tan esperanzada, tiene la piel tan fina como buen hijo de su madre, que no puedo enfadarme con él. Así que sacudo la cabeza con la lástima necesaria y le digo que hace poco tiempo que vivo en esta casa y casi no conozco a nadie y no puedo decirle desgraciadamente dónde puede haber una chica buena y bien educada para él. Me escucha afligido. Me entran unas ganas terribles de darle unos cachetes al mozalbete para ver si ya se afeita. Pero sé que hasta el ruso de apariencia más mansa puede convertirse en una fiera terrible si se le ofende, a él o a su amor propio. Me gustaría saber únicamente por qué me toman todos por una alcahueta. Probablemente porque soy la única por estos pagos que entiende lingüísticamente sus deseos.

Mi marinero se largó después de darme su mano de niño en señal de agradecimiento. ¿A qué se debe que estos críos busquen con tanto ahínco a personas del sexo femenino? En su tierra seguramente esperarían su momento, a pesar de que allí se casan antes que nuestros hombres. Probablemente, estos muchachos soldados, como Vania con dieciséis años —el violador de la escalera—, quieren demostrarles a sus camaradas mayores que son ya hombres hechos y derechos.

Bueno, ya ha remitido bastante el aquí te pillo aquí te violo de los primeros días. El botín escasea. También otras mujeres, según he oído decir, están entretanto comprometidas como yo, son tabú. La viuda se ha enterado de detalles más precisos acerca de las dos hermanas juerguistas. Parece que en su casa sólo está permitida la entrada a los oficiales, y éstos se toman muy a mal que los no autorizados u otros sinvergüenzas se cuelen en su coto de cama. En general, aquel que no tiene todavía la orden de movilización para su regreso a casa, intenta encontrar algo fijo, algo que le pertenezca. Y está dispuesto a pagar por ello. Han captado que nos va miserablemente con el asunto de la comida. Y el idioma del pan y del tocino y de los arenques —sus principales dones— es internacional.

El comandante me ha traído de todo, no puedo quejarme. Bajo el abrigo llevaba un paquete de velas. Y más puros para Pauli. El uzbeko traía una carga muy pesada. Fue sacando una cosa tras otra, un bote de leche, una lata de carne y un pedazo de tocino cubierto de sal. A continuación una bola de mantequilla de por lo menos tres libras envuelta en un trapo. Tenía pelusilla de lana encima, que la viuda se apresuró a retirar. Y cuando pensábamos que no había nada más, sacó una funda de almohada rellena de mucho azúcar, ¡unas cinco libras aproximadamente! Regalos de tornaboda verdaderamente principescos. El señor Pauli y la viuda se quedaron pasmados.

La viuda corrió a guardar los presentes en el armario de la cocina. El señor Pauli y el comandante se echaban el humo el uno al otro amistosamente a la cara. Y yo estaba ahí dándole vueltas a la cabeza, meditabunda. Esta de ahora es una nueva situación. No se puede afirmar de ninguna de las maneras que el comandante me viole. Creo que con una sola palabra mía, pronunciada con frialdad, bastaría para que se marchara y no volviera nunca más. Así pues, estoy voluntariamente a su disposición. ¿Lo hago por simpatía, por necesidad de amor? ¡Por Dios! Por el momento estoy expuesta por completo a los hombres con todos sus deseos masculinos. No puedo imaginarme en absoluto que el resto de mi vida pueda añorar de nuevo esas cosas. ¿Lo hago por tocino, mantequilla, azúcar, velas, carne enlatada? Seguro que un poco sí. Me ha agobiado tener que compartir las provisiones de la viuda. Me alegro de poder dar algo yo también gracias al comandante. Me siento más libre así, me alimento con la conciencia más tranquila. Por otra parte, me gusta el comandante, me gusta tanto más como persona cuanto menos quiere de mí como hombre. Y mucho no querrá de mí, eso ya lo noto yo. Tiene la cara pálida. La herida en la rodilla le está dando mucha guerra. Probablemente anda buscando más un contacto personal con una mujer que sólo lo puramente sexual. Y esa proximidad se la doy yo de buen grado, con mucho gusto. Pues, de entre todos los bichos de los días pasados, él ha sido el hombre y la persona más soportable. Aparte de eso, le puedo manejar. A esto no me habría atrevido con Anatol así sin más, a pesar de que Anatol era conmigo la bondad personificada. ¡Pero era tan ávido, tan toro, tan fuerte! Sin querer me habría dado una pequeña bofetada y me habría saltado algún diente... Simplemente así, por un exceso de fuerza, por su calidad de oso. Con el comandante, en cambio, se puede hablar. Bien, de acuerdo, pero todavía no he respondido a la pregunta de si tengo que calificarme de puta ya que prácticamente vivo de mi cuerpo y recibo alimentos a cambio de entregarme.

Mientras escribía las líneas de antes he tenido que pararme a reflexionar por qué me recrimino moralmente y actúo como si el oficio de puta estuviera por debajo de mi dignidad. Al fin y al cabo, es una profesión antigua y respetable, y alcanza hasta la alta sociedad. No obstante, únicamente he hablado en una ocasión con una de estas mujeres. Quiero decir, con una mujer que ejerce esa profesión de manera oficial. Fue en un barco en el Mediterráneo,

en alguna parte cerca de la costa africana; yo me había levantado muy temprano y andaba distraída por cubierta mientras los marineros fregaban las tablas. Había otra mujer levantada, a quien no conocía, gordita, vestida con ropas modestas, fumando un cigarrillo. Me acerqué a la borda donde estaba ella y le dirigí la palabra. Chapurreaba un poco el inglés, me llamó *miss* y me ofreció, sonriendo, un cigarrillo de su cajetilla. El *maître* me abordaría luego y me comunicaría, entre susurros llenos de dramatismo, que ésa era una mala persona. La tenían que llevar a bordo por fuerza, me dijo, pero sólo le permitían salir a cubierta por la mañana temprano, a la hora en que no se había levantado todavía ningún pasajero. Ya no volví a verla, pero recuerdo ante mí su cara de mujer rolliza y simpática. ¿Se puede saber qué significa «mala»?

Sin embargo, dejando aparte las consideraciones morales, ¿podría gustarme introducirme en este oficio? No. Nunca. Va contra mi propia naturaleza, ofende mi amor propio, destruye mi orgullo... y me hace miserable corporalmente. No tengo por qué pasar por ahí. Me retiraré de este oficio con toda la alegría del mundo cuando pueda ejercer una verdadera profesión..., cuando pueda ganarme de nuevo el pan de otra manera, más agradable y que convenga mejor a mi orgullo.

A eso de las diez de la noche el comandante mandó a su uzbeko a la pequeña habitación de detrás de la cocina. De nuevo el tintineo de un cinturón en la pata de la cama, la pistola bamboleando, la gorra militar coronando el pomo. Pero la vela tiene mecha todavía, y nos contamos muchas cosas. Bueno, digamos que es el comandante quien habla y me informa acerca de sus relaciones familiares. Rebusca en su cartera y saca unas pequeñas fotos. Por ejemplo, una foto de su madre con el pelo cano y ojos negros muy rasgados. Es del sur del país, de la zona en la que se establecieron los tártaros, y se casó con un siberiano rubio platino. En su aspecto, el comandante tiene muchas cosas de su madre. Esa mezcla de sangre norteña y sureña me hace comprender ahora su personalidad: su volubilidad, el cambio de la precipitación a la lentitud, de la fogosidad a la melancolía, sus elevaciones líricas y el repentino malhumor posterior. Estuvo casado. Está separado desde hace tiempo. Al parecer fue un compañero difícil, tal como él mismo confiesa. No tiene hijos. Eso es algo muy raro en un ruso. Enseguida me di cuenta de que casi la primera pregunta que hacían era sobre los hijos, y sacudían la cabeza al manifestar su sorpresa de que hubiera tan pocos niños y tantas mujeres sin hijos. Tampoco se creían que la viuda no tuviera hijos.

El comandante me enseña otra foto más, el retrato de una chica de muy buen ver, con la raya del pelo muy marcada y rectilínea, la hija de un profesor de universidad polaco en cuya casa estuvo el comandante alojado el invierno pasado.

Cuando el comandante inquiere por mis relaciones familiares, le respondo con una evasiva. No me gusta hablar de eso. Quiere saber entonces qué formación he recibido. Escucha respetuosamente lo que le voy diciendo acerca

de mi paso por el instituto, de los idiomas aprendidos y de mis viajes a lo largo y ancho de Europa. Dice en señal de reconocimiento: «Tienes una buena cualificación.» Y de pronto manifiesta su admiración por la delgadez de las chicas alemanas, por su falta de grasa, y pregunta si hemos tenido poco para comer. Luego se imagina lo que sería si me llevara con él a Rusia, si yo fuera su mujer, conociera a sus padres... Promete engordarme con mucho pollo y nata, pues antes de la guerra vivían realmente bien en su casa... Le dejo que fantasee. Está claro que mi «formación» —que él mide sin duda según un baremo ruso modesto— le inspira respeto, y me hago deseable a sus ojos. En eso se diferencian de nuestros hombres alemanes, para quienes, según mi propia experiencia, la erudición no aumenta el atractivo de una mujer. Al contrario, de manera instintiva siempre me he hecho pasar por más tonta e ignorante de lo que soy frente a los hombres o he disimulado hasta conocerlos más profundamente. Al hombre alemán le gustaría ser siempre el más listo y enseñarle todo a su mujercita. Los hombres soviéticos no saben nada de mujercitas para el dulce hogar. La formación es un valor de cotización en alza, es un bien tan escaso, tan buscado y necesitado con tanta urgencia, que el Estado ha acabado por rodearlo de una aureola radiante. Además, el conocimiento se paga allí, y es eso lo que quiso decirme el comandante cuando me contó que en su tierra yo encontraría con toda seguridad un «trabajo cualificado». Muchas gracias, tu intención es buena, pero yo de eso ya estoy servida. En vuestro país hay demasiados cursos de noche. Y a mí ya no me gustan los cursos nocturnos. Las noches las quiero para mí.

Volvió a cantar en voz baja, melódicamente, me gusta escucharle. Es honrado, con una personalidad nítida, abierto. Pero es lejano y extranjero y muy poco hecho. Siendo como somos los occidentales, viejos y sabihondos..., y ahora no somos nada más que polvo bajo sus botas...

De la noche recuerdo únicamente que dormí seguido y profundamente y que incluso tuve sueños bonitos. A la mañana siguiente, con perífrasis interminables como «cine en la cabeza», «imágenes con los ojos cerrados», «cosas no ciertas que se ven al dormir», intenté entresacarle al comandante cómo se dice «sueño» en ruso. Otro vocablo más que falta en el diccionario para soldados.

Cuando el comandante, hacia las seis de la madrugada, llamó a la puerta de la habitación del uzbeko, todo permaneció dentro en silencio. Me vino a buscar desasosegado y preocupado, convencido de que al asiático le tenía que haber ocurrido algo por fuerza. ¿Quizás un desmayo, o incluso un asalto por sorpresa, un homicidio? Juntos sacudimos el picaporte, golpeamos en la madera de la puerta. Nada, ningún sonido: sin embargo podía verse que la llave estaba puesta por dentro. Así de profundo no duerme nadie, ni siquiera un asiático. Fui volando a la habitación de la viuda, la zarandeé hasta despertarla y le susurré al oído nuestras preocupaciones.

«¡Bah!», bostezó la viuda. «Ése lo que quiere es quedarse aquí y probar

después contigo.»

El señor Pauli habla con mucha frecuencia de la «astucia femenina» de la viuda. Pero en este caso no la creo y me burlo de ella.

Finalmente el comandante desaparece después de mirar repetidas veces su reloj de pulsera. (Un reloj ruso, me lo demostró nada más conocernos enseñándome la marca del fabricante.)

Apenas hace un instante que se ha ido el comandante y... ¿quién aparece por el pasillo, espabilado y ataviado de calle? ¡El señor uzbeko!

Se acerca caminando pesadamente hacia mí, me mira con sus ojos hinchados —y ahora extrañamente turbios—, se saca del bolsillo del abrigo un par de medias de seda, todavía envueltas en su papel con lazo, y me dice en ruso chapurreado al tiempo que me las ofrece: «¿Quieres? Te las doy. ¿Me entiendes?»

¡Claro que entiendo, mi querido gordinflón! Le abro la puerta principal de par en par y le indico el camino. «Arreando que es gerundio», le digo en alemán. Él entiende, da unos pasos despacio, me mira de nuevo con ojos doloridos y llenos de reproche, y se mete las medias otra vez en el bolsillo.

¡Uno a cero a favor de la «astucia femenina»!

NOCHE DEL JUEVES 3 DE MAYO AL VIERNES 4 DE MAYO

Son poco más de las tres de la madrugada. Todavía está todo oscuro, escribo en la cama a la luz de una vela, y sola. Este lujo de luz me lo puedo permitir porque el comandante nos ha provisto de abundantes velas.

Todo el jueves volvió a haber jaleo en nuestro piso. Inesperadamente aparecieron tres hombres de Anatol. Sentados alrededor de la mesa charlaban, fumaban, escupían por todas partes, manipulaban el gramófono afónico que seguimos teniendo en casa, y ponían una y otra vez el disco con el anuncio del negocio de confección. A mi pregunta por Anatol —¡pregunta formulada con temor!— se encogieron de hombros, pero dejaron entrever que era posible que regresara. Por cierto, volvió a aparecer incluso el panadero de la tropa embutido en su bata blanca repitiendo su estereotipada pregunta sobre si no conocería yo, a cambio de mucha harina, a alguna chica para él.

No, no sé de ninguna chica para el panadero. Las hermanas juerguistas están comprometidas con oficiales. Stinchen, la señorita de dieciocho años, está bien escondida en el altillo. A las dos hijas del portero no las he visto en los últimos días, ni he oído hablar de ellas. Supongo que están ocultas en algún lugar. De las dos vendedoras de la panadería, la una se largó, dicen que a otro refugio. La otra se guarece, según le dijeron a la viuda, en la despensa. Han arrimado un armario grande a la puerta y cerrado la ventana con la persiana echada hacia fuera. Debe de ser un ambiente bien tétrico para la muchacha. En

teoría quedaría aún la chica joven que tiene aspecto de chico, de veinticuatro años de edad y lesbiana. Según hemos oído decir, ha podido eludir hasta el momento a los Ivanes. Anda imperturbable vestida con una americana gris, cinturón y corbata, y un sombrero de caballero bien calado en el rostro. Además se ha cortado muy corto el pelo en la nuca. Así pasa por hombre para los rusos que no conocen tales casos límite. Va incluso por agua y se queda junto a la bomba de agua fumando cigarrillos.

Pauli anda haciendo chistes sobre la chica. Le desea una readaptación como es debido; afirma que sería justamente una buena obra para ella enviarle tíos, al fornido Petka, por ejemplo, con sus manazas de leñador. Poco a poco vamos comenzando a tomarnos con humor el asunto de las violaciones. Humor negro.

Y es que tenemos suficientes motivos para ello. Esta mañana le tocó también a la mujer del eczema en la mejilla, pese a mi profecía. Dos tipos la agarraron cuando iba escaleras arriba, a casa de los vecinos. La llevaron a rastras hasta uno de los pisos abandonados. Allí se lo hicieron dos veces, o más bien una y media según expresó de manera enigmática. Contó que uno de los tipos le señaló el eczema y le preguntó: «¿Sífilis?» La oveja asustada sacudió la cabeza y contestó que no. Poco después vino hasta nosotros dando traspiés. Necesitó varios minutos antes de poder hablar. La consolamos con una taza llena de Borgoña. Al final se recuperó y dijo sonriendo: «Y para esto hemos estado esperando durante siete años.» (Ése es el tiempo que lleva separada de su marido.) Informó, estremeciéndose de asco, acerca del piso al que la habían llevado: «¡Qué peste ahí dentro! Han hecho sus necesidades por todas partes.» Sin embargo, la mujer del eczema aprende aplicadamente el ruso. Se ha procurado un pequeño diccionario y ha copiado de él algunas palabras. Ahora me pregunta cómo se pronuncian correctamente. Tengo el eczema casi pegado a mí, está untado con pomada. Tiene el aspecto de un trozo de coliflor podrida. Pero ya estoy bastante curada de espantos con los sucesos de estos días.

También nosotras consideramos terreno de nadie los pisos abandonados. Tomamos de ellos lo que necesitamos, practicamos lo que se denomina «hurto famélico». Así, del piso de al lado —donde han utilizado el fregadero de la cocina como retrete— me he traído una brazada de briquetas, un martillo y dos tarros de confitura de cerezas. Vivimos bien y alimentamos bien incluso al zángano Pauli. Le han salido unos buenos mofletes en su lecho de dolor.

De pronto, al atardecer, irrumpió Anatol en nuestra vivienda. De manera inesperada. Lo teníamos casi olvidado. Me llevé un buen susto. Tenía el corazón en un puño. Pero Anatol se ríe, me rodea estrechamente con sus brazos. Por lo visto no sabe nada de lo del comandante. Parece ser cierto que le destinaron al Estado Mayor porque viene provisto de noticias de primera mano. Nos informó sobre la destrucción del centro de Berlín, sobre la bandera soviética que ondea tanto sobre el Reichstag en ruinas como en lo alto de la Puerta de Brandeburgo. Estuvo en todas partes. De Adolf no puede decir nada, pero confirma en cambio el suicidio de Goebbels junto a su mujer y todos los hijos. La emprende con el

gramófono. Bajo sus puños se parte la tapa enseguida en cinco trozos. Con cara de total perplejidad está ahí Anatol, con el puzzle.

Imágenes confusas, jirones de imágenes, todo se mezcla en mi cerebro, ya no puedo separarlas. De nuevo una noche con mucho vodka, otra vez la noche. Estuve todo el tiempo con miedo, escuchando atentamente todo lo que provenía del exterior. Me estremecía con cualquier sonido, con cualquier pisada. Temía que el comandante pudiera aparecer de un momento a otro. Pero no vino. Tal vez el sombrío teniente rubio, que también conoce a Anatol y a los suyos, le ha puesto sobre aviso de su regreso. Anatol, por otra parte, había oído hablar del comandante. Quería saber si yo con él... Le hice un gesto negativo con la mano y le dije que sólo habíamos conversado de política. Se dio por satisfecho. O lo fingió. Por su parte me aseguró que aparte de mí, no había tocado a ninguna otra chica en Berlín. Sacó luego el correo que había recibido de su tierra. Catorce cartas, de ellas trece con remitente femenino. Dijo con una sonrisa avergonzada que aquello era del todo comprensible: «Sí, todas me quieren.»

Como Anatol fue tan imprudente como para decirme que tenía que regresar a las tres de la madrugada a su nuevo alojamiento en el centro de la ciudad y probablemente ya no volvería más aquí, intenté escatimarle el mayor tiempo de cama posible. Fui examinando su correo, carta por carta, haciéndole todo tipo de preguntas. Le dejé que me contara sobre el plano de Berlín todos los detalles sobre la evolución del frente de batalla. Incluso animé a los suyos a que bebieran y pusieran discos. Les mandé cantar, lo cual hicieron de buen grado hasta que Anatol los despachó. En la cama me hice la remolona y finalmente le dije, después de conseguir él darse el gusto una vez, que había que poner un punto final, pues yo estaba cansada, *kaputt*, necesitada de descanso. Le eché un sermón moralizante insinuándole que él no era para nada uno de esos *hooligans* sino un hombre respetuoso, culto y delicado. Se lo fue tragando todo, si bien con resistencia y con recaídas en el hombre-toro, que pude refrenar. No pude dormir ni un minuto. Finalmente dieron las tres y Anatol tuvo que marcharse. Despedida amistosa del caliente purasangre; sin embargo, aquello significaba poder respirar profundamente y poder estirarse libremente. Me he quedado despierta todavía un rato porque tenía la estúpida sensación de que todos mis actos habían sido espiados por informadores, de manera que al final acabaría apareciendo el comandante. Pero hasta ahora no ha aparecido. Fuera canta el gallo. Ahora quiero dormir.

RETROSPECTIVA DEL VIERNES 4 DE MAYO DE 1945, ANOTACIONES DEL SÁBADO 5 DE MAYO

El comandante apareció hacia las once. Se había enterado de que Anatol

circulaba de nuevo por el barrio. Quería saber si yo con él... Le dije que no, que sólo había venido con sus hombres a divertirse y a beber, pero que tuvo que volverse temprano al centro. Se lo tragó. Me siento asquerosamente mal. Al final acabarán dándose de palos. ¿Qué hago? Yo sólo soy la presa. Tengo que dejar a los cazadores que decidan lo que quieren hacer con la presa y quién se va a quedar con ella. Sin embargo, pongo todas mis esperanzas en que Anatol no regrese.

Esta vez, el comandante trajo todo tipo de golosinas, víveres de las fuerzas aéreas alemanas, provisiones con alto poder energético. Comimos algunas de postre, entre nosotros, pues el comandante se despidió pronto. No sabía si reír o enfadarse cuando le conté el episodio de las medias de su uzbeko. Finalmente se decidió por la risa. Prometió regresar por la noche, en un tono pícaro, con mirada pícara. Ahora no sé yo si podré manejarle. Tengo que tener cuidado. No debo olvidar que son los dueños de todo.

Para disgusto de la viuda, el señor Pauli y yo comemos como fieras. Untamos la mantequilla en el pan en capas de un dedo de grosor, despilfarramos el azúcar, se nos antojan las patatas fritas. Pero la viuda cuenta las patatas que nos llevamos a la boca. No anda mal encaminada. Nuestras provisiones van menguando. Bueno, hay una cesta llena de patatas en el sótano de la casa, pero no podemos acceder a él. El vecindario ha obstruido en las primeras y tranquilas horas de la mañana el acceso a los sótanos de la casa con una montaña de escombros, una barricada compuesta de sillas, somieres, armarios y vigas. Todo bien amarrado con alambres y cuerdas. Para desenredar eso se necesitarían varias horas. Ningún saqueador tiene tanta paciencia, y ése es el sentido de la obra. Tendremos que retirar todo eso «algún día», dicen. Pero naturalmente, nadie sabe cuándo será ese «algún día».

¡Día de locos! A primera hora de la tarde apareció otra vez Anatol, esta vez montado de paquete en una moto. Me mostró el vehículo esperando abajo con el chófer. Así que no puede quedarse más que un ratito, vaya consuelo. Y esta vez, eso afirma, será de verdad su última visita porque lo trasladan con el Estado Mayor fuera de Berlín. ¿Adónde? No lo dice. ¿A una ciudad alemana? Se encoge de hombros y sonríe burlón. Me da lo mismo, pero me habría gustado saber si realmente lo envían lejos de aquí. La viuda lo saludó con amabilidad, pero moderadamente. Ella ve las cosas desde la perspectiva del armario de la cocina y prefiere al comandante que deja tras de sí una descarga muy diferente en los anaqueles.

Estoy sentada con Anatol en el borde de la cama y le dejo que me hable de «su» moto, de la que se siente muy orgulloso, cuando de pronto se abre la puerta atrancada ya con el sillón de siempre. Molesto y enfadado levanta Anatol la vista. Es la viuda, con la cara muy colorada, el pelo revuelto. Detrás de ella hay un ruso empeñado en abrirse paso. Le conozco, le recuerdo. Es el polaco guapo de Lemberg, el que recibió un disparo en la cabeza en Stalingrado y tiene un don especial para los accesos de cólera. Parece que está a punto de

sobrevenirle precisamente uno de esos accesos de cólera. Comienza a dar gritos dirigiéndose tanto a mí como a Anatol, tomándonos a los dos como jueces: «Soy joven. Lo que para los demás está bien, a mí se me deniega. Hace mucho tiempo que no he estado con ninguna mujer. Y el esposo de la viuda —(así se refiere al señor Pauli, que está durmiendo la siesta en la habitación de al lado)— no tiene por qué notar nada ni enterarse siquiera. ¡Es sólo un momentito!» Y abre los ojos desmesuradamente, aprieta los puños con fuerza, se sacude el pelo. Por lo visto está completamente poseído por su derecho sobre la viuda, de quien han debido de quedarle en el oído y en el ánimo las pocas frases que le dirigió en su polaco rudimentario. Y prueba ahora incluso así, le suelta unas cuantas palabras en polaco, todas con gran agitación mientras la viuda se enjuga las lágrimas que le corren por las mejillas.

Anatol me mira, mira a la viuda, no quiere tener nada que ver en ese asunto. Dice, dirigiéndose a mí, que eso no tiene tanta importancia, que hable con la viuda para tratar de persuadirla, enseguida se pasa ese trago y no tiene por qué poner tantas dificultades. Luego, dirigiéndose al polaco y haciéndole señas de reprobación con la mano, le dijo que hiciera el favor de dejarle en paz porque tenía prisa y que..., le hace un gesto para que ajuste de nuevo el sillón a la puerta. A toda prisa le susurro a la viuda algunas palabras al oído. Le recuerdo el disparo en la cabeza y los accesos de rabia del polaco. El tío es capaz de cualquier locura si no se le da el gusto... Y Anatol se irá pronto y no habrá nadie que pueda ayudar... ¿O quizás quiere la viuda despertar al señor Pauli para que ahuyente al de Lemberg? La viuda dice que no con la mano, no, ¿para qué? Y llora. El polaco, apaciguado de nuevo, la acaricia. Los dos desaparecen.

Un cuarto de hora después traquetea la moto abajo. Anatol está sentado de paquete, mira arriba una vez más, me ve en la ventana y hace señas muy vivas. La moto desaparece rápidamente al doblar la esquina.

La viuda no habló conmigo en toda la tarde. Estaba rencorosa. Sólo mudó de actitud al caer la noche. Empezó a contar... Por lo visto, el joven diablillo fue tierno y apacible, incluso estuvo de un aburrido abrumador antes de soltar a la viuda. Por cierto, al marcharse le mandó un piropo. Al principio la viuda no se atrevía a contarlo. Pero finalmente nos lo reveló: «Mujer ucraniana, así. Tú, así.» El primer «así» quedaba ilustrado con un círculo formado por dos pulgares y dos dedos índice, el segundo «así» por un circulito formado por un pulgar y un dedo índice.

¿Qué cosas más nos trajo el día? ¡Ah, sí! De nuevo un botín obtenido en la escalera. Otra vez una mujer mayor, sexagenaria. Las más jóvenes apenas se atreven a pisar la escalera de casa durante el día. Esta vez fue una de las tres modistas vestidas de negro. Habían oído que los hombres de Anatol habían dejado libre el piso de su propiedad y las tres, ayudadas por nuestro soldado desertor, entraron en las habitaciones abandonadas. Armando un gran barullo cogieron una máquina de coser y la llevaron dos pisos más arriba. Una de las hermanas bajó sola para esconder unas fornituras para sastres..., y un tío la pilló

ahí. La viuda habló con ella por la noche. Estaba sollozando todavía, echada en el sofá de la vivienda de los libreros, con todo un corro de mujeres quejumbrosas alrededor.

Incluso han pillado a la hija menor de los porteros. La madre me lo contó en la bomba de agua. Los primeros días se había mantenido oculta toda la familia, la madre, las dos hijas y un nieto de tres años, en un sótano vecino muy seguro. Cuando comenzó a decirse que la cosa no estaba ya tan mal con los Ivanes, las chicas regresaban durante el día a su vivienda en la planta baja. Allí cocinaban y lavaban sus cosas. Hasta que dos muchachos cantarines, borrachos como una cuba, las sorprendieron allí. A la mayor, dice la madre, no le hicieron nada. Yo la he visto de nuevo y entiendo la razón: se ha quedado en los huesos, tiene un rostro tan pequeño y demacrado que se traslucen, por así decirlo, los contornos del cráneo. La más joven, según me susurró la madre, se había montado una barricada con algodón a pesar de no tener la regla. Las chicas habían oído decir que a los Ivanes no les interesaban las mujeres en esos días. No sirvió para nada. Entre risas y mucho jolgorio los tipos lanzaron todo el algodón por el cuarto y forzaron a la chica de dieciséis años sobre el diván de la cocina. «Por ahora parece que está bien», dice la madre asombrada también ella por su reacción. A pesar de todo y por precaución ha mandado a la pequeña tres pisos más arriba, a la vivienda de los libreros, donde ésta, tal como ha oído la viuda, repite a toda la gente, dándose importancia, que los rusos fueron inmediatamente por ella y que a su hermana mayor ni la miraron siquiera.

Vino otro más a hacer una visita de despedida: Andréi; de la tropa de Anatol, el maestro de escuela con la gélida mirada azul. Estuvo un rato conmigo sentado a la mesa hablando de política. Con su voz suave y dominada, me dio una conferencia en la que bullían especialmente palabras como *«sotsialistícheski»*, *«kapitalistícheski»*, *«ekonomícheski»*, etcétera. Mientras tanto yo, sentada con toda tranquilidad, remendaba mi única toalla y zurcía el liguero destrozado en una violación. Se percibe de nuevo cierta organización.

Por la noche estuvimos la viuda, yo y la esposa de nuestro soldado-desertor junto a la cama del señor Pauli, las tres a la luz de una vela. Le dimos una vela a la mujer. A cambio ella nos dio una caja de cerillas. El comandante apareció puntualmente con su acompañante, su sombra rechoncha. Con una armónica —una Hohner alemana, botín— interpretó varias canciones con ímpetu y energía. Al final llegó incluso a pedir a su muchacho que le sacara las botas de cuero blando y se puso a bailar en calcetines una *krakoviak.* Movía las caderas con donaire y mucha agilidad, y lo sabe. Luego bailó un tango con la viuda, uno muy de moda, mientras los demás cantábamos. Volvió a tocar la armónica, esta vez fragmentos de *Rigoletto,* del *Trovatore...* Es increíble la cantidad de música que puede salir de un instrumento tan diminuto. Su uzbeko no apartó de él ni un segundo sus negrísimos ojos de mongol. Le ensalzaba una y otra vez en un ruso torpe, de niño: «¡Oh, qué bueno que es! ¡No hay otro como él!» Al final se dejó convencer por el comandante para que nos cantara una canción uzbeka

muy rara, expeliendo el aire por la nariz. Y tras instarle muchísimo intentó incluso un baile sobre sus gordas piernas. Nuestra visita, una recia berlinesa, bebía el vino del comandante y aceptaba sus ceremoniosas reverencias. Mientras éste bailaba con la viuda me susurró al oído: «¡Caramba, por ése yo sería capaz de perder los modales!»

El comandante se quedó. Una noche complicada. Con todo el bailoteo tenía la rodilla completamente hinchada y le dolía intensamente. Se quejaba de dolor con cualquier movimiento que hacía. Apenas me atrevía a moverme. A mí me dejó completamente en paz. Dormí profundamente.

SÁBADO, 5 DE MAYO DE 1945

En este día de mayo tenemos un cielo muy oscuro. El frío no quiere ceder. Estoy sentada en el taburete delante de nuestra lumbre alimentada miserablemente con todo tipo de libros nazis. Si toda la gente hace lo mismo —y realmente lo está haciendo así—, el *Mein Kampf* de Adolf acabará siendo otra vez una rareza para bibliófilos.

Me acabo de zampar una sartén llena de chicharrones. Me unto el pan con mucha mantequilla mientras la viuda me pronostica tiempos muy negros. No le hago caso. Lo que ocurra mañana me da igual. Quiero vivir el presente, y tan bien como pueda. De lo contrario, con la vida que llevo, acabaré escurriéndome como un trapo mojado. En el espejo mi cara vuelve a estar redonda.

Hoy estuvimos hablando los tres sobre el futuro. El señor Pauli se imagina de nuevo en su escritorio de la fábrica metalúrgica en la que trabajaba. Anuncia un crecimiento económico imponente gracias a la ayuda de nuestros vencedores. La viuda piensa que a lo mejor podría encontrar un empleo como cocinera en esa misma fábrica. Con la modesta renta del seguro de vida de su difunto esposo lo ve negro y se teme que tendrá que buscarse trábalo. ¿Y yo? Por suerte he aprendido de todo. Ya encontraré algún empleo en cualquier parte. No le tengo miedo a eso. Confío ciegamente en mi barquito navegando por estos tiempos que corren. Hasta ahora siempre me ha llevado a buen puerto. Pero nuestro país, nuestro pueblo... ¡Qué dolor el nuestro! Nos han dirigido delincuentes y tahúres, y nosotros nos hemos dejado conducir, como las ovejas, al matadero. Ahora el odio prende como una llama entre la desdichada muchedumbre. «No hay árbol lo bastante alto para ése», se decía sobre Adolf esta mañana temprano en la cola del agua.

Por la tarde aparecieron algunos hombres en nuestro piso. Es decir, hombres alemanes, de nuestro edificio. Fue una sensación muy especial tratar de nuevo con hombres de los que una no siente miedo, ni ha de estar vigilándolos ni observándolos todo el tiempo. Comentaron la hazaña de los libreros, de la que se habla hoy en todo nuestro edificio. El librero, un bávaro,

bajito y robusto, le ha echado una bronca de verdad a un ruso. Ocurrió cuando un Iván interceptó poco antes del portal de casa a la librera, que venía cargada de agua. (La mujer no deja que su marido vaya a la bomba de agua. Era del partido.) La mujer chilló y su marido salió del piso corriendo, se fue hacia el ruso y le espetó: «¡Tú, cerdo asqueroso! ¡No eres más que un gilipollas!» En el relato de la hazaña se decía, además, que el ruso se fue empequeñeciendo y arrugando hasta acabar rajándose. Así que es posible. El muchacho, con su olfato de bárbaro y de animal, se olió que el marido estaba demasiado rojo y que en ese segundo todo, absolutamente todo, le daba lo mismo. Y le dejó el botín para él.

Por primera vez oigo hablar de una reacción airada por parte de uno de nuestros hombres. La mayoría es razonable, actúa con la cabeza. Están preocupados por salvar el pellejo, y sus mujeres están completamente de su parte. A ningún marido se le cae la cara de vergüenza por entregar una mujer a los vencedores, ya sea la suya o la del vecino. Al contrario, no se le perdonaría que pusiera nerviosos a los dominadores con su resistencia. A pesar de todo, siempre queda ahí un resto incombustible. Estoy convencida de que la librera nunca olvidará el arranque de valor, o de amor, si se quiere, de su marido. Y a los demás hombres que andan contando esta anécdota por ahí se les nota un tono de respeto en la voz.

Estos hombres no han venido por diversión a nuestra casa. Están haciendo algo útil. Han traído tablas de madera y las están clavando ahora delante del marco de la puerta trasera después de haberlas serrado a medida sobre la mesa de la cocina. Tiene que ser rápido. No debe venir entretanto ningún ruso. Como recompensa ofrecemos a los hombres puros de la caja llena que trajo el comandante ayer. Sí, somos ricos.

Cuando ya las tablas ocupaban todo el marco de la puerta apareció un ruso por la escalera de servicio. Con patadones tremendos intenta echar la obra abajo, pero no lo consigue. Respiramos profundamente. Nos sentimos muy aliviadas. Ya no pasarán por ahí a todas horas tantos tipos desconocidos. También llegan por la puerta delantera, sí, pero ésta tiene una buena cerradura y es de madera maciza. Quien nos conoce grita ya desde fuera identificándose para tranquilizarnos: «*Zdies Andréi*», o quien sea. Y con el comandante hemos convenido un toque especial a la puerta.

Algo conmovedor: pasado el mediodía vino la señorita Behn, nuestra decidida yegua caponera en los tiempos del refugio. Ahora se hospeda en casa de la joven señora Lehmann, cuyo marido está desaparecido en el frente del este, y la ayuda con los dos niños. Ni la joven señora ni la señorita Behn han sido violadas hasta el momento a pesar de ser realmente muy guapas. Su protección, su defensa: los pequeños. Ya la primera noche de los rusos, se dieron cuenta de lo que les pasa con los niños. Entraron dos tipos rudos en el piso. Se procuraron la entrada con golpes de fusil y muchos gritos. Derribaron de un empujón a la señorita Behn, que les abría la puerta, la llevaron hacia las

habitaciones, y se detuvieron frente a una camita con barrotes en la que dormían juntos el bebé y Lutz, de cuatro años, a la luz de una vela. Uno dijo en alemán, boquiabierto: «¿Hijos pequeños?» Los dos se quedaron mirando fijamente un rato la camita y por fin se largaron del piso de puntillas.

Ahora la señorita Behn me pide que suba unos minutos con ella; tienen visita de unos rusos, dos, un joven y un hombre ya mayor que ya estuvieron con ellas otro día y que hoy han traído chocolate para los niños. Les gustaría conversar con ellos. Me pide que haga de intérprete.

Estamos sentados cara a cara los dos soldados, la señorita Behn, la señora Lehmann con Lutz, el pequeño de cuatro años, agarrado fuertemente a sus rodillas, y yo. Delante tenemos al bebé en su cochecito. Traduzco lo que el ruso mayor me pide: «¡Qué chiquita más guapa! Es una verdadera monada.» Y ensortija su dedo índice con un rizo de color cobre del bebé. Me pide entonces que les traduzca a las dos mujeres que él también tiene hijos, dos chicos que viven en casa de la abuela, en el campo. De una cartera ya desgastada de cartón saca una foto: dos cabecitas con el cabello en punta sobre un papel sepia oscurecido por el paso del tiempo. No los ve desde 1941. Muy pocos rusos saben lo que es un permiso. De eso me di cuenta ya al principio de todo. Casi todos están separados de sus familias desde el comienzo de la guerra, hace ya casi cuatro años. Supongo que porque su país, durante todo este tiempo, ha sido escenario de guerra, y los civiles eran expulsados de un lugar a otro, de manera que nadie podía saber con certeza dónde estaban los suyos. A ello hay que añadir las tremendas distancias del país, las penosas vías de comunicación. Y quizás los gobernantes se temían, al menos en los primeros años del avance alemán, que los suyos desertaran o se pasaran al enemigo. Por la razón que sea, estos hombres no tenían derecho a permiso como los nuestros. Se lo aclaro a las otras dos mujeres, y la señora Lehmann dice comprensiva: «Sí, eso disculpa un poco algunas cosas.»

El otro invitado ruso es un tipo joven, de diecisiete años, partisano y luego enrolado en las tropas combatientes que avanzaban hacia el oeste. Me mira con la frente arrugada, en un gesto serio y grave, y me pide que traduzca que unos soldados alemanes asesinaron a los niños de su pueblo natal, acuchillándolos o estrellándoles el cráneo contra los muros. Antes de traducir, le pregunto: «¿De oídas? ¿O lo presenció con sus propios ojos?» Él, serio, agachando la cabeza: «Sí, lo vi yo mismo dos veces.» Traduzco.

«No me lo creo», replica la señora Lehmann. «¿Nuestros soldados? ¿Mi marido? ¡Jamás!» Y la señorita Behn me pide que le pregunte al ruso si esos soldados llevaban el «pájaro» aquí (señalando el brazo) o el «pájaro» aquí (señalando la gorra), es decir, si eran del ejército o de las SS. El ruso comprende inmediatamente el sentido de la pregunta: han aprendido en los pueblos rusos a distinguirlos. Sin embargo, aun cuando en este caso, y en otros similares, se tratara de miembros de las SS, ahora nuestros vencedores pasarán factura al «pueblo», es decir a todos nosotros. Ya circulan esos rumores. En la cola del

agua escuché varias veces la frase: «Los nuestros no lo hicieron de manera muy diferente allí.»

Silencio. Todos tenemos la mirada clavada. Hay una sombra en la habitación. El bebé no sabe nada. Chupa el dedo índice del desconocido, berrea y chilla. A mí se me hace un nudo en la garganta. El bebé me parece un milagro, rosado y blanquito. Con sus ricitos cobrizos es como una flor en medio de esta habitación desolada, medio amueblada, entre nosotros, personas llenas de suciedad. De repente entiendo por qué al combatiente le atraen los críos.

DOMINGO, 6 DE MAYO DE 1945

Primero una retrospectiva del resto del sábado. El comandante volvió a aparecer hacia las ocho de la tarde con su mongol. Esta vez, de sus insondables bolsillos sacó dos rodaballos, no muy grandes pero frescos. La viuda enharinó y cocinó los sabrosos pescados. Comimos todos. Incluso el uzbeko recibió un trozo en su rincón de la ventana que ocupa siempre como un perro fiel. ¡Qué manjar más rico!

¿Se quedó el comandante durante la noche? Sola no me habría atrevido a desvestirme. No me habría echado a dormir sola en la habitación, lo sé. Aunque ahora la puerta trasera está atrancada, aunque fuera ya no hay guerra, queda dentro de nosotros un importante resto de miedo. Miedo a cualquier borracho, a cualquier colérico. De ésos nos protege el comandante. Hoy llegó cojeando. Tiene la rodilla hinchada todavía. La viuda, que para estas cosas tiene mucha mano, le aplicó unas compresas antes de que se echara a mi lado. Me ha revelado los nombres cariñosos con los que le llamaba su madre, y ha traducido al ruso mi nombre, en un diminutivo cariñoso. Así que somos amigos. A pesar de todo sigo conminándome a mí misma a tener cuidado, a hablar lo menos posible.

Por la mañana volvimos a estar solas, sentadas junto a la cama del señor Pauli. Desayunamos en abundancia y nos pusimos a espiar los sonidos de fuera de casa. Al final la viuda se atrevió a salir al rellano y subió corriendo al piso de los libreros, donde sigue alojada una docena de vecinos. Regresó con un ruego: «Anda, dame el resto de la vaselina.» Traga saliva. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

Anoche, en la oscuridad —así se lo han contado—, el fabricante de licores regresó junto a su mujer, atravesando el frente y las tropas, arrastrándose, a hurtadillas, junto con la pelirroja Elvira que mantuvo con él la posición en la fábrica de licores. ¿Para qué? No lo sé. ¿Querían defender juntos las botellas de licor? Tiene que haber en el ser humano un impulso primitivo que se aferra a él cuando sus bienes están amenazados.

Subimos la viuda y yo a su casa. Su piso está en la cuarta planta. Resultó

que la pechugona fabricante de licores a quien se dispensó el honor de la primera persecución rusa en el refugio, desde entonces, esto es... —a ver, un momento— desde hace más de una semana ha vivido sin ser molestada aquí arriba, en el cuarto piso. Tenía la bañera llena de agua y algunas provisiones. Se aisló por completo. Ya lo creo. El caso es que a los rusos (y de esto nos dimos cuenta bastante tarde) no les gusta subir escaleras. La mayoría son jóvenes campesinos que viven en casas de una planta, que han crecido siempre cerca de la tierra. No son subidores de escaleras especializados. Además tienen la sensación de que están demasiado aislados en esas alturas. En caso de retirada, se tarda un rato en bajar cuatro pisos. En una palabra, no se han atrevido casi nunca a subir tan alto.

Entramos en la vivienda, casi de puntillas, como si fuéramos a visitar a un enfermo. La pelirroja está sentada en una silla de la cocina, con la mirada fija y perdida. Tiene los pies metidos en un cubo lleno de agua. Se lava los dedos que están, tal como nos explica el fabricante, completamente magullados y ensangrentados. Los pies del hombre tenían también muy mal aspecto. Los dos llegaron aquí en calcetines y medias atravesando el frente de batalla, a través de calles con escombros y ruinas. Los zapatos se los quitaron los rusos.

Mientras la pelirroja, que lleva sobre la enagua una blusa demasiado ancha, probablemente prestada por el ama de casa, gime al mover los dedos de los pies, el hombre nos informa de que la fábrica estuvo durante dos días en el centro de las operaciones militares. Al principio fueron tropas alemanas, y acto seguido rusas, las que despacharon a gusto las existencias de alcohol que quedaban en la fábrica. Los rusos, registrando todos los rincones en su búsqueda de aguardiente, descubrieron finalmente en la parte trasera de un cobertizo hecho con tablones a Elvira y al jefe, y a una segunda mujer, una empleada de la empresa que también había buscado protección allí. Y el hombre se encoge de hombros. No quiere seguir contando. Se va de la cocina.

«Hicieron cola», nos cuenta entre susurros la fabricante de licores, mientras la pelirroja permanece callada. «Se esperaban el uno al otro. Dice que fueron por lo menos veinte, pero que no lo sabe con certeza. Casi todos se cebaron con ella. La otra mujer estaba enferma.»

Me quedo mirando fijamente a Elvira. De su rostro blancuzco como el queso le cuelga una boca hinchada como una ciruela pinta. «Enséñaselo», dice el ama de casa. Sin pronunciar palabra, la pelirroja se desabotona la blusa y nos enseña sus pechos amoratados llenos de señales de mordiscos. Apenas lo puedo describir. Siento náuseas de nuevo.

Le dejamos el resto de la vaselina. No se puede decir nada en esa situación. Y no dijimos nada. Pero ella comenzó a hablar por sí misma, apenas se la entendía de lo hinchados que tenía los labios. «Rezaba durante aquello», algo así dijo, «siempre rezando: Dios mío, te agradezco estar borracha.» Pues antes de formar la cola, los muchachos la atiborraron bien con aquello que encontraron en el lugar. Y también le daban de beber en los cambios de turno.

Todo esto se lo debemos al Führer.

Por lo demás, hubo mucha faena por la tarde. Muchas cosas por limpiar y por lavar. Se nos pasó el tiempo rápidamente. Me quedé muy sorprendida cuando de pronto vi al comandante en la habitación. La viuda le había abierto la puerta. Esta vez trajo consigo una baraja por estrenar. Extiende las cartas sobre el edredón de Pauli. Al parecer han encontrado un juego en el que se entienden los dos. Yo no entiendo de esas cosas, me he largado a la cocina donde está la viuda y aquí estoy ahora escribiendo rápidamente estas líneas. El comandante ha traído incluso «dinero para apostar», monedas de tres y de cinco marcos que fueron retiradas de la circulación hace ya una eternidad. ¿Cómo habrá dado con ellas? No me atrevo a preguntárselo. No nos ha traído hoy nada para beber. Se ha disculpado ante cada uno de nosotros por este hecho. No importa, hoy es nuestro invitado. Hemos heredado una botella de licor del fabricante.

LUNES, 7 DE MAYO DE 1945

Sigue haciendo fresco, pero el cielo está despejado, un pequeño rayo de sol. De nuevo una noche bastante desasosegada. El comandante se despertó numerosas veces y me despertó con sus quejidos. Le han dicho que la rodilla está en fase de mejoría. Sólo cuando le roza algo ahí le duele. No obstante, a mí me amargó la noche. Por cierto, me informó acerca de las dos hermanas juerguistas acuarteladas en el piso abandonado de un miembro del partido. Con los nombres de Anja y Lisa se han hecho al parecer muy populares entre los oficiales rusos. A una de las hermanas la vi en la escalera: muy guapa, de cabello negro y piel blanca, alta y delgada. El comandante informaba encogiéndose de hombros y ligeramente avergonzado acerca de la actividad bulliciosa de las dos mujeres: esta mañana, a plena luz del día, le exhortaron que entrara en el piso, donde las chicas estaban acostadas con dos hombres, y le pidieron sonriendo que se acostara también él... Una oferta que al comandante, de pensamiento burgués, le escandalizaba incluso al relatarlo. Parece que uno de los atractivos de esa casa para los rusos es el lindo hijito de tres años de una de las hermanas. El comandante dice que ya balbucea tres palabras en ruso, y los visitantes lo colman de mimos.

Sigamos con el nuevo día. Es tan extraño vivir sin periódico, sin calendario, sin hora ni final de mes. El tiempo intemporal que corre como el agua y cuyas agujas de reloj son únicamente, para nosotras, los hombres con sus uniformes extranjeros.

A veces me asombra a mí misma el tesón con el que trato de fijar este tiempo intemporal. Es éste mi segundo intento de un soliloquio por escrito. El primero lo emprendí cuando era colegiala. Teníamos quince, dieciséis años.

Llevábamos gorros escolares color burdeos, y debatíamos interminablemente acerca de Dios y del mundo. (A veces también sobre chicos, pero muy despectivamente.) Cuando nuestro profesor de historia sufrió un ataque de apoplejía en mitad del curso, tuvo que reemplazarle en el puesto una principiante. Una funcionaria de nariz respingona que cayó en nuestro curso como una bomba. Con todo descaro contradecía el contenido de nuestro patriótico libro de historia. A Federico el Grande le llamaba tahúr. En cambio ensalzaba a Ebert, presidente socialdemócrata del gobierno alemán, a quien nuestro antiguo profesor gustaba de tildar irónicamente de «talabartero». Tras semejantes osadías, nos miraba con sus ojos negros relucientes y gritaba con las manos alzadas en señal de súplica: «¡Chicas, cambiad el mundo, porque lo necesita!»

Eso nos gustaba. El mundo de 1930 no era de nuestro agrado. Lo rechazábamos con todas nuestras fuerzas. Era tan confuso y tan cerrado y sin perspectivas para nosotras, jóvenes. Había millones de parados. Todos los días nos decían que la mayoría de las profesiones a las que aspirábamos era inútil y que el mundo podía prescindir por completo de nosotras.

Casualmente tenían lugar por aquel entonces nuevas elecciones al Parlamento alemán. Cada noche había asambleas de los diez o quince partidos mayoritarios. Íbamos allá, en grupitos, incitadas por nuestra funcionaria. Estudiamos a fondo desde los nacionalsocialistas, pasando por el centro y los demócratas, hasta los socialdemócratas y los comunistas. Entre los nazis levantábamos el brazo con el saludo a Hitler, y entre los comunistas nos hacíamos llamar «camaradas». En aquellos días comencé yo mi primer diario con el deseo de formarme una opinión. Durante nueve días, creo, reproduje en él con fidelidad las principales frases de los oradores políticos. Y también mis primeras réplicas juveniles. Al décimo día lo dejé correr a pesar de que a mi cuaderno le quedaban todavía muchas páginas en blanco. No sabía cómo salirme de la maraña de la política. A mis amigas de la escuela les sucedía lo mismo. Nos parecía que cada partido poseía una ínfima parte de razón. Pero todos practicaban y ambicionaban lo que nosotras denominábamos chalaneo: la usura, la caza de cargos, la pelea sin cuartel por el poder. Ningún partido —eso nos parecía— era intachable. Ninguno imprescindible. Hoy opino que acaso deberíamos haber fundado el partido de los dieciseisañeros para satisfacer nuestras exigencias morales. Quien crece, peca.

El lunes nos llegó una visita pasado el mediodía. No del edificio, tampoco de cerca, sino de un barrio de la ciudad a dos horas a pie, en el oeste: de Wilmersdorf. Una chica llamada Frieda, conocida de oídas de la viuda.

Hay toda una historia en torno a ella que comienza con un sobrino de la viuda, un joven estudiante de medicina. Una noche, el susodicho estudiante tenía imaginaria de defensa aérea en su facultad. A la misma hora tenía asignada la imaginaria de defensa aérea otra joven estudiante de medicina. El resultado de esta guardia conjunta fue un embarazo y, como los padres de la

chica apremiaban, hubo boda precipitada. Ella con diecinueve años, él con veintiuno. Entretanto, algún general Buscarreclutas pescó al joven para el frente. No se sabe exactamente dónde está ahora. Pero su joven esposa, en el octavo mes del embarazo, se ha ido a vivir con una amiga, justamente esa Frieda que está ahora sentada con nosotras en una silla de la cocina y que trae noticias.

La primera pregunta de la viuda: «¿Os han... también?»

No, Frieda se salvó del todo, bueno, no del todo. Uno la sujetó contra la pared en el pasillo del refugio. Pero fue un momento porque el soldado tuvo que marcharse enseguida. Tenía que hacer la guerra, de manera que no pudo darse el gusto hasta el final. En general, todas las tropas que pasaron por el bloque en el que están alojadas las dos chicas lo hicieron, por así decirlo, al galope, poco antes de la capitulación y sin fijar su residencia en la zona. Por su parte, la futura madre dio unos toquecitos en su barriguita diciendo al mismo tiempo «*baby*». No la tocaron para nada.

Así nos informó la joven mirándonos con ojos brillantes, como bruñidos. Conozco esos ojos, he visto a menudo en el espejo mis propios ojos con ese brillo, cuando vivía de ortigas y de sémola. Realmente son obstinadas las dos chicas. Por esta razón se pateó durante dos horas las calles —según dijo ella— completamente silenciosas y desiertas. Pide comida para la pariente de la viuda y para la criatura que lleva en su vientre. Dice que la joven se pasa todo el día echada boca arriba y que al menor esfuerzo por levantarse le entran vértigos. Una enfermera la reconoce de vez en cuando y le ha explicado que el feto extrae directamente del cuerpo de la madre las sustancias que necesita para su formación si ésta no se alimenta lo suficiente. Así que gorronea calcio, sangre y masa muscular.

La viuda y yo nos ponemos a buscar lo que creemos poder regalar: algo de la mantequilla y el azúcar del comandante, un bote de leche, un pan, un trozo de tocino. Frieda está encantada. También ella tiene un aspecto lamentable. Tiene las piernas como palos, las rodillas sobresalen como si fueran nudos en la madera. Sin embargo se muestra muy alegre y no la desaniman las dos horas de camino para regresar a casa. Nos ha hecho mucha ilusión recibir a la mensajera de un barrio alejado de la ciudad. La animamos a que nos describa prolijamente el camino que tomó para venir y lo que vio en él. Acariciamos y miramos con ojos brillantes a la tierna chica de dieciocho años, medio consumida por el hambre, que un día —tal como nos cuenta— quiso ser profesora de gimnasia. Bueno..., por el momento no habrá demanda de gimnasia en nuestro país. Nos alegramos enormemente por cada movimiento que nos podemos ahorrar. Bueno, nosotras no sino las demás, las personas hambrientas se alegran de verdad. Por ahora eso a mí no me afecta. Todavía me quedan fuerzas. La viuda toca el punto neurálgico cuando le insinúa a Frieda: «¿Cómo es, criatura, que no habéis pescado a ningún ruso, por poco simpático que sea para que os lleve un poco de comida?»

Frieda se ríe con risa boba y dice que en su bloque ya no hay rusos, si no... Y junta los regalos y los guarda en la bolsa de compra que ha traído consigo.

Nos ha levantado mucho la moral esta visita. Así que no estamos aislados de todo el mundo. Podríamos arriesgarnos a un viaje a pie a otros barrios de la ciudad, a casa de amigos y conocidos. Desde entonces no hacemos más que planear una escapada y hablamos de si debemos atrevernos o no. El señor Pauli se opone. Ya nos ve capturadas y detenidas, y obligadas a trabajos forzados, posiblemente en Siberia. Nosotras nos apoyamos en el ejemplo de Frieda, que lo ha conseguido. Y seguimos dale que te dale.

Sigamos. Esto lo escribo ya a última hora de la tarde. Ya tengo tras de mí el primer gran viaje. Llegó de manera sorprendente. Estaba sentada en la repisa de la ventana a pesar de que en la calle apenas se ve a nadie, a excepción de buscadores de agua y de rusos. Entonces llega un ruso pedaleando. Para delante de nuestra puerta: el comandante.

Bajo a todo correr a la calle. Una bicicleta de hombre, nueva, alemana, resplandeciente. Le pido y le mendigo: «¿Puedo dar una vueltecita? Sólo cinco minutos, ¿sí?» El comandante está en el bordillo y mueve la cabeza negativamente. No está muy seguro. Teme que me puedan robar la bicicleta en el camino. Pero al final logro convencerlo.

Sol. En un santiamén siento calor. Le doy a los pedales todo lo rápido que puedo. El viento zumba en mis oídos. Voy a toda mecha porque me hace feliz después de toda esta penosa vida sedentaria, y también para que no me pare nadie ni me roben la bicicleta. Paso junto a ruinas negras calcinadas. Por aquí la guerra ha pasado un día antes que en nuestra zona. Ya se ven civiles barriendo las aceras. Dos mujeres empujan una camilla completamente calcinada, extraída quizás de los escombros. Encima hay una anciana echada cubierta por una manta de lana, con el rostro exangüe; pero todavía con vida.

Cuanto más pedaleo hacia el sur, más atrás va quedando la guerra. Por aquí ya se ve a alemanes charlando en grupos. En nuestro rincón, los hombres no se atreven todavía. Incluso se ve a niños con aspecto demacrado y extrañamente silenciosos. Mujeres y hombres cavan en los jardines. Sólo se ve a algún ruso de vez en cuando. Ante el túnel se alza todavía una barricada levantada por las milicias del Volkssturm. Desmonto, paso la bicicleta por el resquicio libre a uno de los lados. Detrás del túnel, en el césped delante de la estación de cercanías, hay un montículo de tierra con flores y, clavadas en él, tres estacas pintadas de rojo chillón. En cada estaca hay una placa fijada a ella, papel manuscrito tras un cristal y con una tira de papel como orla. Leo en las placas tres nombres rusos y las fechas de sus defunciones, 26 y 27 de abril de 1945.

Me quedé allí un buen rato. Es, si no recuerdo mal, la primera tumba rusa que veo tan de cerca. Mientras pedaleaba vi fugazmente algunos camposantos, placas conmemorativas desmoronadas, cruces torcidas, aflicción y pobreza. En nuestros periódicos nos informaban machaconamente de que los rusos

escondían a sus muertos de guerra como si se tratara de una ignominia, y los enterraban en fosas comunes apisonando luego la tierra por encima para hacer irreconocible el lugar. Eso no puede ser cierto. Esas estacas y esos carteles los deben de traer consigo. Son manufacturas, fabricadas siguiendo un esquema, con una estrella blanca de madera encima... Un producto burdo, barato, tremendamente feo, pero sin duda un monumento de un rojo brillante, extremadamente claro, chillón, cegador, imposible de pasar por alto. En su país levantarán también tales estacas. Por consiguiente practican un culto funerario, rinden honores a sus héroes a pesar de que su dogma oficial no habla de resurrección de la carne. Si se tratara únicamente de una mera marca de las tumbas con la finalidad de dar una nueva sepultura posterior, bastaría con un simple letrero con un nombre o un número. Entonces podrían ahorrarse toda esa pintura roja y el tallado de las estrellas. Pero no, rodean la muerte del soldado de un halo rojo, sacrifican trabajo y madera aprovechable para una aureola, por muy insignificante que ésta sea.

Vuelvo a pedalear lo más rápido que puedo. Ya diviso la casa de campo que alojó a mi empresa de manera provisional. ¿Habrá sobrevivido el crío de la planta baja todo este tiempo sin leche?

No está el niño, ni su joven madre, no hay nadie de los que se hospedaban en la planta baja. A mis llamadas y golpes a la puerta aparece al cabo de un rato un hombre mayor, mal afeitado, vestido con una camiseta sucia. Pasa otro rato hasta que lo reconozco. Se trata del antiguo apoderado de la que fue nuestra editorial, en otro tiempo impecablemente vestido hasta el cuello de la camisa, ahora desharrapado y sucio. Me reconoce pero no muestra ninguna emoción. Dice en un tono malhumorado que él y su esposa buscaron refugio aquí cuando el último día de guerra quedó destrozada su vivienda. Por lo demás, la casa de campo está vacía, no hay ni muebles. El apoderado se la encontró ya sin muebles. No sabe si fueron alemanes o rusos quienes se los llevaron. Presumiblemente tanto los unos como los otros. La casa está patas arriba y por todas partes hay suciedad. Apesta a excrementos y a orina. De todas formas, en los sótanos sigue habiendo una montaña de carbón. Encontré una caja de cartón vacía, la llené de briquetas para disgusto del apoderado. Pero el carbón es tan suyo como mío. Ni se le pasó por la cabeza ayudarme. Con esfuerzo cargué con el peso hasta la bicicleta. Até la caja al portapaquetes con el cinturón de mi vestido y un trozo de cuerda que encontré tirado.

Iba, de vuelta, a gran velocidad. Subí la calle a la carrera. Esta vez pasé al lado de interminables hileras de soldados sentados en los bordillos. La típica infantería, soldados rasos, cansados, sucios, llenos de polvo, con barba de varios días en sus sucias caras. Hasta entonces no había visto a rusos así. Ya me había dado cuenta de que en nuestras casas teníamos a tropas de élite, artillería, transmisiones, gente lavada y bien afeitada. En la escala más baja estaban los soldados de intendencia y las tropas de refuerzo. Olían a caballo, pero no daban ni mucho menos una impresión de cansancio tan grande como estos soldados

de aquí. Están demasiado rendidos como para preocuparse de mi bicicleta. Apenas alzaban la mirada. Era palpable que tenían tras de sí una larga marcha forzada.

Rápido, rápido, ahí está ya nuestra esquina. Alrededor del antiguo cuartel de la policía pululan muchos coches. Los motores rugen profunda e intensamente. Huele a gasolina de verdad. Los coches alemanes no olían así.

Jadeando y orgullosa, subo las escaleras con la bicicleta y la carga de briquetas. El comandante viene hacia mí corriendo, muy nervioso, ya se imaginaba que habían robado la bicicleta y a mí vete-tú-a-saber. Entretanto ha aparecido también el uzbeko. La viuda lo envía enseguida con dos cubos a la bomba de agua. Para nosotras ya es como de la familia. Se va trotando y con cara de bonachón a llenarnos los cubos.

Estoy atontada por el sol, y dichosa por esta vuelta tan rápida. Me siento tan contenta, tan animada como hacía semanas que no me sucedía. Además, el comandante ha traído vino de Tokay, de calidad superior. Bebemos. Me siento francamente bien. El comandante se quedó hasta las cinco de la tarde. Cuando se fue ya me sentía mal. Lloré.

(Garabatos escritos en el margen algunas semanas después, para uso de novelistas: «Durante tres latidos, el cuerpo de ella se fundió con el cuerpo del otro encima de ella. Sus uñas se clavaron en el cabello del otro. De su garganta surgieron gritos, y ella escuchaba la voz del otro susurrarle palabras extrañas, incomprensibles. Un cuarto de hora después estaba sola. A través de los cristales rotos penetraba el sol en amplios haces de luz. Se estiró y gozó de la pesadez de sus miembros. Se pasó la mano por los mechones de cabello revueltos de su frente. De pronto sintió con una claridad inquietante cómo otra mano, la mano del amigo lejano y quizás muerto hace tiempo ya, le acariciaba el cabello. Sintió hincharse algo dentro de ella, llenarse hasta rebosar. Las lágrimas le cayeron en torrente de los ojos. Se revolcó en la cama dando puñetazos al colchón. Se mordió las manos, los brazos, hasta llenarse de moratones. Aulló con la cara pegada a la almohada y deseó morir.»)

MARTES, 8 DE MAYO DE 1945, CON UN RESTO DEL LUNES

Al caer la tarde estábamos solos el señor Pauli, la viuda y yo. Puesta roja del sol. Una imagen repugnante. Me recuerda todos los incendios que he presenciado estos últimos años. Fuimos juntas la viuda y yo al pequeño estanque para coger agua sucia. (Para el agua potable de la bomba de agua, los alemanes deben hacer cola durante más de una hora.)

Debían de ser las ocho. Vivimos sin reloj, pues al despertador que tenemos envuelto en una toalla escondido al fondo del armario le ha dado por pararse cuando le da la gana. Hay silencio alrededor del estanque. En la superficie del

agua salobre se asoman astillas, trapos, bancos verdes del parque. Llenamos nuestros cubos con esa agua turbia. Caminamos de regreso llevando el tercer cubo entre las dos, desbordándose. Junto a la carcomida escalera de madera en la pendiente con césped yace algo. Una persona. Un hombre. Está echado boca arriba sobre la hierba, con las rodillas levantadas.

¿Un durmiente? Sí, un durmiente inmóvil. Está muerto. Nos quedamos las dos paradas mirándolo fijamente. Tiene la boca tan desmesuradamente abierta que cabría un puño en ella. Los labios azules, las aletas nasales del color de la cera. Un hombre de unos cincuenta años, bien afeitado, calvo. Tiene un aspecto respetable, lleva un traje gris claro y calcetines grises tejidos a mano metidos en unos anticuados zapatos de cordones, lustrados. Le toco las manos tendidas sobre la hierba. Los dedos, curvados hacia arriba en forma de garra. Su tacto es tibio, nada que ver con el frío de la muerte. Pero eso no quiere decir nada, puede deberse al sol que le da de lleno. No tiene pulso. Está muerto. Sin embargo, no le han desvalijado todavía. Tiene clavado en la corbata un alfiler plateado. No sabemos si hurgar en su americana para buscar papeles e informar a eventuales parientes. Nos sentimos muy inquietas. Acechamos en el camino buscando a gente. Doy unos pasos rápidos calle abajo, diviso en el portal de una casa a una pareja, una chica y un hombre joven, y les ruego a los dos que vengan, pues hay una persona tirada en el suelo... Titubean pero me siguen. Permanecen un rato junto al cadáver, pero sin tocar nada y vuelven a marcharse finalmente sin decir palabra y encogiéndose de hombros. Nos quedamos las dos un rato todavía sin saber qué hacer. Y luego nos vamos también. Sentimos un peso en el corazón. No obstante, durante el camino de vuelta, mis ojos siguen detectando mecánicamente cualquier astilla, y las manos las van recogiendo también mecánicamente y guardando en el bolso que llevamos en bandolera para ese cometido.

Delante de nuestra casa nos encontramos al viejo Schmidt, el de las cortinas, junto al soldado desertor. Me quedo boquiabierta al ver que los dos se han atrevido a salir a la calle. Les informamos acerca del muerto. La viuda imita la posición de su boca. «Un ataque de apoplejía», murmura el ex soldado. «¿Vamos allá los dos?» «¿Pero qué dices?», exclama Schmidt, el de las cortinas, «después echarán en falta cualquier cosa de sus bolsillos y nos las cargaremos nosotros.» Y en un santiamén nos olvidamos del muerto cuando Schmidt-Cortinas nos anuncia: «Se han ido los rusos.» Han desalojado nuestro edificio. Se han marchado de toda la manzana mientras íbamos en busca del agua sucia. Se los llevaron en camiones. Schmidt-Cortinas cuenta que tapizaron bien los camiones por dentro con colchones y cojines de sofás de los pisos abandonados.

¡Se han ido! ¡Se han ido todos! Apenas nos lo podemos creer. Dirigimos la vista involuntariamente a la cuesta de la calle como si tuvieran que venir de allí camiones con nuevas tropas. Pero nada, no hay más que silencio, un extraño silencio. Sin rocines, sin relinchos, sin gallo. Sólo las bostas de caballo, que la hija menor de los porteros está barriendo ahora mismo para apartarlas de la

entrada de casa. Miro a la chica de dieciséis años, la única hasta ahora de quien sé que ha perdido la virginidad con los rusos. Tiene la misma cara boba y satisfecha de siempre. Intento imaginarme lo que habría ocurrido si la primera vez hubiera tenido yo esa vivencia de ese modo. Tengo que poner freno a mis pensamientos. Una cosa así es inimaginable. Una cosa está clara: si en tiempos de paz algún maleante hubiera cometido estupro con la chica, se le habría dado todo el bombo posible. Habría habido entonces denuncia, atestado policial, interrogatorio, por supuesto, detención y careo, reportaje en la prensa y aspavientos de los vecinos. La chica habría reaccionado de otra manera. Habría sufrido un shock diferente. Pero aquí se trata de una vivencia colectiva, que se sabía de antemano, que se temía de antemano..., de algo que les ocurrió a las mujeres a izquierda y a derecha y al lado, que de algún modo formaba parte de la función. Esta forma masiva y colectiva de violación también habrá que superarla colectivamente. Cada una ayuda a las demás hablando sobre el asunto, desahogándose, dando oportunidad a las otras de desahogarse, de escupir lo sufrido. Lo cual no excluye, naturalmente, que organismos más delicados como esa mocosa descarada de Berlín, curada de espantos, se quiebren o sufran un daño psíquico para el resto de su vida.

Por primera vez desde el 27 de abril se cerró con llave la puerta de casa por la noche. Con ello comienza, en el caso de que no vuelvan a instalarse tropas en la casa, un nuevo capítulo en las vidas de todos nosotros.

Hacia las nueve de la noche se oyeron gritos abajo, llamándome. Con su voz de ahogado, el uzbeko repitió muchas veces mi nombre (bueno, en realidad la forma rusificada del nombre tal como el comandante la acuñó). Cuando me asomé afuera, vi al uzbeko echando pestes y con gesto amenazador señalando muy enfadado la puerta de la casa cerrada con llave. ¡Ah, mi gordinflón! No conseguirás nada así. Le dejé entrar. Le seguía muy de cerca el comandante cojeando considerablemente. La bicicleta le ha sentado mal. La viuda le volvió a preparar unas compresas. La rodilla tenía muy mal aspecto, con una hinchazón enorme, roja. Me resulta incomprensible que alguien pueda ir en bicicleta, bailar y subir escaleras con una herida así. Son naturalezas robustas, qué le vamos a hacer.

Mala noche con el hombre delirante por la fiebre. Tenía las manos muy calientes, los ojos vidriosos, no conseguía dormirse. Y no me dejó dormir a mí tampoco. Por fin empezó a clarear el día.

Acompañé al comandante y a su muchacho abajo. Les abrí la puerta de la calle, de nuevo nuestra puerta de la calle. Después, trabajo asqueroso: el uzbeko tiene disentería y ha salpicado retrete, pared y baldosas. Lo fregué con algunos números de una publicación nacionalsocialista para farmacéuticos, que andaban por ahí tirados. Limpié lo mejor que pude. Despilfarré en la tarea casi toda el agua sucia que acarreamos ayer desde el estanque. ¡Ay si se enterara el señor Pauli, siempre con su manicura y su pedicura, y con lo delicado que es!

Sigamos. Ahora le toca el turno al martes. Hacia las nueve de la mañana,

golpeteos conocidos en nuestra puerta. Seguimos utilizando esta llamada a pesar de que ya no hay ningún ruso en el edificio. Era la señora Wendt, la del eczema purulento en el rostro. Ha llegado a sus oídos que hay paz. En el sur y en el norte han desarticulado los últimos focos desorganizados de resistencia alemanes. Hemos capitulado.

La viuda y yo respiramos con mucho alivio. ¡Qué bien que haya ido todo tan rápido! El señor Pauli reniega ahora de las milicias del Volkssturm, de los muertos sin sentido de las últimas horas, de los ancianos y cansados, los que se desangraron totalmente desvalidos y para quienes no hubo ni siquiera un trapo para vendar las heridas. Huesos astillados que sobresalían de pantalones de civiles; hombres blancuzcos como fardos encima de camillas que goteaban con monotonía; charcos de sangre tibia y resbaladiza en todos los pasillos... Pauli ha debido de sufrir lo suyo. Por esa razón considero que la neuralgia que lo tiene encadenado a su lecho desde hace más de una semana es en parte una enfermedad anímica, un refugio, una retirada. Algunos hombres de este edificio tienen un refugio similar. El librero tiene su afiliación al partido, el desertor su deserción, otros su pasado nazi por el que temen que sufrirán deportación o algo así y tras el cual se atrincheran cuando hay que ir por agua o atreverse a una acción. Las mujeres también hacen todo lo que pueden para esconder a los hombres y protegerlos ante el enemigo. Pues ¿qué más pueden hacernos? Ya nos han hecho de todo.

Así pues, aprovechémonos. Es lógico. Sin embargo sigue habiendo en todos nosotros un malestar. A menudo me viene a la cabeza el bombo que daba yo a los soldados que regresaban de permiso. ¡Con qué mimos y con cuánto respeto los trataba! Y eso que en parte venían de París o de Oslo, ciudades que quedaban mucho más lejos del frente que Berlín, continuamente bombardeada. O llegaban de la paz más profunda, de Praga o de Luxemburgo. Incluso si llegaban del frente, el aspecto que ofrecían hasta más o menos el año 1943 era tan limpio y de estar tan bien alimentados como pocas personas lo están hoy en día aquí. Y les gustaba contar historietas en las cuales salían siempre bien parados. Nosotras en cambio tendremos que mantener la boca bien cerrada, tendremos que hacer como si se nos hubiera dejado a un lado, a nosotras, precisamente a nosotras. De lo contrario, al final no querrá tocarnos ningún hombre. ¡Si por lo menos hubiera jabón de verdad! Tengo un deseo tan fuerte de frotar mi piel a fondo con jabón. Creo firmemente que después de un baño así me sentiría incluso anímicamente más limpia.

Por la tarde tuve una buena conversación. La anotaré aquí lo más fielmente que pueda, pero todavía me lo tengo que pensar. De manera inesperada apareció el doctor jorobado de la fábrica de gaseosas. Ya casi lo había olvidado a pesar de haber cruzado con él, más de una vez, algunas palabras en el refugio antiaéreo. Aguantó todo el tiempo hasta el final en un refugio vecino que no fue descubierto. Ningún ruso entró en él. Seguramente recibía allí, sin embargo, las informaciones de última hora de las buscadoras de agua, víctimas de violación

y estupro. Una, muy miope, perdió sus gafas, y anda ahora a tientas por ahí completamente indefensa.

Resulta que el doctor jorobado es un «camarada». Es decir, perteneció al Partido Comunista. Incluso llegó a viajar por la Unión Soviética durante tres semanas gracias a Intourist. Entiende algunas palabras del ruso. Anécdotas éstas que no me confió en el refugio, como yo tampoco le hice nunca partícipe de mis viajes ni de mis conocimientos del idioma. El Tercer Reich acabó desacostumbrándonos a familiaridades y confidencias de ese tipo. Pero no puedo por menos de manifestar mi sorpresa. «¿Cómo es que no dio un paso al frente ni se dio a conocer a los rusos como simpatizante?»

Se me queda mirando perplejo. «Lo habría hecho», dice entonces. «Sólo quería dejar pasar los primeros días de salvajismo.» Y añade: «Me iré a inscribir al ayuntamiento en los próximos días. Cuando haya alguna autoridad establecida, me pondré enseguida a su disposición.»

(Lo que yo creo, pero no se lo digo, es que no se atrevió a causa de su joroba. Ante una rabia masculina tan desbordante, ante esos bárbaros fortachones, el doctor habría sido considerado un medio hombre, un tullido miserable. Le habrían hecho sentir su defecto muy amargamente.) Tiene la cabeza bien asentada entre los hombros. Se mueve con mucho esfuerzo. Tiene una mirada limpia e inteligente, y conversa con mucha fluidez.

«¿Se siente desilusionado ahora?», le pregunto. «¿Le han decepcionado sus camaradas?»

«Apenas», dice. Y luego: «No vayamos a interpretar lo sucedido de manera excesivamente personal. Se han desfogado impulsos e instintos. Incluso salió a escena la sed de venganza. Al fin y al cabo, también les hemos hecho de todo en su país. Ahora tienen que imponerse la cordura y la normalidad, tanto entre nosotros como entre ellos. Un mundo de ayer, eso es lo que es nuestro viejo Occidente. Está viendo la luz un nuevo mundo, el de mañana, y eso es doloroso. El mundo eslavo entra joven y lleno de energía en el escenario de la historia mundial. Las naciones de Europa dinamitarán sus fronteras y se unificarán en territorios más grandes. Como en su día acabó Napoleón con los pequeños reinos y naciones, así las grandes potencias victoriosas acabarán ahora con países y naciones.»

Yo: «Así pues, ¿cree usted que Alemania formará parte en el futuro de la Unión Soviética, que será una república soviética más?»

Él: «Sería de desear.»

Yo: «Entonces se nos desmembrará. Nos convertirán en apátridas y destruirán nuestra nacionalidad.»

Él: «Es absolutamente posible que nosotros, los alemanes que vivimos esta época, sólo seamos víctimas, abono y transición..., y quizás también profesores especialistas. No obstante, opino que está en nuestras manos el vivir una vida digna, incluso bajo unas condiciones nuevas para nosotros. Cada cual es una unidad en sí mismo..., en cualquier parte.»

Yo: «¿Hasta en Siberia?»

Él: «Presuponiendo una buena voluntad, me atrevo a levantar una vida nueva y digna incluso en Siberia.»

Sí que se le podría creer capaz de eso al tullido. También aquí ha conseguido una buena posición. Era director químico de una gran empresa de gaseosas. Pero ¿aguantará físicamente lo que el futuro exija quizás de nosotros? ¿Lo aguantaremos los demás? Se encoge de hombros.

A veces creo que a partir de ahora podré aguantar cualquier cosa en este mundo mientras me venga desde el exterior y no se trate de una emboscada de mi propio corazón. Me siento tan de vuelta de todo, tan quemada, que no sé lo que podría ya conmoverme y emocionarme con fuerza en el hoy y en el mañana. Si hay que seguir viviendo, será finalmente en desiertos de hielo. El doctor y yo nos hemos dado la mano. Nos sentimos fortalecidos los dos.

En el piso se va reavivando el estilo de vida burgués, custodiado con tanto sigilo. La viuda se siente de nuevo señora de sus habitaciones. Anda fregando y pasando el cepillo por todas partes. Me ha puesto en la mano un peine al que le faltan algunas púas para que le desenrede los flecos de las alfombras. Está ajetreada en la cocina con sosa y arenilla. Llora la rotura de la mano y de la nariz de una figurilla de porcelana de Sajonia de cuando los saqueos en el sótano. Se lamenta el haber olvidado por completo dónde escondió un alfiler de corbata con una perla de su difunto marido. A veces se queda completamente ensimismada y de pronto expresa en voz alta sus pensamientos: «¿No lo habré metido en el costurero?» Y comienza entonces a revolver entre carretes de hilo y viejos botones, y no da con su perla. Es una mujer formidable que no se acobarda por nada. Sacude almohadas y cojines mejor que yo. Le copió el truco a su polaco de Lemberg, a quien, gracias a su tendencia a los ataques de cólera, se le daba especialmente bien sacudir cojines. (Por cierto, toda la gente de la casa conoce entretanto la distinción: «¡Mujer ucraniana, así! ¡Tú, así!»)

Hoy hace sol. Acarreamos agua sin parar. Lavamos las sábanas. Tengo sábanas limpias en mi cama. Ya hacía falta después de tantos huéspedes con botas.

Abajo en la panadería hay mucha gente apiñada. El eco de las voces y el ruido resuenan a través de nuestras ventanas sin cristales. Y eso que hoy todavía no hay pan, sólo cupones para el pan de mañana o de pasado mañana. Todo depende de la harina y del carbón que espera recibir el panadero. Con algunas briquetas acaba de hacer algunos panes para la casa. Yo recibí una buena ración. El panadero no se olvidó de mí, de cuando intervine para proteger a la panadera, cuando la acosaron aquellos tipos. La vendedora Erna de la panadería, la misma que salió indemne del cuartito ante cuya puerta habían apostado un armario, nos trajo los panes al piso. Para ese pan, la casa ha trabajado lo suyo. Algunos hombres, capitaneados por la señorita Behn, acarrearon el agua para la masa en cubos y la transportaron en una carretilla. Y algunas mujeres «han sacado mierda a paladas» como dice la señora Wendt

hablando en plata. Y es que los rusos habían utilizado como letrina un banco tapizado de la panadería. Simplemente lo separaban un poco de la pared y se sentaban en el respaldo... Así que esos panes son merecidos de verdad.

Los rusos han traído consigo una moneda muy extraña. El panadero nos muestra un billete de 50 marcos, una especie de dinero para la tropa en Alemania, desconocido hasta la fecha por nosotros. Un oficial ruso le dio ese billete a cambio de catorce panes. El maestro panadero no le podía dar cambio. El ruso tampoco le dio mucha importancia. Tenía —según el panadero— la cartera bien repleta de esos billetes. El panadero no sabe qué hacer con ese dinero. Le habría dado al ruso los panes de todas formas. Sin embargo, éste insistió en pagarlos. Tal vez están volviendo la buena fe y la confianza. Supongo que nos darán también a nosotros ese dinero y retirarán de la circulación el nuestro cambiándolo quizás a la mitad de su valor.

En cualquier caso, la perspectiva del pan es la primera señal de que desde arriba alguien se preocupa por nuestro abastecimiento. Una segunda señal es un cartel pegado abajo junto a la puerta de casa: una copia escrita a máquina, un llamamiento firmado por un alcalde de distrito, doctor Fulano de Tal. El llamamiento exige la devolución de todos los bienes robados en tiendas y oficinas, máquinas de escribir, muebles de oficina, accesorios varios, etcétera, devolución que quedará exenta de castigo. Sólo el descubrimiento posterior de tales bienes robados será castigado conforme a las leyes de la guerra. También pone que han de ser entregadas todas las armas. Pesará la amenaza de un castigo colectivo en las casas donde se encuentren armas. Y hay amenaza de pena de muerte para aquellas casas donde le suceda algo a un ruso. No puedo imaginarme a los nuestros armados en algún lugar acechando a los rusos. No me he encontrado a este tipo de hombres estos días atrás. Nosotros, los alemanes, no somos un pueblo de partisanos. Necesitamos un mando, órdenes. Viajando en tren por la Unión Soviética en uno de esos recorridos largos por el país, me dijo una vez un ruso: «Los camaradas alemanes sólo tomarían por asalto una estación después de haber sacado los billetes.» Con otras palabras y sin hacer broma: la mayoría de los alemanes tiene horror a contravenir directamente la ley. Además, nuestros hombres tienen miedo. El entendimiento les dice que han sido vencidos, que cualquier levantamiento y cualquier protesta sólo acarreará más sufrimiento y no mejorará en nada la situación.

En nuestro edificio, los hombres están ahora buscando armas diligentemente. Van de piso en piso sin que les acompañe ninguna mujer. En todas partes preguntan por escopetas, pero sólo obtienen un viejo fusil sin gatillo. Por primera vez en mucho tiempo oí de nuevo hablar en voz alta a hombres alemanes, les vi moverse enérgicamente. Producían un efecto francamente varonil, o algo parecido a lo que antes se solía designar con la palabra varonil. Ahora tendremos que buscar una palabra nueva y de mayor categoría, una palabra que se mantenga firme en su significado incluso con mal tiempo.

MIÉRCOLES, 9 DE MAYO DE 1945, SIN EL RESTO DEL MARTES

Siempre estaba la noche para añadir algo al diario. Ahora no hay nada, absolutamente nada que decir acerca de esta noche pasada, excepto que la pude pasar sola. Por primera vez sola entre mis sábanas desde el 27 de abril. No se dejó ver ningún comandante, ningún uzbeko. La viuda volvió a sus temores existenciales. Barruntaba una pronta desaparición de la mantequilla, y decía que estaría bien que el comandante trajera nuevas provisiones lo más pronto posible. Yo lo único que hice fue reírme. Ése vuelve. Estuve toda la noche cómodamente echada cuan larga soy entre mis sábanas recién lavadas. Me repantigué bien, dormí de un tirón y me desperté descansada. Me lavé con el agua caliente que me ofreció la viuda, me vestí con ropa limpia, me puse a silbar como quien no quiere la cosa.

Eso lo escribí a las nueve. Ahora son las once y todo ha cambiado por completo.

De abajo nos llaman con palas para que bajemos a la calle. A paladas retiramos el montón de suciedad de la esquina, llenamos carretas con escombros y bostas de caballo para llevarlos a un solar en ruinas. Hay cascotes viejísimos y chatarra, producto de los ataques de la aviación. Por encima hay escombros recientes ocasionados por la artillería, y trapos y botes y muchas botellas vacías. Encontré dos postales de bromuro de plata, fabricadas en Alemania, con muchas huellas de pulgar marcadas sobre los abrazos desnudos de las fotografías. Me viene a la cabeza aquella vez que descuidé durante unos minutos en una oficina de Moscú unas revistas mías alemanas y estadounidenses. Regresé luego por ellas y al leerlas más tarde descubrí que aquí y allá faltaban algunos trozos de páginas que habían sido arrancados con precipitación. Se trataba de anuncios de prendas de ropa interior femenina, fajas portaligas y sujetadores. Esos anuncios no los conocen los rusos. Sus revistas carecen de atractivo sexual. Probablemente, esas insulsas fotos publicitarias, a las que no presta demasiada atención ningún hombre occidental, les parecen a los rusos la más estupenda de las pornografías.

Muestran mucho interés en esos asuntos. Todos los hombres. Pero ellos no tienen esas cosas en su tierra. Quizás sea un error. Podrían poblar su fantasía con las figuras idealizadas de la publicidad, y no se arrojarían encima de cualquier vieja y fea. Tengo que reflexionar sobre este asunto.

Hacia las diez, cuando subí a casa a tomar un sorbo de café de malta, ya estaba el comandante allí, solo. Me estaba esperando. Había venido a despedirse de mí. Como su rodilla no mejora, le han concedido dos meses de permiso para recuperarse. Pasará ese tiempo en un hogar del soldado cerca de Leningrado, su ciudad natal. Parte hoy mismo para allá.

Está muy serio, casi rígido. Se muestra inflexible y con dominio de sí mismo. Anota mi dirección en un pedazo de papel, con todo detalle. Quiere escribirme, quiere permanecer en contacto conmigo. Me pide una foto, pero no se la puedo dar porque no tengo ninguna. Todo mi pasado fotografiado lo guardaba reunido en un álbum y en una carpeta muy gruesa, y lo perdí en un incendio tras un bombardeo. No he tenido tiempo en estas semanas de hacerme otra foto. Me mira un rato largo como si me quisiera fotografiar con los ojos. Me besa a la rusa en las mejillas y se va cojeando sin volverse una sola vez. Siento algo de dolor, me siento un poco vacía. Pienso en los guantes de cuero que exhibía hoy por primera vez. Los sujetaba elegantemente con la mano izquierda. Se le cayeron al suelo y los levantó rápidamente, pero me dio tiempo a ver que eran dos guantes de distinto par. El uno con costuras en el dorso, el otro liso. Se sonrojó y miró a un lado. En ese segundo le quise mucho.

Otra vez fuera, a la calle, tengo que seguir limpiando a paladas. Después queremos ir a buscar leña. La necesitamos para cocinar. Las muchas sopas de guisantes consumen lo suyo. Y entonces caigo en la cuenta de que ahora ya nadie nos traerá más comida, ni velas ni cigarrillos. Se lo tengo que comunicar a la viuda con la debida cautela. A Pauli no le voy a decir nada. A él le puede poner al corriente la viuda sobre el estado de las cosas.

Buscando leña pisé por primera vez desde hace semanas el césped que hay delante del cine, donde ahora se entierra a los muertos de nuestra manzana. Entre cascotes y cráteres de obuses hay tres sepulturas dobles, tres matrimonios, tres casos de suicidio doble. Una anciana, agachada sobre una piedra, farfullaba detalles acerca de los fallecidos con amarga satisfacción y asintiendo continuamente con la cabeza: en la tumba de la derecha yace un jefe local nazi con su esposa (pistola). En la tumba del medio, sobre la que se marchitan algunos ramos de lilas, un teniente coronel con su esposa (veneno). Del matrimonio de la tercera tumba la anciana no sabe nada. Alguien ha clavado en la tierra un leño en el que se puede leer en rojo: «2 Müller». En una de las sepulturas individuales yace la mujer que saltó del tercer piso cuando la acosaban los Ivanes. Hay una especie de cruz encima hecha con dos trozos de listones blancos, lacados y unidos con alambre. Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo nos habla la forma de la cruz con tanta fuerza? ¿Cómo ocurre eso incluso si no debemos denominarnos ya cristianos? Regresan tempranas impresiones de la infancia. Vi y oí a la señorita Dreyer ilustrándonos la Pasión del Redentor con ojos llorosos y con infinidad de detalles a nosotras, niñas de siete años... Para nosotros, occidentales educados cristianamente, siempre habrá un Dios en la cruz..., aunque esté hecha únicamente con dos tableros y algo de alambre.

Por los alrededores, suciedad y bostas de caballo, y niños jugando. ¿Se le puede llamar juego a eso? Van dando vueltas, nos hacen guiños, susurran entre ellos. Si se oye una voz en alto, ésa es la de un ruso. Uno se iba de allí con paso cargado, con cortinas al hombro. Nos gritó una cochinada. Se les ve ahora

solitarios o en tropas que se ponen en camino. Ásperas y desafiantes resuenan sus canciones en nuestros oídos.

Le he dado al panadero 70 pfennigs por los dos panes recibidos. Me resultó muy extraño. Tenía la sensación de que dejaba en su mano algo completamente carente de valor. Sigo sin poder decidirme a considerar nuestro dinero alemán como dinero de verdad. En la casa, Erna, la del panadero, iba reuniendo todas las cartillas de los vecinos y anotando en una lista los nombres y el número de personas que siguen viviendo en el edificio. Al parecer, hay nuevas cartillas de racionamiento a la vista. Erna se había vestido muy elegante con un vestido floreado de verano. Una visión nada corriente después de que durante catorce días las mujeres sólo se atrevieran a salir a la calle muy desaliñadas. También yo tengo ganas de un vestido nuevo. Casi no se puede creer que no haya rusos llamando a la puerta, nadie repantigado en el sofá y en los sillones. He limpiado a fondo la habitación. Encontré debajo de la cama una estrellita soviética de cristal rojo y un preservativo en una funda de papel. No tengo ni idea de quién perdió lo último. No sabía que conocieran tal cosa. En cualquier caso no les pareció que valiera la pena utilizarlos con mujeres alemanas.

Se llevaron el gramófono, también el disco publicitario de la empresa textil («...para el niño, la señora, todo el mundo encuentra lo que añora...»). En cambio, dejaron aquí en total cuarenta y tres discos de música clásica, de Bach a Pfitzner, y medio *Lohengrin.* También se dejaron la tapa que destrozó Anatol. Agradecidas, la arrojamos al fuego.

Ahora estamos en la tarde del miércoles 9 de mayo. Estoy escribiendo sentada en la repisa de la ventana. Fuera el verano, el arce está verde oscuro, la calle bien barrida, vacía. Aprovecho la última luz del día porque ahora hay que ahorrar velas. Nadie nos traerá nuevas.

Adiós también al aguardiente, al azúcar, a la mantequilla, a la carne. ¡Si pudiéramos al menos echarle el guante a las patatas! Todavía no se atreve nadie a desmontar la barricada levantada ante el sótano de la casa. No se sabe si regresarán o si vendrán nuevas tropas. La viuda va sermoneando una y otra vez, y no ciertamente sobre los lirios del campo. Teje angustiosas profecías, nos ve morirnos de hambre a todos. Cruzó una mirada con el señor Pauli cuando pedí un segundo plato de sopa de guisantes.

La artillería antiaérea hace traquetear mi escritura. Dicen que están preparando el desfile de la victoria, en el que participarán también los americanos. Puede ser. Que lo celebren, a nosotros no nos importa. Hemos capitulado. A pesar de todo, siento en mí las ganas de vivir.

Sigamos. Esto lo escribo ya de noche, a la luz de una vela, con un paño alrededor de la frente. Hacia las ocho de la tarde oímos golpes de puños en nuestra puerta: «¡Fuego! ¡Fuego!» Nosotras salimos a ver. Fuera hay una claridad cegadora. Las llamas serpenteaban desde el sótano en ruinas dos casas más abajo y ya andaban lamiendo el muro cortafuegos de la ilesa casa vecina. Una humareda mordiente se abría paso desde un agujero en las ruinas, y

ascendía cuesta arriba por la calle. Un hervidero de sombras, todas civiles. Llamadas y gritos.

¿Qué hacer? No hay agua. El fuego provenía del sótano de las ruinas. Aire tórrido. Se levantó viento. Era como en las noches de bombardeo. Por eso no había nadie alterado. «A sofocarlo», se dijo. «Hay que tapar el fuego con cascotes.» En un instante se formaron dos cadenas humanas. Los cascotes iban de mano en mano. El último los arrojaba a las llamas. Uno gritó que nos diéramos prisa porque iban a dar las nueve, y a las diez teníamos que haber desaparecido todos los civiles de las calles.

De algún lugar trajeron rodando un barril. Sacábamos de ahí con cubos un caldo apestoso. Al pasarnos el cubo, una mujer me dio sin querer en la sien con el canto de zinc. Vi las estrellas en el acto, fui dando tumbos hasta una roca sobre el césped de enfrente, la plaza de las tumbas, me puse en cuclillas. Una mujer se sentó a mi lado y me contó en tono desganado que «los de ahí abajo» eran un matrimonio de oficiales, envenenados con cianuro. Eso ya lo sabía yo, pero dejé hablar a la mujer. «Sin ataúd, sin nada», dijo. «Los envolvieron simplemente con papel para oscurecer las ventanas y un cordel. No tenían ni siquiera sábanas en sus camas. Sólo eran refugiados sin hogar debido a las bombas.» Pero el veneno debían de tenerlo preparado.

Estaba mareada. Sentía cómo el chichón iba aumentando de tamaño en mi frente. Al cabo de poco tiempo se cercó y tapó el fuego. Me acerqué a un grupo de gente que renegaba y me enteré de la causa del incendio: un comerciante de ultramarinos, que tenía su negocio en esa casa destruida, había dejado restos de su almacén de vinos en el sótano, que en parte se había conservado intacto. Los rusos lo descubrieron —yo diría que lo olieron—, y vaciaron los estantes alumbrándose con velas. En un descuido prendió la paja que servía de envoltorio a las botellas, hasta acabar convirtiéndose en un verdadero incendio. Un hombre informa: «Estaban borrachos como cubas los tíos, tirados en el bordillo. Yo mismo vi a uno que todavía se mantenía derecho en sus botas pasar por la fila de sus camaradas y quitarles los relojes de los brazos.» Carcajadas.

Ahora estoy echada en mi cama. Escribo. Enfrío el chichón. Para mañana planeamos un gran viaje a través de Berlín hacia Schöneberg.

JUEVES, 10 DE MAYO DE 1945

La mañana se nos fue con trabajos domésticos: cortar leña, ir a buscar agua. La viuda bañó sus pies en agua con sosa y ensayó algunos peinados con los que poder esconder el mayor número posible de canas. A las tres de la tarde estábamos por fin listas para la partida. Nuestro primer paseo a través de la ciudad conquistada.

Pobres palabras que no alcanzáis para describir.

Pasamos por el cementerio en la Hasenheide, con las largas hileras de tumbas idénticas en la tierra amarilla del último gran ataque aéreo del mes de marzo. Quemaba el sol de verano. El parque estaba abandonado. Los nuestros habían talado los árboles para tener el tiro libre. Por todas partes trincheras y, esparcidas en ellas, trapos, botellas, latas, alambre, munición. En un banco había dos rusos con una muchacha. Es raro ver a un ruso solo. En parejas se sienten más seguros. Seguimos caminando por calles en otro tiempo densamente pobladas de trabajadores. Ahora podría pensarse que los diez mil que vivían aquí han emigrado o están muertos. Así de mudas están las calles, tan huraños y ocultas parecen las casas. Ningún sonido humano o animal, ni de coche, radio o tranvía. Si hay alguien mirándonos desde las casas, lo hace de manera furtiva. No vemos ningún rostro tras las ventanas.

Seguimos. Aquí comienza el barrio de Schöneberg. Enseguida sabremos si podemos continuar adelante, si ha quedado algún puente intacto hacia el oeste de los que pasan por encima del tren de cercanías. Por primera vez vemos en algunas casas banderas rojas, mejor dicho banderolas rojas. Se nota perfectamente que han sido recortadas a partir de viejas banderas con la cruz gamada. En algunas se ve todavía el círculo más oscuro del que fue separada la tela blanca con la esvástica negra. Todas las banderolas —¿cómo podría ser si no en nuestro país?— tienen un dobladillo bien cosido por una mano femenina.

Por todo el camino hay restos de acampada de tropas, coches destripados, tanques calcinados, cureñas retorcidas. De vez en cuando algún letrero, un cartel en ruso para la conmemoración del Primero de Mayo, Stalin, la victoria. Tampoco hay muchas personas por aquí. A veces pasa alguna pobre criatura a buen paso, un hombre en mangas de camisa, una mujer despeinada. Nadie nos presta demasiada atención. «Sí, el puente sigue en pie», nos responde a nuestra pregunta una mujer descalza, venida a menos. Y se va a toda prisa. ¿Descalza? ¿En Berlín? Nunca había visto algo así en una mujer. En el puente hay otra barricada levantada con escombros. Pasamos de lado a través del resquicio. Mi corazón late violentamente en ese momento.

Sol cegador. El puente vacío. Nos detuvimos, miramos abajo al terraplén de las vías. Una maraña de vías de color amarillo paja y cráteres de metros de profundidad. Trozos de vías retorcidas mirando al cielo. Relleno de colchones y jirones de sábanas y manteles brotan de los coches cama y de los vagones-restaurante bombardeados. El calor es aplastante. Un olor a quemado flota sobre las vías. Todos los alrededores están despoblados y abandonados. No hay ningún rastro de vida. Es el cadáver de Berlín.

Seguimos adentrándonos en Schöneberg. Aquí y allá, en los portales, una mujer, una chica: ojos que miran sin ver, rasgos esponjosos e hinchados. Se puede deducir de ellos que en este barrio la guerra sólo hace escasos días que terminó. No han encontrado todavía el equilibrio, siguen aturdidos, como estábamos nosotros hace algunos días.

Caminamos a buen paso por la Potsdamer Strasse, pasamos junto a oficinas

negras, carbonizadas, rascacielos vacíos, montones de escombros.

En una esquina presenciamos una escena conmovedora: ante una montaña de escombros que las sobrepasaba con creces, dos ancianas enclenques estaban arañando los cascotes con badiles, y los cargaban en un carrito. De continuar así, necesitarán semanas para toda esa montaña. Tienen manos robustas, quizás lo consigan.

El parque Kleist es un desierto. Bajo los soportales había trapos, colchones y relleno desgarrado de asientos de coches. Por todas partes hay montones de excrementos entre nubes de moscas. Justamente en medio está el elevado búnker a medio hacer, como un erizo rodeado de púas de hierro. En teoría deberíamos haber buscado refugio en él en el séptimo año de guerra. Hay dos civiles tirando de una pila de travesaños, otro los sierra en fragmentos manejables. Todo es de todos. La sierra va rasgando en tonos lastimeros todo este silencio. Involuntariamente, la viuda y yo nos hablábamos entre susurros. Teníamos la garganta seca. La ciudad muerta nos robó el aliento. El aire del parque estaba lleno de polvo en suspensión. Todos los árboles parecían espolvoreados de blanco, estaban acribillados por los disparos y gravemente heridos. La silueta de un alemán pasó a toda prisa a nuestro lado acarreando ropa de cama. En la salida del parque una tumba de rusos cercada con una alambrada. De nuevo las estelas funerarias de madera en rojo chillón encima, y en medio una lápida lisa de granito sobre la cual hay una inscripción pintada con cal que reza que en ese sitio descansan héroes caídos por la patria. «*Guerói*», ésa es la palabra, «*heros*», héroes. Suena muy prusiano.

Veinte minutos después estábamos ante la casa en la que viven los amigos de la viuda. «Un compañero del mismo cuerpo del ejército que mi marido», dice ella, catedrático de instituto, filólogo clásico, casado. La casa parece completamente deshabitada. La puerta principal está atrancada con tablones. Al buscar una entrada trasera nos topamos en un rincón del patio con una mujer que se levanta las faldas y se pone a hacer sus necesidades sin importarle nuestra presencia. Otra cosa que veo también en Berlín por primera vez. Por fin encontramos la escalera, subimos dos pisos, llamamos con los nudillos, pronunciamos como santo y seña el nombre de la viuda... Dentro se oían rumores, pasos y susurros, hasta que se entendió finalmente quiénes éramos. Entonces se abrió de golpe la puerta, nos abrazamos, yo apreté mi cara contra otra cara desconocida. Nunca había visto a esa gente. Es la mujer del catedrático de instituto. Detrás de ella aparece el marido, nos tiende las manos, nos ruega que entremos. La viuda habla como enfebrecida, se le mezcla todo. La otra mujer también habla, y nadie escucha a nadie. Pasa un rato hasta que nos sentamos en la única habitación habitable de la casa, en la que hay una fuerte corriente de aire. Sacamos de la bolsa las rebanadas de pan con mantequilla que hemos traído. Se las ofrecemos. Los dos ponen cara de asombro. Ahí no ha llegado todavía el pan. Los rusos tampoco han dejado pan al marcharse. A la típica pregunta: «¿Cuántas veces...?», dice la señora de la casa con su amplio

acento de la Prusia Oriental: «¿A mí? Sólo una vez, el primer día. A partir de entonces echamos el cerrojo en el refugio antiaéreo. Allí abajo teníamos una caldera llena de agua.» Los vencedores llegaron aquí más tarde y se fueron antes. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos.

¿De qué viven los dos? «Bueno, tenemos todavía un saquito de sémola y algunas patatas. ¡Ah, y nuestro caballo!»

¿Caballo? Risas. La señora nos cuenta con gestos muy expresivos: cuando todavía había tropas alemanas en la calle, llegó alguien corriendo al refugio con la buena noticia de que fuera había caído muerto un caballo. En un instante estaba toda la gente del refugio fuera. El animal todavía sufría convulsiones y torcía los ojos cuando ya los primeros cuchillos del pan y las primeras navajas se clavaban en su cuerpo..., naturalmente tras un disparo de gracia. Todos cortaban y socavaban la carne allí donde se encontraban. Cuando la mujer del catedrático extendió la mano hacia donde ya brillaba la grasa amarillenta, recibió un golpe en los dedos con el mango del cuchillo: «¡Eh, usted! ¡Quédese en su sitio!» La señora pudo cortar una pieza de seis libras de peso. «Con las sobras celebramos mi cumpleaños», dijo. «Nos supo a gloria. Lo adobé con los últimos restos de vinagre que tenía.»

La felicitamos efusivamente. Salió a la luz una botella de Burdeos. Bebimos y brindamos por el ama de casa. La viuda contó cómo la habían comparado con la mujer ucraniana. Ya no tenemos ningún comedimiento.

Nos despedimos una y mil veces. El catedrático estuvo revolviendo en su habitación en busca de algo para regalarnos a cambio de las rebanadas de pan. Pero no encontró nada.

Nos adentramos en el barrio bávaro. Queremos ir a ver a mi amiga Gisela. Hileras interminables de coches alemanes bloquean la calle, casi todos reventados. Un peluquero ha vuelto a abrir su negocio. Con un letrero anuncia que corta el pelo a caballeros e incluso lava la cabeza a las señoras si le llevan el agua caliente. Y efectivamente, entrevimos en la penumbra a un cliente y a uno que iba moviéndose con las tijeras en la mano. El primer signo de vida en el cadáver de la ciudad.

Subimos las escaleras hacia el piso de Gisela. Llamé con los nudillos y grité su nombre. Yo temblaba por culpa de los nervios. Otra vez juntamos las caras, y eso que en otro tiempo como mucho nos dábamos la mano.

Gisela no estaba sola. Ha acogido en su casa a dos chicas jóvenes que un conocido le ha enviado. Dos estudiantes huidas de Breslau. Estaban las dos sentadas en silencio en una habitación casi vacía, sin cristales pero limpia.

Tras el primer intercambio precipitado de palabras y los primeros diálogos, se hizo de nuevo el silencio. Lo percibí con claridad: aquí reina el sufrimiento. Los ojos de las dos chicas estaban contorneados de negro. Lo que decían sonaba a desesperanza, a amargura. Tal como me susurró Gisela en el balcón, adonde me llevó para decírmelo, a las dos las han desvirgado los rusos, y tuvieron que soportarlo muchas veces. Herthe, la rubia que acaba de cumplir los veinte, sufre

continuamente dolores desde entonces y no sabe qué hacer. Llora mucho, dice Gisela. De sus parientes no tiene Hertha la más mínima noticia. Se dispersaron desde Silesia en todas direcciones, si es que todavía están con vida. La delicada Brigitte, de tan sólo diecinueve años, se defiende del dolor anímico con un agrio cinismo. Rezuma bilis y odio, la vida le parece una porquería y todas las personas —quiere decir, todos los hombres— unos cerdos. Quiere irse, marcharse muy lejos, a cualquier parte, donde no haya ningún uniforme del ejército. Con sólo ver uno se le desboca el corazón.

Gisela salió incólume con un truco que por desgracia he aprendido demasiado tarde. Antes de que Gisela empezara a trabajar como redactora, había ambicionado ser actriz, y en las clases aprendió algo de maquillaje. Así que en el refugio se pintó una máscara de anciana y ocultó su pelo bajo una mantilla. Cuando los rusos llegaron con sus linternas y alumbraron a las dos estudiantes para que salieran, a Gisela, con todas sus arrugas al carboncillo, la empujaron para que se volviera a acostar: «Tú, *babuschka*, a dormir.» Sin querer me puse a reír, pero reprimí inmediatamente mi hilaridad. Las dos chicas miraban con gesto excesivamente sombrío y seco.

Para esas chicas ha desaparecido para siempre la magia primera del amor. Quien comienza por el final, y encima de manera tan terrible, ya no puede sentir el temblor del primer roce. Paul se llamaba el chico en el que estoy pensando ahora. Tenía diecisiete años como yo cuando en la Ulmenstrasse me empujó contra el umbral de una casa desconocida. Veníamos de un concierto escolar. Schubert, creo. Todavía resonaba la música en nuestros oídos, música sobre la que todavía no sabíamos qué decir. Los dos éramos inexpertos. Dientes apretándose contra los dientes, mientras yo, ilusa, esperaba la maravilla que había de venir de los besos. Hasta que me di cuenta de que mi pelo se había soltado. El pasador del pelo que llevaba normalmente en la nuca había desaparecido.

¡Qué susto! Sacudí el vestido, el cuello. Paul tanteaba a oscuras en el adoquinado. Le ayudé a buscar. Nuestras manos se encontraron y rozaron, pero ya estaban completamente frías. No encontramos el pasador del pelo. Seguramente lo había perdido ya antes, de camino. ¡Qué rabia sentía yo! Mi madre lo notaría enseguida. Me preguntaría. Me miraría con lupa. Y en mi cara, ¿quedarían señales de lo que yo y Paul habíamos hecho en aquel portal? Nos despedimos apresuradamente con una turbación repentina. Y ya no volveríamos a acercarnos más. Sin embargo, aquellos tímidos minutos en el portal siguen conservando para mí un brillo de plata.

Despedida muy larga al cabo de una hora. Una se separa tan a disgusto de los amigos. No se sabe cuándo y cómo nos volveremos a encontrar. Pueden suceder tantas cosas. De todos modos, invité a Gisela a nuestra casa para el día siguiente. También había invitado la viuda a sus amigos. A ver si podemos darles un pedazo de pan.

De regreso, el mismo camino desierto, largo, polvoriento. Para la viuda ya

era, sin embargo, demasiado. Le ardían los pies. Tuvimos que detenernos una y otra vez a descansar en los bordillos. Me sentía pesada, como si cargara un peso abrumador. Tenía la sensación de que Berlín no se volvería a rehacer de aquello, que ya únicamente seríamos ratas de escombros para toda la vida. Por primera vez me vino el pensamiento de dejar esta ciudad y buscarme el pan y un techo en cualquier otra parte donde hubiera aire y paisaje.

En el parque descansamos en un banco. A nuestro lado había una mujer joven que había sacado a pasear a dos críos. Se acercó un ruso, le hizo señas a otro ruso, la inevitable pareja que iba con él, y le dijo en ruso: «Ven aquí. Hay niños. Son los únicos con quienes se puede hablar.» La madre nos miró encogiéndose de hombros y con cara de miedo. Y efectivamente se produjo una charla entre esos hombres y los dos chiquillos, que se sentaron tranquilamente sobre sus rodillas y se dejaron columpiar al ritmo de canciones rusas para niños.

Luego, uno de los dos soldados se volvió hacia mí y dijo en ruso, utilizando el tono más amable del mundo: «Da lo mismo quién se acueste con vosotras. Una polla es una polla.» (Esta expresión me la enseñó Anatol con su campesinota rusticidad.) Tuve que esforzarme para mostrar la cara estúpida de no entender qué esperaba el muchacho. Así que sólo sonreí y los dos tíos estallaron entonces en carcajadas. ¡Por favor!

De nuevo en casa, con los pies cansados. El señor Pauli se había apostado en su sillón junto a la ventana y se asomaba a ver si llegábamos. No se quería creer que en las tres horas de camino sólo nos habíamos encontrado a esos pocos rusos zanganeando por ahí. Se había imaginado que el centro de la ciudad sería un hervidero de tropas en acción. Finalmente acabamos también nosotras por maravillarnos y nos pusimos a pensar dónde podrían estar los vencedores. Respiramos profundamente el aire puro de nuestro rincón, recordamos estremecidas la devastación y el polvo en suspensión en Schöneberg.

Me costó mucho dormirme. Sombríos pensamientos. Un día triste.

VIERNES, 11 DE MAYO DE 1945

Trabajos domésticos. Pusimos la ropa en remojo, pelamos nuestras últimas patatas de las provisiones de la cocina. La señorita Behn nos entregó las nuevas cartillas de racionamiento. Están impresas en papel de periódico, en alemán y en ruso. Hay un modelo para adultos y otro para niños menores de catorce años.

He dejado la cartilla a mi lado para anotar la ración diaria: 200 gramos de pan, 400 gramos de patatas, 10 gramos de azúcar, 10 gramos de sal, 2 gramos de café de malta, 25 gramos de carne. Nada de mantequilla. Si de verdad nos dan estas cosas, al menos será algo. Estoy pasmada de que en todo este caos haya de

nuevo tanta organización.

Cuando vi gente abajo en la tienda de verduras, me puse también a hacer cola. Me dieron remolachas y patatas deshidratadas a cuenta de nuestras cartillas. En la cola los mismos chismes que en la bomba de agua: todo el mundo despotrica ahora contra Adolf, y nadie se enteró de nada. Todos fueron perseguidos, y nadie denunció.

¿Y yo? ¿Estaba a favor? ¿En contra? En cualquier caso, estuve en medio y respiré el aire que nos rodeaba y que nos transformaba el semblante aunque no lo quisiéramos. París me enseñó a reconocer esa transformación, o mejor dicho un joven estudiante a quien conocí en el tercer año de la era Hitler en el Jardín du Luxembourg. Nos refugiamos de un aguacero debajo de un árbol. Nos hablamos en francés y enseguida notamos que éramos extranjeros los dos. ¿De dónde? Con muchas bromas y risas nos pusimos a jugar a las adivinanzas. El color de mi pelo le hacía pensar que yo era sueca, mientras que por mi parte insistía en llamarle monegasco porque acababa de aprender el gentilicio para los ciudadanos de Mónaco y lo encontraba divertido.

La lluvia paró tan súbitamente como había comenzado. Nos pusimos a caminar, entonces cambié mi paso para acomodarlo al suyo. Él se detuvo y exclamó: «*Ah, une filie du Führer!*» O lo que es lo mismo, una hija de Hitler, una alemana, reconocida en el instante en que se preocupó por marchar al mismo paso que la persona que llevaba al lado.

Se acabaron entonces las bromas y las risas porque el joven se presentó a su vez: no era monegasco sino holandés y judío. ¿Qué más podíamos decirnos? Nos separamos en la siguiente esquina. Esa vivencia me resultó muy amarga en aquel entonces, y la estuve rumiando durante mucho tiempo.

Se me pasó entonces por la cabeza que hacía mucho que no sabía nada del señor y la señora Golz, vecinos de descansillo en mi casa de antes, la que fue bombardeada. Los dos eran nazis convencidos. Recorrí algunas manzanas, pero pregunté en vano por ellos. Unos vecinos, tras interminables golpes en la puerta por mi parte, corrieron el pestillo y me dijeron a través del hueco de la puerta que el señor y la señora Golz se habían largado sin ser vistos. Lo cual era un alivio, añadieron, pues recientemente se habían pasado por allí algunos soldados rusos a buscar al hombre, a quien por lo visto alguien había denunciado.

A última hora de la tarde llamaron a la puerta preguntando por mí. Para mi sorpresa se trataba de una figura casi olvidada de nuestro pasado en el refugio: Siegismund, el convencido de la victoria, había oído por ahí que yo tenía relaciones con «altos rusos». Ansiaba saber si era cierto que todos los antiguos miembros del partido tenían que registrarse voluntariamente para realizar trabajos, y si de lo contrario se les llevaba al paredón. Circulan tantos rumores que no se da abasto. Le dije que no sabía nada y que tampoco creía que existiera semejante plan. Que esperara a ver. Apenas lo reconocí. Los pantalones le venían muy anchos en torno al cuerpo enflaquecido. Toda su persona infundía

una sensación de penuria y arrugamiento. La viuda le echó un sermón sobre las consecuencias de las inofensivas simpatías por el partido y hasta dónde se había llegado con eso. Siegismund —sigo sin saber su verdadero nombre— aguantó el chaparrón con toda humildad. Pidió un pedacito de pan. Se lo dimos. Por esta razón hubo una disputa familiar tras su partida. El señor Pauli estaba furioso y vociferaba. Era una barbaridad —gritaba— que encima la viuda le diera algo a escondidas a ese tipo, responsable por sí solo de todas estas calamidades. Lo que le sucedía no era nada en comparación con lo que debería sucederle. Habría que meterlo en la cárcel, retirarle la cartilla de racionamiento. (Pauli, seguramente, siempre estuvo en contra, pues tiene un carácter antitodo: negador, reprobatorio, un «espíritu de contradicción». Por lo que he visto hasta el momento, no hay en este mundo nada con lo que él pueda declararse conforme sin reservas.) Sí, ahora ya nadie quiere saber nada de Siegismund. Aquí en casa ya no puede volver a abrir la boca, todos se le echarían encima y le obligarían a callar. Nadie quiere tener nada que ver con él. Y los que están de su parte aún tienen más motivos para abstenerse de decir nada. ¡Qué desbarajuste debe de haber en la cabeza de ese hombre! Yo también le reprendí severamente, lo cual me está doliendo en estos momentos. ¿Cómo es posible que me rebaje a los sentimientos de la plebe? Otra vez se repite *«Mosanna-crucifige!»*.

Hace media hora, al caer la noche, se oyeron de pronto disparos. Un grito de mujer, lejano, estridente: «¡Socooorro!» Ni siquiera nos asomamos a la ventana. ¿Para qué? Pero es bueno eso; nos recuerda que debemos permanecer alerta.

SÁBADO, 12 DE MAYO DE 1945

Por la mañana, toda la comunidad de vecinos —ahora se la vuelve a denominar oficialmente así— nos reunimos en el jardín de atrás, aquel que yo en mi imaginación había convertido ya en cementerio, para cavar una fosa, pero sólo para la basura que se está apilando en torno a los cubos. Todos con muchas ganas de trabajar, bromeando con alegría. Todos nos sentimos aliviados e ilusionados por esta actividad útil. Resulta muy extraño que nadie tenga que ir «al trabajo», que todos tengan vacaciones en casa, por decirlo de algún modo, que los matrimonios anden juntos a todas horas.

Después me puse a fregar en el salón de casa. Restregué fuerte el suelo para quitar los salivazos de los rusos y las manchas de betún de sus botas, y también los últimos restos de bosta de caballo en los pasillos. Con eso me entró mucho apetito. Todavía tenemos guisantes y harina. La viuda cocina con la mantequilla derretida de los últimos restos rancios que se trajo el señor Pauli de las milicias del Volkssturm.

El piso resplandecía cuando llegaron nuestros invitados de Schöneberg. Se

habían puesto los tres en marcha y se encontraron de camino a pesar de que mi amiga Gisela no conocía todavía a los amigos de la viuda. Los tres estaban lavados, bien peinados y con ropa limpia. Tomaron el mismo camino que nosotras y vieron también lo mismo: a muy pocas personas, sólo a unos cuantos rusos. Todo lo demás desierto y silencio. Hubo café recolado y para cada uno de los tres, trozos de pan untado con mantequilla rancia. ¡Todo un agasajo!

Me llevé a Gisela al salón para charlar un rato con ella. Quería saber cómo se imaginaba el futuro, la supervivencia. Lo ve muy negro. Su mundo, el mundo occidental impregnado de cultura y de arte —lo único que le importa a ella—, todo eso lo ve ahora en pleno hundimiento. Para un nuevo comienzo se siente anímicamente demasiado cansada. No cree que vaya a haber ahora espacio para respirar o incluso para un trabajo intelectual para una persona con inquietudes. No, no tiene ganas de veronal ni de venenos similares. Quiere perseverar aunque sin ánimo ni alegría. Habló de que quería buscar «lo divino» en sí misma, reconciliarse con sus propias profundidades, y que de eso esperaba una liberación. Está muy desnutrida, tiene unas sombras muy pronunciadas debajo de los ojos y seguirá pasando mucha hambre con las dos chicas jóvenes que tiene alojadas en su piso, y a quienes tengo la sensación de que les da también parte de su propia ración. Las escasas provisiones de legumbres y de copos de avena que tenía en el sótano se las robaron unos alemanes antes de la llegada de los rusos. *Homo homini lupus.* Al despedirnos le di dos puros. Los robé con el mayor disimulo de la caja del comandante de la que el señor Pauli ya se ha fumado la mitad. Después de todo, fui yo la que se entregó a cambio de esa ofrenda, no él. Yo tengo mi parte en ella. Gisela podrá obtener algo de comida a cambio.

Por la tarde todavía me dio tiempo de ir por agua. La bomba de agua está de museo. La parte central salida, la palanca rota en varias partes y sujeta con algunos metros de alambre y de cordel. Tres tienen que sujetarla siempre, mientras dos bombean. La gente se ha acostumbrado. Nadie dice una sola palabra. En mis dos cubos flotaban luego astillas y virutas. Tuvimos que colar el agua. Otra vez tengo que maravillarme de que «ésos» construyeran barricadas que no sirven para nada, pero que no pensaran ni por asomo en preparar algunos puntos de abastecimiento de agua para el caso más que probable de un asedio a la ciudad. Ellos mismos asediaron ciudades. Debían conocer el problema. Pero probablemente, a cualquier dirigente que hubiera hablado de instalar bombas de agua, le habrían despachado por derrotista y por cabrón.

Tarde tranquila la de hoy. Por primera vez desde hace tres semanas he abierto un libro, Joseph Conrad, *La línea de sombra.* Pero me resultaba difícil meterme en la historia. Estoy demasiado empachada de imágenes.

DOMINGO, 13 DE MAYO DE 1945

Un día radiante de verano. Desde muy temprano, sonidos optimistas, vitales: escobas barriendo, martillazos, sacudimiento de alfombras. Y eso que sobre nosotros pende el miedo de que tengamos que desalojar quizás nuestra casa, nuestras viviendas, para fines militares. En la bomba de agua corría el rumor de que iban a acuartelar tropas en nuestra manzana. Nada nos pertenece ya en este país, sólo el instante. Y éste lo disfrutamos al sentarnos los tres en torno a una mesa de desayuno ricamente surtida, el señor Pauli todavía en bata, pero ya medio restablecido.

Sobre Berlín repican las campanas por la victoria de los aliados. En alguna parte está teniendo lugar en este preciso instante el famoso desfile que no nos incumbe a nosotros. Corre la voz de que hoy tienen fiesta los rusos y que, para la conmemoración de la victoria, las tropas recibirán vodka. En la bomba de agua se decía que era preferible que las mujeres no salieran de casa para nada. No sabemos a ciencia cierta si tenemos que hacer caso de eso. La viuda balancea la cabeza con gesto preocupado. El señor Pauli se frota de nuevo la medalla, dice que se tiene que echar un rato... Yo me mantengo a la expectativa.

Mientras tanto nos pusimos a comentar el tema del alcohol. El señor Pauli había oído decir que se había dado la instrucción a las tropas alemanas combatientes de no destruir nunca las provisiones de alcohol, sino de dejárselas al enemigo perseguidor, porque la experiencia mostraba que el alcohol les hacía demorarse y mermaba además su fuerza combativa. Bah, eso son burradas de hombres, disparates maquinados por hombres para hombres. Tendrían que pararse dos minutos a reflexionar que el aguardiente excita los sentidos y potencia enormemente los instintos. Estoy convencida de que sin tanto alcohol como el que encontraron esos muchachos por todas partes, no habría habido ni la mitad de las violaciones que se produjeron. Estos hombres no son unos casanovas. Tienen que creerse ellos mismos capaces de cometer todo tipo de acciones atrevidas. Pero antes deben acabar con sus inhibiciones. Ellos mismos lo saben, o lo barruntan. De lo contrario no irían tan desesperados por encontrar alcohol. En la próxima guerra que se haga estando de por medio mujeres y niños (para cuya protección supuestamente partían los hombres a la guerra en otros tiempos), antes de la partida de las tropas habría que tirar a la cloaca hasta la última gota de bebidas excitantes, habría que hacer saltar por los aires las bodegas de vino, las destilerías de cerveza. O por mí, que se organizara con ellas la víspera de la partida una noche de juerga para la gente del bando propio. Mientras haya mujeres al alcance del enemigo, fuera el alcohol.

Sigamos. Es de noche. Ya pasó el tan temido domingo. No ha sucedido nada. Fue el domingo más apacible desde el 3 de septiembre de 1939. Estuve echada en el sofá. Fuera sol y gorjeo de pájaros. Mordisqueaba un pastel que la viuda nos ha preparado gastando una barbaridad de leña. Estuve reflexionando sobre la vida. He aquí el balance de mis reflexiones:

Por un lado, las cosas me están yendo bien. Estoy sana y salva. Físicamente no he sufrido ningún daño. Tengo la sensación de que estoy bien pertrechada para la vida, como si tuviera membranas natatorias para el cenagal, como si mi fibra fuera dúctil y resistente. Encajo en este mundo, no soy delicada. Mi abuela transportaba estiércol. Por otro lado hay un montón de signos negativos. Ya no sé qué debo hacer todavía en este mundo. No le soy imprescindible a ningún ser humano. Estoy ociosa y a la expectativa. Por ahora no veo ni meta ni misión para mí. No he podido por menos de recordar una conversación que mantuve con una suiza muy inteligente y en la que yo, en contra de todos los planes para mejorar el mundo, insistía en mi frase: «La suma de las lágrimas permanece constante.» Da lo mismo bajo qué bandera o régimen político vivan los pueblos. Da lo mismo a qué dioses adoren o qué sueldo perciban: la suma de las lágrimas, de los dolores y de las angustias, con los que debe contar cada cual en su existencia, permanece constante. Los pueblos saciados se revuelcan en neurosis y hastío. A los torturados en exceso les auxilia, como ahora a nosotros, la apatía. Si no, tendría que estar llorando sin parar desde la mañana temprano hasta la noche. Y lo hago tan poco como los demás. Impera ahí una ley. Quien cree en la inmutabilidad de la suma de las lágrimas terrenales, no es útil ciertamente como reformador del mundo ni para actuar con firmeza.

Volvamos a contarlo: estuve en doce países europeos. He vivido, entre otras ciudades, en Moscú, París, Londres, y he presenciado de cerca el bolchevismo, el parlamentarismo, el fascismo. Como persona sencilla entre personas sencillas. ¿Diferencias? Sí, incluso notables. Pero están, según me pareció, en la forma y en el color, en las reglas de juego válidas en cada uno de los sistemas; no en la mayor o menor felicidad de la mayoría, tal como deseaba *Candide.* El pequeño y apático súbdito que únicamente conoce lo que existe allá donde nació, no me parece que sea más infeliz en Moscú que en París o en Berlín. Se ha adaptado anímicamente a las condiciones de vida que encontró al nacer.

Por el momento, lo que tiene poder de decisión sobre mí es lo más personal de todo: el gusto. Y no me gustaría vivir en Moscú. Lo que más me agobiaba de allí era el constante aleccionamiento ideológico; a continuación la imposibilidad para los nacidos allí de viajar por el ancho mundo; y finalmente, la carencia de todo fluido erótico. El régimen de allí no va conmigo. En París o en Londres, en cambio, me sentía a gusto. Sin embargo, me tocó sufrir lo indecible allí, sentir que no pertenecía a aquellas sociedades, que seguía siendo una forastera, una extranjera. Regresé por mi propia voluntad a Alemania, a pesar de que amigos míos me aconsejaron repetidamente que emigrara. Estuvo bien regresar. En el extranjero no habría podido jamás echar raíces. Siento que pertenezco a mi pueblo, quiero compartir su destino, incluso ahora.

Pero ¿cómo? Ya no hay vuelta atrás a la bandera roja que en mis años jóvenes me parecía tan resplandeciente. La suma de las lágrimas sigue siendo constante incluso en Moscú. Mi cuna religiosa se perdió para siempre. Dios y el Más Allá se convirtieron en símbolos, en ideas abstractas. ¿Progreso? Sí, para

hacer bombas cada vez más grandes. ¿La felicidad de la mayoría? Sí, para Petka y sus secuaces. ¿Un lugar idílico? Sí, para cardadores de alfombras. ¿Posesión, deleite? De risa para la apátrida nómada de la gran ciudad que soy. ¿Amor? Yace pisoteado por los suelos. Y si volviera a ponerse en pie, yo siempre estaría temiendo no encontrar ningún refugio en él, ninguna continuidad.

¿Quizás el arte, la servidumbre al servicio de la forma? Sí, para los competentes, entre los que, sin embargo, no me cuento. Tan sólo soy un pequeño peón, tengo que conformarme. Únicamente puedo actuar y ser una buena amiga en un círculo reducido de gente. El resto es esperar el final. No obstante, es tentadora la oscura y maravillosa aventura de vivir. Persevero en ella por curiosidad, y porque me alegra respirar y sentir mis miembros sanos.

LUNES, 14 DE MAYO DE 1945

El ruido de un motor me arrancó anoche del primer sueño. Fuera voces, toques de claxon. Me precipité a la ventana. Efectivamente, abajo había un camión ruso lleno de harina. El panadero ya tiene carbón, así que ahora ya puede hacer pan y dar suministro a las cartillas y cupones. Le oí dar gritos de alegría y vi cómo se echaba al cuello del conductor ruso. Éste también estaba resplandeciente. Les gusta jugar a Papá Noel.

Al alba me despertó esta mañana el clamor de la cola del pan. Ya daba media vuelta a la manzana, y ahora, pasado el mediodía, sigue habiendo cola. Muchas mujeres se han llevado taburetes consigo. Ya escucho las murmuraciones y los cuchicheos.

Fuimos por agua por primera vez a una boca de riego de verdad, y no muy lejos de casa. Eso es algo maravilloso. Una bomba de agua automática con tres grifos de los que mana el agua en un grueso chorro. En un instante se llena el cubo. Sólo hay que esperar unos pocos minutos hasta que te toca el turno. Eso transforma nuestro día a día, hace nuestra vida más llevadera.

De camino a la boca de riego pasé al lado de muchas tumbas. Casi todas las partes delanteras de los jardines ofrecen ese silencioso alojamiento. Unas veces hay encima un casco alemán de acero, otras veces relucen con su rojo chillón las estacas con las blancas estrellas soviéticas. Tienen que haber cargado muchos vehículos con tales pinturas.

En los bordillos sobresalen tablillas de madera con inscripciones rusas y alemanas. Una indica con palabras de Stalin que los Hitler, etcétera, desaparecen pero que Alemania permanecerá. «*Losungi*» denominan los rusos a estas sentencias con un extranjerismo alemán.

Junto al portal de la casa hay impresos pegados a la pared: «Noticias para alemanes». Esa palabra me suena en este contexto tan extraña al oído, casi como un insulto. En la hoja puede leerse el texto de nuestra rendición incondicional,

firmada por Keitel, Stumpff, Friedeburg. Además hay informes sobre deposición de armas en todos los frentes. Göring ha sido hecho prisionero. Una mujer dice haber escuchado por la radio que éste lloró como un niño al ser detenido y que Hitler ya lo había condenado a muerte. Un coloso con pies de barro.

Otro aviso muy discutido y que aglomeraba mucha gente alrededor anuncia que los rusos ponen a nuestra disposición nuevas y más abundantes raciones de alimentos, clasificadas en cinco grupos: para trabajadores de elevado desgaste físico, trabajadores, empleados, niños y resto de la población. Pan, patatas, pasta, achicoria, café en grano, azúcar, sal e incluso mantequilla. En general no está mal, si es verdad. En parte, las raciones son más abundantes que en la última época de Adolf. Es notorio el efecto de esta novedad. Oí decir: «Ahí puede verse de nuevo lo estúpidos que nos hemos vuelto con nuestra propaganda.»

Sí, es cierto. Se nos pintó tantas veces en las paredes que las potencias enemigas nos llevarían a la muerte por hambre y a la completa extinción física, que cada pedazo de pan, cada alusión a que se nos va a seguir suministrando alimentos, nos deja pasmados. En ese sentido, Goebbels preparó perfectamente el terreno a los vencedores. Cada pedazo de pan de su mano nos parece un regalo.

Por la tarde me puse a la cola de la carne. No hay nada más instructivo que una hora de cola. Me enteré de que en dirección a Stettin, Küstrin y Frankfurt del Oder ya circulan los trenes. En cambio, el tráfico urbano sigue, por lo visto, completamente paralizado.

Una mujer contó con satisfacción por qué los rusos evitaron el edificio en el que vivía al poco de entrar en él: en el primer piso encontraron a una familia en las camas, muertos todos por envenenamiento; en el segundo piso, una familia ahorcada en el crucero de la ventana de la cocina. Visto lo cual huyeron despavoridos y ya no regresaron más. Por si acaso, dejaron los objetos disuasorios durante un tiempo en su sitio... La carne que me dieron era buena y tenía buen color. Pura carne de vaca. Nos ayuda a seguir adelante.

«A las cuatro y media de la tarde hay reunión de la comunidad de vecinos en el sótano», así se fue transmitiendo la noticia de puerta en puerta. Se va a retirar por fin la barricada del sótano. ¡Qué bien! Así habrá camino expedito para llegar al resto de las patatas de la viuda. Formamos una gran hilera a lo largo del pasillo. Una vela pequeña pegada a una silla nos alumbraba débilmente. Ladrillos, tablones, sillas y pedazos de colchones iban de mano en mano.

En el sótano estaba todo tirado, revuelto. Un caos tremendo. Olor a excrementos. Cada uno recogía sus cosas. Las pertenencias sin dueño tenían que ser depositadas en el patio interior. (Sin embargo, la viuda, como quien no quiere la cosa, hizo desaparecer un juego de ropa de seda, que no era suyo, en su saco. Al cabo de un rato debió de acordarse de los diez mandamientos

porque lo devolvió a su dueña señalándole las iniciales bordadas y diciéndole que «se lo había guardado por equivocación».) Los conceptos de propiedad están del todo trastocados. Cada uno roba al otro porque a su vez le robaron a él, y porque anda necesitado de todo. Así que al final, sólo se clasificaron como «sin dueño» objetos sin ningún valor: enaguas descoloridas de tanto lavarlas, sombreros, un zapato desparejado. Mientras la viuda seguía empeñada en revolverlo todo en busca del alfiler con perla de la corbata cuyo escondrijo ha olvidado, yo cargué con las patatas para casa. Las dejé frente a la cama del señor Pauli. Cuando la viuda llegó, nos auguró de nuevo, a lo Casandra, que nos sobrevendría una época de hambre y escasez cuando consumiéramos estos últimos tubérculos. El señor Pauli la secundaba firmemente. Tengo la sensación de que en esta casa se me empieza a considerar comensal non grata. Me cuentan los bocados que doy y me envidian cada patata que como. Y eso que Pauli también se alimenta con el azúcar del comandante, que es mío. No obstante, mi deseo es intentar mantenerme por mí misma. Sólo que, ¿cómo lo hago?

No puedo guardarles rencor. No lo he experimentado nunca, pero bien podría ser que a mí, en idéntica situación, me resultara también desagradable compartir mi comida. Y no hay ningún nuevo comandante a la vista.

MARTES, 15 DE MAYO DE 1945

Los trabajos de siempre en la casa. La aburren a una. Arriba, en la buhardilla que piso por primera vez desde la entrada de las tropas rusas, había dos hombres reponiendo tejas. El sueldo lo reciben en especias: pan y cigarrillos. No hay huellas de que haya habido rusos en la buhardilla. La fina capa de cal en los suelos, que delataría cualquier pisada, estaba intacta cuando dejé entrar a los tejadores. Con suficiente agua y algunas provisiones habría podido mantenerme aquí arriba como una bella durmiente no descubierta. Pero con tanta soledad sin duda me habría vuelto loca.

La gente tiene que ir a inscribirse de nuevo al ayuntamiento. Hoy le tocaba a mi letra. A la hora de la inscripción, y en contra de lo acostumbrado, había mucha gente en la calle. En el vestíbulo había un hombre con mazo y escoplo golpeando la escultura en relieve de Adolf. Vi cómo se le desprendía la nariz. ¿Qué es la piedra? ¿Qué son los monumentos? Una iconoclastia sin precedentes recorre estos días Alemania de punta a punta. Tras un ocaso de los dioses como éste, ¿podrá haber nunca una resurrección de los dirigentes nazis? En cuanto tenga la cabeza un poco más despejada, me dedicaré al estudio de Napoleón, a quien desterraron en su tiempo tratando de borrar su recuerdo y a quien, sin embargo, volvieron a buscar y ensalzar.

Las mujeres tuvimos que subir al tercer piso. Un pasillo oscuro como boca de lobo, aglomeración de mujeres que una podía oír pero no ver. Delante de mí

se hablaba de pelar espárragos, tarea para la cual ya se había enviado a algunas mujeres. No estaría mal eso. Detrás de mí dos mujeres, señoras por la forma de hablar. La una: «¿Sabe usted? Todo me daba lo mismo. Soy muy estrecha. Mi marido siempre me trató con mucho cuidado.» Parece que esta mujer intentó quitarse la vida envenenándose tras sufrir varias violaciones. Sin embargo: «Yo no lo sabía. Me lo explicaron después. Parece que hay que acidificar primero el estómago. No pude retener el mejunje dentro.»

«¿Y ahora?», le pregunta la otra.

«¡Bah! Hay que seguir viviendo. Lo bonito ya pasó de todos modos. Sólo me hace feliz saber que mi marido no ha tenido que pasar por esto.»

De nuevo tengo que volver a pensar lo que significa estar sola en medio de tanto miedo y tanto sufrimiento. Me parece más ligero porque falta la tortura de la compasión. ¿Qué puede sentir la madre de una muchacha destrozada? ¿Y un amante que ama de verdad y no puede ayudar o no se atreve a ayudar? Por lo visto, los maridos que llevan muchos años de casados son los que mejor aguantan esa situación. No miran atrás. La factura se la pasarán algún día sus mujeres. La peor parte se la deben llevar los padres. Comprendo que familias enteras se entreguen a la muerte.

En el registro te despachaban en un abrir y cerrar de ojos. Todos tenían que decir qué lenguas extranjeras hablaban. Cuando confesé que hablaba un poquito de ruso, me pusieron un papelito en la mano que me obligaba a presentarme en la comandancia rusa para labores de interpretación a primera hora de la mañana.

Por la tarde estuve repasando vocablos rusos. Me di cuenta de lo pobres que eran mis conocimientos de esa lengua. Una visita arriba, a casa de la señora de Hamburgo, completó el día. Stinchen, la universitaria de dieciocho años, ha bajado definitivamente del altillo. Se le ha curado la herida de la frente. Se comportó como una hija muy bien educada, trajo la tetera de la cocina con té auténtico y escuchó nuestra conversación. Parece que la chica que tiene aspecto de chico también ha resultado ilesa. Mencioné que la había visto en la escalera de casa enfrascada en una disputa con otra chica. Una persona bronceada que llevaba un jersey blanco, muy guapa pero ordinaria y descomedida en sus insultos. Aquí, tomando el té, me entero de que era una escena de celos. La morena, con su espontaneidad, acabó trabando amistad con un oficial ruso, con quien bebía y de quien aceptaba comida. Esto sacó de quicio a la amiga. Es de las que aman de manera altruista, y en el transcurso de los últimos años no había hecho otra cosa que hacerle regalos a la morena y trabajar para ella. Tratamos este asunto tranquilamente tomando el té como buenos burgueses. No emitimos ningún juicio, ninguna valoración. Ya no cuchicheamos. Ya no titubeamos ante determinadas palabras ni cosas. Nos las ponemos sencillamente en la boca, nos encogemos de hombros, como si vinieran de la estrella Sirio.

MIÉRCOLES, 16 DE MAYO DE 1945

Me levanté a las siete, hora de Moscú. Silencio matinal en las calles vacías. Todavía no hay nadie en las tiendas y no se han repartido las nuevas cartillas. En el portón enrejado de la comandancia había una chica uniformada y pretendía impedirme la entrada, pero yo insistí mostrando mi papelito.

Finalmente entré en el despacho del comandante que, en estos momentos, es el jefe de por lo menos cien mil almas. Un tipo delgado, impecable, rubio claro, habla en voz llamativamente baja. Sólo sabe ruso, pero tiene a una intérprete a su lado que habla alemán y ruso con fluidez, las dos lenguas sin acento. Una chica con gafas y un vestido a cuadros. No es soldado. Traduce a toda velocidad lo que está diciendo la propietaria de un café, de nariz respingona. ¿Que quiere abrir de nuevo su negocio? Fantástico, que lo haga. ¿Qué necesita? Harina, azúcar, mantequilla, embutido. Hum, hum. ¿Qué más? ¿Café de malta? Bien, que lo sirva también y, si es posible, que ofrezca también música, quizás con un tocadiscos. Es importante que se normalice la vida lo más pronto posible. Habrá corriente mañana en toda su calle, promete el comandante. De la habitación contigua entra un hombre a la llamada de la intérprete, quizás un ingeniero electricista que, basándose en cianotipos, le muestra al comandante cómo está el suministro de electricidad en su distrito. Yo estiré el cuello para ver; pero no aparecía ahí nuestra manzana.

Siguieron algunos peticionarios: un hombre vestido con un mono azul de montador pregunta si puede llevarse a casa un caballo que anda por el parque, cojo y perdiendo sangre, para cuidarlo. Por supuesto..., siempre y cuando entienda de caballos, claro. En secreto me maravillo de que ese caballo no haya sido descuartizado en buenos pedazos para el puchero. ¿O ya ha pasado la época de las matanzas salvajes? Es sorprendente que todo el mundo se preocupe de repente en obtener un permiso para su actividad, para guardarse las espaldas. «Comandante» es la palabra clave en estos días.

El gerente de una empresa, acompañado de dos taquígrafas, viene a inscribir su pequeña empresa, un taller de tubos para estufas que está paralizado por falta de materiales. «*Budit*», dice el comandante. «*Budit*», la fórmula mágica rusa, traducida por la intérprete con la fórmula consoladora: «Todo se arreglará.» Sí, «*budit*» también lo sé traducir yo, igual que la segunda fórmula mágica «*sawtra*», que significa «mañana».

A continuación dos caballeros que por lo visto son directores de una fábrica de chocolate. Se han traído su propio intérprete, más o menos del mismo nivel que yo, alguien que ha pasado un tiempo en Rusia como trabajador o soldado. No hay nada que hacer por el momento con el chocolate, lo saben, pero los hombres quieren recoger la harina de centeno de un almacén que hay en las afueras. Pretenden fabricar pasta con la harina. ¡Que lo hagan! El comandante

les promete un camión para *«sawtra»*.

Un aire de imparcialidad, sin sellos, con poco papel. El comandante trabaja con papelitos garabateados. No me perdí detalle de nada, vi funcionar a la autoridad, me pareció sugerente y alentador.

Finalmente me tocó a mí. Me presenté con descaro. Confesé lo que el comandante ya comprendía: que para esa variedad de temas de traducción no estaba lo bastante preparada. Con amabilidad me preguntó dónde había aprendido ruso, qué tipo de trabajo hacía. Luego dijo que en un tiempo no muy lejano volverían a solicitarse profesionales que supieran manejar cámaras y lápices. Sólo debía tener paciencia. Me di por satisfecha.

En ese momento entraron dos rusos, ambos con botas lustrosas, muchas condecoraciones y uniformes recién planchados. El asearse y acicalarse es un fragmento de «cultura» en su tierra, una señal de elevada humanidad. Me acuerdo todavía de los carteles que colgaban en todas las oficinas y tranvías de Moscú, con el eslogan: «Lávate todos los días la cara y las manos, y al menos una vez al mes el pelo.» Y al lado, fotos pequeñas y graciosas con mucho resoplido, lavado y enjuague. Incluso el lustre de las botas pertenece a esta cultura y religión de la limpieza. Por ello no me sorprende lo mucho que se acicalan siempre que pueden.

Los dos hombres hablaron a media voz con el comandante. Finalmente éste se dirigió a mí para preguntarme si podía acompañar como intérprete al teniente Fulano de Tal (el nombre lo entendí claramente pero lo volví a olvidar de inmediato). Tenía la misión de inspeccionar los bancos del distrito. Me parece bien. Me pone contenta cualquier actividad que no consista en ir a buscar agua y leña.

Voy trotando por las calles de Berlín al lado del oficial bien parecido y moreno. Lentamente, y con una pronunciación clarísima, tal como se habla a los extranjeros que todavía no conocen muy bien la lengua, me explica que tenemos que ir primero a ver al alcalde alemán para solicitarle una lista de las sucursales bancarias.

«*Burgemestr*», así se llama al burgomaestre, al alcalde, en ruso. En el ayuntamiento un hervidero de gente, carreras por los pasillos oscuros. Hombres saliendo disparados de una habitación a otra; portazos constantes. En alguna parte se oye el teclear de una máquina de escribir. En algunas columnas con escasa iluminación hay carteles pegados, manuscritos y con el mismo texto: una mujer que perdió la razón el 27 de abril y se escapó, es buscada por sus parientes. «La persona en cuestión tiene cuarenta y tres años de edad, dentadura muy dañada, pelo negro teñido y lleva zapatillas de estar por casa.»

En torno al escritorio del alcalde un enjambre de hombres. Hablan, gesticulan con vehemencia, un intérprete parlotea en medio. En pocos minutos recibe el teniente la deseada lista con las sucursales bancarias. Una chica escribe las direcciones a máquina. La repisa de la ventana está adornada con un ramo de violetas.

Salimos. El teniente es reservado y muy cortés. Pregunta si no camina demasiado rápido, si estoy familiarizada con los asuntos bancarios, si no me resulta de verdad molesto acompañarlo...

En el Dresdner Bank nos encontramos que trabajan ya con normalidad: mesas limpias sobre las cuales están dispuestos los lápices de manera ordenada. Los cuadernos están abiertos, las cajas de seguridad intactas. A esta sucursal se accede a través de un portón, quizás lo pasaron por alto.

Otra cosa muy distinta en el Commerzbank. Una pocilga sin igual, abandonada y vacía. Todas las cajas de seguridad reventadas, las cámaras acorazadas hechas trizas, las valijas abiertas y aplastadas. Por todas partes excrementos. Apesta. Huimos a toda prisa de allí.

El Deutsche Bank tiene un aspecto semilimpio. Dos hombres barren y andan haciendo trabajos por allí. Han vaciado las cajas de seguridad pero con toda tranquilidad, utilizando las correspondientes llaves del banco. Uno de los dos hombres me dice que «ellos» se procuraron la dirección del director de la sucursal y fueron con su camión a toda velocidad a buscarlo, pero se lo encontraron a él con la esposa y la hija muertos por envenenamiento. Sin perder tiempo continuaron su viaje hasta la casa del director suplente y le exigieron la apertura de las cajas de seguridad. Esta sucursal ya está funcionando. Un letrero anuncia que las taquillas están abiertas entre las 13 y las 15 horas para la admisión de pagos. Bueno, me gustaría ver quién paga algo ahora. Me parece decididamente más seguro el método de la abuela de guardar el dinero en las medias o en los colchones.

No me explico por qué los rusos anduvieron revolviéndolo todo en los bancos, por qué eligieron sistemáticamente ese objetivo. Ese reventar de las cajas de seguridad no puede haber sido ordenado desde arriba, de manera oficial. En su contra hablan las cámaras acorazadas saqueadas a lo bestia en el banco que visitamos antes, los muchos excrementos que había con el olor de los ladrones. Quizás en sus cursos de adiestramiento hayan aprendido que los bancos en este país son los reductos de los malvados capitalistas, y que con sus saqueos lo que realizan es, por decirlo así, una expropiación a los expropiadores, tal como lo expresa su dogma, y celebren eso como un hecho loable. Algo no encaja. Todo parece más un saqueo brutal en el que cada hombre por separado busca robar algo para su propio provecho. Me gustaría preguntarle al teniente por estas cosas. Pero no me atrevo.

En la caja de ahorros municipal están fregando y lavando a conciencia. Dos mujeres mayores restriegan el suelo. Aquí no hay cajas de seguridad. Las cajas, por lo que puede verse desde aquí, están completamente vacías. El teniente promete vigilancia para mañana. Pero ¿qué es lo que hay que vigilar aquí?

Durante un buen rato estuvimos buscando en vano la sucursal del Kredit- und Bodenbank. Al final la encontramos en un patio interior, tras unas rejas extensibles cerradas, intacta en su apacible sueño de bella durmiente. Pregunté a varios vecinos de la casa y finalmente pude proporcionarle al teniente la

dirección del director. Ningún ruso vio el banco. Del letrero de cristal, que estaba colocado en la calle anunciando la situación de la sucursal, sólo restan un par de cristales que cuelgan sueltos de sus clavos.

Queda todavía una segunda sucursal del Deutsche Bank, situada en el límite del distrito. Nos ponemos en camino. El sol quema. Estoy agotada. Me muero de cansancio. Por consideración hacia mí, el teniente afloja el paso. Me pregunta por detalles personales, por mi educación, mis conocimientos de lenguas. Y de pronto me dice en francés, a media voz y sin mirarme: «*Dites-moi, est-ce qu'on vous a fait du mal?*»

Perpleja balbuceo yo: «*Mais non, pas du tout.*» Y a continuación me corrijo: «*Oui, monsieur, enfin, vous comprenez.*»

De repente se respira otro aire entre nosotros. ¿Cómo es que habla ese francés tan correcto? Lo sé sin que él me lo diga: porque es un «*biewsche*», un miembro de la clase dirigente en la vieja Rusia. Ahora me informa sobre sus orígenes: moscovita, su padre fue médico, su abuelo un cirujano muy famoso y catedrático de universidad. El padre estudió en el extranjero, en París, en Berlín. Eran una familia acomodada, tenían una institutriz francesa en casa. Al teniente, nacido en 1907, se le quedó todavía algo de ese estilo de vida «pasado».

Tras las primeras réplicas y contrarréplicas en francés, vuelve a hacerse el silencio entre nosotros. El teniente se ha vuelto sensiblemente inseguro frente a mí. Cuando menos lo esperaba suelta: «*Oui, je comprends. Mais je vous prie, mademoiselle, n'y pensez plus. II faut oublier. Tout.*» Busca las palabras apropiadas, habla enfáticamente, con seriedad. Yo replico: «*C'est la guerre. N'en parlons plus.*» Y no volvimos a hablar del asunto.

Entramos sigilosamente en el local abierto de la sucursal bancaria que había sido saqueada y destrozada por completo. Tropezamos con cajones y ficheros. Nos abríamos paso entre montañas de papel. Esquivábamos con cuidado los montones de excrementos. Por todas partes moscas, moscas, moscas... Nunca había visto en Berlín tal cantidad de moscas, ni había oído hablar de ello. No tenía ni idea de que pudieran hacer semejante ruido.

Descendimos por una escalera de hierro a las cámaras acorazadas. Abajo había montones de colchones. Y entre ellos las inevitables botellas y las polainas, y maletas desgarradas y carpetas. Y sobre todo una peste insoportable, silencio de muerte. Ascendimos de nuevo a la luz. El teniente tomaba nota.

Fuera el sol punzante. El teniente quiere descansar, beber un vaso de agua. Damos unos pasos calle abajo. La calle, solitaria, desierta y callada, parece que esté ahí sólo para nosotros. Nos sentamos en la tapia baja de un jardín, bajo un saúco. «*Ah, c'est bien*», dice el ruso. Pero prefiere continuar hablándome en ruso. Su francés, con todo lo puro y excelente en la pronunciación, adolece al parecer de falta de ejercicio y así, tras las primeras frases y preguntas, se le queda bastante pequeño. Mi ruso le parece muy bueno. Sin embargo, sonríe por mi acento, que le parece —«*Excusez, sil vous plaît*»— judío. Es comprensible, porque

la lengua materna de los judíos rusos es el yiddish, esto es, un dialecto alemán.

Miro el rostro moreno del teniente y me pongo a pensar si será judío. ¿Se lo pregunto? Pero inmediatamente desecho esta ocurrencia por indiscreta. Más tarde se me pasaría por la cabeza que de entre todos los improperios y reproches que me dirigieron los rusos, nunca me reprocharon las persecuciones a los judíos. Y recordé aquella vez con el caucasiano, que ya en su primera frase de salutación se defendió enérgicamente de ser tenido por judío. En los formularios que todo el mundo tenía que rellenar en Rusia cuando estuve allí, figuraba la palabra «judío» en la correspondiente columna etnográfica, igual que «tártaro» o «calmuco» o «armenio». Y me viene a la cabeza aquella empleada de oficina que con gran griterío rehusó la inscripción como «judía»... Su madre era rusa. Sin embargo, en las oficinas en las que los extranjeros deben presentarse, se encuentran muchos ciudadanos judíos con los típicos apellidos alemanes, de una sonoridad delicadamente florida, como Goldstein, Perlmann, Rosenzweig. La mayoría políglotas, entregados al dogma soviético, sin Jehová, ni Arca de la Alianza, ni Shabat.

Estamos sentados a la sombra. Detrás de nosotros, otra estaca de madera, pintada de rojo. Un difunto yace debajo, el sargento primero Markoff. Cuando oigo abrirse un poco la puerta que da al piso del sótano y veo tras ella a una anciana observándonos, le pido un vaso de agua para el teniente. Nos lo trae amablemente, agua fría en un vaso empañado. El teniente se levanta y da las gracias con una reverencia.

Eso me recuerda al comandante y su comportamiento de manual de urbanidad. Siempre los extremos. «¡Tía, ven conmigo!», y excrementos en la habitación. O delicadeza y reverencias. En cualquier caso, el teniente no podría ser más cortés ni tratarme más como a una señora. Por lo visto, a sus ojos soy realmente una señora. En general tengo la sensación de que nosotras, las mujeres alemanas, a poco que nos mostremos bien arregladas, limpias, con modales y conocimientos adquiridos en la escuela, somos, a los ojos de los rusos, criaturas altamente respetables, representantes de una cultura más elevada. Incluso Petka, el leñador, debe de haber sentido algo similar. Quizás influya algo el marco en el que nos encuentran: los pocos muebles relucientes que nos quedan, los pianos y cuadros y alfombras, todo el tufillo burgués que a ellos les parece tan extraordinario. Me acuerdo de cómo se maravillaba Anatol del bienestar de nuestros campesinos con los que se topó en los pueblos situados en los caminos de la guerra: «¡Tenían los cajones llenos de cosas!» ¡Sí, muchas cosas! Eso es algo nuevo para ellos. En su tierra sólo se tienen unas pocas cosas. Se pueden guardar todas en una habitación. Y en lugar de armario ropero, en muchas casas sólo hay algunas azadas en la pared. Pero cuando tienen algunas cosas, enseguida se les estropean. Los eternos remiendos y las faenas de las madres de familia alemanas no les hace mucha gracia a las rusas. Yo misma tuve ocasión de presenciar en casa de un ingeniero cómo la señora de la casa barría el polvo del cuarto, sí, pero al acabar lo metía debajo del armario,

donde seguramente habría más polvo acumulado. Y detrás de la puerta del salón colgaba una toalla en la que se sonaban los mocos los tres hijos de la pareja. El pequeño abajo, los mayores arriba. Costumbres campestres.

Estuvimos sentados un rato en la tapia baja. Hablábamos y descansábamos. Ahora quiere saber el teniente dónde y cómo vivo. Le gustaría conocerme mejor, y, para ponerse a salvo de cualquier falsa sospecha, me dice: «*Pas ça, vous comprenez?*» Así me habla mirándome con ojos nebulosos. Por supuesto que entiendo.

Quedamos para la noche. Él me llamará desde la calle. Yo estaré a la hora señalada asomada a la ventana. Se llama Nikolái. Su madre le llama Kolia. No le pregunto por su mujer. Seguramente tiene mujer e hijos. ¿Qué me importa a mí? Se despide diciendo: «*Au revoir.*»

Regreso a casa y se lo cuento todo a la viuda. Está entusiasmada. «Agarra a ése, que no se escape. Por fin un hombre culto de buena familia con el que poder conversar.» (Pauli y la viuda también saben algo de francés.) La viuda ya se imagina otra vez los alimentos llegando a casa. Está convencida de que Nikolái tiene acceso a los alimentos y de que hará algo por mí..., y por consiguiente por los tres. Yo no lo veo tan claro. Por un lado no puede negarse que es simpático. Es el más occidental de todos los rusos que he visto hasta el momento en calidad de vencedores. Por otro lado no tengo ganas de estar con ningún otro hombre. Me sigue entusiasmando estar sola entre sábanas limpias. Además quiero marcharme ya de este primer piso. Quiero dejar a la viuda, pero sobre todo al señor Pauli, que me envidia cada bocado de las patatas que como. Me gustaría regresar a la buhardilla, limpiarla, hacerla habitable. ¿Encima voy a estar estos pocos días procurándole alimentos al apático de Pauli con un «come-por-cama»? (Otra palabra nueva nuestra. Con el tiempo hemos llegado a desarrollar entre nosotros una jerga extraña. Hablamos del azúcar-comandante y de los zapatos-violación, de vino-saqueo y carbón-robado.)

Sigamos. Ya es noche cerrada. Hacia las ocho me asomé a la ventana tal como habíamos acordado, pero ni rastro de Nikolái. El señor Pauli se mofaba de mi pérfida conquista. La viuda, optimista y esperanzada, seguía mirando una y otra vez el despertador. Entonces, cuando ya anochecía, se oyó fuera la llamada: «*C'est moi!*» Abrí, estaba hecha un manojo de nervios. Le conduje arriba a nuestro piso. Sólo venía para un cuarto de hora, y sólo para decir que no podía venir, que no podía quedarse. Saludó a la viuda y al señor Pauli en un francés ceremonioso, y se despidió al poco rato de nuevo con su «*Au revoir*». En el pasillo dijo en ruso al tiempo que me cogía las manos: «Hasta el domingo por la tarde, a las ocho.» Y, de nuevo en francés: «*Vous permettez?*» ¿Qué tenemos que permitir nosotros? Pero quizás soplen ahora realmente vientos nuevos. Por lo demás, Nikolái no apuesta por una gran inflación o por una nueva emisión de dinero. Eso se lo pregunté esta mañana. Opina que nuestro dinero seguirá provisionalmente en circulación, pero que la banca se simplificará notablemente. Yo: «Aja, ¿se socializará?» Su respuesta: «No, para nada. Son

circunstancias totalmente distintas.» Y se puso a hablar de otros asuntos.

JUEVES, 17 DE MAYO DE 1945

Me levanté temprano. Fui por agua a la nueva boca de riego. En un escaparate puede verse colgado un periódico llamado *Tägliche Rundschau*, una hoja del Ejército Rojo para la «población de Berlín». Ya no somos ni pueblo, sólo somos población. Seguimos presentes, pero ya no representamos nada. En otros idiomas se da también esta diferencia de valor: *peuple* y *population*, *people* y *population.* Sentimiento de amargura al leer las celebraciones por la victoria en Moscú, Belgrado y Varsovia. El conde Schwerin-Krosigk parece que se ha dirigido a los alemanes exhortándoles a mirar de frente los acontecimientos. Nosotras, mujeres, ya lo hacemos desde hace mucho. ¿Qué sucedería si tuvieran que hacer lo mismo los titulares de la cruz de caballero, y los generales, y los jefes nazis de distrito? Me gustaría conocer la cifra exacta de suicidios entre la población alemana en estos días.

El señor Pauli pone una nota de optimismo en este día de hoy. Habla de un rápido crecimiento económico, de la inserción de Alemania en el comercio mundial, de democracia verdadera y de una cura en Bad Oeynhausen, que será lo primero que se permita. Cuando yo, armada con los conocimientos de Nikolái, le agüé sus planes, se puso a rabiar y me prohibió entrometerme en cosas de las que no tenía ni la más remota idea. Sentí que su cólera iba más allá de la estúpida anécdota que la provocó. Sencillamente le caigo gorda. Antes tenía a la viuda sólo para él. Le cuidaba solícitamente a todas horas. Yo estoy de más.

Tras la comida —había sopa de guisantes, y yo me atiborré— Pauli se apaciguó de nuevo. La viuda incluso me conminó a servirme más. Siento cómo mi valor bursátil vuelve a ascender en esta economía doméstica. El alza la ha ocasionado Nikolái. ¿Debo arrugarme por ello? ¿Debo fijar el listón moral según el de mis compañeros de piso? No lo hago. *Homo homini lupus*, eso es así siempre y en todas partes. Incluso entre parientes de sangre será así en los tiempos que corren. A lo sumo puedo imaginarme que las madres pasan hambre para calmar el apetito de sus hijos, quizás porque los sienten como su propia carne. Pero ¿a cuántas madres no se ha condenado en estos últimos años por haber vendido las cartillas de racionamiento de la leche para sus hijos o por haberlas cambiado por cigarrillos? El elemento lobuno predomina en el ser humano hambriento. Estoy esperando el momento en el que yo, por primera vez en mi vida, le quite de las manos su pedazo de pan a una persona más débil que yo. A veces creo que ese momento no llegará nunca. Me imagino que me debilitaría tanto con el paso del tiempo, me quedaría tan aletargada y postrada, que no me quedarían fuerzas para robar y saquear a nadie. ¡Curiosos

pensamientos con la panza llena y un nuevo proveedor ruso a la vista!

En la escalera circula una novedad: en nuestra casa han descubierto oculto en su guarida a un antiguo pez gordo del partido, un alto cargo estatal, *Reichsamtsleiter*, o algo parecido, no conozco muy bien la jerarquía nazi. En el refugio lo vi a menudo. Me acuerdo de la rubia a la que destinaron a nuestro refugio, a quien nadie conocía de verdad y que se pasaba todo el tiempo cogida de la mano de su realquilado, igualmente desconocido..., dos tortolitos. Así que el palomo era un pez gordo. Pues no tenía ese aspecto con sus ropas raídas. Hablaba poco, sólo decía tonterías. A eso se le llama camuflarse bien.

Me gustaría saber cómo se ha llegado a saber. No fue su amante quien le denunció. Está ahí arriba sentada, dice la librera, aullando desconsoladamente en su vivienda del tercer piso, en la que no recibió más daño que la visita de dos Ivanes durante la primera noche. Apenas se atreve a salir a la calle. Teme que la vengan a buscar también a ella. Al hombre se lo llevaron en un coche militar.

Sentimientos disonantes entre nosotros al hablar de este asunto. No se puede negar la alegría por el mal ajeno. Los nazis se daban muchos aires. Fastidiaron muchísimo al pueblo, sobre todo en los últimos años, cometieron todo tipo de vejaciones. Y ahora les toca expiar por la derrota colectiva. Sin embargo, no seré yo quien denuncie a voz en grito. Quizás la cosa sería muy distinta si me hubiera afectado personalmente, si hubieran matado a alguna persona cercana a mí. Pero ahora no asistimos, la mayor parte de las veces, a un desfogue provocado por el ímpetu de la venganza, sino a un ajuste de cuentas por pequeñas infamias: ése me miraba por encima del hombro, su mujer le soltó a la mía su estridente «*Heil Hitler!*», además ganaba más dinero, fumaba puros más gordos que yo..., así que ahora le voy a hacer inclinar la cabeza. Ahora le taparé la boca, a él y a los padres que lo engendraron...

En la escalera me enteré también, dicho sea de paso, de que el domingo que viene es la Pascua de Pentecostés.

VIERNES, 18 DE MAYO DE 1945

Me levanté temprano. Fui por agua, busqué leña. Poco a poco se me están acostumbrando los ojos a la madera. No se me escapa ninguna astilla. Siempre descubro nuevos lugares todavía intactos en sótanos, ruinas, barracas abandonadas. A mediodía la señorita Behn nos trajo las nuevas cartillas de racionamiento. La viuda, Pauli y yo pertenecemos de momento a la quinta categoría, la del «resto de la población». Copio aquí de mi cartilla las cantidades para un día: 300 gramos de pan, 400 gramos de patatas, 20 gramos de carne, 7 gramos de mantequilla, 30 gramos de pasta alimenticia, con esto quieren decir sémola, cebada mondada, copos de avena, etcétera, 15 gramos de azúcar. A ello hay que añadir por mes 100 gramos de achicoria, 400 gramos de sal, 20 gramos

de té auténtico y 25 gramos de café en grano. Como comparación transcribo algunas cifras de la cartilla para trabajadores con fuerte desgaste físico, en la que también se incluye a «artistas de renombre» y técnicos, directores de empresa, sacerdotes, directores de escuela, médicos y enfermeras de enfermedades epidémicas: 600 gramos de pan al día, 100 gramos de carne, 30 gramos de mantequilla y 60 gramos de pasta alimenticia. Y al mes 100 gramos de café en grano. En medio están las cartillas II para trabajadores y III para empleados, con 500 y 400 gramos de pan al día respectivamente. Sólo las patatas se reparten de forma democrática entre todos los estómagos. Para los intelectuales de segunda categoría está prevista la cartilla II. Quizás pueda colarme en ella.

Entre la gente se percibe calma. Todo el mundo está sentado estudiando su cartilla. Hay alguien de nuevo al timón, hay alguien arriba ocupándose de nosotros. Me extraña mucho que vayamos a recibir todo lo que pone en el papel, y dudo de la posibilidad del reparto puntual. La viuda está ilusionada con el café en grano. Promete dar vivas a Stalin cuando pruebe la primera taza.

Por la tarde salí a pasear con la de Hamburgo y su hija Stinchen en dirección al ayuntamiento. La de Hamburgo me lo había pedido por Stinchen. Parece ser que ésta fue guía de chicas jóvenes de las Juventudes Hitlerianas o algo así, y teme represalias a las que yo, con mis nociones de ruso, puedo hacer frente. La viuda se nos unió.

De camino, en la calle que va hacia el ayuntamiento, vimos de nuevo gentío, enjambres de personas. Incluso bastantes hombres. Pero, no obstante, sigue siendo sensiblemente superior la presencia de mujeres en las calles. Vi incluso a una mujer con sombrero, la primera desde hacía mucho.

A las puertas de algunas de las sucursales que inspeccioné recientemente con el teniente, hay soldados de guardia: dos rusos con el fusil levantado. A los eventuales clientes, esa imagen les causará sin duda un efecto intimidatorio.

El ayuntamiento convertido otra vez en una colmena. Aguardamos el turno en un pasillo oscurísimo. A nuestro alrededor se hablaba a oscuras. Tema: los embarazos.

Sí, eso nos interesa a todas nosotras, a todas las que pillaron.

«Dicen que una de cada dos mujeres está preñada», afirma una voz.

A lo que replica otra, en tono estridente: «Bueno y qué. Eso te lo saca cualquiera del cuerpo.»

«Dicen que Stalin ha decretado que todas aquellas que tengan un niño de un ruso recibirán la cartilla de primera clase», dice una tercera.

Carcajada general: «¿Le gustaría eso... a cambio?»

«No, ni hablar. Me hacía antes cualquier cosa.» La viuda me dio un empujón a oscuras, quería pescar mi mirada. Yo no quise. No quiero pensar en eso. La semana que viene aproximadamente lo sabré.

«¿Ya estuvo usted en el hospital?», continuó la serie de preguntas en la cola.

«No, ¿por qué?»

«Han montado una unidad de revisión médica para mujeres violadas. Hay que ir allí. Por las enfermedades de transmisión sexual.»

La viuda volvió a darme un empujoncito. Yo no lo tengo claro todavía, me siento limpia. Voy a esperar un tiempo más.

La cosa con Stinchen salió bien, como era de esperar. Nadie le preguntó nada sobre su glorioso pasado. Sería una broma pesada que los menores de edad fueran a ser condenados por cosas en las que participaron con el consentimiento de padres, profesores y dirigentes. Si nuestros antepasados, tal como sé por buenas fuentes, quemaron en la hoguera a muchachas, fue porque las consideraron poseídas por verdaderos diablos. Es difícil averiguar el punto en que comienza a considerarse la conciencia como responsable de las acciones, en el sentido occidental de la expresión.

En el camino de regreso vino con nosotras una mujer de la casa de al lado. Nos contó cómo a su vecina de rellano, después de haber bebido y de haberse acostado varias veces con el mismo ruso, su marido le disparó con una pistola en la cocina, por la espalda. Acto seguido, el asesino, un funcionario que fue enviado a casa por el ejército debido a una dolencia cardíaca, se disparó una bala en la boca. Atrás quedó la única hija de los dos, una niña de siete años. «La he tenido todos estos días con mi hijo», explicó la mujer. «Y me gustaría quedármela. Mi marido estará conforme cuando regrese. Siempre quiso tener una niña.» A los padres los envolvieron en mantas de lana y los enterraron apresuradamente en el patio de la casa, junto con la pistola. «Fue una suerte que no hubiera ningún ruso en la casa», dice la mujer. Dada la prohibición de posesión de armas, seguramente se habría organizado un buen escándalo.

Nos demoramos un rato ante las tumbas en la plaza circular con césped. La de Hamburgo dijo que todo había sucedido como tenía que suceder. Si hubieran echado a Hitler el 20 de julio de 1944, seguramente habría permanecido para siempre algún rescoldo de su aureola. Muchos habrían seguido creyendo en el muerto. ¿Estará muerto de verdad? ¿Habrá volado del nido? ¿Habrá escapado en un submarino? Se oyen rumores de todo tipo, pero nadie hace mucho caso.

Por la noche vino a casa la mujer del eczema purulento y nos contó una historia triste: hoy fue hasta la Lützowplatz para ver a su jefe, abogado, a quien ella escribía los expedientes desde hacía muchos años. Este abogado, como se había casado con una judía y no quiso divorciarse, las pasó canutas durante el Tercer Reich, especialmente los últimos años, en los que a duras penas se podía ganar la vida. Desde hacía meses, la pareja estaba ilusionada con la liberación de Berlín. Se pasaban las noches enteras escuchando emisoras de radio extranjeras. Cuando entraron los primeros rusos en el refugio buscando mujeres, hubo algunos forcejeos y disparos. Uno de los disparos rebotó en el muro y le dio al abogado en la cadera. Su esposa se echó en brazos de los rusos suplicándoles auxilio en alemán. La sacaron a rastras al pasillo. Tres tíos encima. Mientras, ella aullaba a pleno pulmón: «Soy judía, pero si soy judía.»

Entretanto, el marido se iba desangrando. Lo enterraron en el jardín de delante de la casa. La mujer se marchó aquel día. Nadie sabe adónde. Me sobreviene un sudor frío cuando escribo estas líneas. Una cosa así no puede ser inventada. Es la crueldad extrema de la vida, el ciego azar. La mujer del eczema lloraba. Sus lágrimas se quedaban colgando del eczema. Dijo: «Ojalá se hubiera acabado ya esta miserable vida.»

SÁBADO, 19 DE MAYO DE 1945

Vivimos sin periódicos ni reloj. Nos orientamos, como las flores, por el sol. Después de ir a buscar agua y de reunir leña, salí a comprar. Lo primero que me dieron con la nueva cartilla fue sémola, carne de cerdo y azúcar. La sémola está llena de grumos. El azúcar está apelmazado porque se ha mojado. Y la carne está cubierta de sal. Sin embargo, es alimento. Estamos muy contentos con lo que tenemos. «Tengo curiosidad por saber si vendrá mañana tu Nikolái», me dice la viuda al poner yo los paquetitos y las bolsitas encima de la mesa.

Por la tarde hubo limpieza general de la casa entre júbilos. El disparo de salida lo dio la viuda: «¡Pero mira esto!» El grifo goteaba. Caían gruesas gotas de agua de nuestras tuberías, tanto tiempo secas. Abrimos los grifos todo lo que pudimos; salió un chorro potente, primero de color marrón, pero, al poco rato, era ya clara y transparente. ¡Se acabó la escasez de agua, el interminable ir y venir con los cubos! Por lo menos para nosotras aquí en el primer piso, pues luego nos enteraríamos de que la bendición del agua acababa en el tercer piso. Sin embargo, los que viven en pisos más altos bajan a buscar el agua al patio, o en casa de algún conocido un piso más abajo. La famosa comunidad popular, familiar, aquella camaradería que había en el refugio antiaéreo, está comenzando a desmoronarse, todo hay que decirlo. Con buenos modales de urbanitas, cada cual se va encerrando de nuevo entre sus cuatro paredes y elige su entorno con mucho cuidado.

Pusimos el piso patas arriba y protagonizamos un fantástico día de limpieza. No me canso de ver el agua, a cada instante abro los grifos para comprobar si sale todavía. El chorro se agotó por la noche, pero entonces ya habíamos llenado la bañera hasta arriba.

Una sensación extraña. Nos vuelven a regalar una tras otra «las maravillas de la técnica», los logros de la era moderna. Me ilusiona volver a tener luz eléctrica.

Entretanto, cuando teníamos todo el piso empantanado, apareció la rubia, la que destinaron a nuestro refugio y a cuyo amante se llevaron ayer los rusos por ser un pez gordo del partido. Tuve que aguantar una historia de amor y de fidelidad de revista del corazón: «Algo parecido a éste, nuestro amor, me decía él, no lo he vivido nunca. Tiene que ser el amor de mi vida, me decía.» Puede

ser que el gran amor de tu vida se exprese en estos términos. Pero a mí esas frases me parecen horrendas, de novela y de película baratas. La mujer no hacía más que suspirar mientras yo fregaba los pasillos: «¿Dónde estará ahora? ¿Qué pensarán hacer con él?» Yo tampoco lo sé. Pero los suspiros no duraron mucho. Pronto volvió a hablar de sí misma: «¿Vendrán también por mí? ¿No sería mejor que me marchara lejos de aquí? Pero ¿adónde?»

«¡Tonterías! En ninguna parte había carteles avisando que los miembros del partido tienen que presentarse a las autoridades.» Y yo le pregunté: «¿Quién se fue de la lengua?»

Se encogió de hombros: «Supongo que su esposa. Fue evacuada a Schwiebus con los hijos. Seguramente ha regresado entretanto a Berlín, a la casa que tienen en Treptow. Allí le habrán contado los vecinos que iba conmigo a menudo a buscar cosas.»

«¿Conocía usted a la esposa?»

«Un poco. En otro tiempo fui la secretaria de él.»

La típica «evasión alternativa», tal como el humor berlinés denominaba a la cama-refugio de los maridos que por orden de la autoridad —y a menudo no a disgusto— tenían que evacuar a esposa e hijos. También se contaban todo tipo de historias sobre la vida licenciosa de las madres con niño enviadas al campo durante los bombardeos en las ciudades. Al hombre medio, con su debilidad moral, no se le puede cambiar de lugar sin sufrir las consecuencias. El acostumbrado entorno de parentela, vecindario, muebles pulidos y actividad que llena las horas, es un fuerte corsé moral. Puedo imaginarme que, con toda probabilidad, fue la esposa furiosa quien denunció a su marido... Quizás porque suponía que la compañera de su «evasión alternativa» sería también condenada.

«¡Ay, era tan encantador!», me aseguró cuando por fin la pude conducir a la puerta. Y se enjugó una lágrima.

(Julio de 1945, escrito en el margen: Fue la primera mujer de la casa que tuvo a un soldado norteamericano: cocinero, barrigón, cogotudo, abastece con paquetes la casa.)

DOMINGO DE PENTECOSTÉS, 20 DE MAYO DE 1945

Un día radiante. Desde primera hora de la mañana resonaron en nuestras calles los pasos de innumerables caminantes que se dirigían a casa de amigos y parientes en otras partes de la ciudad. Nosotras desayunamos hasta las once con pastel y una mezcla de café y achicoria. La viuda nos contó todo tipo de anécdotas familiares. Ese es su fuerte. Tiene una familia realmente curiosa, con parentescos muy complicados. El suegro se casó tres veces, en grandes intervalos de tiempo. Sobrevivió a dos de sus esposas. De todos los

matrimonios hay ahora muchos hijos y nietos que corren por ahí; tías que son más jóvenes que sus sobrinas; tíos que van a la misma clase en el colegio que sus sobrinos. Y por si fuera poco —confiesa la viuda— la última esposa, la que le sobrevivió, se casó en segundas nupcias con un judío. Este «suegrastro» judío murió mucho antes del comienzo del Tercer Reich; no obstante, quedó como una mancha en la historia de la familia. Hoy, en cambio, la viuda habla de él con satisfacción, con orgullo.

Después de comer me escapé arriba, a la buhardilla. Estuve revolviendo entre montañas de cal y de cascotes. Llevé abajo muchos cubos con porquería. Fregué los suelos. En las desvencijadas macetas del balcón planté perifollo y borraja; bueno, esparcí los granos marrones y las espinitas negras en surcos de escasa profundidad, en los cuales crecerá mi huerto. El aspecto que tendrán las hierbas lo sé por el envoltorio de las bolsitas de semillas que la de Hamburgo me ha regalado de viejas existencias que tenía. Después estuve echada al sol en el suelo de la terraza. Una hora de profunda satisfacción. Pero por dentro de mí el desasosiego que me perfora y me recuerda quién soy. No puedo seguir vegetando como hasta ahora. Me tengo que poner en marcha, dedicarme a algo. Tengo la impresión de tener una buena baza en mis manos. ¿La sabré jugar? ¿Con quién? Lo peor, por el momento, es nuestra incomunicación actual.

Cuando regresé a casa de la viuda en el primer piso, estallé de alegría. Por pura casualidad, la viuda había encontrado la perla de la corbata de su difunto esposo. Había escondido la dichosa pieza en la puntera de un calcetín ya muy zurcido. «¿Cómo se puede olvidar una de algo así?», sigue asombrándose la viuda.

El domingo de la Pascua de Pentecostés transcurrió apaciblemente. A partir de las ocho me puse a esperar al teniente, a Nikolái, que el miércoles me preguntó si le daba permiso para venir hoy. No vino. Acaso no venga ya nunca. El señor Pauli no pudo evitar hacer una observación al respecto.

LUNES, 21 DE MAYO DE 1945

Ni el más mínimo rastro de festividad en este lunes de Pascua. Todavía no trabaja nadie en su oficio. Berlín está de vacaciones. Fui a buscar leña y me topé con un cartel que anunciaba a todos los «creadores de cultura» que debían presentarse hoy a las once en el ayuntamiento: artistas, gente del mundo de la prensa, del mundo editorial. Hay que llevar el documento acreditativo de los trabajos realizados, así como muestras del arte practicado.

Me fui para allá. Cola en el segundo piso. Ahí, sí, son ellos, no hay equívoco posible. Caras marcadas, vestimenta muy peculiar, chicas del teatro junto a pintoras ya entradas en años que llevan consigo pinturas con olor a óleo. Allí la mujer masculina, enfrente el joven afeminado con una mirada de largas

pestañas, bailarín quizás. Estoy justamente en el medio y escucho con atención las conversaciones a izquierda y a derecha, por ejemplo sobre el famoso colega Fulano de Tal, presumiblemente ahorcado, hasta que salta la voz estridente de una mujer que desmiente la noticia: «Nada de eso. ¡Todo lo contrario! Acaba de hacerse público que es medio judío.» Quizás sea incluso verdad. Por todas partes, a los que hasta hace poco fueron ocultados en la clandestinidad con tanto temor por ser «no-arios», ahora se les hace los honores en el árbol genealógico familiar y se les saca lustre.

El registro fue una pura formalidad. Una mujer mayor con rasgos judíos anotaba los datos personales en un cuaderno borrador grueso. Repartía a cada uno de los presentes un papelito de registro, y se acabó. ¿Saldrá algo de aquí? ¿Alguna referencia, una ayuda? Ya veremos.

Para el almuerzo abrió la viuda uno de sus tarros de pollo en adobo, guardados con tanto temor desde 1942. Sí, pollo, pero pollo con sabor a naftalina. Los tarros estuvieron durante años en el sótano entre alfombrillas repletas de bolas de naftalina. El tufo de la naftalina los impregnó por completo. Carcajadas sonoras. Incluso el comilón del señor Pauli renunció a comer. La viuda tragó con dificultad algunos bocados y me dejó el resto. Ingenié un método para tragar los bocados tapándome la nariz. No obstante, transcurridas muchas horas todavía eructaba con olor a bolitas de naftalina.

Hacia las tres y media me puse en marcha hacia Charlottenburg para ir a ver a Use. Señora Ilse R., fotógrafa de moda y redactora en una revista femenina hasta que se casó con un ingeniero. Un experto en la industria de armamento... Para él no hubo general Buscarreclutas, pues estaba exento del servicio militar por su actividad.

Tras una larga despedida de la viuda me puse en marcha. Calles largas, desiertas, muertas. Dentro del túnel, donde antes había farolas alumbrando incluso de día, hay ahora una oscuridad absoluta, y olor a excrementos. El corazón se me saltaba de miedo al cruzarlo a toda prisa.

Adelante, en dirección a Schöneberg. En un cuarto de hora sólo me crucé con dos personas, dos mujeres. La una descalza, con varices gruesas como cuerdas. Todo me parecía tan deformado, tan fantasmal..., quizás a causa de las gafas de sol que me puse contra el polvo. En el cruce, una rusa de cabellos negros rizados bailaba en uniforme, sobre una tarima. Agitaba unas banderolas rojas y amarillas cuando pasaban coches rusos, y sonreía a los conductores. Sus prominentes pechos bailaban al compás. Algunas alemanas que cargaban con cubos de agua pasaban tímidamente a su lado.

Aquellas calles vacías se hacían interminables. De pronto, un desacostumbrado gentío, quizás unos veinte o treinta hombres. Salen de un cine en el que echan una película rusa con el título *Tschapajew*, como indican unos carteles pintados a mano. Un hombre dice a media voz: «¡Vaya chorrada!» En los muros hay pegados carteles de colores pintarrajeados que anuncian programas de variedades en diferentes salas. Los artistas son los primeros en

entrar en escena.

En la calzada rechinan las bicicletas. Rechinan de verdad porque circulan sin neumáticos..., un nuevo y efectivo método para escapar de la «confiscación» rusa. Algún alemán, dicho sea de paso, también «se ha encontrado» alguna bicicleta estos días, pues los rusos las dejan tiradas por ahí cuando tienen algún problema con los neumáticos. Sencillamente se buscan otra que funcione.

Sigo caminando por calles residenciales con mucho verde en los jardines. Por todas partes silencio, incluso rigidez. Todo el mundo parece agazapado, y aterrorizado. Muy de vez en cuando pasa trotando alguna criatura joven, bien vestida. Dicen que han abierto salas de baile, la viuda lo ha oído en la panadería.

Tenía la garganta seca por la tensión cuando di la vuelta a la esquina de la calle en la que vive mi amiga. Cuando se lleva dos meses sin ver a otra persona —¡y qué meses!—, una no sabe si se encontrará la casa todavía en pie y si estarán con vida sus moradores.

Ahí estaba la casa, intacta, pero cerrada a cal y canto, muerta. Estuve dando vueltas alrededor de la casa durante un cuarto de hora, voceando y silbando hasta que una vecina me dejó entrar. Arriba, junto a la puerta del pasillo constaba todavía el conocido nombre. Llamé a la puerta con los nudillos. Me di a conocer. Dentro, un grito de alegría. De nuevo un abrazo a una mujer con la que, como mucho, había intercambiado un apretón de manos. El hombre exclama: «¡Anda carajo! ¡Mírala, se viene dando un paseo como si no sucediera nada ahí fuera!»

Ilse y yo intercambiamos precipitadamente las primeras frases: «¿Cuántas veces te violaron, Ilse?» «Cuatro, ¿y a ti?» «Ni idea. Tuve que ir ascendiendo en la jerarquía, desde recluta hasta comandante.»

Estamos sentados en la cocina bebiendo té auténtico sacado expresamente para la ocasión. Comemos una rebanada de pan con mermelada, nos contamos cosas... Sí, hemos aguantado todas bastante sufrimiento. A Ilse la pillaron una vez en el refugio. Las otras veces fue en la primera planta, en un piso vacío en el que la introdujeron a empujones y a golpes de culata en la espalda. Uno —sigue contando— se quiso acostar con ella con el fusil. Entonces a ella le entró miedo y le dejó bien claro con gestos que tenía que dejar el fusil a un lado. Cosa que el tipo hizo.

Mientras hablábamos del tema, el marido de Ilse se fue a casa de los vecinos para, según dijo, poder ofrecerme luego algunas novedades captadas con el receptor de radio. Ilse sonrió burlona cuando se retiró su marido: «Ya ves, no resiste que se hable de estas cosas delante de él.» Se atormenta reprochándose a sí mismo que no hizo nada en el sótano, que se quedó allí inactivo mientras los Ivanes violaban a su esposa. Durante la primera violación en el sótano, tuvo que oírlo todo porque estaba muy cerca. Debió de ser una sensación muy extraña para él.

Por lo demás, aprovechamos la ausencia del señor R. para un pequeño

cotilleo de mujeres. Ilse es una mujer exigente que ha viajado por todo el mundo y posee hábitos mundanos. ¿Qué tiene que decir acerca de los caballeros rusos?

«Lamentables», dijo arrugando la nariz. «Es que no tienen la más mínima ocurrencia, el más mínimo detalle. Son simples y groseros, y parece que lo son todos, sin excepción, según he podido escuchar aquí en esta casa. Pero quizás has tenido tú mejores experiencias con tus oficiales de alto rango. Cuenta, anda.»

«No. En ese punto, no.»

«Puede que en su tierra tengan lo último de lo último en economía planificada», dice Ilse. «Pero en lo que se refiere al erotismo se han quedado en los tiempos de Adán y Eva. Esto se lo he dicho también a mi marido como consuelo.» Guiñó un ojo: «Con la escasez que hay, tampoco es que valga de mucho un pobre marido. El mío ya tiene complejos por esta razón, y se imagina que los del Ejército Rojo, con su porte y su garbo, tienen alguna posibilidad con nosotras.» Nos reímos mucho y estuvimos de acuerdo en que, en libertad, nuestros queridos animalitos enemigos, como aspirantes normales, no tendrían la más mínima posibilidad con nosotras en el noventa y nueve por ciento de los casos. Y ese uno por ciento restante requeriría sin duda un examen previo.

Así le dimos al pico vengándonos con escarnio de aquellos que nos habían humillado.

El ingeniero trajo efectivamente algunas noticias de la casa de los vecinos. Parece que Berlín se convertirá en una ciudad internacional para todos los vencedores, y Leipzig será la capital de los rusos. Himmler ha sido capturado. Sobre Adolf las noticias siguen siendo inciertas. Mientras Ilse tenía un aspecto sosegado, y glosaba las circunstancias de la actualidad con superioridad señorial, su marido está azorado y confuso. Su carrera se ha ido al traste. Su negocio de armas, si no ha sido destrozado por las bombas, lo estarán desmontando en estos momentos. Los rusos se están llevando todas las máquinas alemanas. Cuando venía hacia aquí me topé con varios camiones cargados de enormes cajas de madera. Ahora ya sé lo que había dentro. El señor R. teme tener que descender en la escala social y comenzar de nuevo como obrero. Anhela contactos y novedades, está lleno de angustia vital y vivamente preocupado por conseguir ganarse de nuevo el pan en algún lugar. Ha solicitado un puesto para ocuparse de la calefacción del hospital. Está todavía aturdido por el derrumbe. Otra prueba más de que nosotras, las mujeres, aguantamos mejor las caídas, no nos entra tan fácilmente el mareo. Ilse y su marido están aprendiendo ruso. Contemplan la posibilidad —aunque con desgana— de un traslado a Rusia. «Se nos están llevando de aquí los medios de producción», dice el marido. No cree que a nosotros, los alemanes, se nos permita a corto plazo una producción digna de mención. En la radio de los vecinos ha oído que toda Alemania se transformará en un patatal. Ya veremos.

Larga y reiterada despedida. Y es que no sabemos cuándo y si nos

volveremos a ver. En el camino de vuelta subí a casa de la sobrina política de la viuda, la joven que va a ser madre, que vive con su amiga Frieda y espera un bebé. La chica estaba echada boca arriba, tenía un gesto encantador. De su interior emanaba una especie de luz. Sin embargo, la bóveda de su vientre reposa sobre un cuerpo demasiado famélico, flaco. Y el contraste resaltaba fuertemente. Una creía estar viendo cómo la futura criatura chupaba todas sus sustancias y energías del cuerpo de la madre. Del futuro padre no había noticias, por supuesto. Parecía haberse olvidado por completo de las necesidades diarias, de la búsqueda de leña y alimentos, por ejemplo. Como en el piso sólo hay una cocina eléctrica —ahora completamente inútil—, las chicas se han construido en el balcón, con ayuda de ladrillos, una especie de fogón que alimentan con ramas de abeto rojo buscadas con mucho esfuerzo. Tarda una eternidad hasta que la escasa papilla coge el punto. Por si fuera poco, Frieda tiene que estar continuamente delante de la hoguera, removiendo las ascuas y echando ramas al fuego. Olía a Navidad por la resina.

Luego el camino a casa, caminar, caminar. Un cartel en alemán y en ruso anuncia que pronto se inaugurará un «mercado libre». ¿Por quién? ¿Para quién? Un «periódico de pared» da los nombres de los nuevos gobernantes de la ciudad. Personalidades completamente desconocidas, presumiblemente emigrantes regresados de Moscú. Me encontré con algunas cuadrillas muy variopintas de italianos. Iban cantando, cargados con hatillos y maletas, al parecer equipados para el regreso a casa. Otra vez bicicletas rodando ruidosamente sobre las llantas desnudas. En Schöneberg no había casi nadie en las calles, y el túnel de los espíritus del tren de cercanías estaba negro y abandonado. Me puse muy contenta cuando lo dejé atrás, cuando divisé las casas de nuestra manzana. Regresé a casa como tras un largo viaje y expuse a todos mis novedades.

Pies cansados, día bochornoso. Ahora la noche trae paz y lluvia.

MARTES, 22 DE MAYO DE 1945

A las seis de la madrugada, la viuda iba moviéndose ya por la casa. La víspera, el presidente de la escalera le había entregado un papelito. (¡Presidente de la escalera, un nuevo invento! En nuestro caso, representa ese cargo el marido de la de Hamburgo.) La orden, un ciclostil recortado, dice que la viuda tiene que presentarse a las ocho de la mañana en el ayuntamiento, para ir a trabajar. Nada más. «Estaría muy bien que fuera a cortar espárragos», dijo dibujando en nuestra imaginación los riquísimos espárragos.

Bueno, así que hoy he hecho de ama de casa. Preparé la comida para el señor Pauli y para mí. Una sopa de harina de guisantes. Hacia las dos del mediodía se oyeron voces de llamada en la calle, delante de nuestra casa: un

pregonero oficial, como hacía siglos que no se oía a ninguno. Se había instalado bajo el arce y recitaba mecánicamente, leyendo de una hoja de papel, que todos los hombres y mujeres de edad comprendida entre los quince y los cincuenta y cinco años, aptos para el trabajo y sin ocupación actual, tenían que comparecer en el ayuntamiento para una incorporación inmediata al trabajo.

Gran debate en la escalera de casa: ¿qué hacemos? ¿Vamos o no? La librera estaba a favor de ir porque temía que, de lo contrario, vinieran a buscarnos a las malas. Yo estaba de acuerdo con ella. Nos pusimos las dos juntas en camino. Le pregunté si sabía qué había sucedido con su librería. «Se incendió a finales de abril», fue su escueta respuesta. A pesar de todo, la librera ve el futuro con optimismo. En el sótano —dice— ha mantenido a salvo durante todo el Tercer Reich una caja gigantesca llena de libros..., la mayoría es literatura «prohibida». Eso significa lo que se nos prohibió desde 1933: primero los libros de judíos y exiliados, más tarde los libros de nuestros enemigos. «La gente anda ahora desesperada detrás de esos libros», dice la librera. «Abriremos un rincón en nuestro negocio y organizaremos un préstamo de libros, naturalmente con un depósito elevado, de lo contrario desaparecerían todos en un santiamén.» Pedí ser la primera lectora en ir. Tengo que recuperar muchas lecturas.

Ante la escalera del ayuntamiento se agolpaban ya muchas mujeres. Se veía en cambio a muy pocos hombres, dispersos. Un joven, dando muchas voces y gesticulando en exceso, escribía nuestros nombres en una lista. La calle de delante del ayuntamiento ofrecía la imagen de una calle en obras con mucho trajín. La zanja en medio de la calzada, excavada en su día para misteriosos fines de guerra por algunos alemanes y muchas prisioneras rusas con sus chaquetones acolchados, la están cegando ahora otra vez los nuestros bajo órdenes rusas... Un proceso cuya lógica me convence. Rellenan la zanja con arena, cascotes de ladrillos y escombros calcinados. Mujeres empujando vagonetas. Llevan el relleno hasta el borde de la zanja y lo vuelcan dentro. Por las calles adyacentes hay cadenas de manos acarreando cubo tras cubo hacia las vagonetas. Mañana, a primera hora, tengo que incorporarme yo también a este trabajo. No tengo nada en contra.

En vano estuve buscando a la viuda entre las mujeres trabajadoras. Un coche con altavoces paró delante de mí vociferando noticias en un alemán teñido de ruso. Nada nuevo para mí.

Para cenar hubo pan con carne en conserva. La viuda seguía sin venir. Eran ya las nueve cuando por fin apareció su sombrero rojo abajo en la calle. Estaba rendida, hecha polvo, muerta. Expelía algunas exclamaciones breves e ininteligibles de rabia, y se negaba a darnos cuenta de lo sucedido. Sólo tras un interminable aseo corporal consintió en dirigirnos algunas frases. De cortar espárragos, nada. Un camión ruso llevó a las mujeres a una fábrica de maquinaria donde la viuda, junto con otras doscientas mujeres, se pasaron todo el día metiendo cosas en cajas, sacándolas, cambiándolas de sitio, metiéndolas de nuevo, y todo bajo las órdenes vejatorias de los rusos, a empellones. A

mediodía tan sólo les dieron un mendrugo de pan.

«Si a esto le llaman organización...», así se descargaba la viuda con nosotros. «¡Qué desbarajuste, qué inutilidad!»

Y contó: «Les dijimos enseguida que las piezas de hierro pesaban demasiado para las cajas y éstas acabarían desfondándose. Nos chillaron: "¡Cerrad el pico!" y *"Rabotta, rabotta!"* Y cuando al levantar la primera caja —sí, la primera—, ésta se desfondó quedando hecha pedazos, entonces comenzaron los gritos de verdad, y claro, ¡las culpables éramos nosotras, quién si no!» La viuda se estremece: «No me explico cómo esta gente ha podido ganar la guerra. Tienen menos cabeza que un escolar alemán.» Y sigue enumerando más órdenes erróneas de los rusos y su testarudez. Y no puede calmarse. Tuvo que hacer a pie la hora y media de camino de regreso a casa. Ningún camión llevó a las mujeres a casa tras la faena hecha. El resultado: una ampolla en un dedo del pie. La viuda gime, se queja del destino de todos nosotros y de la derrota alemana. No hay nada que pueda consolarla, ni siquiera el martillo, ni las tenazas, ni los trapos para limpiar el polvo, ni la taza de hojalata... Objetos que la viuda se trajo consigo de la fábrica, ocultos bajo su vestido.

MIÉRCOLES, 23 DE MAYO DE 1945

Provista de un cubo y de una pala para la basura, me encaminé hacia el ayuntamiento a primera hora de una mañana gris y lluviosa. De camino se puso a diluviar. Sentía cómo mi vestido de punto iba empapándose de lo lindo.

No paraba de llover, unas veces lluvia fina, otras más fuerte. A pesar de todo, íbamos llenando cubo tras cubo con escombros para no romper la cadena de manos. Éramos unas cien mujeres de todo tipo. Las unas se mostraban perezosas y desganadas, y sólo se movían cuando uno de los dos vigilantes alemanes pasaba cerca de ellas. (Siempre asignan a hombres para los puestos de vigilancia.) Otras mujeres se mataban trabajando con el empeño de un ama de casa, incluso con obstinación. «El trabajo tiene que hacerse de todos modos, así que...», dijo una con profunda convicción. Empujábamos las vagonetas hasta la zanja en grupos de cuatro. Aprendí a manejar una plataforma giratoria. Hasta que la lluvia, que caía a cántaros, nos obligó a guarecernos.

Estábamos todas apiñadas como animales bajo un balcón. Teníamos las ropas mojadas pegadas al cuerpo; teníamos escalofríos y temblábamos. Aprovechamos la ocasión y nos comimos el pedazo de pan mojado, sin nada. Una mujer masculló: «Con Adolf no comí nunca una cosa así.»

De todas partes vinieron réplicas: «Pues se lo pone usted también esto en la cuenta de su Adolf, ¿vale?»

A lo que responde la mujer, completamente azorada: «Bueno, no lo decía en ese sentido.»

Estuvimos más de una hora así, de pie. La lluvia caía sin interrupción. Cuando ya sólo lloviznaba, el vigilante, un joven con apellido checo que hablaba en dialecto vienés, nos llamó para que regresáramos a las vagonetas. La vagoneta que manejaba yo llevaba el rótulo: «La vagoneta sonriente.» Otra vagoneta tenía escrito con tiza la frase: «La vagoneta llorona». Pero una mano había tachado la palabra «llorona» y escrito encima «risueña».

Hacia las tres, nuestro vienés puso una señal junto a nuestros nombres en la lista y pudimos regresar a casa. Desbordante de alegría caminaba volteando mi cubo de la basura según el lema: «Lo que no me mata, me hace más fuerte.»

En casa encontré a la viuda completamente alborotada. Confesó que en los últimos días había sentido un «picor y un escozor» y que por ello se fue a consultar su enciclopedia. Las palabras que buscó: «gonorrea» y «sífilis». Ciertamente, como buena mujer de boticario, le ha sido posible reunir muchos conocimientos sobre las enfermedades humanas; sin embargo, en esta especialidad carece de la experiencia necesaria. «Tengo unos bultitos», afirma con rotundidad. En la enciclopedia, esos bultitos son el síntoma característico de una incipiente sífilis. Hacen acto de presencia entre tres y cuatro semanas después del contagio. La viuda hace sus cálculos. El violador de la escalera, el pequeño imberbe, la tomó hace exactamente cuatro semanas.

«¿Qué? ¿Vania? ¿El niño ese?» No me lo puedo creer: «¿Ése...?

«¿Por qué no? Justo un bicho atontado como él. Además no sé si ha sido realmente Vania. ¿Cómo saberlo? Está también el polaco...»

La viuda solloza desconsolada. ¿Qué hacer ahora? Que la examinara yo no tendría ningún sentido. No entiendo nada de eso. Mi propuesta de preguntarle al señor Pauli fue rechazada con enérgica protesta. Así que no queda otro remedio que esperar hasta mañana e ir lo más temprano posible a la planta que han montado en el hospital para mujeres violadas. Pero al mismo tiempo me viene a la cabeza el recuerdo del picor que me entró en las orejas cuando en la escuela nos enseñaron la lección del oído humano con modelos de exageradas proporciones anatómicas. Es de suponer que a la viuda le entraron los síntomas precisamente después de leerlos en la enciclopedia. Hay que esperar hasta mañana. Tal vez tenga que ir yo también a que me hagan una revisión. Mi regla lleva un día de retraso.

JUEVES, 24 DE MAYO DE 1945

El despertador sonó escandalosamente. ¡Arriba, al tajo! Esta vez me vestí con los pantalones de chándal azules y me puse un delantal de cocina. De nuevo el cielo nuboso. Lloviznaba cuando empezamos el trabajo. Trabajábamos infatigablemente con las palas. Esta vez había incluso dos hombres, pero sólo movían las palas cuando el vigilante les echaba el ojo, si no nada. De repente,

hacia las diez, griterío. Una voz rusa: «¡Mujer, ven conmigo! ¡Mujer, ven conmigo!» Una exhortación excesivamente popular. En un instante desaparecieron todas las mujeres como si hubieran sido barridas. Se ocultaron detrás de puertas, vagonetas, montones de escombros, se agacharon haciéndose muy pequeñas. Pero al cabo de un rato volvieron a salir a escena la mayoría, entre ellas yo. «No irán a... ¿Aquí, en plena calle? Pero si sólo es uno.»

Y ese uno estaba poniendo manos a la obra. Parecía provisto de órdenes. Juntó al resto de las mujeres formando un grupo. Nos movíamos tras él, delante de él. Daba vueltas en torno a nosotras como un perro alrededor del rebaño de ovejas. Era un teniente, con el fusil aprestado. Fuimos atravesando jardines hasta llegar finalmente al recinto de una fábrica de herramientas.

Las amplias naves, con los cientos de bancos de trabajo, estaban desiertas. Resonaba en los muros un grito de coraje, en alemán, empleado a la hora de levantar grandes pesos. En ese momento, un grupo de hombres alemanes, bajo órdenes rusas, estaba cargando en unos vagones, con ayuda de grúas, las piezas de una prensa de forja más alta que un hombre. Por todas partes se veía a hombres desatornillando, dando vueltas a palancas, engrasando, cargando. Fuera, sobre las vías de la fábrica, había largas hileras de vagones de mercancías, algunos ya bastante cargados con piezas de maquinaria.

¿Qué hacíamos nosotras aquí? Estuvimos dando vueltas por la nave. No sabíamos adónde dirigirnos. Largarnos no podíamos. Eso lo vimos enseguida. Todas las salidas estaban vigiladas por soldados.

Finalmente se nos dio la orden de reunir en la gran nave de montaje todo aquello que fuera de latón o cualquier cosa de «metal claro», y llevarlo en cajas hasta uno de los vagones.

Con una compañera que me tocó al azar, y que ni me miraba a la cara ni respondía para nada a mis intentos de entablar conversación, arrastramos una caja. Fui agarrando aquí y allá todo lo que lucía un poco: tuercas de cobre, barras de latón..., como una urraca. Estuve revolviendo en las taquillas de los trabajadores. Encontré pipas, pañuelos arrugados, papel de bocadillo doblado con sumo cuidado. Todo como si el colega hubiera acabado ayer el trabajo. Nuestro botín de urracas lo arrojábamos sin más al interior de un vagón. Dentro había dos mujeres clasificando los objetos de metal a la manera de un ama de casa, por tamaño.

Pasado el mediodía nos enviaron a otra nave, una especie de almacén. En los elevados estantes se apilaban barras de metal de todos los tipos, roscas, tornillos y tuercas. De estas últimas las había del tamaño de un puño. Mediante una cadena de manos íbamos haciendo llegar todo aquello a la última mujer que, según las órdenes recibidas, debía apilarlo en cajas.

Recordé las experiencias de ayer de la viuda y esperaba con bastante expectación el momento en que se desfondarían las cajas durante el transporte. No llegó a suceder eso, sin embargo. Al intentar levantar la primera caja, comprobaron que el peso era excesivo. Ni siquiera nuestro capataz, un

suboficial bizco con una caja torácica parecida a un armario, pudo mover la caja. No había carretillas ni similares. Al final, el bizco, tras diversas maldiciones, dio la orden de sacar todo de las cajas y de llevar todo fuera, a un vagón, mediante otra cadena de manos. Así se cubría un mínimo de trabajo con un máximo de esfuerzo.

Llegaron refuerzos, la mayoría mujeres, jóvenes, pero también las había muy mayores. Se dijo que íbamos a recibir algo de comer. Y, efectivamente, pasadas las tres se nos envió a la cantina de la fábrica. Hubo una humeante sopa de pan, bien densa. Escaseaban los platos de latón, y también las cucharas. Así que había que esperar que una mujer acabara para que pudiera empezar otra a comer. Era raro que alguna se acercara al grifo. La mayoría limpiaba por encima la cuchara con la falda o con el delantal y tomaba el plato de la comensal anterior tal como le llegaba.

¡De vuelta, *rabotta*! En el almacén había mucha corriente de aire. Esta vez nos tocó pasar de mano en mano instrumentos de zinc, durante horas y horas. Finalmente, a eso de las ocho, apareció nuestro capataz bizco anunciando: «Mujer... ¡a la casa!», al tiempo que hacía un movimiento con la mano como si estuviera espantando a las gallinas que tenía delante. Un grito general de júbilo y de alivio. En la cantina nos dieron después un pedacito de pan de 100 gramos. Luego trajeron rodando un barril; del canillero manaba una sustancia viscosa y blanca..., una especie de melaza. Hicimos cola. «Sabe a gloria», aseguraron relamiéndose las primeras que estaban junto al barril. Yo no sabía cómo cargar con aquello, hasta que una mujer me dio un pedazo de papel verde cardenillo que había encontrado en el almacén. El verde destiñe, pero las mujeres dicen que no es tóxico.

A eso de las diez de la noche, aparecí orgullosa con mi botín en casa de la viuda. Cuando desenvolví del papel la sustancia pegajosa que se había vuelto verde, la viuda únicamente sacudió la cabeza. Metí una cuchara, saboreé y se me llenó la boca de papel. No pasa nada..., tiene un sabor dulce. Al cabo de un buen rato me vinieron a la cabeza la enciclopedia y los «bultitos» de la viuda.

«Bah, nada», contestó ella a mi pregunta. «El médico ha dicho que está todo bien.»

Seguí preguntando. Quería saber cómo se llegaba a la planta de las revisiones médicas.

«Había allí dos mujeres más, aparte de mí», contó la viuda. «El médico era una persona muy jovial. Estuvo tocando un rato y luego me dijo: "¡Luz verde. Vía libre!"» La viuda se estremeció: «Bien. Ese asunto lo tengo resuelto.» Por cierto, entretanto han encontrado una expresión oficial para las violaciones: «relaciones coactivas», las denominan ahora las autoridades. Un vocablo para el que quizás se podría considerar su inclusión en una reedición de los diccionarios para soldados.

VIERNES, 25 DE MAYO DE 1945

Me he levantado otra vez muy temprano y he caminado hasta la fábrica por esta mañana de cielos despejados. Venían mujeres de todas partes. La mayoría ha traído hoy un cazo para comer. También yo llevo colgado del cinturón la batería de cocina del soldado. Nos alineamos, primero en filas de a tres según la orden, luego en filas de a cuatro. Nos contaron una y otra vez, nos seleccionaron, anotaron nuestros nombres. Nuestro vienés que nos ha seguido aquí desde el trabajo con las vagonetas en la zanja —dicen que es músico—, necesitó casi una hora hasta apuntarnos a todas en su lista. Ha venido alguna mujer nueva. «Trabajar lo vamos a tener que hacer de todas maneras», le oí decir a una. «Y aquí por lo menos nos ganamos el pan.»

El día comenzó realmente con una sopa espesa de cebada mondada. Desde el terraplén nos dirigimos luego, con lentitud, hacia las naves. Junto a los muros trabajaban prisioneros alemanes. Cabezas grises, vestidos con las prendas más míseras, probablemente pertenecientes todos a las milicias del Volkssturm. Cargaban pesadas ruedas en los vagones y jadeaban por el esfuerzo. Nos miraban con insistencia. Se escaqueaban de sus puestos. Yo no comprendía por qué. Pero otras mujeres lo comprendieron enseguida y, con el mayor de los disimulos, daban trozos de pan a los hombres. Eso está prohibido. Pero el soldado ruso de guardia miraba obstinadamente en otra dirección. Los hombres estaban demacrados y sin afeitar, tenían una triste mirada de perro. Me parecía imposible ver a aquellos hombres como alemanes. Eran similares por completo a los prisioneros rusos que se veía durante la guerra retirando escombros. Se trata de otro giro de los acontecimientos, cuya lógica convence.

De nuevo en la nave. Entre dos o tres cargábamos pesadas barras de hierro. Luego hicimos llegar a los vagones placas de metal y varillas haciendo una cadena. Apareció un ruso en la nave. Se quedó mirando a la hilera de mujeres e hizo señas a dos, luego a una tercera, para que se acercaran. La tercera era yo. Fuimos trotando tras él. ¿Adónde? Una de nosotras formuló una suposición: «¿Quizás a pelar patatas?» Ya habían seleccionado a una docena de mujeres para esa tarea en el terraplén, donde están las caravanas rusas adornadas delicadamente con cortinas.

No. Nos condujo a una barraca a través de un pasillo oscuro, con un olor cada vez más penetrante a excrementos. Una de las mujeres se escapó. Dio sencillamente media vuelta atravesando el recinto. El ruso nos hizo ir entonces delante de él a las dos restantes. Nos condujo a una sala con el suelo empedrado. Podían verse calderas de lavadero, baldes, planchas para restregar la ropa, cubos. Nos indicó que entráramos allí con el ademán de quien lava la ropa.

Bueno, qué se le va a hacer. Pero nada de trabajar en ese antro apestoso. Con ayuda de mi compañera casual, una bajita de mirada atrevida,

transportamos la mayor parte de las cestas de la ropa afuera, al aire libre, delante de la puerta cubierta de la barraca, a una especie de barandilla. Allí nos sentíamos más seguras, y no olía tan mal. Al ruso le pareció bien. Nos trajo dos pedazos de jabón duro y una cantidad de batas sin mangas que habían sido blancas en tiempos remotos, camisas, toallas... Nos ordenó con gestos que laváramos toda aquella ropa. Era parco en palabras, pero nada antipático, y no nos sobaba de ninguna manera, ni siquiera con la mirada.

La mujer que lava conmigo se da a conocer como natural de Danzig e intercambia con el ruso algunas frases en polaco. ¡Perfecto! Así no tengo que hablar yo, y puedo ocultar que sé ruso. No me gusta hablar con ellos haciendo de lavandera.

Continuamente aparecen por aquí en grupitos, hacen el burro entre los cubos y se ponen a decir tonterías sobre nosotras. Dos se pusieron, por ejemplo, a discutir sobre la edad que tendríamos. Tras un largo tira y afloja me echaron a mí veinticuatro años. ¡No está mal!

Fueron pasando las horas. Nosotras enjabonábamos, restregábamos, cargábamos cubos de agua caliente de la caldera para la tropa, agua fría de la boca de riego en la calle. Me he desollado los dedos con la ropa sucia. Las toallas están repletas de grasa. Todas, sin excepción, eran toallas de familias alemanas con las iniciales, botín. Cepillaba las prendas con un cepillo para el pelo y me dejaba el alma ahí. A cada momento aparecían rusos en torno a nosotras, nos pellizcaban allí donde alcanzaban a tocarnos. Yo coceaba como un caballo y les mojaba con el cepillo chorreante, pero sin decir nada. A veces venía nuestro contratista y echaba a los pelmazos. Luego traía una pila de calzoncillos. No tienen botones, se los atan con cintas.

La de Danzig, como en una cantilena monótona, me contó cómo algunos Ivanes violaron a su madre ya mayor. La madre, ya abuela, les preguntó luego con su acento polaco de Danzig si no se avergonzaban los muchachos de violar a una mujer tan mayor.

Le respondieron con la clásica respuesta en alemán: «Tú vieja, tú sana.»

Ya pensaba que iba a sufrir un colapso con la colada, cuando apareció nuestro jefe anunciando la pausa de mediodía. Nos trajo a cada una un cazo lleno de sopa con tropezones de carne, pepinillo y laurel, y además un plato de hojalata lleno de puré de guisantes con tocino reblandecido. Parece que nuestro jefe es cocinero, y bueno además. La comida nos supo a gloria. Sentí crecer nuevas fuerzas en mi interior.

Seguimos lavando, sin parar. Las dos de la tarde, las tres, las cuatro, las cinco, las seis. Lavábamos sin pausa, estábamos vigiladas sin pausa. Enjabonábamos, escurríamos, cargábamos agua. Nos dolían los pies. Ya hacía rato que teníamos los nudillos desollados. Los rusos en torno a nosotras creían que nos estaban jugando una mala pasada con tanto lavado. Se frotaban las manos maliciosamente. «¡Je je! Tenéis que lavar para nosotros. ¡Lo tenéis bien merecido!» La de Danzig sólo sonreía mostrando los dientes. Yo seguía dándole

a la ropa como una sordomuda. Sonreía en todas direcciones y lavaba, lavaba. Los tíos estaban maravillados. Oí que uno le decía al otro: «Trabajan bien ésas. Y siempre están contentas.»

Nos demoramos con las últimas toallas hasta bien pasadas las seis. Limpiamos las cestas de la ropa y nos encaminamos a la cantina, donde nos dieron un cazo de sémola a todas. Después, cuando íbamos a salir con las demás mujeres, nos detuvieron en el portón y nos obligaron a regresar. Las mujeres organizaron un buen alboroto gritando, empujando en dirección al portón. Era un motín en regla. Pero para los vencidos no existe la jornada laboral de ocho horas. Un soldado nos repelió con el fusil levantado y gritó en tono amenazador: «¡Mujer! *Rabotta*!» Una palabra rusa que todo el mundo ha aprendido.

Tuvimos que regresar a la nave a seguir cargando piezas de hierro. Mudas e indiferentes nos pasábamos las planchas y las barras. Duele terriblemente coger hierro frío con las manos relavadas.

Finalmente, hacia las ocho, el vigilante nos gritó que el vagón estaba lleno. Sí. Estaba más que lleno. Crujía literalmente cuando la locomotora lo sacó de la nave. Quizás se desfonde el suelo del vagón en el viaje a Moscú. Un viejo trabajador saltó del tren en marcha y dijo que deberían haberle dejado ahí en el vagón y facturarlo para Rusia, pues, «¿qué vamos a hacer aquí después?». Y señaló la nave desierta, vacía. Y las mujeres preguntaron: «¿Dónde trabajarán ahora nuestros maridos?»

Una hora más tarde estaba yo en casa, muerta de cansancio, con las manos tiesas que me han hecho ver las estrellas al escribir. Pero al mismo tiempo estoy todavía extasiada con la rica y grasa comida del mediodía. Mañana habrá que seguir lavando. Nuestro jefe nos ha anunciado más trabajo.

SÁBADO, 26 DE MAYO DE 1945

De nuevo el interminable recuento del ganado en el recinto de la fábrica, a pesar de que nuestro vienés ya tendría que conocer una fórmula mejor para los listados. El día comenzó otra vez con una sopa caliente de cebada mondada. Las mujeres contaban con alegría los tropezones de carne. Y yo me alegro de no tener frente a mí a ningún señor Pauli que vigile los bocados que voy dando.

Anduve buscando a la compañera de lavados de ayer. Pero en vano. La pequeña y descarada de Danzig no apareció. Por ello convencí a otras dos mujeres, a una muy jovencita y a otra de unos cuarenta años, las dos de aspecto simpático, para que fueran conmigo a la lavandería. Nos encontramos ya preparadas, en remojo, muchas camisas de uniforme salpicadas de manchas de grasa. Y es que ésta es una unidad motorizada.

Fue un día como el de ayer. Las nuevas lavanderas son activas y

simpáticas. De nuevo tenemos a los rusos apiñados alrededor de nosotras. Nos defendemos dando empujones y carcajadas sin ganas. A uno de ojos rasgados se le ha metido en la cabeza sacarnos de quicio. Nos volvió a tirar a la pila algunas de las camisas que ya estaban tendidas. Y lo hizo señalando algunas manchas todavía visibles en las prendas. Sí, sin duda sigue habiendo manchas ahí. El poco y mísero jabón que nos dan y nuestro cepillado no son suficientes. Otros muchachos se mostraban en cambio más amables. Ponían pedazos de pan junto a sus camisas.

Hacia el mediodía, nuestro jefe montó para nosotras una especie de comedor con una caja y dos cajones al revés, nos dijo que tomáramos asiento y nos sirvió, siempre con la misma cara inamovible y simpática, una gran olla de sopa de carne muy grasienta. Comimos lentamente al sol. Mis compañeras lavanderas también disfrutaron con esta comida. Por lo demás, a mi pregunta típica por las veces que les había pasado eso, recibí de las dos una respuesta evasiva. La mayor, una persona sin remilgos, con la dentadura devastada pero con un humor devastador, dijo que a ella le daba todo lo mismo. Lo principal ahora era que su marido, cuando regresara del frente del oeste, no se enterara de nada de lo sucedido. Por lo demás se declara partidaria de la frase «Más vale un ruso en la barriga que un americano en la cabeza». Y tiene sus motivos. Cuenta que una bomba certera dejó sepultados en el sótano a los vecinos de una casa. Hubo heridos y una mujer muerta. Tuvieron que transcurrir dos horas para que vinieran socorristas a desenterrarlos. La narradora cayó en la mayor de las emociones cuando se puso a hablar de la difunta. «Estaba sentada en la pared, justo delante de un espejo.» Los constructores habían colocado a muy baja altura el espejo porque el refugio estaba pensado en su origen para los niños de un parvulario que se encontraba en una barraca colindante. Pero cuando fueron evacuados de Berlín todos los niños, se cerró el parvulario y se autorizó el uso del refugio a los vecinos de la casa. «Y entonces, la anciana recibió en la espalda y en la parte posterior de la cabeza el impacto de las esquirlas del espejo roto en mil pedazos. Se desangró en completo silencio sin que nadie, en la agitación reinante, se apercibiera de nada.» La narradora, encolerizada, agitó al aire su cuchara sopera: «¡Espejo! ¡Fantástico invento!»

Sin duda fue ésa una muerte singular. Probablemente, los chiquillos para quienes se construyó el refugio debían de peinarse los ricitos por las mañanas, después de las noches de bombardeo. Seguramente se puso ese adorno muy al comienzo de la guerra, cuando todavía nos tomábamos la defensa antiaérea con seguridad y comodidad.

Matamos la tarde lavando. Restregábamos con nuestras manos arrugadas e hinchadas camisas, pantalones y gorras. Hacia las siete nos pudimos escapar disimuladamente a la calle por una portezuela lateral. Una magnífica sensación de libertad, de fin de jornada laboral y de hacer novillos en la escuela.

En casa, la viuda, el señor Pauli y yo nos acabamos lo que quedaba del Borgoña aquel que robé del cuartel de la policía. Mañana es domingo, pero no

para mí. El vienés nos echó un discurso: si mañana no íbamos a la fábrica a continuar trabajando se nos sacaría a la fuerza de nuestras casas.

DOMINGO, 27 DE MAYO DE 1945

Un día largo, triste, cansado. El domingo más largo de mi vida. Trabajo de ocho de la mañana a ocho de la tarde, ininterrumpidamente a cielo abierto, con un sol de justicia. Hoy no hubo lavandería. Nuestros rusos tienen fiesta. Hicimos una cadena en el patio. Nos pasábamos de mano en mano barrotes y pedazos cortantes de zinc. La cadena, de unos cien metros de largo, la componíamos unas pocas personas. Hasta la siguiente mujer había que recorrer siempre dos o tres pasos con aquella pesada carga. Al cabo de poco rato ya tenía dolor de cabeza por la insolación. Además tenía la espalda dolorida y las manos desolladas por los días de lavado.

Alrededor chismorreo estúpido, pequeñas riñas. Finalmente una especie de canto. Las mujeres salmodiaban sin parar el verso: «El sol solito en el cielo calentito, y el alcalde en el arroyo se ca...lienta el sol solito...» Etcétera. Una cantinela monótona. Así expresan las mujeres su rabia por el domingo robado.

Una mujer alta, en los huesos, se sacaba de las profundidades de su vestimenta un reloj de pulsera envuelto en un pañuelo y nos decía de vez en cuando la hora. Las horas pasaban lentamente. Hubo una pausa para comer rápidamente el cazo de sémola.

Y dale que te pego bajo el calor tórrido sin sombra. Zinc y más zinc, sin parar. A eso de las cuatro quedó lleno el primer vagón. Brillaba como la plata. Todas juntas lo empujamos con un «a la una, a las dos y a las...» unos metros adelante, y acercamos rodando el siguiente vagón de mercancías. Un vagón francés de Burdeos, con las siglas que me eran tan familiares: SNCF. Apestaba. Lo habían utilizado como retrete. Las mujeres reían. Una dijo: «La mierda se va también para Moscú.»

Y dale que te pego, zinc sin fin. Al final, aquello resultaba de lo más aburrido incluso para nuestros vigilantes. Conocemos a los dos soldados muy bien. Les llamamos «Peluchín» y «Bizco». Hoy no fueron demasiado severos. Pronunciaron dos veces la bella palabra alemana *«Pause!». Y* en una de ellas, el Bizco se atrevió incluso a bailar con una de nuestras chicas mientras las demás llevábamos el compás dando palmas. Hacia las cinco desaparecieron de repente los dos. Fin de su jornada laboral. Pero desgraciadamente no para nosotras. De pronto, el solar quedó en completo silencio. Ninguna orden de arriero, ningún cotilleo, ningún gemido, nada, absolutamente nada. Sólo nuestras pisadas cansinas, y a veces una advertencia breve: «¡Cuidado!», cuando una de las mujeres se quedaba medio absorta. Y luego, claro está, la insistente pregunta por la hora.

Desde el sótano, donde también hubo mujeres trabajando todo el día, se extendió el aviso de que había almacenadas allí masas ingentes de zinc. Hacia las siete corrió el rumor de que se acababa la jornada..., pero resultó ser falso. Y dale que te pego, zinc, zinc y más zinc... Por fin, hacia las ocho apareció un ruso haciéndonos señas para que fuéramos a la cantina. Nos zampamos la sopa grasienta y nos fuimos para casa. Yo estaba que me caía de cansancio. Tengo las manos de color gris oscuro. Después, en el agua del baño, quedaron gruesas pelusas grises flotando. Me eché cuan larga soy, y me dejé mimar por la viuda, que me trajo té y pastel.

Desde ayer tenemos otra vez corriente eléctrica. Se acabó el tiempo de las velas, se acabó el llamar con los nudillos a las puertas, se acabó el silencio. La radio emite desde la estación de Berlín. La mayoría son noticias y revelaciones, olor a sangre, cadáveres, crueldad. Dicen que en grandes campos de concentración se ha quemado a millones de personas, la mayoría judíos. Con sus cenizas se ha fabricado abono químico. Y lo más fabuloso: todo parece estar anotado con esmero en gruesos libros, una contabilidad de la muerte. Y es que somos un pueblo metódico. Ya entrada la noche emitieron música de Beethoven. Y con ella llegaron las lágrimas. Apagué la radio. Una no digiere eso ahora.

LUNES, 28 DE MAYO DE 1945

De nuevo en la lavandería. Hoy estaban nuestros Ivanes pasados de rosca. Nos pellizcaban, nos besuqueaban y repetían su cantinela en alemán: «Tocino, huevos, dormir a la casa», y para que se les comprenda mejor ponen su cabeza sobre el antebrazo como un angelito de Rafael.

Tocino, huevos, los podríamos necesitar. Sin embargo, la deliciosa oferta no encontró ningún cliente. Las violaciones a plena luz del día en este solar completamente abierto, con tanto gentío, deberían ser poco menos que imposibles. Por todas partes hay actividad, en ningún lugar encontrarían los muchachos un rincón tranquilo. Por ello el «dormir a la casa»... a todos les gustaría que alguna chica obsequiosa y necesitada de tocino les invitara a su casa. Con toda seguridad hay suficientes de ésas entre nosotras aquí en la fábrica, pero el miedo actúa como un freno.

Volvimos a lavar blusas, camisas y pañuelos. Uno resultó ser un pañito de mesita de noche, un pequeño rectángulo ribeteado en rojo con el rótulo bordado en punto de cruz: «Felices sueños». Por primera vez lavaba pañuelos llenos de mocos de desconocidos. ¿Asco del moco enemigo? Sí, más que de los calzoncillos. Tuve que vencer las náuseas.

Mis compañeras lavanderas no sintieron al parecer nada parecido, seguían lavando con obstinación. Ahora ya las conozco bastante bien. La pequeña Gerti,

de diecinueve años, tierna y reflexiva, confesaba a media voz todas sus penas de amor. Por un amigo que la abandonó, por otro que cayó... Dirigí la conversación hacia los últimos días de abril. Al final acabó confesando con las pestañas bajas que tres rusos la habían sacado del refugio y, primero uno tras otro y luego todos revueltos, la habían violado en un sofá de una planta baja, que no sabía a quién pertenecía. Esos jóvenes resultaron ser muy guasones una vez consumado el acto. Revolvieron en los armarios de la cocina y sólo encontraron —algo típico en los armarios de cocina alemanes en esos días— mermelada y achicoria. La mermelada se la echaron a cucharadas a la pequeña Gerti en el pelo entre grandes carcajadas, y luego le vertieron generosamente encima la achicoria.

Me quedé mirando fijamente a la pequeña mientras contaba, avergonzada y en voz baja, esta historia inclinada sobre su plancha para lavar la ropa. Intenté imaginarme aquellas escenas espeluznantes. Jamás, jamás podría un escritor inventar algo semejante.

En torno a nosotras hubo todo el día órdenes y más órdenes: «*¡Davai, pustai, rabotta, skaree!*» ¡Vamos, arriba, al tajo, más rápido! De pronto todos tienen una prisa tremenda. Quizás se van a largar en breve de aquí.

Un problema para nosotras, las lavanderas, es ir a hacer nuestras necesidades. Utilizamos un sitio repugnante en el que apenas se puede entrar. El primer día probamos sólo con agua sucia. Pero las cañerías están embozadas. Lo malo es que los rusos nos espían. Ahora lo hacemos así: dos de nosotras hacen guardia —una a cada extremo del pasillo— cuando la tercera tiene que visitar ese lugar. Nos llevamos siempre el jabón y los cepillos con nosotras porque esas cosas desaparecen enseguida.

Poco después del mediodía nos sentamos al sol durante una hora sobre nuestros cajones volcados del revés. Comimos la sopa grasienta y dormitamos un rato. Y luego vuelta a lavar y lavar. Sudorosas regresamos a casa a eso de las siete. Pudimos volver a escaparnos disimuladamente por la portezuela lateral.

En casa un lavado corporal gratificante, ropa limpia, noche tranquila. Tengo que pararme a pensar. Qué grande es nuestra miseria espiritual. Esperamos una palabra dirigida al corazón, que nos hable y nos devuelva a la vida. Nuestros corazones se han vaciado, tenemos hambre de sustento, de lo que la Iglesia católica llama «maná, alimento del alma». Si libro el domingo que viene y vuelve a haber misa, me gustaría ir a una iglesia a ver si las personas encuentran allí ese alimento del alma. La gente de nuestra condición, la que no pertenece a ninguna Iglesia, se atormenta en la soledad y en las tinieblas. El fututo pende, plomizo, sobre nosotros. Yo me resisto, intento mantener encendida la llama en mi interior. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Qué hacer con mi vida? Estoy desesperadamente sola como para intentar dar una respuesta.

MARTES, 29 DE MAYO DE 1945

Otro día más de lavado, largo y tórrido. Esta vez llovieron literalmente pantalones y camisas. Una camisa desapareció de la cuerda para tender la ropa. Por lo visto era una de buena calidad, propiedad de un oficial. A nadie, ni siquiera a la víctima del robo, se le ocurrió ni por asomo que una de nosotras pudiera estar implicada en el robo. Hubo un buen griterío entre los hombres, pero se podía apreciar que aceptaban el robo como un fenómeno natural. La inclinación al robo la llevan muy dentro. Cuando estuve en Rusia, me robaron de todo lo que se podía robar, sobre todo en la primera época: bolso, cartera para llevar documentos, abrigo, guantes, reloj despertador, las medias que dejé colgadas en el baño para secarse. Una vez me robaron unas tijeritas en una oficina en la que había tres empleadas trabajando, justo en el minuto que tardé en agacharme a buscar una foto en un cajón. La ladrona sólo podía ser una de las tres empleadas de oficina tan amables y formales ahí presentes. No me atreví a decir ni palabra sobre el robo. Me limité a buscar en mi escritorio en silencio. Se me puso la cara como un tomate mientras las otras tres de la oficina continuaban realizando su trabajo como si tal cosa. Hoy sigo sin saber cuál de las tres fue. Sólo sé que en aquel entonces no les era posible a los rusos normales comprar tijeras como aquéllas. Seguramente el robo crece con la pobreza. La prueba es que se está extendiendo ahora también entre nosotros. Pero los rusos tienen una manera muy peculiar, candorosa y como natural, de robar. Así son las cosas, ¿qué se le va a hacer?

Los muchachos se pasaron todo el día dando la lata otra vez con su típica oferta de galán: «Tocino, huevos, dormir a la casa.» Uno no me dejaba en paz un solo instante. Me enseñó disimuladamente un billete alemán de 20 marcos, añadió otro billete de 20, si accedía yo a ir rápidamente con él allá dentro, a la barraca... Le había ofrecido antes a la pequeña Gerti lo mismo.

Hoy lavó con nosotras una rusa, la mujer o novia de un capitán, una rubia pechugona. Lavaba camisas de seda artificial, de hombre, mientras tarareaba una canción alemana de moda que habría escuchado quizás en un gramófono. Gerti y la otra lavandera, las dos con voces afinadas de cantante, hacían los coros. La rusa nos sonreía. Soplaba un viento de amabilidad.

Fuera un hermoso tiempecito seco, sol y viento. La mayoría de los rusos dormitaba por el solar. No venía nadie a pellizcarnos ni a besuquearnos. Lavábamos con toda tranquilidad. En algún momento pasamos a las poesías. Resultó que la pequeña Gerti se sabía de memoria casi todo el libro de lectura de la escuela. Yo puse de mi parte; y durante un buen rato se oyeron en la lavandería versos de Mörike, Eichendorff, Lenau y Goethe. Gerti, recitando con las pestañas caídas: «Espera un poco / también tú hallarás reposo.» Y, suspirando: «Ojalá hubiera llegado ya ese momento.» La otra lavandera se estremeció. Dobla en edad a la pequeña Gerti, pero no piensa para nada en la muerte. Su frase favorita: «Todo pasa.»

A eso de las ocho llegué cansada a casa. Se hizo patente entonces que llamarla «casa» era sólo una manera de hablar. Ya no es cierto. Ha estallado la familia que formábamos por azar. El señor Pauli, a la vista de la cesta de patatas prácticamente vacía, se ha puesto a protestar tal como se veía venir desde hacía tiempo y le ha exigido a la viuda que no se me aloje más en casa ni que se me dé más de comer aquí. Bueno, mis acciones han caído en picado al quedarse lo de Nikolái en agua de borrajas y no haber ningún nuevo «come-por-cama» a la vista. La viuda, azorada, se atragantaba al darme la mala noticia. Por una parte me tiene aprecio. Los días malos nos han unido. Pero por otra conoce al señor Pauli desde hace más tiempo que a mí, se siente unida a él, y con él tiene cierta garantía para el futuro. Así que no quiere ahuyentarlo.

Yo: «Gracias a Dios que sé ahora a qué atenerme. Hace ya mucho que la comida aquí ha dejado de saberme bien. Me sentí a gusto toda esta semana pasada comiendo con los rusos.»

Claro está que no sé de qué viviré la semana que viene cuando se acabe el trabajo con los rusos y me encuentre yo sola en la buhardilla con los armarios vacíos, y dependiendo del escaso suministro que nos darán, según han dicho, pero que todavía no hemos recibido. Empaqueté mis cosas, mis cucharas y trapos, y fui trotando con todo eso escaleras arriba. Sin embargo, pasaré esta noche todavía en casa de la viuda, donde estoy escribiendo ahora estas líneas. La huérfana tiene que emigrar. Lo más amargo en la vida de una mujer sola es que cada vez que entra a formar parte de un núcleo familiar al cabo de un tiempo molesta, está de más. Resulta desagradable a uno de los miembros porque cae simpática al otro, y al final y para tener la casa en paz, se la acaba expulsando. Y ahora estoy empapando de lágrimas esta hoja.

MIÉRCOLES, 30 DE MAYO DE 1945

El último día en la lavandería. A partir de mañana somos libres todas nosotras. Los rusos hacían sus maletas, por todas partes se podía palpar el ambiente de partida. Por debajo de la caldera del lavadero habían hecho fuego. Un oficial quería darse un baño. Los soldados se aseaban al aire libre, con palanganas colocadas encima de las sillas. Se restregaban las amplias cajas torácicas con toallas húmedas.

Hoy he hecho una conquista. Con gestos y algunas palabras chapurreadas en alemán, nuestros jóvenes besucones me dieron a entender que «ese de ahí» se había enamorado de mí y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí si yo... «Ese de ahí» resultó ser un soldado alto y corpulento. Un rostro de campesino con ojos azules candorosos y las sienes ya canas. Miró hacia otra parte avergonzado cuando le dirigí la mirada. Luego se acercó a pasitos muy cortos, me quitó el cubo de agua de las manos y me lo llevó hasta la tina de la

lavandería. ¡Un nuevo espécimen! Esta fantástica idea no se le había ocurrido a ninguno hasta el momento. Luego, una sorpresa todavía mayor. Dijo en alemán sin ningún acento ruso: «Mañana partimos lejos, muy lejos de aquí.» Lo dijo muy clarito. Enseguida me hice una composición de lugar. Un descendiente de alemanes emigrantes. Me lo confirmó. Tenía su residencia en el Volga. El alemán —aunque ligeramente oxidado— es su lengua materna. Estuvo todo el día dando vueltas a mi alrededor, me lanzó amistosas miradas. No tiene la manía del besuqueo, es más bien tímido, un campesino. Y siempre con esa mirada de perro fiel con la que intentaba expresar todo lo posible. Durante el tiempo que estuvo cerca de mí, cesaron por completo los pellizcos y los empujoncitos de los hombres en torno a nuestra tina de lavado.

Somos de nuevo tres las que nos matamos trabajando de buena fe. La pequeña Gerti estaba hoy muy contenta, cantaba y tarareaba todo el tiempo. Está tan alegre porque desde hoy sabe que no habrá ningún rusito producto de aquel incidente de entonces en el sofá. Y a mí me viene a la cabeza que ya hace más de una semana que debería tener la regla. Sin embargo, no tengo ningún tipo de presentimiento. Sigo creyendo que gracias a mi «no» mental pude cerrar a cal y canto mi interior.

La feliz Gerti tiene fuertes dolores. Tratamos de cuidarla un poco, lavamos por ella. El día fue gris y bochornoso. Las horas pasaban muy lentamente. Al atardecer vinieron los rusos uno tras otro a recoger sus prendas ya secas. Uno oprimió contra su corazón un pañuelo fino de mujer bordado al ganchillo, y pronunció una sola palabra al tiempo que ponía una mirada de éxtasis: «Landsberg», un nombre de lugar. Me parece que es otro Romeo. Quizás Petka, en sus bosques de Siberia, oprima también sus manazas de leñador contra el pecho y pronuncie mi nombre con los ojos así de exaltados..., si es que a la postre no me maldice cortando leña.

Con el jaleo de la partida, el cocinero se olvidó de traernos hoy el rancho. Tuvimos que zamparnos la sopa de cebada en la cantina. Allí corría el rumor de que el sueldo prometido de 8 marcos por día no se nos pagaría nunca, que todo el dinero se lo habían embolsado los rusos. Y luego otro rumor todavía peor: en la radio dicen que sobre Berlín se cierne un torbellino mongol que ni el mismo Stalin ha podido reprimir, y ha acabado concediéndoles tres días para que saqueen y violen a su antojo. Se aconseja a todas las mujeres que se mantengan ocultas en sus casas... Una verdadera locura, sin duda. Pero las mujeres se lo creen y parlotean y se lamentan todas a la vez, hasta que interviene nuestra intérprete. Se trata de una mujer robusta, de armas tomar. Nos tutea a todas y toca al mismo son que nuestros capataces, aunque en realidad ésa no es su tarea. La enviaron aquí a trabajar, como a todas, hasta que gracias a sus escasos conocimientos de ruso (es de la Alta Silesia polaca) ascendió a la categoría de intérprete. Sus conocimientos lingüísticos los tengo yo de sobra. Pero estoy contentísima de no haberlo declarado. No me habría encontrado a gusto traduciendo órdenes y gritos de arriero. Le tenemos todas miedo a esta

intérprete. Tiene los colmillos afilados y una mirada penetrante, maliciosa. Así me imagino yo a las vigilantes en los campos de concentración.

Por la tarde, en la cantina, se nos notificó el despido. Dijeron que preguntáramos por nuestro salario la semana que viene en el ayuntamiento, habitación noséqué nosécuántos, en la caja. Quizás haya realmente un salario, quizás no. Ya veremos, paciencia. Les deseé a la pequeña Gerti y a la otra lavandera todo lo mejor en la vida y nos dimos la mano, pero con cuidado. Las tres tenemos las manos reblandecidas. Gerti quiere regresar a Silesia, donde viven sus padres. O vivían. Nadie sabe nada.

JUEVES, 31 DE MAYO DE 1945

Hoy comenzó mi vida perra en la buhardilla, independiente. Creo que en casa de la viuda comía sin remilgos por instinto previsor. Ya sabía yo que aquello no podía durar mucho. Por ello me embuché todo lo que pude. Eso no me lo puede quitar nadie ahora. Y por ello, tanto más dura es ahora la transición de la vida de vacas gordas al casi-nada. No tengo provisiones. Hasta ahora no ha habido reparto del racionamiento. Sólo queda el pan que nos dan puntualmente. Para mí son 300 gramos al día, seis panecillos grises de centeno que sin dificultad me comería para desayunar. Pero hoy, a falta de panecillos, tuve que llevarme un pan de kilo. Hice la señal de la cruz por encima del pan, como hacía mi devota abuela. Que no me falte nunca el pan aquí arriba. He hecho unas muescas en la corteza para señalar las tres comidas del día. No hay mantequilla para untar. Las patatas secas y el resto de harina de guisantes que me ha dado la viuda, alcanzan como mucho para dos almuerzos. Para la cena no hay nada excepto ortigas. Eso la deja a una decaída. Ahora, mientras escribo esto, tengo la sensación de que mi cabeza es un globo que podría escapar de mí volando. Y si me agacho, me mareo. La transición es brutal. Sin embargo, me alegra haber tenido estas semanas de vacas gordas. Me quedan algunas fuerzas de ahí. Alguna vez comenzarán con el reparto del racionamiento. Ya no puedo contar con un ruso que me sustente. Eso se acabó.

He estado trabajando todo el día en la buhardilla. Un día de absoluto silencio y soledad. El primero desde hace mucho. He descubierto que ha desaparecido el aparato de radio del propietario del piso. En el lugar en el que estaba se divisan, gracias al polvo de la cal, huellas de manos, sí, huellas dactilares precisas. Material para un Sherlock Holmes. Llegué a la conclusión de que los señores tejadores se habían querido enriquecer aquí. Les pediré cuentas de lo ocurrido. Conseguiré la dirección de la ex ama de llaves de nuestro propietario de la casa huido al oeste de Alemania. Es quien ejerce la autoridad en la casa en su representación, y cobra los alquileres de junio. Los alquileres de mayo se suspenden por orden de la autoridad. El mes de mayo de 1945 no

cuenta en lo civil.

VIERNES, 1 DE JUNIO DE 1945

De las macetas del balcón están brotando en forma de rizo el perifollo y en forma de hoja redonda la borraja. Por la mañana me hace ilusión ver crecer esa pequeña vida verde. Para desayunar había tres trozos de pan untados con un engrudo que he conseguido mezclando levadura seca y agua. Reina la escasez.

No obstante, me puse de nuevo en marcha. Hice una larga caminata hasta Steglitz, a casa de una joven secretaria de mi antigua empresa.

Berlín se asea. A los niños se les ve de nuevo limpios. Por todas partes se ven familias con carretillas... Son refugiados en los alrededores de Berlín que regresan a casa. Aquí y allá, en muros y en los postes de las farolas hay carteles pegados llamando a silesios y a prusianos orientales para la repatriación colectiva a su tierra natal. En dirección al oeste la cosa parece que está más difícil, dicen. El Elba sigue estando intransitable. Allí se han encontrado rusos y americanos, y siguen confraternizando, tal como dicen en la radio.

De camino pasé al lado de largas cadenas de mujeres que desembocaban, azuladas y grisáceas, sobre montañas de escombros. Iban cubos de mano en mano. Regreso a la época de las pirámides, sólo que nosotros no construimos sino que derribamos.

La casa seguía en pie, pero estaba fuertemente agrietada y agujereada. En el piso había grietas y huellas de incendio. El papel pintado de las paredes colgaba en jirones. En la pequeña habitación de Hilde había flores en jarrones. Hablé yo, pues Hilde se quedó extrañamente en silencio. Me dirigía a ella arrebatadamente, buscando todo tipo de recuerdos divertidos que la hicieran reír. Hasta que ella comenzó a hablar. Y entonces me callé yo, confusa.

Hilde llevaba puesto un vestido de color azul oscuro porque no tiene ninguno negro. El 26 de abril perdió a su único hermano. Mientras la madre y la hermana permanecían en el refugio, él subió a la calle a reconocer el terreno. La metralla de una granada le desgarró la sien. Algunos alemanes desvalijaron y dejaron en cueros al muerto. Otros llevaron el cadáver desnudo a un cine cercano. Al cabo de dos días encontró allí Hilde al hermano al que había estado buscando por todas partes. Madre e hija lo condujeron en una carretilla al Volkspark, donde, con ayuda de una laya, excavaron una sepultura plana y enterraron al muchacho de diecisiete años envuelto en su gabardina. Allí yace todavía. La madre se acababa de ir a llevarle unas lilas a la tumba.

Ni a la madre ni a la hija les hicieron nada los rusos. Las cuatro plantas hasta llegar a su vivienda fueron su protección. Además, el pasamanos de la escalera está roto a partir del tercer piso. Resultaba difícil imaginar que viviera todavía alguien más arriba. Hilde contó que en su refugio, con las prisas,

«abusaron» de una chica espigada de doce años. Por suerte había un médico al alcance que acudió después en su ayuda. A otra mujer de la casa, un ruso precipitado le legó un pañuelo sucio de bolsillo en el que había anudadas todo tipo de joyas..., un tesoro sobre cuyo fabuloso valor corrían los más disparatados rumores.

Todo esto lo cuenta Hilde sin emoción ninguna. Tiene otra cara, parece deshidratada. Está marcada para toda la vida.

De regreso di un rodeo para acercarme hasta la casa de mi amiga Gisela. Sigue teniendo en su casa a las dos ex estudiantes abandonadas de Breslau. Tres chicas sucias. Por la mañana estuvieron varias horas retirando escombros en la cadena de mujeres. La rubia Hertha estaba echada en el sofá con la cara como un tomate. La doctora que vive al lado ha diagnosticado inflamación de ovarios. Además, es más que probable que esté embarazada. Vomita por la mañana el escaso pan seco que come. El mongol que la forzó lo hizo cuatro veces seguidas.

Para almorzar, las tres mujeres tenían una sopa clara de harina. Tuve que comer con ellas para no hacerles un feo. También porque tenía muchísima hambre. Gisela nos puso en la sopa unas ortigas cortadas de las que crecen silvestres en el balcón.

De vuelta a casa, y arriba, a mi buhardilla. Imagen de camino: encima de una carretilla un ataúd negro que desprendía un olor muy fuerte ya que estaba alquitranado, amarrado con cordel. Marido y mujer empujaban la carretilla; un niño sentado encima. Otra imagen: un camión de la basura del ayuntamiento de Berlín. Seis ataúdes arriba; uno le servía de asiento al conductor. Desayunaban en marcha. Se pasaban una botella de cerveza que iba de boca en boca.

SÁBADO, 2 DE JUNIO DE 1945

Fui a ver a uno de los dos tejadores. En la puerta de su casa le expliqué sin rodeos que había ido a recoger el aparato de radio que había desaparecido de mi buhardilla. Al principio, el buen hombre se hizo el tonto diciendo que no sabía de ningún aparato de radio y que seguramente me había equivocado.

Entonces se me ocurrió una jugada sucia: le mostré el viejo papelito del ayuntamiento en el que se podía leer que me habían asignado como intérprete a las órdenes del comandante del lugar y afirmé que en todo momento tenía a mi disposición un ruso para realizar un eventual registro domiciliario. Acto seguido, el hombre recuperó la memoria: ¡Ah, sí! Podía ser que su colega, que por cierto vivía en el mismo edificio, hubiera cogido el aparato que estaba tirado por ahí, sin dueño, para ponerlo a buen recaudo. Me dijo que esperara. Subió un piso y regresó tres minutos después con el aparato de radio empaquetado y atado todavía con cordel. Me di cuenta enseguida de que habían cogido de la buhardilla incluso el papel que utilizaron para envolverlo.

El poder como medio de coacción. Simulé tener poder con ayuda de un papelucho. El truco tuvo un efecto inmediato. Estoy convencida de que no habría conseguido recuperar la radio utilizando otros medios. Me quedó una sensación pegajosa. Pero, presumiblemente, la mayoría de los mecanismos vivientes, matrimonios, empresas, estados, ejércitos, se mueve con ayuda de tales trucos.

Pasado el mediodía me eché al sol en el suelo del balcón de la buhardilla. Y me puse a mirar sin disimulo a la ventana de enfrente. Una mujer estaba trabajando con su máquina de coser pespunteando tiras rojas y azules. Luego cortó círculos de un trapo blanco y los fue recortando hasta convertirlos en estrellas. *Stars and Stripes.* De ahí saldrá una bandera norteamericana. En la escalera me preguntó la mujer del eczema cuántas estrellas tenía la bandera norteamericana. Yo no sabía exactamente si eran 48 o 49, y le dije que fuera a consultar en la enciclopedia de la viuda. Una bandera laboriosa para costureras alemanas, laboriosa ya en los colores; y todavía más laboriosa en el modelo. Qué sencilla en cambio la bandera rusa: sólo hay que cortar el motivo de la cruz gamada blanquinegra de las viejas banderas nazis que se encuentran en todas las casas que no han sido bombardeadas; y sobre el rojo hay que coser en amarillo la hoz, el martillo y la estrella. Observé conmovida martillos torcidos y hoces deformadas. La más lograda es la tricolor; pues también son vencedores los franceses. Sencillamente azul, blanco y rojo, tres franjas verticales cosidas una al lado de la otra, y ya está. Para el rojo, la mayoría de las costureras utiliza la tela de colchones o restos de banderas nazis. Para el color blanco se encuentran con facilidad restos de sábanas. El problema sigue siendo el azul. Vi cómo se cortaban vestidos de niños y manteles para conseguirlo. La viuda sacrificó una vieja blusa amarilla para la hoz, el martillo y la estrella. En su enciclopedia pone que la bandera británica es un patchwork chapucero; pero ésta no sólo no ondea sino que está como una tabla pegada al asta de la bandera: tiesa por los varios metros de dobladillos de telas azules de delantales que están cosidos sobre el fondo para mantener firmemente las franjas de la cruz y de la diagonal.

Algo así sólo es posible en este país. Se dio la orden —no sé de dónde— de que había que enarbolar las banderas de los cuatro vencedores. Y mira por dónde, las amas de casa alemanas se sacaron del casi-nada de sus chisteras estas banderas. Si yo fuera coleccionista de recuerdos de uno de los países victoriosos, me pasaría después por aquí y reuniría estos harapos maravillosos como curiosidades, por la variedad de colores, formas y telas. En toda nuestra calle fueron apareciendo, en el transcurso de la tarde, trapitos de muñecas, conmovedoramente descoloridos, torcidos.

Hacia las cinco apareció inesperadamente por mi casa Ilse R., a quien fui a ver en Charlottenburg ahora hace casi dos semanas. Hizo todo el largo camino sobre altos tacones, ya que la elegante dama que fue en otros tiempos no tiene otros zapatos. Venía con un plan. Su marido conoce a un húngaro que vino a

parar a Alemania poco antes del comienzo de la guerra. El húngaro tiene —eso dice Ilse— un buen fajo de dólares americanos. Con ellos quiere fundar algo. Le parece que lo que más vale la pena es una editorial, donde piensa publicar periódicos, revistas y libros. Pues —eso afirma él— todas las viejas editoriales están muertas por haber pactado con los nazis. Así pues, todo este terreno abonado será para el primero que aparezca con las manos limpias y con papel. A mí me quieren con ellos porque tengo experiencia en el mundo editorial y puedo significar un cambio radical. No conozco al húngaro, nunca había oído hablar de él. Todo eso me parecen molinos de viento. Pero quizás me equivoco. En cualquier caso me he comprometido con ellos. Cuando la empresa esté registrada, me darán un certificado de trabajo..., y con él la categoría II para la cartilla de racionamiento, esto es, 500 gramos de pan al día en lugar de 300. ¡Increíble!

La viuda apareció también por casa estando Ilse todavía allí. Nos pusimos a hablar las tres como en una tertulia para señoras. Sólo faltaban el pastelito y el café. Yo no tenía nada para ofrecerles. A pesar de todo, las tres estuvimos muy divertidas, nos fuimos superando una y otra vez en lo relativo a los chistes sobre violaciones.

Tarde tranquila para mí, amenizada por el aparato de radio que recuperé de los tejadores. Pero al cabo de poco rato la apagué. Después del jazz, las revelaciones, Heinrich Heine y la humanidad, vinieron alabanzas del Ejército Rojo que me parecieron excesivamente almibaradas. Lo mejor sería que no dijeran nada en absoluto o que pronunciaran abiertamente: «Borrón y cuenta nueva.»

DOMINGO, 3 DE JUNIO DE 1945

Mañana tranquila, muy soleada. Las pobres banderolas caseras dan un toque de color a la calle. Anduve haciendo cosas en el piso, preparé mi sopa de cebada mondada en el hornillo eléctrico que continuamente se queda sin corriente. Una sopa más y se habrá acabado la cebada. No tengo nada de mantequilla; no ha habido reparto del racionamiento. Pero me dijeron en la tienda que se había puesto en marcha ya un suministro de aceite de girasol ruso. Y yo recordé entonces los amplios y untuosos campos dorados de Ucrania. Ojalá sea así.

Después de comer inicié mi segunda marcha hacia Charlottenburg a través de la vaporosa y desierta Berlín. Mis piernas se mueven mecánicamente. Soy como una máquina de caminar.

Encontré al húngaro en casa de Ilse y su marido. Verdaderamente está henchido de un impulso feroz por iniciar proyectos. Un tipo moreno con la frente cuadrada, con una camisa recién planchada y un aspecto tan evidente de

no estar pasando hambre, que me creo la historia de los dólares. En un alemán bastante chapurreado nos anunció a manera de discurso que lo primero que pensaba hacer era fundar un diario. A este futuro periódico de circulación internacional quería ponerle el nombre de *Die Neue Tat.* Para nosotros todo es nuevo. Hablamos sobre el tipo y la orientación de esta publicación. Estaba allí presente también un dibujante; ya ha diseñado la cabecera del periódico. Un diseño muy atrevido.

Además, el húngaro quiere fundar varias revistas, una para mujeres, otra para adolescentes..., diarios para la reeducación democrática. (La expresión la ha sacado de la radio.) Le pregunté en qué punto se encontraba de sus negociaciones con los rusos. Y él replicó que para eso había tiempo todavía. Lo principal ahora era comprar todo el papel posible para hacer acopio y descartar así, de entrada, cualquier competidor.

Sin duda, el húngaro se tiene por el Ullstein o el Hearst del futuro. Ve rascacielos donde nosotros vemos ruinas, sueña con un gigantesco consorcio multinacional. Eso es lo que le inspiran a uno los bolsillos repletos de dólares americanos.

A pesar de mis dudas y mis escrúpulos me senté inmediatamente con el dibujante a diseñar la compaginación de la primera plana. El húngaro quiere un formato grande y muchas fotos. El marido de Ilse se encargará de la máquina de imprimir como ingeniero que es. Conoce una imprenta medio arrasada por las llamas. Las máquinas ocultas entre los escombros —dice él— podrían volverse a utilizar fácilmente tras pasar por las manos de los especialistas. Repliqué que para sacarlas al descubierto habría que esperar primero a que se largaran las tropas rusas. Pero el señor K. dijo sonriendo que máquinas como ésas estaban obsoletas para los vencedores. Contaban con especialistas, y andaban encaprichados en todas partes con lo mejor y más moderno.

Regresé bien a casa. Tengo las piernas todavía entumecidas por haber caminado tan rápidamente. Pero me siento activa. Husmeo una posibilidad de salir adelante.

Ahora la cosa depende de mí. Mañana hay que comenzar el trabajo planeado para las publicaciones. Como despacho nos servirá por el momento la vivienda del ingeniero. El almuerzo me lo darán allí. Ilse ha conseguido un saquito de guisantes. Está bien así.

Me he inventado una pequeña golosina para la tarde. Con el resto de azúcar de la bolsa he llenado una cucharilla y la he vaciado en un vasito. Voy metiendo la punta del dedo índice, lenta y mesuradamente, y me llevo el dulce a la boca. Cada vez que chupo el dedo disfruto con los cristales dulces en la lengua. Disfruto más que con una caja de bombones de los tiempos de paz.

LUNES, 4 DE JUNIO DE 1945

Caminata temprana a Charlottenburg. Hace bochorno. Nuestras publicaciones ya van teniendo un rostro. Reuní textos de autores prohibidos de los libros que se podían encontrar en la biblioteca del señor R. o en otros lugares de la casa. Maxim Gorki, Jack London, Jules Romains, Thomas Wolfe, incluso antiguos autores como Maupassant, Dickens, Tolstói. La cuestión es cómo adquirir los derechos de las obras literarias de estos autores que todavía no están libres, ya que no existe ninguna de las viejas editoriales. Al húngaro no le arredran de ninguna manera estas pequeñeces. Está a favor de imprimir. «Si luego viene alguien reclamando dinero, se lo pagamos y ya está.» Y da unos golpecitos al bolsillo de su pantalón. Ya ha conseguido una bicicleta que pone a disposición de la «editorial», la cual por el momento sólo es un proyecto.

Para almorzar hubo efectivamente sopa de guisantes, pero desgraciadamente no muy ortodoxa: los guisantes —eso dice Ilse— no se dejan ablandar. Por eso ha tenido que pasar todo el mejunje por la picadora. La textura es áspera, como arenilla, pero se puede tragar. La sopa se coció con un trocito de tocino. A mí me dieron la corteza por el largo camino que tengo que hacer. Debería pesarme otra vez. Tengo la sensación de estar adelgazando muy rápidamente. Todas las faldas me van grandes.

Hacia las seis caminata a casa. Las calles estaban animadas con muchas pequeñas caravanas cansinas. ¿De dónde vienen? ¿Adónde van? No lo sé. La mayoría de los grupos se dirige al este. Las comitivas se asemejaban unas a otras: humildes carretillas cargadas hasta arriba con sacos, cajas, maletas. Delante, a menudo tirando de una cuerda, una mujer o el mayor de los niños. Detrás, los hijos pequeños o un abuelo empujando la carretilla. Casi siempre, encima de todos los cachivaches hay algún que otro ser humano: niños muy pequeños o ancianos muy mayores. Presentan muy mal aspecto estos ancianos entre los trastos, ya se trate de hombres o de mujeres. Mortecinos, caducos, ya medio muertos, un indiferente manojo de huesos. Cuentan que antiguamente, en pueblos nómadas como los lapones o los indios, los ancianos desvalidos se ahorcaban de una rama o se dejaban morir congelados en la nieve. El Occidente cristiano los arrastra consigo mientras respiren. A muchos los tendrán que enterrar en la cuneta.

«Honrad a la vejez», sí, de acuerdo..., pero no sobre el carro de la huida, ahí no es el momento ni el lugar adecuados. He meditado sobre la posición social de los ancianos, sobre el valor y la dignidad de las personas longevas. En otras épocas los ancianos fueron los poseedores, los que dominaban todos los bienes. En la masa desposeída en la que prácticamente estamos todos hoy en día, la edad no cuenta. No es honorable sino digna de lástima. Pero justamente esa situación amenazadora parece aguijonear a los ancianos y atizar su instinto de supervivencia. El soldado desertor de nuestra casa le contó a la viuda que se ve obligado a guardar bajo llave cualquier cosa que sea comestible para que no la

vea su anciana suegra. Roba lo que encuentra y se lo zampa a escondidas. No vacila en comerse las raciones de la hija y del yerno. Si se le dice algo, arma un escándalo y grita que quieren matarla de hambre, asesinarla para heredar el piso... Las honorables matronas se convierten en animales que se aferran ansiosas a su último soplo de vida.

MARTES, 5 DE JUNIO DE 1945

He dormido mal. Tuve dolor de muelas. A pesar de todo, me levanté temprano y caminé hasta Charlottenburg. Hoy han vuelto a sacar las banderolas por todas partes. Dicen que han aterrizado millares de aliados en el aeropuerto, ingleses, norteamericanos, franceses. Para honrarles ondean las graciosas banderolas, tan distintas todas ellas, producto del trabajo aplicado de las mujeres alemanas durante el fin de semana. Entretanto, los camiones rusos siguen circulando cargados con nuestras máquinas.

Camino y camino, sigo siendo la máquina de caminar. Camino unos veinte kilómetros diarios con una alimentación muy pobre. El trabajo divierte. Cada día maquina algo nuevo el húngaro. En algún lugar ha oído que se adjudicará el papel en primer lugar para libros escolares. Así que ha añadido los libros escolares en su programa editorial. Apuesta a que habrá una fuerte demanda de libros alemanes de lectura, modernizados, y también de gramáticas del ruso. Me encargó que me fuera centrando en esa dirección. De vez en cuando Ilse nos obsequiaba con una taza de café. A partir de las seis camino de regreso a casa; las suelas de mis zapatos más finas que una hoja de papel. Me topé con el primer vehículo alemán puesto de nuevo en funcionamiento: un autobús que hace su trayecto cada media hora. Sin embargo, está tan a rebosar que no vale la pena acercarse. También vi a policías municipales alemanes, nuevos en el servicio: jovencitos muy flacos, preocupados por no llamar la atención.

Llegué a casa sudando a mares y con los pies ardiendo. La viuda me abordó en la escalera con una sorpresa: ¡Nikolái había estado allí preguntando por mí! ¿Nikolái? Tuve que pensar un rato de quién se trataba hasta que me acordé del teniente e inspector de bancos de tiempos pasados. Nikolái, que iba a venir y no vino. «A las ocho volverá a pasar», dijo la viuda. «Llamará directamente a tu puerta. ¿Estás contenta?»

«*Je ne sais pas*», respondí yo recordando los conocimientos lingüísticos de Nikolái. No sabía realmente si alegrarme o no. Después de que Nikolái se hubiera convertido por dos veces ya en humo, me parecía poco menos que increíble que se personara aquí. Además, había pasado ya bastante tiempo desde entonces. No tenía ganas de hacer memoria. Y estaba muy cansada.

Apenas hacía un instante que me había lavado por encima y que me había echado a dormir una horita como siempre hago después de esas largas

caminatas, cuando sonó el timbre. Era Nikolái de verdad. En la semipenumbra del pasillo intercambiamos algunas frases en francés. Le invité a entrar, y al verme dentro de casa con la luz, se quedó visiblemente asustado: «¿Qué le ocurre? ¡Cómo ha cambiado su aspecto!» Me encontraba enflaquecida y zarrapastrosa, quería saber cómo era eso posible en tan poco tiempo. Bueno, con el mucho trabajo y las largas caminatas, pasando hambre y alimentándome de un poco de pan seco, enseguida se pierden kilos. Lo curioso es que no me haya dado cuenta yo misma del cambio. Una no encuentra ocasión de pesarse. Y al espejo se mira una sólo de pasada. Pero ¿será verdaderamente tan preocupante?

Nos sentamos a la mesa de centro uno frente al otro. Yo, con mi cansancio, no podía reprimir los bostezos y no encontraba en mi cabeza las palabras. Estaba tan amodorrada que no entendía de qué hablaba Nikolái. De vez en cuando me desperezaba, me daba a mí misma la orden de mostrarme simpática con la otra persona. Él estaba siendo muy amable, pero extraño. Al parecer había contado con otro recibimiento. O sencillamente ya no le gusta la figura pálida y fantasmal en que me he transformado. Al final logré captar que Nikolái había venido también esta vez a despedirse. Ya está destinado fuera de Berlín y hoy ha pasado el día aquí por unos asuntos. Por última vez, dice. Así que no tengo por qué mostrarle una cara sonriente, no tengo por qué aparentar ningún interés por él. Y al mismo tiempo sentía yo todo el tiempo una callada tristeza por cómo habían ido las cosas con Nikolái. Tiene buena cara. Al despedirse, en el pasillo, me puso algo en la mano al tiempo que susurraba: «*En camerades, n'est-ce pas?*» Eran billetes de banco, más de 200 marcos. Y no recibió de mí nada a cambio, excepto unas cuantas medias frases pronunciadas entre bostezos. Con mucho gusto iría a comprarme ahora mismo algo de comer con ese dinero, aunque sólo fuera para cenar esta noche. Pero en tiempos como éstos, el que tiene algo se lo guarda. Eso supone la muerte del mercado negro.

MIÉRCOLES, 6 DE JUNIO DE 1945

Es de nuevo por la tarde, y la máquina de caminar ha regresado a casa. Fuera cae la lluvia. Dentro, en mi buhardilla, oh cielos, también cae el agua por los grifos. He llenado la bañera y me he dado unos buenos chapuzones. Se acabó el trabajoso subir escaleras cargando los pesados cubos de agua.

Otro día de trabajo duro. Estuve con el húngaro buscando locales para alquilar. Antes estuvimos en el ayuntamiento donde el húngaro se ocupó de los papeles, sellos y firmas que atestiguan su probidad y sus planes. Vi allí extravagantes figuras: jóvenes danzarines, una judía largo tiempo en la clandestinidad que hablaba de su operación de nariz, un hombre mayor con una barba rubia de asirio, pintores de cuadros «degenerados». Surgen de todos

los escondrijos; tipos de gente que hacía años que no se veían.

Debate acalorado con Ilse y su marido después de una taza de auténtico café: ¿debe el señor R. aceptar una oferta para irse a Moscú? Le ofrecen un buen puesto directivo y mucho dinero... Pero Ilse se defiende con uñas y dientes porque su marido tendría que irse solo en un principio. Él tampoco está muy convencido. Quiere seguir respirando este aire occidental, se ha envalentonado con nuestros planes editoriales y espera un día poder volver a jugar el viejo juego masculino de dinero, poder y coches cada vez más grandes.

Hoy inician los aliados las negociaciones. La radio escupe discursos, rebosa de las bellas palabras con las que nuestros ex enemigos se rinden mutuo homenaje. Yo únicamente entiendo que nosotros, los alemanes, estamos perdidos y entregados, somos una colonia. No puedo cambiar nada en esa situación, tengo que aceptarlo. Voy a intentar tomar el timón de mi pequeña nave en estas aguas. Trabajo duro, pan escaso..., pero el viejo sol sigue alumbrando en el cielo. Y quizás el corazón vuelva a pronunciarse otra vez algún día. ¡La de cosas que he tenido en mi vida..., a espuertas!

JUEVES, 7 DE JUNIO DE 1945

Hoy, la máquina de caminar tiene día de descanso. Esta mañana temprano hice cola en la verdulería por una calabaza. Por desgracia, resultó estar muy salada y no me la pude comer. Por suerte me dieron dos bandejas de verdura seca, llamadas «alambrada», y una buena bolsa de patatas secas. Además arranqué bastantes matas de ortigas en los jardines de las casas en ruinas. Para esta aristocrática ocasión utilicé los guantes de piel de lija que salvé de mi equipaje en el refugio antiaéreo. Me comí aquella verdura con ansia, me bebí también todo el caldo de la cocción. Me sentí reavivada de verdad.

Luego hice mis cálculos. Mi regla lleva más de dos semanas de retraso. Así que puse rumbo siete casas más allá, donde cuelga el letrero de la consulta de una doctora, a pesar de no haber estado nunca allí, ni de saber si había comenzado de nuevo a visitar. Me encontré en la consulta a una mujer rubia, no mucho mayor que yo, que oficia en un cuarto con mucha corriente de aire. En lugar de cristales ha colocado en los marcos de las ventanas viejas radiografías de cajas torácicas. No quiso comentar nada sino que fue directamente al grano. «No», dijo después de la revisión, «no se aprecia nada. Está todo en orden.»

«Pero se me está retrasando mucho. Y nunca me había sucedido.»

«No sabe usted a cuántas les está sucediendo lo mismo. A mí también se me está retrasando, por ejemplo. Es debido a la alimentación. El cuerpo ahorra en hemorragias. Trate de conseguir más comida. Y verá entonces cómo se le regula enseguida.»

Pidió 10 marcos. Se los di con remordimientos. ¿Adónde va a ir con tanto

dinero? Al final me atreví a preguntarle si iban a su consulta, pidiendo ayuda, las mujeres realmente embarazadas por los rusos.

«De eso mejor no hablar», dijo ella con acritud y despidiéndome.

Tarde tranquila, toda para mí. Entran ráfagas de viento por los marcos vacíos de las ventanas arremolinando el polvo en la habitación. ¿Adónde iré si un día regresa el propietario del piso? Una cosa está clara de todas formas. Sin mi presencia en la buhardilla, los tejadores y otros paisanos habrían desvalijado ya hace mucho la vivienda. Los muebles ajenos parece que calientan mejor que los propios.

VIERNES, 8 DE JUNIO DE 1945

La máquina de caminar volvió a ponerse en marcha. Hoy me tocó vivir algo curioso. Los trenes de cercanías están haciendo pruebas en algunos tramos cortos. Vi arriba en el andén los vagones rojos y amarillos parados. Corrí escaleras arriba, saqué un billete por dos de nuestros viejos pfennigs y subí al tren. Dentro la gente estaba sentada en los bancos con aire de solemnidad. Nada más entrar, dos personas se apretaron un poco para hacerme sitio. Fue un viaje a todo tren bajo el sol, a través de lugares en ruinas. Mis interminables y fatigosos minutos a pie se me pasaron volando. Me dio realmente mucha pena tener que bajarme de nuevo tan pronto. El viaje fue tan precioso como un regalo.

Hoy he trabajado a tope. Junto con Ilse he hecho un resumen de contenidos para el primer número de la proyectada revista para mujeres. Todavía no hemos decidido el título de nuestras hojas. Nos estuvimos devanando los sesos las dos. En cualquier caso, en el título tiene que aparecer la palabra «nuevo».

Fue un día extraño, como un sueño. Veía a las personas y las cosas como a través de un velo. Regresé a casa con los pies desollados. Me encuentro decaída por culpa del hambre. En casa de Ilse sólo hay ahora un plato de sopa de guisantes. Para alargar las reservas sólo tocan dos cucharones de sopa por cabeza. Me parecía que las personas que pasaban a mi lado me miraban con los ojos cavernosos del hambre. Mañana voy a ir de nuevo a recoger ortigas. Por el camino me fui fijando dónde había manchas verdes.

Por todas partes se percibe la angustia por el sustento, por la vida, el trabajo, el sueldo, por el día de mañana. Amarga, amarga derrota.

SÁBADO, 9 DE JUNIO DE 1945

De nuevo un día de descanso para mí. Hemos acordado que mientras yo no

tenga más comida, sólo haré cada dos días la fatigosa caminata de veinte kilómetros.

En la tienda en la que estoy apuntada, me dieron cebada mondada y azúcar a cambio de las cartillas. Tengo otra vez dos o tres comidas aseguradas. Además, con las manos protegidas con mis prestigiosos guantes, arranqué toda una montaña de brotes de ortiga. También cogí armuelle y hojas de diente de león.

Por la tarde estuve, por primera vez desde tiempos inmemoriales, en la peluquería. Me han hecho un marcado y me han quitado medio kilo de suciedad del pelo. Nadie sabe de dónde ha salido este peluquero. Se metió en el local bastante destrozado de un colega que está en paradero desconocido y cuya familia dicen que fue evacuada a Turingia. Queda un espejo intacto y todavía se puede medio aprovechar un secador abollado. La manera de hablar del peluquero recordaba a los tiempos de paz: «Por supuesto, señora. Seguro. Será un placer, señora mía...» Me resultaban extrañas esas atenciones formales. Lo de «señora mía» es seguramente una moneda corriente de uso exclusivo en el país, una moneda que sólo vale entre nosotros. Para el mundo somos mujeres de los escombros y basura.

DOMINGO, 10 DE JUNIO DE 1945

La radio anuncia que el Ministerio de la Guerra ruso se trasladará a Berlín y que en un futuro Rusia llegará hasta Baviera, Hannover y Holstein. Los ingleses se quedan con el Rin y la cuenca del Ruhr, y los norteamericanos con Baviera. Un mundo enrevesado, un país cortado a pedazos. Hoy hace un mes que vivimos en paz.

Una mañana contemplativa, con sol y música. Leí a Rilke, Goethe, Hauptmann. Es un consuelo saberlos nuestros, de nuestra especie.

A la una y media me puse en marcha. Caminata en un día de bochorno por la todavía muda y vacía Berlín en dirección a Charlottenburg, donde nos reunimos a deliberar. Con nosotros hay un hombre nuevo, un impresor de oficio. En su opinión no tiene ningún sentido colocar como prioridad la adquisición de papel. Quien tiene papel se lo guarda para él, lo guarda incluso en secreto por temor a su confiscación. Y si está dispuesto a venderlo entonces nos falta un vehículo, nos faltan locales para el almacenamiento hasta que se pueda comenzar a imprimir. El parque móvil de nuestra empresa se limita por el momento a dos bicicletas..., lo cual es mucho más de lo que la mayoría de las empresas posee en la actualidad. El impresor dice que lo principal ahora es arrancarles a las autoridades una licencia, una asignación oficial de papel. El ingeniero ya ha hecho su ronda por todos los despachos oficiales alemanes y rusos e informó con bastante desánimo sobre las vagas promesas que fue

cosechando en cada una de las oficinas que visitó. Únicamente el húngaro rebosa optimismo. No hay duda de que es un tipo listo. Al mencionar yo de pasada que en el sótano de mi antigua empresa había una cesta llena de fotos enmarcadas de titulares de la cruz de caballero, pensadas como premio para algún concurso, pero que no pudieron ser enviadas, preguntó él completamente espabilado: «¿Fotos? ¿Con cristal?»

«Sí, enmarcadas y todas con cristal.»

«El cristal nos lo quedaremos nosotros», dispuso él. Ya se ha hecho prácticamente con unos locales para la editorial, pero naturalmente sin cristales en las ventanas, como la mayoría de locales y viviendas de Berlín. Bueno, por mí que entre a robar él. Yo haré la guardia con mucho gusto. Pero no lo veo claro. Probablemente hace tiempo que se lo habrán llevado otros.

En el camino de vuelta a casa me pasé a ver a Gisela. La rubia Hertha estaba otra vez echada en el sofá, pero esta vez no tenía la cara roja como un tomate sino blanca como la nieve. Ha tenido —dice Gisela— un aborto espontáneo. No pregunté más. Les di a las tres chicas los caramelos que nuestro húngaro me dio para el camino a casa «en agradecimiento por el soplo del cristal». Caramelos rellenos de café, muy buenos. Fue precioso contemplar cómo se aliviaban los rostros huraños y contraídos de las chicas al saborear el dulce relleno de los caramelos.

Le he comentado a Gisela nuestros planes editoriales. En cuanto uno de nuestros planes tome cuerpo, Gisela podría colaborar. Ella ve con escepticismo nuestro proyecto. No puede imaginarse que en nuestro país nos autoricen a crear alguna publicación conforme a nuestro modo de ser. Quería decir que sólo permitirían publicaciones conforme al modelo de Moscú, que no es el suyo. Gisela tiene todavía demasiado pudor para pronunciar delante de mí la palabra «Dios». Pero todo lo que decía apuntaba en esa dirección. Estoy convencida de que reza y obtiene su fortaleza de ahí. De comer no tiene más que yo. Las cavidades de sus ojos están ennegrecidas. Pero esos ojos brillan, mientras que los míos sólo están ahí. No nos podemos ayudar ahora. Pero la mera presencia de otras personas hambrientas a mi alrededor me mantiene en pie.

LUNES, 11 DE JUNIO DE 1945

Otro día más para mí. Estuve en el cuartel de la policía e intenté obtener algún permiso oficial para la explotación del huerto abandonado que está detrás de la casa calcinada del catedrático K., un buen amigo de tiempos pasados. Presenté una carta del anciano que me envió en marzo desde su refugio en la Marca de Brandeburgo y en la que me pedía que cuidara de su huerto. Me enviaron de Poncio a Pilatos. Nadie era competente en esa materia. Aire viciado en todas partes y pequeñas riñas en los oscuros despachos

revestidos de cartón. No ha cambiado nada aquí.

De camino recolecté mi ración de ortigas. Me encontraba muy débil, me faltan grasas. Sigue fluctuando el velo ante mis ojos y una sensación de estar flotando y de ser cada vez más liviana. Escribir estas líneas significa ya un esfuerzo, pero es un consuelo en mi soledad, una especie de conversación, un abrir mi corazón. La viuda me ha contado agitados sueños con rusos que sigue teniendo. En cambio, a mí no me vienen los sueños, probablemente porque lo vomito todo sobre el papel.

Lo tenemos muy mal con las patatas. Nos han hecho entrega de las raciones de ahora hasta finales de julio, a la fuerza. Tuvimos que ir a buscarlas. El por qué se lo huele cualquiera: los tubérculos, extraídos ahora de los silos subterráneos, empiezan a fermentar y la mitad ya se ha convertido en una masa pestilente. Apenas se puede aguantar el olor en la cocina. Pero si las coloco en el balcón, me temo que se pudrirán con mayor rapidez. ¿De qué viviremos entonces durante el mes de julio? Aparte, me está preocupando mucho la cocina de gas. Cuando la presión del gas llega al nivel normal, la cañería pega unos estallidos que suenan igual que disparos. Y el hornillo eléctrico, con la de arreglos chapuceros que tiene, no quiere funcionar más.

Tengo que proteger el pan de mí misma. Ya me he comido 100 gramos de la ración de mañana. No debo tolerar tales desmanes.

MARTES, 12 DE JUNIO DE 1945.

La máquina de caminar estuvo nuevamente en Charlottenburg. Los alegres viajes en el tren de cercanías se han acabado por el momento. Al poco tiempo de las primeras pruebas se estropeó algo: los ferrocarriles vuelven a declararse en huelga. Nosotros trabajamos con mucho empeño. Nuestros proyectos y propuestas deben ir ahora a parar a todas las posibles administraciones competentes.

De camino me tocó en suerte otra nueva experiencia. De una pradera estaban exhumando algunos cadáveres para darles sepultura en un cementerio. Yacía ya un cadáver sobre los escombros. Un fardo envuelto en lona, alargado, embarrado. El hombre que cavaba, un civil ya mayor, se enjugaba el sudor con las mangas de la camisa y se abanicaba con la gorra. Por primera vez percibí el olor del cadáver descompuesto de una persona. En todas las descripciones posibles al respecto encontré la expresión «olor dulzón de los cadáveres». El adjetivo «dulzón» lo encuentro muy inexacto, y de ninguna manera suficiente. Para mí, ese vaho no lo puedo clasificar entre los olores. Es más bien algo sólido, con cuerpo, como un puré gaseoso, un vapor caliente que se estanca en el rostro y en las fosas nasales, y que es demasiado macizo y denso como para poder respirarlo. Le quita el aire a cualquiera. La echa a una para atrás como un

puñetazo.

Todo Berlín apesta ahora mucho. Anda rondando el tifus; de la disentería no se libra nadie. El señor Pauli la ha agarrado bien fuerte. Y a la mujer del eczema, según escuché anoche, la vinieron a buscar y se la llevaron a alguna barraca de infectados por el tifus. Por todas partes hay basurales infestados de moscas. Moscas sobre moscas, de color negro azulado y muy gordas. ¡Qué tren de vida deben de llevar estos bichos! Cualquier pedazo de excremento es una bola rebosante de insectos negros que zumban.

La viuda se ha hecho eco de un rumor que corre actualmente por Berlín: «Nos castigan con el hambre porque algunos hombres-lobo[3] han disparado a los rusos estos días atrás.» No me lo creo. En nuestro barrio no se ve ya a ningún ruso, así que no hay botín para los hombres-lobo. No sé dónde se han quedado los Ivanes. La viuda afirma que una de las dos hermanas juerguistas que se ha quedado en nuestro edificio, Anja, la del hijito mono, sigue recibiendo ahora igual que antes cantidad de visitas de rusos. Quién sabe si saldrá bien parada. Veo en mi imaginación la blanca garganta de Anja rajada sobre el respaldo del sofá.

(Garabateado en el margen a finales de junio: no fue Anja, ni tampoco una garganta, pero sí una Inge, dos casas más abajo, a quien encontraron esta mañana con el cráneo reventado después de pasar una noche de borrachera con cuatro desconocidos hasta el momento no identificados. Golpeada con una botella —naturalmente vacía— de cerveza. Seguramente no por maldad ni por instintos asesinos, sino sencillamente porque sí, quizás peleándose por el turno. O esa Inge se burló de sus visitantes. Los rusos, borrachos, son peligrosos. Entran al trapo, se enfurecen y reniegan de sí mismos y de todos los demás cuando se les provoca.)

MIÉRCOLES, 13 DE JUNIO DE 1945

Un día para mí. Fui a buscar ortigas y armuelle en compañía de la viuda. Pasamos muy cerca del huerto del catedrático, ahora destruido y cubierto de maleza. Incluso si recibiera un permiso oficial para la labranza del huerto, éste llegaría ya demasiado tarde. Manos de desconocidos han talado ramas enteras del cerezo y han cogido las cerezas que apenas comenzaban a amarillear. Aquí no llegará a madurar nada. Los hambrientos se lo llevarán mucho antes.

Frío, tormenta y lluvia. Por primera vez circulaba de nuevo el tranvía por nuestra calle. No me lo podía perder. Me subí a él simplemente por el placer de

[3] Organización Werwolf: movimiento clandestino creado por los nacionalsocialistas en la primavera de 1945 con el fin de hacer actos de sabotaje en los territorios ocupados por los aliados. No llegó a tener importancia militar. *(N. del T.)*

viajar, pero ya de camino pensé que bien podía acercarme hasta el ayuntamiento y preguntar si era verdad lo del sueldo por el trabajo realizado al servicio de los rusos durante aquella semana en los terrenos de la fábrica. Y, en efecto, encontré mi nombre en una lista. Estaban anotados con esmero todos los días de trabajo realizado por mí y por las demás mujeres. Incluso constaban las deducciones por impuestos. Recibiré una paga de 56 marcos... Eso será cuando haya de nuevo dinero en las arcas municipales. El empleado me exhortó a que volviera a preguntar la semana que viene. Se sigue tomando nota y sumando y haciendo caja, ya me darán algo en algún momento.

Mientras esperaba bajo la lluvia al tranvía para el regreso, hablé con una pareja de refugiados, hombre y mujer, que llevan dieciocho días huidos. Venían de Checoslovaquia, traían noticias terribles. «El checo le quita al alemán la camisa y le azota con el rebenque», dice el hombre. Y la mujer, cansada, sentencia: «No nos podemos quejar. Nos lo hemos buscado.» Según comentan, todas las carreteras hacia el este están repletas de refugiados.

En el viaje de regreso a casa vi salir del cine a algunas personas. Me bajé inmediatamente del tranvía para entrar en la siguiente sesión. La sala estaba bastante vacía. Una película rusa titulada *Las seis de la tarde tras el fin de la guerra.* Es una sensación extraña contemplar cosas sentada en el cine después de haber sido yo misma protagonista de tantas malas escenas.

Entre el público hay todavía soldados junto a algunas decenas de alemanes, la mayoría niños. Apenas una mujer. Todavía no se atreven a meterse en la oscuridad entre tantos uniformes. Ninguno de los hombres, dicho sea de paso, se preocupó de nosotros, civiles. Todos miraban a la pantalla y reían con ganas. Devoré la película. Estaba plagado de tipos humanos llenos de vitalidad: muchachas entradas en carnes, hombres sanos. Una película con la banda sonora en ruso. Entendía prácticamente todo ya que se había rodado entre gente de la calle. Como colofón y a modo de final feliz unos fuegos artificiales sobre las torres de Moscú celebrando la victoria. Y eso que la película se rodó en 1944 según parece. Nuestros señores de aquí no se atrevieron a tanto a pesar de los desfiles y charangas anunciando la victoria anticipadamente.

Me sentí de nuevo compungida por nuestra desgracia como alemanes. Salí muy triste del cine y, para rematarlo, convoqué a todo lo que quita brío a mi instinto de supervivencia. Esa cita corta de Shakespeare que escribí en mi libro de notas de París cuando descubrí a Oswald Spengler con su *Decadencia de Occidente* que me acongojó: *«A tale told by an idiot, full of sound and fury, and signifying nothing.»* Llevamos clavadas muy dentro, hasta la médula, dos guerras mundiales perdidas.

JUEVES, 14 DE JUNIO DE 1945

La máquina de caminar estuvo de nuevo en Charlottenburg. Ojalá estuviera ya registrada nuestra empresa para recibir yo la cartilla de racionamiento de la categoría II para trabajadores, con 500 gramos de pan al día, y poder así guardar un poco para la cena. Los seis panecillos de centeno que voy a buscar todas las mañanas, los tengo que sacrificar todos ya en el desayuno. Bueno, dos me los llevo para el camino y me los como en los dos puntos de descanso que me permito. Si no, caería desfallecida. A pesar de asarlas con achicoria, las patatas, que saben a podrido, cuestan mucho de tragar. Tendría que quitar algunas más otra vez. El montoncito está fundiéndose amenazadoramente.

En la entrada de la casa del ingeniero había hoy decenas de teléfonos. Los recolectan ahora en todos los edificios; dicen que para los rusos. ¡Berlín sin comunicación telefónica! Se ve que nos condenan a regresar a los tiempos de las cavernas.

Por la tarde algo bueno: por fin me dieron en la tienda de la esquina para veinte días, la ración atrasada de 20 por 7 igual a 140 gramos de aceite de girasol. Con toda devoción me llevé a casa el frasquito que había paseado vacío toda la semana en vano. Ahora en mi cocina huele como en una *«stolowaja»* de Moscú, los restaurantes de la gente sencilla.

VIERNES, 15 DE JUNIO DE 1945

Fui a buscar a primera hora de la mañana mis seis panecillos diarios. Están húmedos y son negros. Antes no los había así. Ya no me atrevo a comprar un pan. Acabaría robándome entonces la ración del día siguiente antes de tiempo.

Hoy era el día del robo en los sótanos de mi antiguo jefe. El húngaro, el ingeniero y yo nos colamos a escondidas en la casa por el lavadero. Ya habíamos forzado la caja que estaba intacta en una estantería, cuando apareció arriba en la escalera del sótano la mujer de nuestro apoderado, que sigue alojándose aquí. Yo balbuceé algo de actas y papeles que había dejado aquí. Los dos hombres se habían agazapado detrás de la caja. Luego rompimos los marcos, sacamos las imágenes —fotos firmadas de jóvenes titulares de la cruz de caballero— y apilamos los cristales. Habíamos traído papel de embalar y cordel. Pudimos escapar sin ser vistos por la puerta trasera. No me importa nada que la gente descubra los destrozos. Al fin y al cabo yo también tuve que sacrificar mi cámara y sus accesorios en el bombardeo total que sufrió la empresa. Y eso fue por deseo explícito del jefe de que dejara allí mis cosas. ¿Qué importancia tienen los cristales en comparación? Salimos volando de allí con nuestro botín, todo lo rápido que pudimos. Cada uno cargó con una pesada pila de cristales hasta mi casa, donde los dos hombres habían dejado las valiosas

bicicletas de la empresa. Como comisión recibí cuatro cristales. Con ellos podría acristalar una ventana de mi buhardilla si tuviera masilla.

Por la tarde anduve buscando qué leer en la biblioteca bastante caótica del propietario de la casa. Encontré el *Poliushka* de Tolstói y lo leí por enésima vez. Luego me afané en un tomo de los dramas de Esquilo y descubrí *Los persas.* Los lamentos de los vencidos encajaban bien con nuestra derrota. Sí, pero no. Nuestra desgracia alemana tiene un regusto a náusea, enfermedad y locura. No se puede comparar con nada histórico. Hace un momento radiaron otro reportaje de un campo de concentración. Lo monstruoso en todo ello es el orden metódico y la economía: millones de personas convertidas en abono, en relleno de colchones, en jabón, en felpudos de fieltro... Esquilo no conoció nada semejante.

DEL SÁBADO 16 DE JUNIO AL VIERNES 22 DE JUNIO DE 1945

No anoté nada más. Y no volveré a escribir más en este diario. Se acabó. Era domingo, a eso de las cinco de la tarde, cuando sonó el timbre. «La viuda», pensé. Pero era Gerd, vestido de civil, muy bronceado, el pelo más claro que nunca. Durante un buen rato nos quedamos los dos sin decirnos nada, nos mirábamos el uno al otro en la penumbra del pasillo como dos aparecidos.

«¿De dónde vienes? ¿Te han dejado en libertad?»

«Nada de eso, he podido escaparme. Pero déjame entrar primero, ¿no?» Tiraba de un carrito montado sobre pequeñas ruedas y cargado con una maleta y un petate.

Yo estaba febril de la alegría. No, Gerd no venía del frente del oeste. En el último minuto destinaron a su unidad de artillería antiaérea al este. Tras un impacto certero del enemigo en las propias posiciones, se apartaron, él y dos más, del camino, y se instalaron en una mansión abandonada donde encontraron trajes, calzado, un fardo lleno de tabaco y víveres suficientes. Hasta que la cosa se puso crítica cuando una especie de policía formada por polacos y rusos empezó a rastrear entre los habitantes. Los tres hombres se adhirieron a un grupo de berlineses evacuados y regresaron a casa con ellos haciendo dedo. Mi dirección de ahora la sabía Gerd por haber recibido mi postal ribeteada en rojo con la noticia del bombardeo de mi casa, y ésa había sido la última noticia mía a través del correo militar. Él se había imaginado erróneamente que mi nuevo alojamiento estaría también destruido y que yo estaría quién sabe dónde. Estaba completamente asombrado de encontrarme sana y salva. Sacudió la cabeza cuando le hablé del hambre y la falta de víveres. Afirmó que de ahora en adelante él se encargaría de aportar lo necesario. En el petate traía unas patatas impecables así como un trozo de tocino. Me puse enseguida a asar patatas. Invité a la viuda, que conoce a Gerd de mis relatos. Lo saludó, a pesar de no

conocerlo, con un abrazo desbordante y enseguida, en plena verborrea, le contó la anécdota del pulgar y del dedo índice: «La mujer ucraniana, así. Tú, así.»

Vi cómo Gerd se quedaba algo extrañado. Entre frase y frase se iba enfriando cada vez más. Se le notaba cansado. Nos íbamos tanteando el uno al otro, como desconfiando, y no comentábamos nada personal. Lo malo es que Gerd no tiene nada para fumar. Se había imaginado que el mercado negro estaría en su vieja época de esplendor.

Tras la cena desacostumbradamente opulenta me sentía apasionada y con ganas de travesuras. Pero por la noche me encontré de nuevo fría como el hielo en los brazos de Gerd. Me alegré cuando me dejó. Estoy echada a perder para el hombre.

Días irregulares, noches intranquilas. Nos vinieron a ver todos los acompañantes de Gerd. Por esta razón teníamos roces continuos los dos. Gerd quería agasajar a los invitados. Yo quería economizar las patatas y el tocino para nosotros. Si me quedaba sin decir nada, entonces él empezaba a maldecir. Si estaba yo de buen humor y me ponía a contar historias de las que nos tocó vivir durante las últimas semanas, entonces se montaba una buena, con muchas voces. Gerd: «Os habéis vuelto desvergonzadas como las perras, todas aquí en esta casa. ¿No os dais cuenta?» Poniendo cara de asco: «Es horrible tratar con vosotras. Habéis perdido todo el sentido de la compostura.»

¿Qué podía contestarle? Me fui a esconder, agarrotada. Llorar no podía. Todo me parecía un sinsentido, una estupidez.

Gerd, ¿sabes? Era un martes a finales de agosto de 1939, más o menos las diez de la mañana, cuando me llamaste a la oficina y me pediste que me tomara libre el resto del día, sin falta, para ir de excursión contigo. Te pregunté perpleja por qué. Tú murmuraste algo sobre tener que partir y me volviste a apremiar: «Ven, por favor, ven.»

Así deambulamos los dos en pleno día laboral por los bosques de pinos de Brandeburgo. Hacía calor. Se olía la resina. Vagabundeamos dando la vuelta a un lago del bosque y acabamos en medio de nubes de mariposas. Tú las ibas nombrando: saltarín y limonera, frotadora, pavo real, macaón, y otras muchas de colores. En medio del camino había una gran mariposa tomando el sol, con las alas completamente desplegadas que movía de manera casi imperceptible, y a la que tú denominaste antiopa, terciopelo marrón con ribetes amarillos y azules. Y cuando al cabo de un rato reposábamos en el tronco de un árbol y tú jugabas tan callado con mis dedos, te pregunté: «¿Guardas el llamamiento a filas en el bolsillo?» «En el bolsillo, no», respondiste tú. Pero lo habías recibido esa misma mañana, y sabíamos que eso significaba la guerra. Pasamos la noche en una fonda muy apartada del bosque. Tres días después ya te habías marchado, y teníamos guerra. Hemos sobrevivido los dos. ¿Para nuestra dicha o no?

Entretanto le he dado mi diario a Gerd. (Son tres cuadernos llenos.) Gerd se sentó un rato a leer, pero me los devolvió enseguida. Dijo que no podía seguir

el hilo a través de mis garabatos y los muchos papelitos añadidos con signos de taquigrafía y abreviaturas.

«¿Qué significa esto, por ejemplo?», preguntó señalando la abreviatura «Vlcn».

No pude evitar reírme: «¿Qué va a ser? Pues violación.» Me miró como si estuviera loca, y no dijo ya nada más.

Ayer volvió a marcharse. Con un compañero de artillería quiere llegar hasta la casa de sus padres en Pomerania. Dice que se va a buscar víveres. No sé si regresará. Me está mal decirlo, pero me siento aliviada, no podía soportar por mucho más tiempo esa avidez constante de alcohol y tabaco.

¿Y qué más? Pues que nuestros planes editoriales están anclados en el mismo lugar. Esperamos una respuesta oficial. El húngaro muestra los primeros síntomas de cansancio. Últimamente habla de montar sin falta un teatro de variedades con una orientación política. No obstante, seguimos activos y aplicados en nuestros planes, y hacemos lo que podemos para resistirnos a la paralización general reinante. Estoy convencida de que hay otros grupos pequeños de gente en movimiento; pero en esta ciudad dividida, los unos no saben de la existencia de los otros.

Lentamente se van moviendo algo las cosas en la política. Los emigrantes que regresan de Moscú tienen prioridad. Ocupan los puestos clave. De los periódicos no se puede inferir mucho. Eso si una pesca un ejemplar, claro. La mayoría de las veces leo el *Rundschau* en el tablón de anuncios junto al cine, fijado con chinchetas para toda la gente. El programa de la nueva administración de la ciudad es curioso. Parece apartarse del modelo económico soviético, se denomina a sí misma democrática e intenta reunir bajo el mismo manto a todos los «antifascistas».

Desde hace una semana corre el rumor de que los barrios del sur de Berlín irán a parar a manos de los norteamericanos, los del oeste para los ingleses. La viuda, ilustrada por el señor Pauli, opina que está a punto de producirse el auge de nuestra economía. No lo sé. Me temo que para nosotros no significará una gran diferencia bajo qué fuerzas de ocupación nos encontremos, ahora que nuestros vencedores se han abrazado tan calurosamente a orillas del Elba. Ya veremos. Yo ya estoy curada de espantos.

A veces me maravillo de no sufrir mucho más por la desavenencia con Gerd, quien llegó a significarlo todo para mí. Puede que el hambre mate los sentimientos. Y es que tengo muchas cosas por hacer. Tengo que mirar a ver si encuentro una piedra de lumbre para encender el gas. Ya se me han acabado las últimas cerillas. Tengo que fregar los charcos de agua del piso. El techo vuelve a gotear. Sólo cubrieron el tejado con viejos tablones. Tengo que andar en busca de plantas verdes en los bordes de las calles, tengo que hacer cola para la cebada mondada. No me queda tiempo para la vida espiritual.

Ayer viví una escena graciosa: ante nuestra casa se detuvo un carro tirado por un viejo rocín, un pobre animal todo pellejo y huesos. Lutz Lehmann, de

cuatro años de edad, llegaba a casa de la mano de su madre. Se quedó parado delante del carro y preguntó con voz de soñador: «Mami, ¿se puede comer el caballo?»

Dios sabe lo que tendremos que comer todavía. Aún no he llegado, ni con mucho, al límite en el que el hambre amenace seriamente mi existencia, pero no sé cuánto queda hasta ese extremo. Sólo sé que quiero sobrevivir..., en contra de todo razonamiento, sencillamente como un animal.

¿Seguirá Gerd pensando en mí?

Quizás hallemos la manera de reencontrarnos.

EPÍLOGO

La autora, una alemana de treinta y pocos años por aquel entonces, comenzó el 20 de abril de 1945 a escribir un diario que constituye un terrible testimonio. En la introducción a las *Confessions* de Jean-Jacques Rousseau, las *Confesiones* que en su época pasaron por la autoinculpación más audaz nunca vista, se encuentra la siguiente frase: «Comienzo una tarea de la cual no existe ningún ejemplo y cuyo autor no encontrará ningún imitador.» Ninguna otra frase sería más apropiada para encabezar esta obra.

Cuando por primera vez cayó el manuscrito en mis manos, me vino a la cabeza todo tipo de comparaciones: con otros diarios, otras confesiones, otras revelaciones. Al cabo de pocas páginas me di cuenta de que tenía poco que ver con el voluptuoso exhibicionismo de Rousseau, pero en cambio se me avivó el recuerdo de *Hambre*, el libro del noruego Knut Hamsun; había indicios alarmantes del *Viaje al fin de la noche* del francés Louis-Ferdinand Céline; también había pasajes de realidad pura con la que soñaba Henry Miller; finalmente descubrí incluso un puente a las confesiones del noruego Hans Jäger —por desgracia casi olvidado— en *Amor enfermo*, uno de los libros más desvergonzados y desesperados que existe.

Conjurar estos grandes nombres no debe servir aquí, sin embargo, para hacerse un sitio en la jerarquía literaria. Todo lo contrario. Debe realzar el carácter único de un libro que nació en días y noches terribles. Y no como literatura (como ocurre con las citadas *Confesiones*), sino como una forma de ayudarse a sí mismo. Hay cosas que sólo pueden olvidarse pronunciándolas.

Como lo que tenemos ante nosotros es un documento y no un producto literario en cuya redacción el autor siempre tiene un ojo mirando al lector, es necesario decir algo acerca de su autenticidad. Conozco a la autora desde hace muchos años. Procede de una casa burguesa, una condición que hace cincuenta años habría conducido a una chica joven como mucho al matrimonio y nada más. Recibió una exquisita educación y pronto reveló aptitudes que le permitieron una temprana emancipación. Dibujando, fotografiando y estudiando recorrió Europa de punta a punta, tanto de norte a sur como de este

a oeste. Por experiencias y vivencias personales se mantuvo al margen de las organizaciones del Tercer Reich. Autónoma en la toma de sus propias decisiones, un trabajo la ató a Berlín en el último año de guerra, hasta que ya fue demasiado tarde para abandonar la ciudad. Luego, cuando el apocalipsis rojo se precipitó sobre Berlín, que por entonces y a pesar de todas las evacuaciones albergaba todavía a cuatro millones de personas, comenzó la autora con sus anotaciones. Desde el viernes 20 de abril de 1945, hasta el viernes 22 de julio de 1945 anotó en viejos cuadernos escolares y en hojas sueltas lo que les aconteció a ella y a los vecinos de la casa en la que se había refugiado.

Mientras escribo estas líneas, tengo ante mis ojos esas hojas. Su viveza, tal como se muestra en la precipitación del apunte breve hecho a lápiz, el ardor que irradian allí donde la pluma se resistía, su mezcla de taquigrafía, escritura normal y escritura secreta (era extremadamente peligroso llevar un diario así), las terribles abreviaturas (una y otra vez esa Vlcn), todo eso puede que se pierda en el carácter neutral de la letra impresa. Sin embargo, pienso que del hilo del lenguaje puede leerse lo que calla la letra impresa.

Conozco la casa que se describe aquí. Yo vivía muy cerca. Así resultó que conocía más o menos bien a algunos vecinos de esa casa.

En la búsqueda de amigos desaparecidos regresé a Berlín en 1946. Visité esa casa. Ya en la escalera me asaltaron con un aluvión de anécdotas vividas. No sólo eran hombres quienes me las transmitían, sino también mujeres y chicas jóvenes, con unas ganas tan desaforadas de contarlo todo que yo habría reaccionado exactamente igual que el amigo que regresa a casa, mencionado hacia el final del libro, si no hubiera tenido yo mismo ocasiones más que suficientes para presenciar y conocer en otros escenarios la fuerza liberadora de la confesión.

Medio año después me volví a encontrar en otro lugar a la autora. Por alusiones me enteré de la existencia de un diario. Transcurrió otro medio año hasta que me permitió leerlo. Y encontré en él muchas descripciones minuciosas que yo ya conocía por los relatos de los otros. Encontré en él a personas que ya conocía. Pasaron más de cinco años hasta que conseguí convencer a la autora de que ese diario debía publicarse porque era único.

De todas estas circunstancias se infiere que en este libro sólo se describe la verdad y nada más que la verdad. La conocida expresión: «Todas las personas y hechos de este libro son pura invención. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia», no puede colocarse al comienzo de este libro. Sin embargo, por razones de tacto y de política han sido modificados los nombres y numerosos detalles.

Que la autora desee permanecer en el anonimato es algo que cualquier lector del libro entenderá sin necesidad de explicación.

La lectura despierta los sentimientos más contradictorios. Esto se debe a la personalidad de la autora. El más terrible es la frialdad con la que describe,

hasta que uno se da cuenta de que aquí no ha tenido lugar ninguna objetivación artificial (como ocurre por ejemplo en el invento literario del «ojo-cámara» de Dos Passos), sino que la frialdad tiene que manifestarse por fuerza porque los sentimientos se habían congelado..., congelado por el horror. «Creo que fue el horror lo que templó mis nervios», declara con toda sobriedad el marino que escapó de la vorágine... en el relato de Edgar Allan Poe. De esta manera, la actitud de la autora tampoco puede ser tildada de fatalista, a pesar de que su carácter permite entrever ciertos rasgos fatalistas. Por conocimiento del entorno, hay una pregunta que quizás pudiera hacerse alguien y que yo rechazaría por inadmisible: ¿podría haberse comportado la autora de manera diferente en esta o en aquella situación? Me corresponde decir aquí algo que ni siquiera insinúa la autora. Dado que hablaba ruso, era la única negociadora en una casa llena de personas. En las guerras entre pueblos orientales y occidentales, la bandera blanca nunca fue una protección segura, y más de un mediador voluntario murió entre los frentes de guerra.

Frente a un destino de masas semejante, ¿quién puede pretender medir con normas morales que sólo competen al individuo? ¡Ningún hombre! Pues fueron demasiados los que ante una metralleta tuvieron que decirle a la mujer o la hija: «¡Anda, ve!» Y quien no haya estado nunca ante una metralleta, que calle. ¡Pero tampoco ninguna mujer!, a no ser que haya vivido el torrente tempestuoso de un destino de masas. Desde la seguridad resulta demasiado fácil juzgar.

Lo insólito es que el libro no desprende ningún odio. Pero allí donde todos los sentimientos estaban congelados, tampoco podía prender el odio. Gracias a Sigmund Freud (si bien tengo que alertar aquí sobre la tentación de simplificar en exceso el sondeo de las profundidades del espíritu con los vocablos de moda del psicoanálisis), sabemos que los instintos pueden cambiar su objetivo, «que se pueden reemplazar unos a otros transmitiéndose la energía de uno a otro». A ningún lector se le escapará que, entre los vecinos de esa casa de Berlín, un instinto predominaba frente a todos los demás: el hambre. Se trataba del instinto de supervivencia, al precio que fuera.

También me parece importante lo que la autora me dijo una vez en el año 1947: «Ninguna de las víctimas podemos llevar lo sufrido como una corona de espinas. Yo al menos tenía la sensación de que lo que me estaba sucediendo era como un ajuste de cuentas.» Buscar una justificación a tanta inhumanidad, ése me parece el rasgo más destacable de este documento, un *document humain* y por ello no un *document politique.*

De esta manera, la autora escapó a los torbellinos con el secreto triunfo de haber podido ascender desde las profundidades de la vorágine, no gracias a una ley física sino porque no se rindió a pesar de haber tenido que entregarse.

C. W. CERAM (KURT W. MAREK),
agosto de 1954

ÍNDICE